Fátima Mernissi

MARRUECOS A TRAVÉS DE SUS MUJERES

Traducido del francés por
Inmaculada Jiménez Morell

ediciones del oriente
y del mediterráneo

Título original:
Le Maroc raconté par ses femmes
© de esta edición:
ediciones del oriente y del mediterráneo
C/Prado Luis, 11; E-28440 Guadarrama (Madrid)
Facsímil 34 91 8548352
quinta edición revisada y aumentada: marzo de 2000

© de la traducción:
Inmaculada Jiménez Morell

Composición y montaje de la cubierta:
ediciones del oriente y del mediterráneo, a partir de «Mujeres de paseo» (detalle), óleo sobre tela de Lucien Levy-Dhurmier, y de una fotografía de Christian Lignon.

ISBN 84-87198-61-9
Depósito legal: M-11743-2000
Impreso en España por
Gráficas Pinares
C/Buen Gobernador, 24; E-28027 Madrid

Este libro es un ejemplo
de colaboración y diálogo entre los dos sexos,
condición necesaria para superar
la alienación patriarcal

AGRADECIMIENTOS

Agradezco, en primer lugar, a Leila Berrada, Mustafa Alaui y Abdelkáder Jatibi, quienes me animaron a publicar estas entrevistas poco corrientes, reflejo de una realidad marroquí muy poco conocida.

Mi reconocimiento para Saíd Benyelún, quien, en colaboración con At-Tarfaui Sidna, transcribió las entrevistas grabadas en árabe dialectal y las tradujo al francés, salvo la de Habiba la vidente, de la que me encargué personalmente. Y para Anne Marie Budal, que realizó el trabajo de transcripción de las recogidas en francés.

Quiero agradecer también a Michèle Fay, que revisó todo el manuscrito y se responsabilizó de la versión definitiva del texto.

No puedo dejar de expresar tampoco mi gratitud a Jadiya Dalili, que me rodeó de afecto y nunca me falló.

Y por último, mi agradecimiento a todos quienes contribuyeron a dar voz a las que nunca se escucha: las mujeres iletradas.

NOTA DE EDICIÓN

En la presente edición se ha incluido la entrevista a Jadiya el Yablia que, al estar inacabada, no apareció en ediciones anteriores, pero que, a pesar de ello, consideramos que aporta elementos interesantes sobre la vida de las mujeres en el mundo rural. Se han ampliado también las entrevistas de Latifa y Malika, hijas de Dauya al Filalia, y la de Tahra Bent Mohámmad.

EL MARRUECOS DE LAS MUJERES

El diálogo entre los sexos, aunque se produzca, acaba convirtiéndose en monólogo, según Ómar Ibn al Jattab el Justo.[1]

¿Por qué? Responder a esta pregunta nos conduciría a una disertación que trataría de explicar por qué el silencio de las mujeres es una de las bases de nuestra civilización, y ése no es el objeto de este libro.

Su objeto es, por el contrario, romper el silencio ancestral, sea cual sea su justificación.

¿Cómo aparece Marruecos a través del discurso de las mujeres? ¿Se trata de un Marruecos familiar, es decir, el del discurso masculino, o es un Marruecos desconocido? ¿Cuáles son los puntos y sistemas de referencia del discurso femenino? ¿Son los mismos que los del discurso masculino? ¿Cuáles son los problemas y cuáles las luchas que surgen en el discurso femenino como cruciales, que justifican una vida y la estructuran? Según el discurso masculino más sonoro, es decir, uno de los discursos dominantes cuyos ecos resuenan a menudo en los medios de comunicación de masas, los problemas y las luchas que fundamentan la vida de las mujeres y la configuran serían los problemas y las luchas por ser amadas y deseadas por un hombre que, evidentemente, tenga con qué

[1] Quien, según un *alhadiz*, habría dicho: «Pedid la opinión de vuestras mujeres, pero haced lo contrario.» Uno de los que invocan este alhadiz es Gazali, en su célebre *Ihya ulum ad-din al aktaba at-tiyariya al-kobra*, El Cairo, p. 44.

pagar y sacar partido de la mujer-cuerpo que, en ese discurso, asume un indiscutible valor de mercancía. La belleza y la sexualidad, en el sentido estricto de seducción, serían los polos más importantes de la vida de la mujer.

Pero parece que en el Marruecos de las mujeres las luchas y los problemas son muy diferentes. Con este discurso femenino, el individuo anclado en el discurso «mujeres-belleza-seducción» va a ir de sorpresa en sorpresa. Se va a encontrar en una tierra desconocida. Sólo una minoría de mujeres, en vías de extinción, sigue viviendo en el harén. Para todas las demás, su vida se centra en la lucha por el pan, por el salario y por unos ingresos, aunque éstos sean mínimos. En el Marruecos de las mujeres, ganarse la vida es la preocupación esencial de los seres humanos y la razón de su existencia. Las mujeres, ante todo, se sienten agentes económicos, fuentes de riqueza, de energía y de trabajo, en lucha incesante contra la pobreza, el paro y la inseguridad. Una sola excepción a la regla: el discurso de Batul Benyelún, criada en un harén *fasí*[*] de los años veinte y casada en otro en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Pero ya no quedan Batules. Su equivalente hoy sería una mujer cargada de títulos y de feroces ambiciones, tanto en el plano salarial como en el profesional. Hoy en día, entre la burguesía *fasí* o de Casablanca, la mujer percibe la búsqueda de un título y de un salario como una parte intrínseca de su «belleza», con un valor similar al del cinturón de oro. Incluso dentro de la clase en que el potencial de trabajo femenino puede paralizarse sin grave perjuicio para la familia, es decir, dentro de la clase en la que el marido gana lo suficiente para mantener a su esposa y a sus hijos, asistimos a una reivindicación muy fuerte de su identidad económica por parte de las mujeres. La era de las mujeres recluidas ha terminado: los

[*] Las palabras en *cursiva*, cuando no son expresiones de uso común o no son objeto de una nota a pie de página, así como algunos nombres propios remiten a un glosario al final del texto. Las notas y el glosario son obra de la autora (o de la traductora, cuando así se especifique).

hombres y las mujeres que la siguen teniendo como referencia o la proyectan como ideal del destino femenino resultan conmovedores y patéticos, pues confunden la historia con sus fantasmas.

Y resultan más patéticos si tenemos en cuenta que la mujer improductiva y recluida sólo ha existido en la realidad histórica marroquí en casos muy excepcionales. No deberíamos olvidar que la historia de Marruecos, hasta hace muy poco, ha sido la historia de un país minado por el hambre, las epidemias y las luchas intestinas.[2] En el Marruecos histórico y real, las mujeres de las masas campesinas, que constituían la mayoría de la población, no han podido nunca ser mantenidas por sus maridos, sino que siempre han tenido que trabajar muy duro.[3] El artículo 115 de la Muduwana[4] que estipula que «toda persona subviene a sus necesidades por sus propios medios, a excepción de la esposa, cuyo mantenimiento incumbe al marido», refleja, no la realidad, sino la fosa que separa la vivencia femenina y los principios que inspiran este artículo. Es interesante señalar, en este sentido, que la Muduwana fue elaborada exclusivamente por hombres. En los albores de la independencia, los líderes nacionalistas, torturados en las cárceles, para que reinara la igualdad y la democracia, diseñaron la futura familia marroquí en ausencia del elemento central de esa familia, la mujer.[5]

[2] Véase por ejemplo: A. Naciri, *al Istiqça*, Casablanca, Dar al kitab, 1956; A. Laroui, *L'Historie du Magreb*, París, Maspero, 1970; B. Rosemberger y Hamid Triki, «Famines et épidémies au Maroc aux XVI[e] et XVII[e] siècles», en *Hespéris*, vols. XIV y XV.

[3] Véase León el Africano, *Descripción de l'Afrique*, París, A. Maisonneuve, 1956 [existe una edición española, *De la descripción de África y de las cosas notables que en ella se encuentran*, Madrid, H M R , 1999 *(N. T.)*]; A. Tufiq, *al Mujtama, al magribi fi al qarn at-tasi' 'asar inultan: 1850-1912*, Dar an-nars al-magriba, 1978.

[4] *Dahir* 1-57-343 del 22 de noviembre de 1957, en aplicación de los libros I y II del código del estatuto personal y de las sucesiones. Dicho texto se conoce bajo el nombre de Muduwana. Constituye la legislación sobre la familia marroquí y es fuente de sus modelos y principios.

[5] El *Dahir* 1-57-1040 proporciona el nombre de la comisión encargada de

Las entrevistas revelan, en efecto, que, en las clases de rentas modestas, el marido está, a menudo, física y económicamente ausente. El paro y la emigración hacen que sus hijos no puedan contar con él para nada.

El aporte de estas entrevistas se sitúa, pues, en dos niveles. El primero es el de las percepciones: la diferencia entre la percepción masculina del mundo y la femenina ha sido siempre imposible de delimitar en nuestras sociedades a causa del silencio femenino. El monopolio del discurso masculino en la sociedad musulmana pesa enormemente sobre el futuro de la democracia, que supone la multiplicidad de discursos. Mientras que se inicie al niño de tres años, de una pareja desequilibrada, en su relación con el «otro» tomando como base la negación del derecho de las mujeres a la expresión, ese mismo niño, una vez ciudadano adulto, amañará las elecciones para impedir al «otro» (hombre o mujer) que se exprese.

El segundo aporte de estas entrevistas se sitúa en el plano de lo real: se trata de identificar las rupturas que se han producido en la condición femenina durante los últimos decenios. ¿Cuáles son, según el discurso femenino, las dimensiones de la vida de una mujer, en la que los cambios han sido muy profundos e irremediables, y con qué consecuencias?

El acceso al espacio, al empleo y la educación son algunos de los ámbitos en los que la condición femenina ha registrado rupturas fundamentales. El espacio, el empleo y la educación parecen ser los campos en donde las luchas que agitan la sociedad y, especialmente, la lucha de clases, se despliegan en la vida de las mujeres con mayor evidencia. Voy a limitarme en esta introducción a reflexionar, exclusivamente, sobre los cambios que se han producido (o han abortado) en lo concerniente a las relaciones

elaborar la Muduwana: *Sidi* Mohámmad Ben Larbi Alaui; *Sidi* Mohámmad Ben Larbi Larbi; *Sidi* Alal al Fasi; *Sidi* Mohámmad Daud; *Sidi* Áhmed al Badraui; *Sidi* Abderrahman es-Se Fsauni; *Mulay* Mehdi Alhaui; *Mulay* Ábdel Uahed Alaui; *Sidi* al Hassan Bel Bashir; *Sidi* Hámmad Laraqui.

entre los sexos en el plano de las percepciones. No porque éste sea más importante que el plano de lo real, sino porque el problema del acceso de las mujeres al empleo, a la educación y al espacio se impone con fuerza, incluso a los espíritus más inconmovibles y, sobre todo, porque creo que el problema de lo «percibido», que escapa, incluso, a los más vigilantes, es el problema-clave de la revolución cultural y una de las causas de su fracaso en nuestra sociedad. En esta introducción quisiera que quedase claro que, para una mujer, la célebre jerarquía, que algunos siguen ingeniándose en mantener, entre infraestructura (económica = lo vivido) y superestructura (ideológica = lo percibido) es un absurdo. En una sociedad donde los cambios se viven como una agresión externa y donde las tradiciones, consecuentemente, ocupan un lugar predominante en las supuestas estrategias de «futuro» y «políticas de desarrollo» (como es el caso de los países musulmanes), lo ideológico y lo percibido adquieren una forma determinante. Los problemas que se plantean en un Marruecos «con ansias de desarrollo» son más ideológico que económicos. Lo que se plantea actualmente en nuestra sociedad no se sitúa en el terreno de los problemas de orden tecnológico (¿qué máquina necesitamos fabricar?), sino en el terreno de lo percibido: ¿Cuáles son los problemas prioritarios y urgentes que hay que resolver? La capacidad del planificador, del político y del intelectual para captar, identificar y abordar los problemas nacionales prioritarios depende, consecuentemente, de su capacidad de apertura a los discursos de las masas y de su fidelidad a dichos discursos, es decir, de su capacidad para trascender su propia subjetividad y su propia «percepción» de lo real.

Un dato que planificadores, políticos e intelectuales suelen olvidar es que las «masas» tienen sexo, y que las mujeres constituyen la mitad. El descuido de este dato tiene, como veremos, implicaciones fundamentales sobre la percepción y las decisiones que van a tomarse frente a

los problemas que desgarran nuestra sociedad y vampirizan sus energías, y frente a las soluciones que se imponen.

DESFASES ENTRE EL DISCURSO FEMENINO Y EL DISCURSO MASCULINO

El mundo que surge del discurso femenino es un mundo fundamentalmente diferente del prescrito como ideal por el discurso masculino «sonoro»; el discurso que deja oír sus ecos en la legislación y en los medios de comunicación de masas. Prefiero utilizar el término «sonoro» en lugar de «dominante», porque el discurso dominante supone la existencia de otros discursos discordantes y en contradicción con él. Ahora bien, en el Marruecos actual, a pesar de la existencia de varios discursos masculinos (y, especialmente, los de los intelectuales progresistas, que suelen romper con el discurso dominante), éstos no se dejan «oír». Se escucha un único tañido de campanas, el del discurso «sonoro». Vocifera de tal forma y dispone de medios tan poderosos que hace inaudibles los discursos progresistas. Además de los medios de los que dispone el discurso masculino dominante, otra razón esteriliza los discursos progresistas: las presiones rayanas en el terrorismo que el discurso oficial ejerce con respecto a ellos. Por ejemplo, la manera en que problemas tan graves como la poligamia, la repudiación, la desigualdad de los sexos en cuanto a la herencia, o el problema de la anticoncepción son abordados por los partidos progresistas, está estrechamente condicionada por el chantaje y el temor a ser tildados de ateos por el aparato ideológico dominante cada vez que surge una reivindicación contestataria.

Sabemos que, en la lógica de la ideología dominante, todo cambio es innovación *(bidaa),* y toda innovación, error *(dalala).* Así pues, cuando hablo de desfase entre el discurso masculino y el femenino, sólo me refiero al discurso masculino «sonoro», es decir, dominante. Las entrevistas

dejan ver que existe un divorcio total entre ambos discursos, en cuanto a la percepción de, al menos, tres fenómenos: los roles según los sexos, la pareja y la anticoncepción.

SEGÚN LAS MUJERES, EL «SEXO DÉBIL» SERÍA EL MASCULINO

Según el discurso masculino «sonoro», los sexos no son iguales; existe un sexo fuerte, el hombre, y un sexo débil, la mujer. En el discurso femenino, las mujeres se describen como una raza de titanes que se enfrenta cotidiana y directamente contra esos monstruos destructores que son el paro, la pobreza y el trabajo degradante. Un caso extremo de autovalorización de las mujeres, en calidad de agentes económicos, es el de Aixa al Hyaniya: esta niña de nueve años se vio arrancada de su provincia natal, su *hyayna,*[6] para entrar de criada en una familia de Fez. Aixa recuerda su infancia en el campo como un período en el que estaba dotada de una capacidad casi mítica de crear riqueza. Podía cultivar plantas, participar en el prensado de las aceitunas, ir a por agua y a recoger leña, pescar y cazar pájaros, hacer el pan y cuidar de los animales.

En el discurso femenino, el hombre apenas se interpone entre las mujeres y las dificultades que éstas encuentran para ganarse la vida. El hombre no sólo no las mantiene, como estipula el concepto de *nafaqa* (pensión alimenticia, artº 115 de la Muduwana), ni a ellas ni a sus hijos, sino que es incapaz de desempeñar el papel de intermediario, de tapón entre ellas y las fuerzas sociales que las atenazan y agreden.

Todas las mujeres, excepto Batul Benyelún, que vivía prisionera en un harén, se sienten partícipes activas en la vida económica de la familia, independientemente de los ingresos y de la categoría social del marido. Rabea,

[6] Hyayna, región de Fez.

maestra y mujer de médico, explica que, en los comienzos de su matrimonio, su marido exigía que trabajara y que, una vez instalada la pareja, era ella la que procuraba continuar con su trabajo. Tras el fracaso de su matrimonio, relaciona su decisión de divorciarse con su capacidad para ganar un salario. Según ella, derecho de expresión y salario van a la par: «Hemos conseguido el derecho de decir al hombre lo que pensamos, cosa que mi madre no podía hacer. Y la posibilidad de solicitar el divorcio, aun a riesgo de cargar con todas las consecuencias y todas las culpas; pero es muy importante, por lo menos, poderlo hacer.»

Nezha, la única de las entrevistadas que accedió a la enseñanza universitaria, y que nació en un medio urbano modesto, empezó a trabajar muy joven para ganarse la vida. Desde que comenzó los estudios secundarios, se puso a buscar un trabajo que le permitiera ganar dinero durante las vacaciones escolares y subvenir a una parte de sus necesidades. En cuanto a las mujeres analfabetas, o que no tuvieron acceso más que a unos años de escolarización, la vida activa comienza en la infancia. La mayoría de ellas, pertenecientes a las clases desheredadas, comienzan a trabajar a los cinco o seis años. En el medio rural, participan en los trabajos del campo y en el pastoreo, así como en las tareas de acarrear agua y leña. En el medio urbano, se las «coloca» en casa de otras familias, o bien de «aprendizas» en un taller artesanal. El hombre, marido o padre, no logra proteger a la mujer contra su entrada precoz en la vida activa, ni contra la emigración y los riesgos que conlleva, ni contra el paro y la explotación furibunda de los patrones. Las vicisitudes del sector agrícola, las luchas en torno a la tierra y a su propiedad, de las que el campesino sale siempre perdedor (según el discurso femenino), repercuten directamente en la vida de las mujeres. En su discurso, los hombres son antihéroes, exactamente igual que las mujeres, seres acogotados por las fuerzas destructivas que desestabilizan el mundo

rural. La sequía y la disminución desenfrenada de las tierras de las que dispone la familia reducen a hombres y mujeres a buscar, en un momento u otro de sus vidas, la emigración como solución individual o colectiva. En el caso de Dauya al Filalía, la emigración es una decisión individual. En otros, la mujer emigra como parte de la pareja, después de su matrimonio. Y, otras veces, emigra sola, pero por decisión familiar, como es el caso de las niñas colocadas de «chicas».

En resumen, no se encuentra un solo caso en que el discurso femenino presente al hombre como un ser fuerte y protector, y a la mujer como un ser débil que espera del hombre protección y largueza. Parece que estamos ante una de las distorsiones más graves en el plano de las percepciones, distorsión que, por otra parte, repercute en la manera de cómo el Estado, aparato de decisión en materia de planificación y legislación, se sitúa y reacciona. A saber: el hecho de ver al hombre como el pilar de la familia, su proveedor y el único miembro activo en su seno. De modo que las políticas de creación de empleo, en el medio rural o urbano, se centran en la creación de empleos masculinos. Éste es el caso, por ejemplo, de dos proyectos que han desempeñado un papel muy importante en la economía del país: el proyecto de reforma agraria y el de promoción nacional. Otra consecuencia del fantasma masculino, según el cual la mujer en Marruecos no se mantiene por sí misma, es el fracaso de la política de escolarización y formación profesional de las mujeres. Las escasas acciones políticas en materia de promoción femenina se conciben para una «mujer de su casa», inexistente en las capas pobres, que constituyen el objetivo de dichos programas. Así es como en los «hogares» femeninos y en los obradores (pertenecientes, respectivamente, al Ministerio de Juventud y Deportes y al Ministerio de Asuntos Sociales), el objetivo de los programas fue, durante años, enseñar a las mujeres las tareas caseras y, sobre todo, costura, tricotado, cocina y bordado. Los programas se diri-

gían a una mujer-fantasma, y las mujeres desertaron de los «hogares» en busca de trabajo y empleo remunerado desde la infancia. Y por último, otra consecuencia del fantasma masculino del «hombre-proveedor», que mantiene a su mujer y a sus hijos —único modelo operativo para nuestra legislación y nuestra planificación económica—, es el discurso insensato, mantenido desde 1975, sobre la necesidad de «integrar a las mujeres en el desarrollo», como si hubiera habido un desarrollo y las mujeres hubieran permanecido sentadas al margen, mano sobre mano... Las mujeres se sienten totalmente arraigadas en la lucha económica, en la lucha por la supervivencia, en la lucha por un empleo remunerado y en la lucha contra la inseguridad de ese mismo empleo. Parece, pues, que, en cuanto a las percepciones, el divorcio entre el discurso masculino «sonoro» y el discurso femenino es total. ¿Qué es lo que sucede en cuanto a la percepción de la pareja?

LA LUCHA POR LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PAREJA SÓLIDA COMO OBRA MAESTRA DE LA VIDA DE UNA MUJER

En el discurso masculino «sonoro», la pareja es una realidad inexistente, si se define la pareja como una entidad formada por dos seres esforzados por igual en la lucha por la vida y en la que, en el aspecto económico, hay una puesta en común de los recursos y no la contribución de uno solo. El modelo de relación conyugal que opera en las leyes y en los valores afirmados por ese discurso es una relación desequilibrada y totalmente asimétrica, tanto en el plano económico como en el afectivo.

En el plano económico, la entidad conyugal está formada por un ser dependiente, la mujer, y otro ser rico y generoso, que vela por la satisfacción total de las necesidades de aquélla. En el plano afectivo, el desequilibrio del modelo es igualmente evidente: la fidelidad se exige

únicamente a la mujer. El hombre puede acceder a otras parejas. La poligamia le permite «repartirse» oficialmente entre cuatro mujeres, y la repudiación, reemplazarlas por otras, tantas veces como quiera; y ello por decisión unilateral y soberana. Su capricho es la única ley y el juez único. Cuando la repudiación y la poligamia se instituyen como ley en una sociedad, es evidente que esa sociedad opta contra la existencia de la pareja como entidad, en la que la relación económica y afectiva estaría basada en la igualdad de los intercambios.

Ahora bien, el discurso femenino pone de manifiesto que las mujeres están en una situación de subversión total en lo que concierne a la pareja, reivindican una relación basada en la igualdad en el plano afectivo y económico, como único modelo conyugal viable, y se vuelcan totalmente en su construcción.

Por una parte, exigen fidelidad y, por otra, demuestran, a través de sus luchas cotidianas, que un hombre pobre es digno de ser amado. Las vidas de las mujeres entrevistadas destruyen con su simple testimonio el fantasma-clave del discurso «sonoro» masculino, a saber, que sólo un hombre económicamente fuerte es digno de ser amado. En el discurso femenino, las mujeres aman a los hombres, no porque sean ricos y generosos, sino porque se entregan afectivamente. Las mujeres no aman a los hombres por el dinero y los recursos materiales que pueden ofrecer, sino por los recursos afectivos que pueden entregar. Exigen ser amadas y tener una relación privilegiada y exclusiva con su marido; el mantenimiento material es secundario, puesto que ellas consiguen mantenerse por sí mismas.

«Le puse a mi marido condiciones antes de tener mi primer hijo. Le dije: 'puedo aceptar el hambre y la indigencia; puedo vivir contigo en una casa en ruinas, en una casa de hojalata, y hasta en una tienda si es preciso... pero si te veo hacer... si veo que vas con otra mujer... o si, por ejemplo, te quedas hasta tarde fuera, o vuelves tarde por

la noche, aunque no hayas hecho nada (¿cómo iba yo a saberlo?)... eso no podría soportarlo' *(manqdarsh)*». Es el deseo de Tahra Bent Mohámmad, a quien, tras su matrimonio, la emigración arrancó del Atlas Medio y arrojó a los suburbios de chabolas de Rabat.

La pareja, en el discurso femenino, parece hacer frente milagrosamente a los graves problemas que desgarran la familia; el paro, especialmente, que no sólo hace al hombre incapaz de cumplir con su papel de proveedor de la *nafaqa,* sino que impone su ausencia, más o menos intermitente, como un aspecto de la familia moderna.

En el caso de Habiba la vidente, la pareja que forma con su segundo marido es un éxito, según sus propias palabras, no porque su marido sea rico y generoso, sino porque, en sus ataques de *riah,*[7] él se revuelca con ella por el suelo, en los charcos de agua y en el barro. El marido de Habiba además de estar en paro es *maadur,* como dice ella, un inválido, un lisiado sin piernas.

La encarnizada voluntad desplegada por las mujeres para construir una pareja sólida se manifiesta, en la génesis de esa misma pareja, en el rechazo sistemático del compañero elegido por los padres. Casi todas las mujeres rechazaron al «novio» presentado por sus padres y se arrogaron el derecho de elegir a otro hombre que respondía más a sus gustos y deseos. En este punto también, la mujer parece situarse en ruptura con otra institución de la familia musulmana recogida en la Muduwana, la institución del *wali* o tutela matrimonial, que exige que «la mujer no lleve a efecto por sí sola el acta de matrimonio, sino que sea representada por un tutor, el *wali,* que ella habrá designado al efecto» (artº 12 de la Muduwana). Legalmente, el matrimonio musulmán no es un matrimonio concertado entre un hombre y una mujer, sino un acto sellado entre dos hombres, ya que la ley especifica

[7] *Riah,* ataques supuestamente debidos a la posesión del cuerpo por seres sobrenaturales, los *yenun.*

que «la tutora testamentaria debe delegar en un mandatario varón para contraer matrimonio en nombre de su pupila». El *wali* sólo puede ser un hombre. Se puede argumentar que la tutela matrimonial no confiere al varón, representante de la mujer en la conclusión del acta de matrimonio, el derecho a elegirle pareja. Lo cual no quiere decir que, en realidad, tal y como se desprende del discurso femenino, los padres y los hermanos respeten la sutilidad de la ley musulmana y no suelan arrogarse el derecho de elegir esposo a su hija o hermana, y que ésta no se vea obligada a rechazarlo para imponerse. Una vez más, vemos cómo los deseos y la voluntad de las mujeres entran en conflicto con las leyes masculinas que rigen el mundo. Otro tema donde el conflicto entre las leyes y opciones masculinas y la voluntad de las mujeres es total, es el de la anticoncepción. Las leyes y los debates políticos emprendidos en torno a esta cuestión desde las instancias religiosas o políticas revelan una ruptura total entre dichas instancias y las necesidades y la voluntad de las mujeres.

LA ANTICONCEPCIÓN: PUNTO DE RUPTURA ENTRE LAS INSTANCIAS POLÍTICAS Y RELIGIOSAS Y LA VOLUNTAD DE LAS MUJERES

Las entrevistas nos muestran que uno de los principales problemas con que se enfrenta la mujer en la sociedad marroquí es el de su incapacidad para controlar y planificar los nacimientos. Las entrevistas revelan, en primer lugar, que una gran parte de la vida de la mujer se consagra a dar a luz hijos que mueren de pequeños. La mortalidad infantil parece ser una de las calamidades que esquilman las energías de las mujeres.

Las entrevistas confirman también que, confrontadas a los problemas económicos que minan sus familias y las desestabilizan, las mujeres recurren al aborto por

todos los medios, ya sean tradicionales o modernos, para espaciar los nacimientos. Se trata de una cuestión fundamental, ante la amenaza que, para su propia salud y la de sus hijos, representan los embarazos consecutivos. El control de nacimientos aparece en el discurso femenino como un problema angustioso. Una vez resuelto, permitiría a las mujeres adaptarse y hacer frente a otros problemas logísticos que se les presentan cotidianamente, como mantener a su familia con unos ingresos insuficientes y que no llegan con regularidad.

Si la marroquí fuera una sociedad cuya ideología dominante reflejara los problemas y necesidades de las masas, sin distinción de clase o de sexo, el control de la natalidad habría figurado entre las preocupaciones prioritarias. Pues bien, en este punto es donde se mide el alcance negativo y paralizante de la ruptura entre el discurso masculino y el femenino sobre las oportunidades de un desarrollo real del país, problema que parece haber sido una preocupación constante de las mujeres marroquíes a lo largo de los siglos (puesto que han elaborado toda una farmacopea y una medicina para resolverlo), y que no ha sido abordado por el Estado y los responsables marroquíes sino muy tarde, sólo cuando se hizo notar la presión internacional. Se sigue hablando de él, entre políticos y planificadores, todos ellos del sexo masculino, como si de una mercancía exógena, impuesta a los países musulmanes por los canales imperialistas,[8] se tratara.

En efecto, el Estado marroquí, que, en medio del entusiasmo del alborear de la independencia, había tratado de identificar los problemas cruciales que debían tener

[8] El carácter eminentemente endógeno de la planificación familiar como un elemento de nuestra cultura está claramente establecido por el lugar que ocupan las técnicas de control de nacimientos en nuestra medicina y farmacopea tradicionales (véase al respecto Jamal Bellakhdar, *Médicine traditionnelle et toxicologie ouest saharienne*, Rabat, Éd. Téchniques Nord-Africaines, 1978). Existe una amplia literatura médica en la que las técnicas abortivas se identifican como una dimensión importante de la medicina árabe, *vid*, por ejemplo, Abi Bakr al Azrak, *Tashil al-manafi' fi at-tib walhikma*, Beirut, al Maktaba as-Sa'bia.

prioridad y legitimidad por ser cuestiones nacionales, no sólo no abordó en absoluto el problema del control de la natalidad, sino que no consintió en hacerlo hasta diez años después, a disgusto y presionado por las instancias del capitalismo internacional. No por ello tomó, como punto de partida, para sus análisis y discusiones el discurso femenino, que es una expresión endógena y tiene una base popular, sino que se dejó guiar por la Fundación Ford, el Population Council, la USAID, la AID y la IPPF.[9] «En 1965, la División de Estadísticas de la Secretaría de Estado encargada del Plan llamó la atención del Gobierno sobre el peligro que representaba el crecimiento demográfico para el desarrollo económico y social del país. El Ministerio de Sanidad se puso entonces en contacto con la Fundación Ford, el Population Council y la IPPF y envió a un grupo de médicos a visitar centros de planificación familiar en Londres y Bruselas. En 1966, se abrieron los primeros centros de planificación familiar en los Servicios de Sanidad Pública. Durante ese mismo año, se llevó a cabo en Rabat un seminario sobre planificación familiar...»[10]

El mismo documento nos informa de que: «Marruecos ha recibido desde 1966 una ayuda exterior de alrededor de un millón de dólares USA para su programa demográfico».

Entre las agencias financiadoras del programa están la Fundación Ford, el Population Council, la USAID (que adelantó ella sola, entre 1966 y 1973, un millón quinientos mil dirhames para los programas de planificación familiar), la Federación Internacional para la Planificación Familiar (IPPF), la Agencia Sueca para el Desarrollo (SIDA), la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional (CIDA) y, por último, los Servicios de Cooperación Técnica del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores.

[9] USAID, *United States Agency for International Development;* AID, *Agency for International Development;* IPPF, *International Planned Parenthood Federation.*

[10] Robert Castadot y Abdelkáder Laraqui, «Le Maroc», en *Population Council,* Nueva York, septiembre de 1973, p. 6.

Muchos de los estudios y seminarios demográficos de los que dispone el país han sido financiados por las agencias de ayuda extranjera. Es el caso de la «Encuesta de opinión sobre la planificación familiar», llevada a cabo en Marruecos en 1966-1967, por el Ministerio de Sanidad y la Secretaría de Estado encargada del Plan, que ha sido financiada por la Fundación Ford, en el marco de «asistencia técnica y financiera». La ayuda estadounidense ha concedido, igualmente, asistencia técnica para la preparación del censo y diversos estudios demográficos. La USAID asegura, especialmente, una parte de la financiación del Centro de Estudios e Investigaciones demográficas de la Secretaría de Estado encargada del Plan. [11]

Los organismos internacionales han contribuido, igualmente y de forma muy generosa, a la financiación de seminarios y mesas redondas a las que han sido invitadas autoridades religiosas de todo el mundo musulmán para debatir sobre el Islam y el control de la natalidad. Ese fue el caso, por ejemplo, del Congreso sobre «Islam y Planificación Familiar», que tuvo lugar en Rabat, en diciembre de 1971, y fue financiado por la Federación Internacional para la Planificación Familiar (IPPF), afincada en Londres. Esta misma había participado en la creación de la Asociación Marroquí de Planificación Familiar.

De modo que la génesis del interés de los responsables marroquíes por el control de la natalidad no está ligada a la escucha de las masas populares femeninas. Por el contrario, está estrechamente condicionada por las preocupaciones de los organismos que han financiado los programas demográficos en los países del Tercer Mundo; a saber: las preocupaciones de orden puramente estratégico y, especialmente, el desequilibrio entre los países capitalistas, en los que existen dificultades de crecimiento de la población, y los países satélites, en los que la natalidad es «galopante».

[11] *Enquête d'opinion sur la planification familiale, milieu urbain,* p. 5.

Los objetivos estratégicos que han animado a la financiación internacional de los programas de planificación del Tercer Mundo han condicionado no sólo los enfoques institucionales y técnicos adoptados por los responsables de esos países, sino que han determinado extraordinariamente la actitud de las fuerzas progresistas en esos países en relación con dicho problema.

Así es como, en Marruecos, durante mucho tiempo, las fuerzas progresistas han criticado y rechazado programas de Planificación Familiar so pretexto de que estaban financiados por las instancias imperialistas, sin preguntarse nunca, de hecho, cuáles eran los deseos de las mujeres marroquíes y sus necesidades en la materia. En su análisis de la cuestión, únicamente parecían intervenir como factores determinantes los objetivos de las agencias internacionales. La voz de las mujeres y su desesperada necesidad de controlar los nacimientos, puesta de manifiesto en su recurso también desesperado a los métodos abortivos tradicionales, no parecían intervenir en sus cálculos.

Irónicamente, el control de la natalidad se rechazaba, al mismo tiempo, como una conspiración imperialista contra el Islam, por parte de las fuerzas de derecha. Las entrevistas a las mujeres revelan que, mientras los progresistas, en nombre de la Revolución, y las fuerzas de derecha, en nombre del Islam, condenaban el programa de Planificación Familiar establecido por el Estado marroquí, según los modelos inadecuados de la Fundación Ford y del Population Council, las mujeres marroquíes trataban todos los días de espaciar los nacimientos, recurriendo, a menudo, al aborto en condiciones crueles e inhumanas.

La cuestión del control de la natalidad, que ha sido abordada por los tecnócratas, cuya decisión es exclusivamente masculina, y debatida por los líderes políticos y religiosos, ilustra muy claramente que los objetivos imperialistas han sido acogidos únicamente por unos dirigentes desconectados de las masas, cuya mitad son mujeres. Los fondos invertidos por los estadounidenses en los pro-

gramas marroquíes de planificación familiar habrían tenido un impacto y un alcance muy diferentes si hubieran estado gestionados por unos responsables a la escucha de las necesidades urgentes de las masas femeninas. Tal vez las mujeres habrían estado mejor dispuestas a participar en la elaboración de técnicas de control basadas, en un principio, en el análisis del patrimonio tradicional en esta materia, en lugar de ver importar mecánicamente píldoras y dispositivos intrauterinos, fabricados en laboratorios estadounidenses.

Unos responsables marroquíes a la escucha de las masas femeninas habrían adoptado una estrategia de limitación de la natalidad desde 1956, por la sencilla razón de que tales eran los deseos y las necesidades de las masas femeninas, las únicas capaces de cumplir con la tarea que los hombres delegan en ellas: criar a sus hijos, utilizando sus escasos recursos, constantemente disminuidos por una inflación galopante.

Unos progresistas a la escucha de las masas femeninas habrían dudado en condenar la política de planificación familiar simplemente porque estaba financiada y alentada por las agencias «imperialistas». Deberían haber mantenido el principio de una política demográfica y batallado para que las mujeres de las capas pobres, sobre todo, participaran en su elaboración e implantación.

Se comprende claramente lo absurdo de esos debates sobre el desarrollo y sus alternativas cuando quedan circunscritos a una elite masculina, sea cual sea su opción ideológica. Un liderazgo progresista no dinamiza la sociedad sino en la medida en que es el vector que transmite la savia popular, y la savia popular es femenina en un cincuenta por cien.

LA SAVIA POPULAR: CIENCIA, MÉTODO Y TERRORISMO

Querría en esta conclusión tomar la palabra en mi calidad de mujer marroquí que manipula la escritura y el

análisis, dos instrumentos exclusivamente masculinos. Y que no me vengan a contar que en «nuestro patrimonio ha habido siempre mujeres sabias». Nuestro patrimonio, tal como lo he vivido de niña, de adolescente y de adulta, es un patrimonio oscurantista y mutilador. Nací en 1940, en una familia burguesa de Fez, «capital de la ciencia» y «centro de la civilización». Nací exactamente a quinientos metros de la universidad Karauiyn. No se puede estar mejor situada para beneficiarse del patrimonio y sus ventajas. Pues bien, nací ahí y fui educada por mujeres analfabetas, encerradas no sólo físicamente, sino intelectualmente mutiladas en nombre del honor y del modelo del ideal femenino forjado por la burguesía masculina, la cual, por su parte, se sumergía en dicho patrimonio hasta ahogarse en él.

Mi padre me adoraba. Me llevaba el viernes en su mula a rezar y no me perdía de vista durante las largas horas de lectura y discusión con sus amigos. Los libros que él adoraba, y en los que se refugiaba con asiduidad, eran, precisamente, los que trataban de la historia de la civilización musulmana, su pasión. Pues bien, mi padre, que me quería, que estaba empapado de patrimonio y apasionado por la civilización, me compró una chilaba y trató de imponerme el velo a los cuatro años. Para él, no existía contradicción entre la civilización, el refinamiento y el hecho de emparedar viva, física y mentalmente, a una niña. Como mujer marroquí que tuvo, por razones históricas muy precisas, y no por decisión espontánea de nuestra burguesía, acceso a la escritura y a un título, y que aprendió, más adelante, a distinguir los variados dispositivos terroristas que los hombres, poseedores del monopolio del capital simbólico, me arrojaban a la cara para impedir que me expresara o para denigrar lo que decía (lo que viene a ser lo mismo). Así es como tuve la oportunidad de desarrollar un sexto sentido para detectar el perfil de hombre que, en el transcurso de una conversación, ya fuera de orden profesional o «de salón», se deslizaría, de

un momento a otro, hacia el dispositivo terrorista. Puedo describir minuciosamente ese perfil para ayudar a las demás a identificarlo. Aunque creo que, por desgracia, son fáciles de identificar, pues esa clase de hombres actúa contra cualquier idea de apertura, renovación o cambio, ya sea encarnada por hombres o por mujeres.

Su terrorismo se puede resumir en dos frases:

Frase nº 1: «Lo que usted está diciendo es una idea importada» (hace referencia al acceso al patrimonio).

Frase nº 2: «Lo que usted está diciendo no es representativo» (hace referencia al acceso a la ciencia).

¿Qué quieren decir estas dos frases lanzadas tan a menudo a la cara de cualquier ciudadano marroquí, sin distinción de sexo, que exprese una idea molesta para el orden establecido? La primera supone que el individuo que emite el mensaje se erige en guardián e intérprete legítimo y exclusivo del patrimonio y de su contenido, y lo excluye del acceso a dicho patrimonio nacional. No sólo le prohíbe el acceso, sino que lo acusa de la ignominia más degradante, según su propio sistema de referencias, la traición a la causa nacional. Usted es un agente de instancias extranjeras enemigas.

La segunda: «Lo que usted dice no es representativo», se refiere a la ciencia, pero el mecanismo y las suposiciones son los mismos. El emisor del mensaje se erige en supervisor general de la verdad científica. Él tiene acceso al monopolio de la verdad científica y, en nombre de dicha verdad, que confunde con la representatividad, le manda a usted callar.

Fue así como descubrí que la relación entre los sexos está siempre inextricable e incondicionalmente ligada a la relación de clases. Y fue así como descubrí que junto a esos «terroristas», que tratan de mutilar mi derecho de expresión, había otro grupo de hombres, menos visibles, por tener menos medios de acceso a los signos del prestigio y el poder, que encarnaban el deseo de cambio, de vivir de una manera diferente y de progresar hacia una

sociedad más humana, en la que los seres humanos tengan derecho a la expresión, a la creación y al acceso en pie de igualdad a los recursos nacionales. Descubrí que aquellos hombres estaban «castrados», como yo, de su derecho al «patrimonio» y la «ciencia», atributos y monopolios del poder masculino por excelencia. Aquellos hombres tenían hacia mí una actitud totalmente diferente; hacían todo lo que estaba de su mano para darme confianza en mí misma y ayudarme a no renunciar a mi deseo de expresarme; son mis colegas y amigos de la Facultad de Letras. Así es como comprendí la siguiente evidencia, según la cual no se deben nunca analizar las discriminaciones sexuales fuera del contexto de las relaciones de clase y, especialmente, cuando se trata de luchas por el capital simbólico. Esto explica por qué el hombre progresista está tan presente en mi vida y mi pensamiento, y por qué es tan importante que los hombres que desean tan intensamente el cambio integren lo femenino en su teoría y su práctica. El hombre progresista no puede nada si no reivindica su feminidad. Y las mujeres que desean el cambio no llegan a ninguna parte, si no se esfuerzan en romper las barreras, los obstáculos y los muros que nos ocultan lo masculino. No hay que olvidar que hemos nacido y nos hemos criado, hombres y mujeres, en una sociedad en la que las desigualdades de clase se han desplegado en un campo de batalla sexualmente «segregado». De ahí la necesidad de distanciarse de lo que sucede en los medios feministas parisienses y neoyorquinos. Pero eso es otra historia. Volvamos al capital simbólico.

Me había percatado de que siempre que lo que expresaba en mi conversación con «el señor de perfil-terrorista» era una reivindicación de la igualdad de la práctica democrática, el «señor» me asestaba un golpe casi fatal con el «patrimonio» y la «representatividad». Descubrí así que, según el sistema de valores de ese señor, toda reivindicación de igualdad y de práctica democrática era una reivindicación ajena al patrimonio y a la verdad científica.

Llegué a la conclusión de que lo que mi «señor de perfil-terrorista» reivindicaba como «patrimonio» y «verdad» científica era, en realidad, una interpretación muy especial del patrimonio y la ciencia, que lo situaba en una relación de clase muy precisa con respecto al capital simbólico. Su lectura del capital simbólico, especialmente del patrimonio y la ciencia, responde a sus intereses de clase, y es evidente que cada vez que me acorrala a mí, una mujer que reivindica el cambio por escrito, o en un seminario, o en una mesa redonda, o en un pasillo de la administración, o en un salón, lo que le interesa es castrarme de los atributos «masculinos de poder» que manipulo: el acceso al patrimonio escrito y a la ciencia.

Necesité mucho tiempo para comprender todo esto y aún más tiempo para sonreír cuando veo a un «señor de perfil-terrorista» revestirse con su toga de «patrimonio» y su traje de «representatividad científica» para aprestarse a perpetrar contra mí un delito que mis antepasados hombres practicaron tanto tiempo contra sus mujeres: la castración simbólica, la vuelta al silencio como esencia de la feminidad y encarnación de la belleza.

Y llegamos a la pregunta que el «señor de perfil-terrorista» no dejará de hacer cuando aparezca este libro de entrevistas con mujeres: «¿Son representativas?»

Pues bien, querría demostrarles que un hombre que reaccionara ante estas entrevistas planteándome la pregunta sobre su «representatividad» se desenmascararía de inmediato en el terreno de lucha que eligió para replegarse, es decir, el campo científico, que es el campo político por excelencia. [12]

La confusión entre representatividad y ciencia no es un azar, por el contrario, es el producto sui generis de una historia muy específica del desarrollo de las ciencias sociales, a la que mi «terrorista» se adhiere ciegamente, y que

[12] Pierre Bourdieu, «Le champ scientifique», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales,* 2-3 de junio de 1976.

revela su grado de dependencia con respecto a la «ciencia oficial» occidental; [13] por otra parte, los individuos que afirman que representatividad es igual a «cientificidad» revelan, por lo mismo, sus carencias, sus insuficiencias y, por último, su retraso en relación a la práctica científica y al estado de los conocimientos científicos universales.

La representatividad hace alusión a un determinado método, el estadístico, que se basa en un enfoque muy particular, el cuantitativo, y en una técnica determinada, el cuestionario. Luego afirmar que la práctica científica se reduce al método estadístico, al enfoque cuantitativo y a la técnica del cuestionario es una afirmación que no es signo de ciencia, sino de política. Es declararse adepto al modelo estadounidense, que ha invertido en el reduccionismo empírico no por elección científica, sino para responder a las necesidades de la ley del beneficio, base y finalidad de un sistema capitalista edificado en torno a la publicidad y el consumo.

Se puede concebir a un estadounidense que confunde «cientificidad» y cuantificación. Es fiel a las opciones políticas y éticas que animan su sociedad y determinan su «ciencia oficial». Pero, ¡cómo puede comprenderse que un marroquí tenga la misma confusión! ¿Acaso nosotros, ciudadanos marroquíes, hemos llegado a las mismas opciones éticas y políticas, en el terreno científico, que la sociedad estadounidense? Sólo hay dos respuestas posibles a esta pregunta: sí o no. Si se ha elegido seguir el modelo ético y político estadounidense en materia científica, esa elección, al parecer, no es el resultado de un consenso. Y, por lo tanto, yo tengo derecho, como investigadora, a distanciarme de tal opción y reivindicar otra ciencia. Reivindicar, por ejemplo, que se privilegie el enfoque cualitativo.

Todo lo anterior es para explicar que estas entrevistas no pretenden ser representativas, pero esto no impli-

[13] Pierre Bourdieu, *op. cit.*

ca que estén desprovistas de alcance «científico», en la medida en que uno de los criterios de «cientificidad» es la captación de lo real.

Lo real es demasiado complejo para que pueda ser reducido a unas unidades estadísticas, sin deformarlo ni desfigurarlo. En la *Encuesta sobre el consumo y los gastos de las familias en Marruecos,* basada en el criterio de representatividad, el enfoque es cuantitativo, y la técnica, el cuestionario. La representatividad está garantizada por la manera como ha sido elaborada la muestra, que comprende 6 309 familias: 2 960 de la ciudad y 3 349 del campo. Esas 6 309 familias van a proporcionarnos información sobre el consumo y «la encuesta cubre el conjunto del territorio».[14] La información, en forma de cuadros estadísticos, que me proporciona dicha encuesta se limita a unos conceptos que están lejos de informarme sobre una dimensión de lo real: lo vivido. El cuadro que me ofrece «los coeficientes presupuestarios de los grandes grupos de bienes y servicios», me informa que, en las aglomeraciones urbanas, el 44,7 % del presupuesto familiar se dedica a la rúbrica «comida y bebida». Se trata de una información importante, pero está lejos de englobar y explicar todas las facetas de la realidad de una familia. La entrevista de Tahra Bent Mohámmad me transmite una cantidad de información sobre el «consumo familiar» que ningún cuadro estadístico puede aprehender. Es absurdo que esté defendiendo el enfoque cualitativo y la entrevista. De hecho, sólo los defiendo porque la «ciencia oficial», importada de Nueva York, vía París, quiere convencerme de que el cuestionario, basado en una serie de convenciones, llamadas conceptos, y de definiciones, más o menos defectuosas y como tales admitidas por el propio investigador, es la única técnica científica capaz de captar lo real.

El cuestionario reduce a Tahra Bent Mohámmad a una unidad estadística, es decir, un robot que tiene que

[14] División de Estadísticas, *La consommation des ménages au Maroc,* v. 1, p. 8.

contentarse con responder por medio de un sí o de un no a las preguntas elegidas por el investigador. Las preguntas que Tahra considera prioritarias o pertinentes no tienen un lugar en el proceso de recogida de datos del cuestionario. En último extremo, al investigador le preocupan bastante poco las prioridades que ella tiene. Pero, peor todavía, la manera de formular las preguntas deja a Tahra Bent Mohámmad a merced del investigador. Por ejemplo, cuando éste le pregunta cuántas proteínas consume (carnes, huevos, productos lácteos), le impone que responda con un sí o con un no y que identifique las cantidades de cada producto.[15] Los deseos de Tahra, sus eventuales frustraciones son inconscientemente excluidos: no interesan al investigador. No voy a entrar en detalles metodológicos, ni extenderme en las dificultades que el responsable del proyecto, un funcionario de la División de Estadísticas, que ha tomado como modelo uno de los barrios residenciales de la capital, encuentra para conseguir que Tahra comprenda su concepto de «cuerpo graso» y consiga responder con una forma traducible a un código estadístico. Aquí se pone de relieve la dificultad epistemológica que aboca el cuestionario al fracaso más que al éxito, en lo concerniente a su pretensión de delimitar lo real en el contexto del Tercer Mundo. Me limitaré a citar algunos obstáculos fundamentales:

1. La desconfianza del ciudadano hacia el encuestador: Tahra Bent Mohámmad suele percibir a ese funcionario del aparato estadístico del Estado como un enemigo, con el cual se deben establecer relaciones lo más superficiales y falsas posibles.

2. La dificultad de comunicar, situada en el plano del diálogo, que tiene lugar entre el preguntado y el encuestador, que debe traducir el intercambio oral que se produce entre él y el ciudadano a un código de conceptos,

[15] Véase, por ejemplo, el nº 6.5 de *La consommation des ménages,* vol. 1, página 50.

variables e indicadores estrictamente definido en los despachos de la División de Estadísticas.

3. Otro nivel de dificultades se sitúa durante la etapa de traducción de la información, recogida en unos cuadros estadísticos. Sólo daré un ejemplo: el concepto de media. Cuando el cuadro 1.3 me ofrece la media de gastos por familia:[16] «Es decir, el 50 % de las familias gasta una media de...», creo que tengo derecho a preguntarme sobre la significación de ese concepto y de todos los demás del enfoque cuantitativo que se me quieren imponer como garantía de ciencia.

Estoy persuadida de que la única referencia para la ciencia no puede ser más que lo real. Un método, un enfoque y una técnica son más científicos que otros en la medida en que nos acercan a lo real con mayor fidelidad. La fidelidad a lo real es la única regla que debe guiar nuestra tentativa de establecer una relación científica entre nosotros y nuestro entorno. Y la representatividad, es decir, el enfoque cuantitativo está lejos de garantizar esa fidelidad a lo real. Será necesario no sólo multiplicar los enfoques, los métodos y las técnicas, sino que, como ciudadanos del Tercer Mundo, debemos estimular el uso del libre albedrío *(al-ijtihad)* y la innovación *(al-bidaa),* estimular a los jóvenes investigadores a que sometan a prueba otros métodos y otras técnicas en lugar de cerrarles las puertas de *al-ijtihad,* replegándose en las soluciones sui generis desarrolladas en los países capitalistas.

Puedo sentirme orgullosa de mis entrevistas, en la medida en que me ofrecen un sentido de fidelidad con lo real vivido por las mujeres, que ningún cuadro estadístico me dio nunca. ¿Cómo y según qué reglas llevé a cabo estas entrevistas? Empecé violando la regla número uno, aprendida en la Sorbona y en la Universidad estadounidense en donde me formé en las «técnicas de investigación», a saber: *objetivar al entrevistado.* No podía objetivar a la mujer analfabeta, puesto que tenía con ella una relación afectiva muy especial: me identificaba con ella. Nací en 1940, y muy pocas mujeres marroquíes de aquella generación tuvieron acceso a la escritura, y menos todavía a la enseñanza superior. Tengo, pues, un sentimiento muy fuerte de haber escapado al analfabetismo por un milagro que raya en el absurdo. Para mí, tratar de que una mujer analfabeta se exprese, es dar la palabra a ese «yo» que podría haberse visto abocado al ancestral silencio. Mi relación con la escritura y con el uso que hago de ella está muy condicionado por ese hecho. En los coloquios, seminarios, mesas redondas y conferencias en los que participo, dentro y fuera del país, y que suelen ser casi exclusivamente masculinos, me siento en la posición de un mirón, o más bien, de una mirona. Tengo la profunda sensación de pertenecer al mundo del analfabetismo, en el que estuve inmersa hasta los veinte años, fecha en la que alquilé una habitación en la ciudad universitaria de Rabat. Entonces pasé a formar parte del medio del «saber», de la «escritura» y del «título», es decir, del medio que sigue siendo predominantemente masculino.

Las entrevistas que he elegido para compartir con el lector, de un total de unas cien, acumuladas desde 1970, es una selección de entrevistas a mujeres y niñas amigas, con las cuales la complicidad de la relación ha sobrepasado el estadio de lo superficial y la desconfianza. No es nada fácil establecer una relación con el prójimo basada en la confianza. ¿Existen recetas, consignas para una entrevista? Yo misma estoy tratando de hacer el balance. Las pocas reglas que parecen desprenderse han dictado la forma en que he reorganizado las entrevistas, siendo una de esas reglas que el entrevistador debe, en la medida de lo posible, dejar el campo libre a la relación de igualdad y, sobre todo, mantener un espacio libre para que la personalidad del entrevistado pueda mostrarse. Así que es necesario renunciar a la idea de control, tan grata a las técnicas de investigación, «controlar el proceso», decían

[16] *La Consommation des ménages,* p. 19.

mis iniciadores franceses y estadounidenses, saber prever y codificar todo, en particular, el proceso de comunicación. Me enseñaron muchos trucos, especialmente en lo que concierne a la entrevista pretendidamente no dirigida, que se revela como uno de los métodos más empleados en los sondeos publicitarios. Por mi parte, he aprendido que la mejor regla es saber renunciar al control, correr el riesgo de perder el tiempo y de ponerse en ridículo. De este modo, he aprendido que la mujer analfabeta tiene su propio ritmo de narración, y que es preciso, en el caso de un entrevistado marroquí, aprender a sentir ese ritmo y a respetarlo.

La entrevista de Habiba la vidente confirma mi intuición: la personalidad de la entrevistada es tal que el papel del entrevistador debe limitarse al de mero receptáculo, un simple espacio en el que se despliega y refleja una experiencia coherente y sólidamente estructurada, fruto de la lucha cotidiana contra los «ataques de *riah*».

He tratado, también, de limitar mi intervención en la revisión del discurso de la entrevistada. El límite estaba en que fuera legible. Un discurso hablado no es un discurso escrito. El discurso oral, salvo excepciones (el de Habiba la vidente), es demasiado atomizado y demasiado repetitivo para ser legible. He intervenido, a menudo, en el nivel del *editing*, para que lo fuera. Por otra parte, he tenido cuidado de mantener en el discurso escrito todos los detalles que muestran los malentendidos debidos a la invasión agresiva de mi subjetividad. No siento ningún apuro al mostrar mis torpezas como entrevistadora, al contrario, poniéndolas de manifesto es como conseguiré superarlas, y ésta es la segunda regla importante relativa a la entrevista, desarrollar lo más posible la autocrítica, someterse a prueba continuamente como subjetividad en relación con el otro.

Estas entrevistas no pretenden ser una captación monopolística y «exclusiva» de la realidad de la mujer marroquí. Sería contrario a la apertura que debe presidir

nuestra experimentación de lo real, y a nuestro deseo de serle fiel. Son una simple tentativa, muy humilde, de comprender la complejidad de esa realidad. Desearía que el mayor número posible de investigadores, hombres y mujeres, encuentren en ellas un estímulo para sus iniciativas personales en el camino de la comprensión de los otros y de sí mismos.

Dichas iniciativas deben multiplicarse tanto en los enfoques como en las técnicas y presentación del material. Mi mayor deseo sería suscitar, siguiendo los pasos de estas entrevistas, una serie de debates que cuestionaran nuestro estatuto de detentadores de la escritura y de presuntos depositarios legítimos de la «verdad científica», pues el arma ideológica, en nuestro universo en el que el analfabetismo no sólo es una realidad presente sino el horizonte del futuro, me parece el arma más temible.

Batul Yeluna y Meriem Talbia o la adolescencia en un harén

¿El harén? ¿Qué es el harén?

¿Un fantasma? ¿Una realidad? ¿Un universo erótico?

¿Un mundo carcelario? ¿Un mundo de mujeres o un mundo de hombres?

¿Y quién es feliz en un harén?

¿Los hombres? ¿Las mujeres? ¿Los niños?

Según los testimonios de dos mujeres, Batul y Meriem, que vivieron, en torno a la década de los años treinta, en uno de los más florecientes de Fez, el harén no tiene nada que ver con el erotismo ni el placer. El harén es, antes que nada, una estructura de poder, un sistema en el que opresión y violencia se encadenan en la vida de las mujeres para transformar su existencia cotidiana en un universo carcelario, reflejo y espejo de la tenaza que asfixia al amo en la esfera colonial.

Pero si el harén es una prisión, ésta aplasta las aspiraciones de las adolescentes de manera diferente, según su procedencia de clase:

—Las hijas de los amos se insertan en las estrategias matrimoniales que refuerzan los poderes suntuosos del grupo;

—Las hijas de las clases sometidas son arrinconadas en otras estrategias... Marchan por otros caminos...

Batul Yeluna

Cincuenta años en el momento de la entrevista (1974). Casada y con nueve hijos. Su marido, un hombre de negocios, vive en Fez con su segunda esposa, que tenía dieciséis años en el momento de contraer matrimonio, en 1970. En la actualidad, en Jemisset, se ocupa de su casa y borda.

AMOS, ESCLAVAS Y ESPOSAS LIBRES

—*Vamos a remontarnos a cuando naciste. ¿Cuántas mujeres había en la casa?*

—Lo que recuerdo de entonces es que cada uno de mis hermanos tenía cuatro o cinco esclavas...[1] *Hach* Áhmed tenía cinco; *Hach* Mohámmed, cuatro; Abderrazak sólo tenía una... Deberían de ser unas quince en total... Y estaban también las de mi padre. Algunas esclavas tenían hijos, otras, no. A Ud el-Uard, por ejemplo, la revendieron después de nacer yo.

—*¿Por qué la revendieron? ¿Tenía hijos?*

—No, no tenía. También había dos esclavas, Um el-Jair y Mbarka, que habían acogido. Las habían echado sus amos.

—*Así que tus hermanos tenían cuatro o cinco esclavas... ¿Tenían esposas libres también?*[2]

—A eso voy. Lo que te acabo de contar era cuando nací; entonces sólo tenían esclavas. Las mujeres libres vinieron después.

---

[1] Esclava: en este caso, mujer adquirida por su amo mediante compra. Suele provenir de las clases más pobres. Su situación obedece a las reglas que rigen las relaciones amo-esclavo, especialmente en lo que concierne al concubinato y la filiación.

[2] Esposa libre: «adquirida» por el marido por medio de un contrato matrimonial. Suele ser la sobrina del amo-esposo o, al menos, pertenecer a la misma clase social, es decir, acomodada.

»Únicamente mi padre tenía una esposa libre, además de las esclavas. Se había casado con una prima suya. Fue con ella con la que tuvo a todos mis hermanos mayores. Cuando ella murió, mi padre se casó con su hermana, Lal-la. Lal-la estaba cuando yo nací. Al principio, mi padre no tenía esclavas; su madre le decía siempre: 'Hijo mío, mientras esté yo con vida, no quiero ver esclavas en esta casa'... Pero, cuando ella murió, empezó a comprarlas. De modo que, como te decía, su primera mujer le dejó cuatro hijos; son los hermanos mayores de los que te he contado que tenían cuatro o cinco esclavas cada uno. Su segunda esposa libre le dio doce hijos, que murieron todos... Los hijos de esta segunda mujer no duraban mucho. Morzaka fue la primera esclava que trajo, y, después, comenzó el desfile. A partir de entonces, la familia no paró de crecer... Sin olvidar a mis dos tíos, que vivían bajo el mismo techo que nosotros.

»Los tres hermanos tenían el mismo oficio. Los tres eran tratantes de ganado. Iban a los zocos a comprar vacas, las engordaban y, luego, las revendían.

»Uno de mis tíos no tuvo hijos; el otro, Abderrahman, tuvo dos, y los dos chicos; fue él quien hizo fructificar la casa y la agrandó. Compró una finca con mi padre.»

—¿Compró una finca?

—Sí, la compraron entre mi padre y mi tío... En aquel tiempo, aún no estaban los franceses, y la gente iba en mula... Un día que mi tío estaba durmiendo en una tienda, después de haber adquirido la finca, le pegaron un tiro: le dispararon los mismos que se la habían vendido. Así que mi padre se encontró con una casa enorme. Tuvo muchos hijos... veinte chicos y ocho chicas, sin contar los que segó la muerte.

»Crecimos... En casa, siempre se estaba de fiesta. Era como si estuviéramos celebrando una boda todo el tiempo. La familia iba aumentando. Todos los años, dos o tres esclavas se quedaban embarazadas. Las esclavas se ayudaban mutuamente para criar a los hijos: yo cuido de tu hijo y tú cuidas del mío, y una amamantaba al hijo de otra... Yo, por ejemplo, desde que era muy pequeña, sólo me dormía con Rabha. Las esclavas eran como hermanas...»

LOS PLACERES Y LOS DÍAS

—Crecí feliz; jugábamos y reíamos todo el tiempo. Todos los viernes hacíamos fiesta en casa. La gente pensaba que siempre festejábamos algo. Había una bailarina, una *xijat*, y las mujeres se sentaban...

—¿Sólo había mujeres?

—Nada más que mujeres, y mi padre, bien acomodado en un sofá, en el salón grande...[3] las mujeres sentadas, vestidas de gala, y la *xijat* tocando... Todas las mujeres llevaban alhajas de oro y ajorcas en los pies. Mi tía Zid El Jir llevaba siempre vestidos maravillosos, y todas sus alhajas eran de oro... hasta nosotras, las niñas, llevábamos alhajas de oro. ¡Ni qué decirte que no esperaron a que fuéramos mayores para ponérnoslas!

—¿Eras revoltosa de pequeña? ¿Con quién jugabas? ¿Os peleabais los niños?

—Siempre estábamos riendo o jugando... Mi hermana Rabea y yo jugábamos a la recién casada... Estaban también mis sobrinas, Hafida y Zubida... éramos como un terremoto; sobre todo, Zubida, un diablo terrible de lista y espabilada que era...

—¿No os enseñaban a leer y a escribir?

—Instalaron una escuela coránica en la casa, pues éramos muchos, contando mis hermanos y hermanas pequeños, y mis sobrinos y sobrinas. El maestro venía a casa. Pero si te contara todas las majaderías que hacíamos, no terminaría nunca...

—¿Vuestro padre os cogía en brazos y jugaba con vosotros cuando erais pequeños?

[3] Más exactamente, bajo la *qubba*, la cúpula del gran salón rectangular, situado en la planta baja y dotado de una vista privilegiada sobre el patio y/o el jardín interior.

Todas las tarde se sentaba en su salón privado[4] y reunía a todo el mundo: a las esclavas, a sus hijas y a todo el mundo... Tomábamos el té con él.

—¿Y le hablabais? ¿Os reíais con él?

—No, no nos reíamos con él. Ni hablar de reírse ni de dirigirle la palabra. No decíamos nada. Tomábamos el té, y ya está. Después de eso, cada cual se iba a lo suyo.

—¿Os pegaba alguna vez?

—¡Menudas tundas nos daba!

—¿Pegaba también a las esclavas?

—No, nunca le oímos azotar a ninguna de ellas. Salvo una vez, a Saída y Fatma.

—¿Por qué les pegó?

—Porque se habían peleado; se reconciliaron inmediatamente después. Otra vez se pelearon Ud El Uard y Fath Ezhar. Fath Ezhar era la favorita. *Mama* El Ambar aguardó a mi padre toda la tarde para ser la primera en hablarle. Le dijo: «Mira lo que ha hecho Fath Ezhar a mi hermana Ud El Uard». No le dejó que escuchara a Fath Ezhar. En realidad, fue Ud El Uard la que había dado una paliza de muerte a Fath Ezhar.

—¿Y por qué le pegó?

—No sé, debió de insultar a su hija, o algo por el estilo. No me acuerdo exactamente. Por eso, cuando *mama* El Ambar habló con mi padre, éste no quiso escuchar a Fath Ezhar. Todas las esclavas se querían como hermanas. Pero a Fath Ezhar nadie la quería porque era la favorita.

—¿Y vosotras, las niñas, qué hacíais?

—Pasábamos el día riendo y jugando. Por la noche, cuando las demás dormían, nos quedábamos despiertas como unos diablillos, unos verdaderos *yenun,* hasta muy tarde... ¡lo que nos podíamos reír! Mis cuñadas, las más jóvenes, se quedaban despiertas con nosotras, las niñas de la casa. Nos hicimos muy amigas de ellas, las queríamos mucho y nos correspondían. Éramos como hermanas, de verdad que no sabíamos lo que era la vida antes de conocerlas.

[4] Se trata del *menzeh*, amplio salón, situado en la segunda o tercera planta, con vistas al exterior, el jardín o los tejados vecinos.

—¿Tocabais la pandereta en vuestras veladas?

—No, no sabíamos tocarla. Trasnochábamos y nos divertíamos. Pero *mama* Yasmín no nos dejaba ni un momento. Aunque la puerta de la casa estuviera cerrada y la de la terraza también, nos seguía todo el tiempo con el rosario en la mano... ¡Lo que nos divertíamos! Si alguien se había guardado algo de comer, se lo quitábamos y nos lo zampábamos.

—¿Quién se encargaba de las faenas de la casa? ¿Quién cocinaba, hacía el pan y fregaba los suelos?

—Las esclavas. Cocinaban para todo el mundo, porque toda esa gente de la que te he hablado comía en la misma mesa. Pero, cuando la familia creció y hubo esposas libres, eso cambió. Las esposas libres comían aparte, y las esclavas también. Las esposas libres tenían su vajilla, sus fuentes, sus muebles, y las esclavas lo mismo.

—¿Por qué se separaron?

—Porque empezaron a pelearse entre ellas. Mi padre tuvo que meter a las esclavas en una casa y a las esposas libres en otra. Por suerte, teníamos cuatro casas para albergar a toda la familia... Al principio, sólo teníamos tres, pero, con la llegada de las esposas libres, mi padre consiguió una cuarta casa. Los hombres comían por su lado, las esposas libres por el suyo, y las esclavas lo mismo.

—¿Y las niñas con quién comíais?

—Con Lal-la, nuestra madrastra, y con las esposas libres, nuestras cuñadas. Nos llevábamos bien con ellas. En cuanto a nuestras madres, las esclavas, ponían dos mesas para ellas solas, separadas.

—¿Entonces, quién hacía las faenas de la casa?

—Las esclavas. Las esposas libres no hacían nada. Las esclavas cocinaban y fregaban el suelo; lo hacían todo. Cada esposa tenía su esclava. Cuando un hombre tomaba esposa, tenía la obligación de comprarle una esclava.

La futura esposa recibía la esclava y la llevaba consigo el día de la boda. Si la esclava se ponía enferma o se moría, bueno, pues el marido le compraba otra.

—*¿Y cómo se organizaban las esclavas para hacer las faenas domésticas?*

—¡Por turnos!, pero no todas cocinaban; sólo mi madre, mi tía Lyacut y *mama* Mabruka hacían la comida. Un mes cada una. Cada una de ellas cogía a otras tres esclavas para que la ayudaran diez días. Se encargaban de la limpieza, fregaban las ollas y encendían el fuego. Pero era la esclava responsable de cocina la que preparaba los platos y servía la mesa. Pasados los diez días, cogía a otras tres, y luego a otras, hasta el final del mes. Entonces descansaba y le tocaba el turno a otra.

—*¿No hacían otros trabajos?*

—Las esclavas que no se encargaban de la cocina hacían el resto. Servían a los hombres, les preparaban el desayuno, etc... Las esposas que no tenían esclavas cogían «criaditas» para hacer las faenas.

—*¿Y el suelo?*

—Las esposas fregaban el suelo de su casa, ayudadas por sus esclavas. Las que no tenían, lo hacían ellas.

—*Y vosotras, ¿participabais en las tareas domésticas?*

—Cuando teníamos la edad[5] nos decían: «Tenéis que aprender a hacer las tareas de la casa». Empezábamos por la cocina. Las esclavas cortaban la carne y las cebollas; nosotras echábamos las especias: pimienta en ese plato, azafrán en aquel otro, esto a los garbanzos, aquello a las cebollas. Cada chica pasaba un mes en la cocina con la esclava responsable. Yo iba con *mama* Lyacut. Mi hermana Aixa iba con mi madre, que la quería mucho. Y así...

—*¿Aprendíais algún oficio?*

—No, fue mucho más tarde cuando empezamos a aprender oficios. Las mayores, como nosotras, aprendían

[5] La de la pubertad.

en casa. Luego, las más jóvenes empezaron a ir a casa de la *maalma*.[6] A nosotras, nos enseñó nuestra madrastra a bordar. Nos enseñaba pegándonos, ¡por eso yo no aprendí nada de nada!

—*¿No podíais protestar?*

—Nadie se atrevía a mover ni un dedo... No podíamos levantar la voz.

—*¿Y cómo estabais distribuidos en la casa?*

—Las esposas vivían en la planta baja. Cada una tenía su salón. Las esclavas ocupaban el piso superior; vivían de dos en dos y compartían la habitación... Todas las casas tenían dos plantas.

—*¿Cómo se organizaba el amo de la casa, tu padre, con tantas mujeres?*

—Mi padre tenía un salón particular. Una de las casas estaba reservada para los hombres, porque siempre había invitados. Pasaban noches enteras jugando a las cartas. La esposa se iba a dormir sola. Él llamaba a la esclava que deseaba y la invitaba a su salón. Se quedaba con ella un rato y luego iba a reunirse con la esposa libre para el resto de la noche.

—*¿Invitaba a las esclavas por turnos?*

—No, invitaba a la que quería... A la que le apetecía, la llamaba...

—*¿Había esclavas a las que no hacía ningún caso?*

—Sí que las había... La casa de los hombres era muy grande. Mi padre tenía todo el tiempo invitados. Honraba a los *xorfa*;* nunca comía solo. Se servían siempre dos mesas para la cena. Los chicos se quedaban con sus madres, pero, cuando empezaban a hacerse mayores, iban también a la casa de los hombres.

[6] Maestra en técnicas de bordado y otras artes tradicionales (pasamanería, tejido, etc.). «Ir a casa de la *maalma*», es decir, salir de la casa paterna para aprender a bordar se consideraba un progreso y una brecha en la segregación sexual, que sólo permitía a las chicas salir dos o tres veces al año, en ocasiones excepcionales.

* *Xorfa*, plural de *xerif(a)*, jerife, descendiente del Profeta [por línea de Ali y Fátima] *(N. T.)*.

—¿No pasaban la noche en casa con sus hermanas?

—No, dormían solos. Durante el día, podían entrar en la casa de las mujeres; iban allí a jugar, pero por la noche tenían que volver a sus habitaciones. Los hombres se quedaban hasta la una o las dos de la madrugada jugando a las cartas. Cuando se iban los invitados, mi padre encerraba a los chicos hasta el día siguiente. Por la mañana iban a la escuela. En aquella época no había escuelas, sólo había el *m'sid*.[7] Iban al *m'sid*; fue mucho más tarde cuando empezaron a ir a la escuela.

—Cuando alguien caía enfermo, ¿quién lo atendía?

—En mis tiempos, había un médico que venía a casa. Se llamaba Temsamani; era un viejo, no como los que han estudiado en Francia. Si una mujer estaba enferma, venía a examinarla a casa y le daba medicamentos.

—¿Qué clase de medicamentos? ¿Hierbas?

—Ya no me acuerdo.

NOVIAZGO Y MATRIMONIO

—¿Cómo se casó tu hermana mayor?

—La vieron y vinieron a pedir su mano.

—¿Pero dónde pudieron verla, salíais?

—No, nunca.

—¿Ni siquiera para ir al baño moro?

—Sí, para ir al baño moro, sí... Íbamos por la noche una vez al mes... Por aquel entonces, alquilaban el baño. Pero cuando fueron llegando mis cuñadas, empezamos a ir al baño público con todo el mundo. Entonces podían vernos. Trataron de saber si mi padre tenía hijas y así fue como vinieron a pedir la mano de mi hermana Zineb. Estuvo de novia siete años.

—¿Siete años?

—¡Sí, siete años de noviazgo!

—¿Siete años con el acta de matrimonio escrita y todo?

[7] *M'sid*, escuela coránica.

—No, la verdad es que no sé si el acta estaba escrita o no. De lo que sí me acuerdo es de que vinieron a nuestra casa; se pusieron de acuerdo y recitaron la *fatiha*.[8] Mi hermana se adornó con perlas, como requería la ocasión, pero no hubo consumación del matrimonio. Mi familia estaba empeñada en celebrar el noviazgo. Fue durante la fiesta de la boda de mi hermana cuando me hice novia yo...

—¿Cómo fue eso?

—Ella me vio en casa de mi padre... Nos hacía los colchones. Luego fue a hacerlos a casa de mi futura familia política, y fue la que les dijo que mi padre tenía hijas casaderas. Vinieron entonces a pedir mi mano. Mi padre se negó a casarme antes que a mi hermana. Le dijeron: «nos basta su palabra, mientras esperamos la boda de su otra hija». Y, en el momento en que mi hermana se prometió, volvieron a por mí. Me casé enseguida. Tuve a *Sidi* Mohámmed y a Saída, mientras mi hermana seguía de novia, ¡y aún le quedaban cinco años! Después, le tocó a mi sobrina y a otras muchas de las chicas del grupo.

—Dime, ¿nunca salisteis para ir a casa de otra familia, para una boda, por ejemplo?

—No, nunca fuimos a casa de nadie, salvo a casa de mi hermana mayor. Cuando queríamos ir a su casa, mi padre le pedía la llave de la terraza. Ella cerraba con llave la terraza y se la mandaba durante nuestra estancia. Sólo estaban invitadas chicas, y nos quedábamos en su casa entre diez y quince días... Sus hijas, mis sobrinas, tenían la misma edad que nosotras. También venían ellas a nuestra casa. Era estupendo, no nos preocupábamos de nada...

—¿Y si no era allí, no ibais a ningún otro sitio?

—Sí, una vez al año, en la fiesta del Mulud, Lal-la, nuestra madrastra, nos llevaba de visita a Mulay Idris...

[8] Primera azora del Corán, literalmente «la que abre». Rito de petición de mano que consagra oralmente el matrimonio en todo el Marruecos rural.

Por aquel entonces éramos ya unas jovencitas, y las esposas de nuestros hermanos vivían con nosotros. Mi padre sólo confiaba en su esposa para que nos sacara.

—¿Qué os poníais para salir? ¿Jaíques?

—Mis hermanas mayores se ponían el jaíque para salir. Yo era todavía pequeña y me ponía una chilaba,[9] la de mi hermano Abderrahman, y mi hermana Aixa se ponía la de mi hermano Mohámmed. Mucho después, cuando empezamos a ir a la casa de campo, todas las mujeres se ponían chilabas. Nos poníamos también el velo, que era muy tupido...

—¿Durante tu noviazgo, tu novio te enviaba regalos?

—En mi caso, se hizo todo al mismo tiempo: el noviazgo, la dote y todo lo demás. Recibí un collar de perlas y un collar de oro. En la boda de mi hermana Zineb, mi novio me hizo un regalo[10] a la chita callando: la esclava de confianza que había venido a la boda, ofreció también un regalo a la novia, y mi novio aprovechó la ocasión para hacerme llegar un broche. Pero lo rechacé. Ella se lo devolvió, y él lo guardó hasta mi boda.

—¿Cuéntame algo de tu boda?

—Durante los siete primeros días de la boda, me tuvieron expuesta, toda engalanada...

—¿No te acompañó nadie a casa de tu marido?

—Sí, Dada Mesauda y la *guelasa*...[11] Dada se quedó conmigo bastante tiempo, hasta que me acostumbré. Al séptimo día salí a saludar a los hombres.

—¿A qué hombres?

—A los hermanos y los primos de mi marido... Vivían en la misma casa que él. Así lo quería la tradición. Se trataba de los únicos hombres de la familia ante los

[9] Prenda de vestir masculina que fue adoptada por las mujeres en sustitución del jaíque en la década de los años cuarenta. Era el equivalente del jaíque, pues se completaba cubriéndose el rostro con un velo.

[10] *Tfkira:* regalos que el novio ofrece a la novia con motivo de una fiesta religiosa o acontecimientos excepcionales, como bodas, etc.

[11] *Guelasa,* mujer encargada de velar sobre las cosas de la recién casada y su bienestar durante las primeras semanas en el domicilio del marido.

que podía mostrarme; había que saludarlos, y, cada vez que saludaba a uno, me hacía un regalo, unos brazaletes, o... Al día siguiente, hice la ceremonia del pez. Traen un pez y lo colocan junto a la fuente.[11] La novia tiene que coger el pez y ponérselo en el pie derecho. Después, vuelve a coger el pez y se lava las manos delante de todo el mundo... ¡La cantidad de gente que puede haber en una casa tan grande! ¡Y las invocaciones al Profeta, y las albórbolas! Traen una bandeja con jabón y un frasco de perfume para que la novia se lave las manos. Después, vuelve a su habitación.

—¿Y luego?

—Luego, bueno, pues trabé amistad con las hermanas de mi marido. Eran ya unas jovencitas cuando llegué. Así que enseguida nos hicimos inseparables.

—¿Hacías las tareas de la casa?

—No, no hice nada durante ocho años... Comía y dormía, nada más. Mi familia política era muy grande, todos los hermanos, los primos de mi marido y su padre estaban casados, y cada uno tenía tres, cuatro o cinco esclavas, sin hablar de los que tenían dos esposas. Vivíamos en tres casas. Las esclavas eran las que hacían las tareas. Vivía como una reina. Mi suegro me quería mucho. Todas las mañanas al levantarse preguntaba por mí.

—¿Tú le hablabas?

—No, era un hombre muy severo. Cerraba toda la casa. La puerta de entrada y la de la terraza; no podíamos ver nada de lo que pasaba fuera. Él vivía en la casa más pequeña. Durante el día, recibía a los amigos para jugar a las cartas y, por la noche, unas veces estaba en casa de una y, otras, en casa de otra. En la familia no había nunca ni disputas ni peleas. Nosotras lo único que hacíamos todo el tiempo era reír y jugar a las cartas. Los hombres temían mucho a mi suegro. Nadie se atrevía a fumar en

[11] Fuente o pila situada en medio del patio interior que ocupa el centro del espacio doméstico tradicional.

su presencia ni a levantar la voz... Un día, mi marido estaba haciendo las cuentas y se retrasó en el almacén. Cuando volvió, su padre le dijo: «¡Fuera!». «Pero... vengo de la tienda», respondió mi marido, «estaba haciendo las cuentas... puede usted preguntar a fulano o a mengano». Y mi suegro ni se alteró: «¡No quiero saber nada, tienes que volver a la hora, y ya está!».

—*¿Tu suegro tenía alguna actividad?*

—Tenía un gran almacén de tejidos. Se puso del lado de los nacionalistas, por eso lo encarcelaron, y luego tuvo que exiliarse y todo lo demás.[12] Después, ya no volvió a meterse en política, se dedicó sólo a su comercio. Su hermano y él eran socios. Y mi marido era el que iba a buscar la mercancía a Francia. Todos los hijos y los sobrinos trabajaban con él en el almacén.

—*¿Cuánto tiempo estuviste con tu familia política?*

—Ocho años... tuve mis tres primeros hijos allí, luego nos fuimos a vivir a otra parte, porque hubo problemas entre mi marido y su familia.

RELACIÓN DE LA MUJER CON SU FAMILIA DESPUÉS DEL MATRIMONIO

—*¿Volvías de vez en cuando con tu familia?*

—Íbamos a la finca de mi padre... Cuando nos casamos mi hermana Zineb y yo, mi padre cogió una finca asociado con un francés... Después, se separaron, y mi padre se quedó con la granja. Íbamos allí; las esclavas favoritas que se quedaban en Fez iban de paseo a los jardines Ban Ftuh. Solíamos ir en primavera. Entonces nos hacían la *diafa* a las casadas jóvenes. Mi suegro y mi marido me acompañaban. Era la única vez al año que veía a mis hermanas casadas, porque todas las casadas formaban parte del grupo...

[12] Se trata del movimiento nacionalista , iniciado en 1912, que sacudió la sociedad marroquí durante la lucha contra la colonización francesa. Los acontecimientos relatados aquí se sitúan en la década de los años cuarenta.

Meriem Talbia[1]

Cincuenta años en el momento de la entrevista (1975), ha trabajado toda su vida de criada.

DE UNA FAMILIA *XORFA*...

—Pertenezco a una familia de *xorfa,* pero pobre. Mis padres no tenían bastante dinero para darme todo lo que hubieran deseado. Así que me confiaron a una familia muy rica que conocían. Tenía entonces cinco años. Me quedé con ellos siete años, hasta que murió mi «señora», que tenía una hija más o menos de mi edad. Nos crió a las dos de la misma manera, sin hacer distinciones. Fuimos juntas a la alfaquí y luego a la *maalma;*[*] la verdad es que me trataba como a su propia hija. Mi madre murió de parto, entonces mi señora me dijo: «Yo soy como tu madre; tú te quedas conmigo; ahora eres hija mía.» Murió cuando yo tenía doce años. Al poco, su marido intentó acostarse conmigo, y, entonces, decidí marcharme. Pero, ¿a dónde? Mi padre se había vuelto a casar, y ya no había sitio para mí en su casa. De modo que me fui a casa de mi hermana. Pero todo empezó a fastidiarse cuando me di cuenta de que ella sospechaba que yo le gustaba a su marido, aunque nunca hablamos de eso. Entretanto, me había hecho muy amiga de la vecina, que tenía una niña pequeña, Mama. La cuidaba y ayudaba a su madre a lavar la ropa. De este modo trataba de evitar al marido de mi

[1] Talbia: variante femenina de un patronómico *xorfa* [véase nota traducción página 9]. Por lo general, el patronómico asume una importancia particular en la identidad de los individuos, dada la amplitud de sus connotaciones de clase, región y tribu.

[*] Véase nota 6, página 9.

hermana y preservar mi relación con la única persona de mi familia a la que quería de verdad. Voy a echarme a llorar. Siempre me echo a llorar cuando recuerdo ciertos momentos de mi vida *(se calla durante un rato para controlar su emoción).*

—¿Por qué crees que todos los hombres iban detrás de ti?

—A los diecisiete años tenía una melena pelirroja que me llegaba hasta las rodillas; era alta y fuerte, tenía la fuerza de la juventud. Es como si pones un plato de carne fresca delante de un gato hambriento. Como era pobre y sin familia, era una presa fácil...

»Un día le pedí a una amiga de mi familia, *Lal-la* Fátima, que me buscara una casa a la que pudiera ir, en la que apreciaran mis servicios sin humillarme. Me llevó a casa de los Benyelún. [2] Pero antes de irme de la ciudad, me fui a ver a mi hermano más pequeño. Le dije que quería mi parte de la herencia, me dijo que nunca me había visto en casa y que, por tanto, yo no era su hermana, y que él sólo tenía una hermana y no dos. Cuando insistí y me puse a gritar, me amenazó con un cuchillo. Estaba tan aterrorizada que renuncié a mi parte, que además no era gran cosa, y desaparecí. Mi hermana y mi hermano se repartieron lo poco que había, y yo fui a dar con la familia de los Benyelún, a cien kilómetros de Fez. Entonces vivían en la finca.»

...AL EMBARAZO CLANDESTINO

—El hombre en cuya casa trabajaba, Mohámmed, estaba muy enfermo. Sus hermanas vinieron a buscarme para que lo cuidara. Lo serví, le lave la ropa, vacié el bidé

[2] Benyelún: se trata de la misma familia descrita en la entrevista anterior. Mohámmed es hermano de Betul Benyeluna. Durante la década de 1930, a las familias burguesas les resultaba ya prácticamente imposible seguir abasteciéndose de esclavas, lo que propició la aparición de un nuevo tipo de doméstica: las «criadas», procedentes todas ellas de una misma capa social, las familias pobres. Meriem es bastante representativa de esta «proletarización» a la que se ven sometidas tanto las familias campesinas como las urbanas, en las que las hijas jóvenes, que anteriormente eran tomadas a su cargo por la familia, entendida en su sentido más amplio, ahora se ven obligadas a ganarse la vida.

y sus vómitos durante semanas; estaba muy enfermo. Después, se restableció y volvió a ser guapo, elegante y fino. Había allí una atmósfera tan diferente de la que yo estaba acostumbrada en la pobreza de Fez. Era una gran finca: recuerdo los campos, la belleza de la naturaleza, las veladas, las reuniones en las que se bebía, se reía y la gente se divertía...

»También yo comencé a probar el vino y a conocer el placer. Era virgen, y él me desvirgó. A los pocos meses, se volvió vulgar y violento conmigo. Si quería abandonarlo, me amenazaba con lanzar detras de mí a la policía. Decía que podía pedir a un amigo suyo que arrojara una botella de vino a mis pies y dijera que yo era su amante, o, mejor aún, si me iba, diría a la policía que le había robado para que me buscara. Pertenecía a una de esas familias de Fez que debían su poder a la protección francesa. Los miembros de esas familias podían robar y matar impunemente; a ellos no se les aplicaba la ley. [3] Yo no tenía ningún apoyo familiar y era pobre; él podía quitarme de en medio sin que sucediera nada. Así que tenía que resignarme y quedarme.

»Un día, cuando tenía que ir a Francia para operarse, le dije que no había tenido la regla desde hacía un mes, y que debía de estar embarazada. Me dijo que me las apañara para abortar. Después se fue a Francia. Como en aquella finca había mucha gente, sus hermanos con sus mujeres e hijos, las esclavas de su padre y sus hermanas divorciadas o solteras todavía, pensé que era mejor que me fuera a un lugar más tranquilo y le pedí que me dejara marcharme a Fez a casa de su hermano mayor por parte de padre (no son de la misma madre), *Si* Áhmed. Eran menos y, sobre todo, más agradables.»

[3] Es evidente que «la protección francesa» no eximía a los privilegiados de someterse a las leyes sociales elementales, pero así es como lo percibía el pueblo, es decir, los que no se beneficiaban de ella.

¿CÓMO ABORTAR?

—Al llegar a Fez, me puse a indagar los medios para abortar y me los aplicaba uno tras otro. Uno de los primeros consistía en beber el zumo de seis limones con una cucharada de pimienta fuerte, lo que hice por la mañana temprano. Hacia las seis de la tarde, sentí que los intestinos se me caían a pedazos. Una vez repuesta, puse en práctica otro método con hojas de tabaco fresco; las metí en un poco de lana nueva y me lo introduje todo en la vagina. Unas horas después, vomitaba de tal forma que me arrastraba por los suelos; unos vómitos que habrían arrancado las raíces de los árboles. Luego, probé otras cosas del mismo estilo, y siempre me producían vómitos y dolores, pero nada más. Fui entonces a un alfaquí y le pedí que me hiciera un *tkaf*;[4] se negó, alegando que ya no era posible en esa etapa de mi embarazo. Pero, en cambio, sí que podía confeccionarme un amuleto que impediría a la gente ver que estaba embarazada. Mientras lo llevara, nadie notaría mi estado. Me lo escribió, y ya no me lo he quitado nunca. Como trabajaba siempre con la ropa recogida en las caderas, y como era un primer embarazo, tenía el vientre más bien plano, y nadie, efectivamente, se dio cuenta de nada. Lo único que me sucedía es que se me hinchaban los tobillos, y eso sí que se veía.

»Entre tanto, guardaba el secreto, pero, un día, me confié a *Lal-la* Malika, una amiga de la familia. Estaba también embarazada, pero tenía marido. Le pedí que me ayudara a desembarazarme del crío y le dije que haría todo lo que quisiera. Le daría todo lo que tenía. No sólo no me ayudó, sino que fue pregonando por todas partes

[4] *Tqaf*, operación mágica que habría detenido, «bloqueado», el desarrollo del feto en el estado en el que estaba.

que yo estaba embarazada. Todos lo sabían, pero nadie vino nunca a decírmelo a la cara, nadie.

»Estaba embarazada de seis meses. Era primavera; mi amo, *Hach* Áhmed, se iba a la granja con su familia para disfrutar de la primavera y cuidar de las tierras y el ganado. También yo tuve que volver a aquel mundo hostil del que había huido unos meses antes.

»La hermana de mi señor llamó a *Si* Áhmed por teléfono y le dijo que yo no debía volver a la finca, que estaba embarazada y que el hijo no era de su hermano; que era una puta, una del arroyo, en donde había pescado al bastardo; que había mentido y había dicho que el hijo era de su hermano. Además, como ella no se había casado aún, tenía miedo por su reputación, de que se dijera que en casa de los Benyelún había una puta que iba a parir un bastardo. Pero el hermano mayor era un señor. Sabía que yo era *xerifa*.* Y creo conocía bien a su hermano; resumiendo, se opuso al chantaje y le dijo: 'Nuestro hermano me confió esta mujer y se queda conmigo hasta que regrese. Si me hubiera confiado una burra o una perra, habría hecho lo mismo, con más razón aún tratándose de un ser humano.'

»Un mes más tarde, mi amo volvió de Francia. Su hermana fue a buscarlo al aeropuerto y aprovechó para descargar su veneno, de forma que no volvió a dirigirme la palabra y se puso en mi contra.

»Entre tanto, yo seguía teniendo las piernas hinchadas. Unos decían que había abortado, otros que seguía encinta. Hablaban a mi alrededor, pero nadie tenía la honestidad, o la conmiseración, o el valor de venir a preguntarme abiertamente si estaba embarazada o no. La hostilidad de la hermana iba en aumento, advirtió a su hermana mayor, que se puso de su lado; ambas montaban la guardia, había que impedir que pudiera verme a solas con su hermano. Eran como unas furias.

* Véase nota traducción, página 9.

»Un día, una esclava de su padre, muy buena y piadosa, se acercó a ellas y les dijo que era inhumano tratarme de esa forma, que, incluso si hubiera cometido un delito, había que tratarme con decencia. Le pidieron que se fuera. Decidí cerrar el pico hasta el parto. ¿A dónde iría? ¿A qué casa? Podría coger el coche de línea, ¿pero para ir a dónde? Lo compensaba todo redoblando el trabajo; pasaba todo el tiempo lavando la ropa de los demás, limpiando sus casas y sirviéndolos. Por la noche, estaba tan agotada que me quedaba dormida nada más poner en la almohada.»

EL RECIÉN NACIDO MUERTO

—Un día, me puse mala por la mañana muy temprano. Estuve mal todo el día. Me entregué en cuerpo y alma al trabajo. Por la noche, unos pinchazos terribles me atenazaban la espalda. La casa estaba llena; niños, viejos, adultos, hermanos y hermanas de mi señor, las esclavas de su padre que todavía vivían: un hormiguero. Acudí donde Selma, una esclava joven, muy dulce, que tenía su habitación un poco retirada. La puerta estaba cerrada, porque quería descansar, me había dicho que volviera más tarde. Llamé a la puerta, desesperada. Cuando abrió, le dije: «¡Guarda mi secreto, y que Dios te proteja! ¡Soy *xerifa,* mis antepasados remontan al Profeta, guarda mi secreto!» Ella estaba de pie, muda. La sacudí: «¿Quieres guardar mi secreto?» «Sí», murmuró, pero seguía inerte. «¿Qué te pasa, es que no quieres?». «Sí, pero es que acabo de soñar todo esto. He venido a descansar del trabajo. He soñado que abrías la puerta y que me decías: guarda mi secreto, y mis antepasados te ayudarán cuando estés en dificultades».

»Los dolores se redoblaban. El niño venía de pies, salió primero un pie; me puse a arrancarme los cabellos y a arañar las paredes del cuarto; y, después, el otro. No gritaba por miedo. Selma se quedó clavada delante de

mí, estaba aterrorizada y no podía ayudarme; sólo me miraba. Yo sacaba al niño pedazo a pedazo. Estaba medio fuera, casi todo entero, salvo la cabeza; y se movía, luego... fue el fin; estaba muerto, salió la cabeza, y la placenta encima. Un niño gordito y blanco. Selma, que había permanecido inmóvil, acabó reaccionando. Se puso a recoger la sangre; luego, cogí al niño, lo envolví en una toalla y me lo lleve en brazos; me dirigí al río y lo arrojé. No tenía otra opción.

»Dormí unas horas junto a Selma, hasta el alba. Después, me puse de nuevo a fregar los suelos de los demás, a lavar su ropa y a servirlos.

»Aquella noche, supimos que mi señor había tenido un accidente de automóvil...»

Rabea, o la escapada de una odalisca en el corazón del siglo XX

Rabea nació en 1940 en el seno de la burguesía urbana de Safi y hubiera podido llegar a ser una odalisca, una mujer de harén, como su madre, como todas las «jóvenes de buena familia» del Marruecos colonial. Nobleza obligaba.

Pero las luchas nacionalistas de sus mayores iban a trastornar una esfera que sus fantasmas habían privilegiado y determinado como inmutable, ahistórica, fuera del tiempo y de las luchas:

– la esfera de lo íntimo,
– la esfera de lo privado,
– la esfera de las hijas y de las madres,
– la esfera doméstica.

Entre los notables del Marruecos colonial, los que eran partidarios de la visión nacionalista no integraban en ella, en absoluto, la liberalización de las relaciones en el seno de la familia. Para ellos, la lucha nacionalista era una lucha por la redistribución política de las cartas entre las elites masculinas. Aquellos notables enviaron a sus hijas a la escuela, con el velo... Las escuelas se llamaban «escuelas para niñas musulmanas». Los nacionalistas actuaban para que se realizara «el entrañable Marruecos musulmán en el que se conservan todas las tradiciones que yo respeto». El «yo» es el del Mariscal Lyautey, autor de esa frase. Los nacionalistas soñaban con un Marruecos nuevo, industrializado, educado, democratizado, en donde las muchachas siguieran llevando*

* General reformista francés. Ocupó Uchda en 1909 y fue nombrado Comisario Residente General de Francia en Marruecos tras los graves acontecimientos de Fez, en 1912, año en el que Francia impuso al Sultán el Protectorado *(N. T.)*.

el velo, siguieran enclaustrándose y observando la historia a través de las rejas cinceladas del ajimez...

Rabea, la muchacha de buena familia, aspiraba a otra cosa: soñaba con la autorrealización, con la educación, con el derecho a expresarse, a reflexionar. Rabea soñaba con vivir...

Los nacionalistas, que habían creído romper los sueños de los colonos, se encontraban sin recursos ni alternativas ante los de sus hijas.

Rabea

Treinta y tres años en el momento de la entrevista, en 1973. Divorciada y con hijos. De la burguesía urbana. Estudios superiores. Marido médico y casado de nuevo.

—Soy profesora, doy clases en un instituto, soy funcionaria del Ministerio de Educación. Somos quince hermanos y hermanas *(risas).*

—*¿Sois quince hermanos y hermanas de la misma madre?*

—¡No, afortunadamente!

UN PADRE ARTISTA Y POLÍGAMO

—Mi padre tenía varias mujeres. Le gustaban las mujeres, como a todo marroquí que se precie. Tenía además una facilidad enorme para seducirlas. Era artista, músico. Se casaba todos los meses. Elegía una novia nueva en un barrio diferente de Safi, con cierta regularidad. Acabó casándose con un montón de mujeres. La primera le dio cuatro hijos, creo. La segunda, uno solo, una niña. La tercera, tres. Mi madre le dio seis ella sola, sin contar, evidentemente, los que murieron antes, durante o después de nacer. Si contamos los muertos, llegamos a cuarenta y cinco. Si no hubiera actuado la selección natural, sí, seríamos cuarenta y cinco. Mi madre fue la última. Era la preferida. La quería mucho, porque todas las mujeres que había tenido antes eran analfabetas y de clase media. A mi madre, al ser hija única, su padre, que era bastante acomodado, le había ofrecido los servicios de una alfaquí a domicilio. Mamá era una mujer muy sensible, muy fina,

y creo que eso era lo que mi padre buscaba en una mujer, más que la satisfacción sexual. Sabes, las otras debieron dárselo todo en ese terreno. Ella le dio otra cosa, compartió con él algo distinto y, por eso, la prefería.

—¿Era más joven que él?

—Por supuesto, mucho más joven. Pero no recuerdo a mi padre... Vivía en Rabat, mientras que yo vivía en Safi con mi madre.

—¿Por qué tus padres no vivían en la misma ciudad?

—Mi padre era artista. Ya conoces a los artistas... lo primero es el trabajo. Era músico. Tocaba el laúd, el *kanun* y otros instrumentos, pero esos dos eran sus preferidos. Enseñaba música a los que podían dedicarse a esa clase de pasatiempos. Vivía en un medio muy particular, con un género de vida que dejaba poco lugar a una vida familiar normal. Ese medio que apreciaba su música lo monopolizaba por completo. Ya sabes cómo las altas esferas pueden consumir a un músico. No lo veíamos nunca. Toda la familia vivía en Safi.

—¿Vivíais todos juntos con vuestros tíos y tías, o únicamente tu madre y sus hijos?

—Al principio, vivíamos todos juntos: las otras esposas de mi padre, sus hijos, los tíos... Una casa enorme. Figúrate que la convirtieron en una escuela. Eso te puede dar idea del espacio. Nací en el momento en que mi madre había decidido separarse, no vivir ya en comunidad. Se hizo independiente y se instaló con sus hijos en otra parte. Entonces vivíamos en un espacio muy reducido mi madre y sus seis hijos. Tres chicos y tres chicas. Pero existían grandes diferencias de edad entre nosotros. Mi hermano mayor, Yawad, tiene veinticinco años más que yo, que soy la última y tengo treinta años ahora. Te diré que entre mi hermano mayor y yo nacieron otros catorce. Mi madre tuvo dieciséis hijos de los que murieron diez, durante el parto o después de nacer. Asistí al nacimiento de tres o cuatro de esos niños. Murieron de unas fiebres que los fulminaban. Mi madre aún habla de ellos, los quería

mucho. Sabes, nos sentíamos muy próximos, vivíamos muy unidos en torno a mi madre. Mi padre estaba casi siempre ausente. Lo vi, posiblemente, una o dos veces. Murió cuando yo tenía cuatro o cinco años. Digamos que lo conozco por las fotografías.

EL TUTOR

—Al morir tu padre, ¿quién fue vuestro tutor?

—Mi hermano Yawad. Representaba la autoridad en la familia. Mandaba en todo el mundo, no sólo en sus hermanas y hermanos, en la familia restringida, sino en todos los miembros de la gran familia. ¡Aterrorizaba a todo el mundo y aún lo sigue haciendo! Incluso a mi edad y en mi situación, siento todavía una cierta reserva con respecto a él. No puedo bromear o hacer chistes en su presencia. Tengo tantos malos recuerdos de su agresividad...

—¿Os pegaba?

—Por supuesto, mientras que mi madre no nos pegaba nunca. Era muy dulce.

—¿Os pegaba por cualquier motivo?

—No, no por cualquier motivo. Sabía por qué nos pegaba; elegía las ocasiones. Pegaba, en particular, a mi hermano Hamid. Le pegaba con una violencia y una constancia estudiadas, porque representaba al intelectual de la familia. Estaba especialmente resentido contra él. Hay que decir que Hamid tenía el diablo en el cuerpo. Armaba cada una. Cuanto más le pegaba, más se perfeccionaba Hamid en la desobediencia.

»Eran los comienzos del cine, y mi hermano mayor tenía la habitación decorada con carteles de los grandes actores de la época, americanos, supongo. Entonces, Hamid iba con una aguja y perforaba los ojos de las estrellas colgadas en las paredes de la habitación de Yawad. A algunas les añadía unos buenos bigotazos, te das cuenta del tipo de cosas, entonces, evidentemente, la vara se ponía a funcionar.»

—*¿Vigilaba vuestros estudios?*

—Sí, muy estrictamente.

—*¿Los estudios de las chicas y de los chicos, o sólo los de los chicos?*

—Creo que debo concretar aquí la cuestión de la composición de la familia y de su evolución. No hay que olvidar que mi hermana Malika tiene veinte años más que yo. Tiene ahora cincuenta. Se casó muy joven. Yo era todavía pequeña cuando ella se casó. No tenemos recuerdos comunes de la infancia.

»Cuando empecé a recordar y tomar conciencia de lo que pasaba, ella ya no estaba allí. Por el contrario, tengo otra hermana, Saadia, con la que compartí una parte de mi infancia. Me acuerdo mucho de ella; era un verdadero fenómeno de indolencia. Trataron de que aprendiera alguna cosa. La enviaron a *Dar maalma** con el firme propósito de que asimilara cualquier enseñanza técnica que le pudiera servir en el futuro. Aprender a hacer puntilla de seda con nudos, *lhdub,* por ejemplo. ¿Qué crees tú que sacó en limpio de aquellas lecciones? ¡Deposiciones coloreadas! Se dedicaba a comerse los hilos de seda, los *sabra,* que le daban para trabajar. Sus deposiciones eran de colores. Era, y sigue siéndolo, muy divertida. Te la tengo que presentar. Pues bien, no mandaron nunca a Saadia a la escuela.»

—*¿Quién fue entonces la primera que llevaron a la escuela en vez de a* dar maalma?

—Espera, vamos a aclarar todo esto: a mis hermanas Malika y Saadia las llevaron a *dar maalma.* Se suponía que serían unas excelentes cocineras, bordadoras, encajeras... Pero ambas eran prácticamente analfabetas al final de su estancia en *dar maalma.* Mi hermana mayor, sobre todo, lo sintió como una carencia terrible, puesto que más tarde se dedicó a adquirir los rudimentos de la escritura y la lectura. ¿Sabes lo que hizo? Después de casarse, se instaló en Mequínez. Su marido vivía en la ciudad nueva, por lo que sus vecinos eran franceses. Todavía era la época de la colonización. Sus hijos iban a la escuela primaria. Comenzó a tener amigas, a relacionarse con las vecinas y conversar con las europeas ¿y sabes lo que hizo? Se puso a estudiar sola, al mismo tiempo que sus hijos. Hizo la primaria con ellos, pero, claro está, sin salir, aprovechaba los ejercicios que hacían en casa. Ellos le enseñaban lo que acababan de aprender. Estaba picada de tal forma por el deseo de instruirse que se inscribió en la École Universelle de París, por lo que ahora lee, escribe y se desenvuelve muy bien.

* Véase nota 6, página 9.

—*¿Y su marido la apoyaba?*

—A decir verdad, no. La apoyaba, si acaso, porque los niños tenían profesores particulares en casa. Lo que aprovechaba para instruirse ella y hacer redacciones; se empeñó y terminó consiguiéndolo.

—*¿Quién fue, entonces, la primera en ir a la escuela?*

—Fue a la tercera chica a la que enviaron por primera vez a la escuela y no a *dar maalma,* y la tercera chica era yo. Hubo en este caso una coyuntura muy especial. Pese a todo, mi tutor, Yawad, quería enviarme a la escuela. Un número escaso de familias empezaba a enviar a sus hijas a la escuela. Yo formé parte de esa minoría, afortunadamente. Otro acontecimiento fue decisivo en mi escolarización: entre mi hermana Saadia, que tiene actualmente cuarenta y dos años, y yo, que tengo treinta, hay un chico, Hamid, siete años mayor que yo. Iba unos cursos más adelantado y podía tener un profesor particular, que le asignaba Yawad, para asegurarse de que había asimilado bien lo que se daba en clase. Pues bien, Hamid y su joven profesor se dedicaban un poco a mí. Mientras que Hamid hacía los deberes, el profesor me hacía leer y me enseñaba un poco de cálculo. De modo que, demás de ir a la escuela, me ayudaban en casa. Era un ambiente propicio. Yo quería mucho a Hamid, y él me correspondía. Compartíamos muchas cosas. Fue una suerte para mí.

—¿Cómo os animaba Yawad en vuestros estudios, con dulzura o con mano dura?

—Recuerdo que me dio no pocos pescozones por culpa de mis malas notas. Y figúrate que todo estaba organizado: cada cual tenía su cuarto y su mesa de trabajo, ¡y todo eso en una enorme casa tradicional! Pero las habitaciones separadas sólo eran para el trabajo, pues preferíamos dormir todos en la misma habitación. Teníamos una casa grande, con muchas habitaciones, pero como mejor dormíamos era reunidos en una sola: era más práctico y más divertido.

—¿Tu madre también dormía con vosotros?

—Claro, todo el mundo, salvo mi hermano mayor, que hacía rancho aparte.

—¿Estaba casado?

—No. No se ha casado nunca. Ha vivido maritalmente con varias europeas. Ha evitado el matrimonio... y, aquí, entre nosotras, no se ha equivocado mucho...

—Resumiendo, ¿quienes vivían contigo en casa?

—Mi madre, mi hermana Saadia y mi hermano Hamid. Mi hermano mayor nos dejó para irse a vivir solo. Mi otro hermano más joven, Halim, se fue a Mequínez a aprender un oficio, y mi hermana Malika se había casado muy pronto, como ya te dije.

LAS CRIADAS

—¿Teníais «chicas»?[1]

—¡Claro!

—¿Te criaron ellas o tu madre?

—Entre todas. Por otra parte, considero a la «chica» que me crió como una madre. La sigo viendo. Sigue viniendo a mi casa. Seguimos en contacto. Sabes, llegó a nuestra casa siendo muy joven. Su hermana la utilizaba para mendigar. Fue así como llegó a nuestra puerta. Mi madre estaba embarazada de mí. Le preguntó a la hermana mayor si nos la podía dejar. Era muy pequeña cuando nací yo. La consideraba más como a una hermana que como a una «chica». No había una gran diferencia de edad entre nosotras; recuerdo muy bien que me llevaba a caballito cuando yo tenía tracoma (era muy propensa a esa enfermedad), y los pies me arrastraban por el suelo, ¿te haces una idea? Para calmarme, me cogía a caballito e iba, arriba y abajo, por el jardín. Guardo otro recuerdo muy vivo de ella. Quería que estuviera a mi lado cuando me ponía en el orinal. Eso, evidentemente, la fastidiaba; entonces, para asustarme y obligarme a que renunciara a ese capricho, me ponía cucarachas en los pies. En cualquier caso, ella era muy pequeña cuando vino a nuestra casa, debía de tener ocho o diez años.

[1] Los dos términos más corrientes en árabe para designar a la empleada doméstica son *mtaalma* y *haddam*. Ambos tienen una connotación peyorativa. Tal vez la ausencia de palabras más «neutras» en el vocabulario venga de que ese trabajo es considerado degradante, tanto por los empleadores como por las empleadas. Las mujeres de las capas pobres que pueden elegir entre el trabajo de criada o el de obrera prefieren éste último, aunque las condiciones sean más duras, los horarios más cargados y la remuneración menor.

EL AMBIENTE DE LA CASA: JUEGOS, GOLPES Y LIBERTAD DE MOVIMIENTOS

—¿Te obligaban a tomar parte en las faenas de la casa al regresar de la escuela?

—No olvides que era la pequeña; estaba muy mimada, no me pedían nada. Estaba Saadia que, evidentemente, me machacaba. Quería forzarme a que hiciera las cosas de la casa como ella. Estaba completamente atrapada en el engranaje tradicional, asumía su turno en la rotación de las tareas de la casa con las otras «chicas».[2] Existía una gran diferencia de edad entre nosotras.

[2] Tradicionalmente, las tareas domésticas, en una familia amplia, estaban garantizadas mediante un sistema rotativo que permitía a cada una de las mujeres requeridas para participar en él (las favoritas o bien las que gozaban de algún privilegio especial, como el de la edad, estaban dispensadas) alternar un período de trabajo intenso con otro de descanso. Las adolescentes de la casa tenían la obligación de participar en ese sistema rotativo en la misma medida

—¿Y los juegos? ¿Tu hermano mayor participaba en vuestros juegos?

—¡Qué dices! En cuanto aparecía, se acababan los juegos. Nos avisaban de su llegada en cuanto veían su silueta en el extremo del *derb*.[3] Entonces, nos diseminábamos. La familia se dispersaba, mi madre, mis hermanos y hermanas, cada cual se iba por su lado. Unos subían a la azotea, otros se encerraban en una habitación, y otros se sentaban a la mesa de estudio. Yawad era el terror de la familia. Te das cuenta, como mi padre había muerto, se creía obligado a emularlo. Se tomaba demasiado en serio su papel de educador, hasta tal punto que, cuando nos llamaba, sabíamos que era para darnos unos cuantos pescozones.

—¿Cómo os pegaba, con la mano o con la vara?

—Con la mano, buenos azotes y muchas bofetadas.

—¿Tu madre no intervenía? ¿No la tenía ni siquiera en cuenta?

—Sí, sí, claro. Mi madre era una mujer con mucho sentido común. Todos los miembros de la familia venían a pedirle consejo. Era muy prudente, muy sencilla y, sobre todo, muy piadosa. Siempre que había un nacimiento en la gran familia, le pedían que fuera ella la que eligiera el nombre y presidiera la *sabaa*.[4] La querían mucho, pero no tenía siempre la posibilidad de frenar a mi hermano. A veces, se ponía hecho una furia y, todo hay que decirlo, algunos días le debíamos de crispar. Se esforzaba mucho por nosotros.

que las criadas o las esclavas, para aprender a garantizar el mantenimiento y la gestión de su propio hogar más tarde.

[3] *Derb*, etimológicamente, calle, pero el *derb* tiene una connotación de comunidad, de territorio familiar donde la gente se conoce y mantiene relaciones de vecindad muy intensas.

[4] *Sabaa*, fiesta ritual que se celebra siete días después de un nacimiento y durante la cual se pone nombre al recién nacido.

LA VIDA DE ADOLESCENTE: RESTRICCIONES, COMPENSACIONES Y SUEÑOS DE FELICIDAD; EL HERMANO IDEALIZADO

—¿De adolescente, podías salir?

—Ni hablar. Esa fue, por otra parte, la causa de que abandonara mi casa, a partir de sexto, para instalarme en casa de Malika, mi hermana casada en Mequínez. Me quedé en su casa tres o cuatro años, no me acuerdo ya. Fue para terminar con la presión que mi hermano ejercía sobre mí.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste de tu casa?

—Doce o trece años. Era mucho más libre en casa de mi hermana; vivía en la ciudad moderna, la ciudad europea. Tenía la posibilidad de salir como una europea.

—¿Antes llevabas la chilaba?

—Por supuesto; mi hermano era intratable sobre ese punto. Un día, aún lo recuerdo, mi madre me había comprado una tela azul marino muy bonita; quería confeccionarme una chilaba con ella. Armó un escándalo: «Como tu hija tiene unos ojos azules bonitos y una piel muy blanca le vas a hacer una chilaba azul marino para que todo eso resalte más todavía, ¿no? Harás de ella una prostituta.» Era terrible. Sigue siendo muy rígido, no ha podido abrirse totalmente. Sin embargo, ha evolucionado mucho, pero no siempre es así...

—¿Te quedaste tres o cuatro años en Mequínez?

—Me fui tras una pelea. Justo después de la independencia, en 1956. Entonces iba al instituto. Estábamos preparando una fiesta para nuestros profesores. Queríamos que comprendieran que la independencia era una cosa, y el instituto, otra; que la independencia no cambiaba gran cosa la marcha del instituto; pues bien, decidimos organizar la fiesta; había que pagar una entrada para participar, y se decidió que nos vestiríamos con el traje tradicional. Pero cuando le comuniqué a mi herma-

na el proyecto de la fiesta, se puso en contra y me negó la autorización.

—*¿Por qué?*

—Me dijo que ese tipo de fiestas terminaban en orgía. «Escribe a tu hermano a Safi para pedirle que te autorice a participar en una cosa así.» Intenté explicarle que no se trataba de una orgía, que era una fiesta organizada por los compañeros del instituto, que podía ir todo el mundo, que ella misma podía participar si quería, bastaba con que le comprara una entrada. Le dije que no había posibilidad de escribir a Safi y recibir la respuesta a tiempo. Y, por último, que era imprescindible que fuera con mis compañeros. Entonces me dio un bofetón. Lo tomé como una cuestión de honor. Le dije que me volvía a casa, que dejaba Mequínez, que no podía seguir con ella, que yo era una chica seria y leal y que no veía lo que podía tener de deshonesta y sospechosa mi petición.

—*¿También ella mandaba en ti?*

—¡Naturalmente! Controlaba mi horario. Las doce y cinco, eran las doce y cinco. Si a las doce y cinco del mediodía no estaba aparcando mi bicicleta en el garaje, era la locura generalizada; los encontraba esperándome a la puerta, mientras que en otras ciudades, como Fez, por ejemplo, la libertad de las jóvenes había dado un salto adelante. Tras la independencia, todas habían adquirido el derecho a una libertad mayor para salir.

—*¿No tuviste algún amorío cuando estabas en el instituto?*

—No, ninguno.

—*¿Ni una pequeña historia de amor? ¿No te escribían ni siquiera cartas?*

—Sí, justo a mi regreso a Safi. Aquella carta, por otra parte, provocó un gran escándalo. Estuve oyendo hablar de ella durante dos años. Me machacaron los oídos con ella. Cuando me fui de casa de mi hermana a Safi, me encontré de nuevo con la panda de viejos amigos con los que iba en sexto: Latifa, Aixa... Entre ellos había un

argelino que me tenía mucha simpatía, era mayor que yo, estaba en terminal,* y yo estaba a punto de hacer la reválida. Se le daban muy bien las matemáticas, y a mí fatal, por lo que me ayudaba un poco. En 1956, se produjeron los acontecimientos de Argelia. Los estudiantes argelinos abandonaron el instituto para volver a sus casas. Se vio obligado a renunciar a los exámenes de junio. Estaba todavía en Rabat cuando leyó mi nombre en el periódico entre los que habían aprobado la reválida. Entonces, me envió una carta, una hoja desplegable, ¿te acuerdas de esas hojas que se utilizaban en correos entonces? Al cartero no se le ocurrió nada mejor que presentarse con la carta en el momento en que estaba mi hermano en casa. ¡Menudo escándalo! Me dio de bofetadas. Aunque ya tenía dieciséis años, mi hermano armó un escándalo.

—*¿Qué ponía la carta?*

—«He sabido por la prensa —o algo por el estilo— que has aprobado. No me ha extrañado, porque te lo mereces...» Algo así, muy amable. Estuve oyendo hablar de esa carta durante dos años. A los diecisiete, me casaron.

—*¿A qué edad comenzaste a pensar en el matrimonio?*

—No tuve tiempo de pensar en él; el matrimonio se me impuso con mi primer marido. No pensé en ello, lo pensaron por mí.

—*¿En qué soñabas de soltera? ¿En qué clase de felicidad?*

—Quería aprender mucho. Esperaba poder estudiar para liberarme y escapar de la dependencia familiar. Pero, por otra parte, el matrimonio era también una especie de liberación para mí. Ya te he dicho que no podía ni salir, ni ir al cine, ni recibir cartas. La verdad, era deprimente y, además, cuando me hablaban del matrimonio con mi primo, significaba para mí Francia, una vida distinta, la esperanza de poder realizar lo que quería; desgraciadamente, mi estancia en Francia no duró lo suficiente...

* Curso equivalente al segundo de Bachiller de nuestro actual sistema educativo *(N. T.)*.

—¿Qué idea te hacías de adolescente del hombre que sería capaz de hacerte feliz?

—Me lo imaginaba como lo describían los libros que leía, los cuentos, los de Perrault y las historias de la Condesa de Segur... pero, una vez más, la familia no me permitió la libertad de soñar con el hombre ideal; me impuso uno, un prometido. Tengo que decir que yo era muy sentimental, muy romántica; me aprendía poemas de memoria, estaba muy influenciada por mi hermano más joven, que leía mucho, nos entendíamos muy bien, era muy romántico también. Me pasaba novelas y poemas. Fue la época de mi vida en que leí más, entre los quince y los dieciocho, y fue gracias a él. A los catorce años leí *Les Nuits,* de Musset. Ahora es cuando valoro el sentido y la importancia de todo aquello. Las rimas y los símbolos me hacían comprender algunas cosas, y así es como continué siendo una romántica. Mi hermano me influenció mucho, fomentó en mí el gusto por la lectura, me habló de Europa y me explicó muchas cosas. Nos llevábamos muy bien. Pero se acabó. Representó durante mi adolescencia el hombre ideal, el ejemplo. Era el Mesías, la perfección hacia la que se debía tender.

LA PETICIÓN DE MANO

—Era mi primo, el hijo de una tía mía. No lo había visto nunca. Vivíamos en el mismo barrio, pero tenía doce años más que yo. Date cuenta de que antes de casarme con él, estuve prometida con su hermano. Fue cuando vivía en Mequínez; fui a pasar el verano a Safi para ver a mi madre. Me vio y dijo a mi familia que quería casarse conmigo. Hizo intervenir a todos. Me casaron estando yo ausente, sin consultarme; había vuelto a regresar a Mequínez.

—¿No pidieron tu opinión? ¿Temían que te negases?

—Ni hablar, estaba tan aterrorizada por mi hermano... no podía decir nada.

—Y bien, ¿qué pasó una vez redactada el acta de matrimonio? ¿Iba a verte el novio?

—Venía a sacarme, pero yo me negaba sistemáticamente. Me escribía, y yo no respondía. Me hacía regalos, y yo no los aceptaba. Sin embargo, era atento, y lo apreciaba. Era simpático, pero nada más.

—¿Le decías que no lo querías?

—No, no le decía nada, me contentaba con mantenerme alejada, con guardar las distancias.

—¿Tu hermano sabía que no lo querías?

—Lo sabía muy bien.

—Entonces, ¿por qué te prometió?

—Porque era la tradición. Había que casarme. El novio había intentado consultarme antes del matrimonio. Una vez me preguntó si sabía cocinar y hacer las cosas de la casa, y me lo preguntaba mientras me seguía por todos los cuartos. Le respondí que no sabía hacer nada. Quería quitármelo de encima. Yo era muy joven, jovencísima, tenía muchos compañeros, era un momento de entusiasmo y eran los mejores años, entre 1950 y 1954, cuando todo el mundo buscaba algo, quería hacer alguna cosa. ¡Y que en ese momento alguien venga preguntándote si sabes hacer la comida y las camas!, te dan ganas de enviarlo a paseo más que de casarte con él. En aquella época, la mentalidad había cambiado ya; un *fasí* de veinte o treinta años no habría venido a preguntarte eso, era lo que menos le preocupaba. Cuando vio que no respondía a sus avances, que mantenía las distancias, creyó que había otro, que quería a otro. Evidentemente, no había nada de eso. Se había convenido, al principio, que el matrimonio no tendría lugar hasta que acabara el bachiller. Tenía que esperar a que lo aprobase. Pues bien, no se le ocurrió nada mejor que echarse una amante y ponerle casa. Al ser *amin,*[3] no podía ir detrás de las chi-

[3] *Amin,* responsable en la organización de las corporaciones de oficios, el hombre en el que el grupo confía y en el que delega el poder de decisión.

cas, ¡necesitaba una titular!, decía. Su padre acababa de morir, y él le había sucedido. Era *amin* de los agrios. Un puesto importante. La mujer que había elegido era una conocida prostituta. La mantenía de manera oficial y vivía con ella abiertamente, esperando que yo tuviera a bien cambiar de opinión.

»Cuando aquello llegó a mis oídos, tuvo un efecto contrario al que él esperaba. Encontré una justificación para mi rechazo. No quería oír hablar más de él, pero no podía decírselo a mi hermano mayor, mi tutor. Conocía la existencia de la amante y aquello no parecía suponerle ningún problema. Tuve que esperar el regreso de Hamid, mi hermano más joven, que se había ido a París para cursar estudios superiores. Cuando regresó, le dije que había estado siempre en contra de aquel matrimonio, y él lo sabía. Estaba dispuesta a poner fin a mis días de una forma u otra si él no lograba quitarme de encima a aquel molesto novio. Como Hamid tenía bastante relación con él, se dedicó todo el verano a convencerlo de que renunciara a mí, diciéndole que todo había comenzado mal, que no sería feliz conmigo, que haría mejor tratando de hacer su vida con otra mujer. Con mucha astucia y paciencia, Hamid consiguió persuadirlo. Recobré mi libertad, y el acta de matrimonio se anuló. Se casó poco después, pero no con la amante provisional que mantenía, sino con una mujer que no conocía de nada, que su madre y su hermana le habían elegido.»

—*¿Era instruido?*

—Sí, tenía el nivel de quinto curso de secundaria aproximadamente. Date cuenta de que acabé casándome con el hermano de este hombre.

EL MATRIMONIO

—*¿Cómo sucedió?*

—¡A contrapelo! Era mayor que su hermano y no podía verlo, teníamos caracteres diametralmente opuestos. Con su desarrolladísimo sentido de la familia, venía a vernos y a dar consejos a mi madre sobre mi educación.

»Sabía que estaba enamorado de otra prima nuestra. Se había hablado, incluso, de matrimonio. Luego, un día, recibí una carta, así como mi madre y mi hermano. Bombardeaba a todo el mundo con cartas pidiéndome en matrimonio y quería que se llevara a cabo lo antes posible. Nos peleábamos constantemente. Pero como acababa de rechazar a un pretendiente con el apoyo de mi familia, me era imposible hacerlo otra vez. Habría dicho que hacía mi santa voluntad y que, por consiguiente, mi familia no tenía por qué seguir mis caprichos. Así que acepté, cedí y me reuní con él en Francia.»

—*¿Vino a buscarte?*

—No, ni hablar. El matrimonio se hizo sin él. Tenía un cargo oficial en Francia, del gobierno marroquí. Por lo tanto, no podía desplazarse. Me envió dos billetes de avión: uno para mi hermana y otro para mí. Salí un mes después del acta de matrimonio, con mi hermana. Aterrizamos un día a las cuatro de la mañana en Francia, y me encontré cara a cara con mi marido. Yo tenía dieciocho años.

—*¿Cómo se portó contigo los primeros días?*

—Tenía la impresión de estar vacía. Era alguien a quien prácticamente no conocía. Es decir, lo conocía en un contexto diferente, con unos sentimientos diferentes; y allí me encontré ante algo muy distinto. Mi hermana regresó unos veinte días después.

—*¿Te había acompañado para regresar con el pantalón?*[4]

—¡No, por favor! ¡No habíamos llegado a eso! Además, no hubiera podido llevarse el testimonio de mi desfloración porque yo tenía tal miedo que quería que aquello lo hiciese un médico. Al final, se hizo sin médico, ¡pero a qué precio! Imagínate un poco la situación: iba a

[4] Se trata del pantalón manchado de sangre que atestigua que la recién casada ha sido desflorada por el marido y que, por tanto, era virgen hasta la noche de bodas.

la aventura, salía al extranjero por primera vez... iba a reunirme con el hombre que se iba a convertir de la noche a la mañana en mi marido, cuando algunos años antes me unían a él unos sentimientos totalmente diferentes. Lo que sentía no era temor, más bien una sensación de vacío. Mi hermana estaba allí, es cierto, pero, desde nuestra disputa por la fiesta del instituto, nuestras relaciones seguían siendo frías. No le hacía ya confidencias. No podía decirle todo lo que se me ocurría, salvo que no quería a aquel hombre y que era pesimista en cuanto al futuro. Ella me respondió que siempre se tenía miedo ante esas situaciones, pero que, a la larga, los sentimientos cambiaban, y una terminaba adaptándose. ¿Te das cuenta?

—¿Le decías a tu marido lo que pensabas de él?

—No se lo dije, pero se dio cuenta. Responsabilizaba de ello a mi «infantilismo». «Eres todavía una niña», me decía, a mí que acababa de aterrizar en un país extranjero... Se llenaba la boca con palabras que no tenían ningún significado para mí. Me decía que era su ídolo, que me amaba, que era la razón de su existencia... todo eso cuando acababa de aterrizar, y que aún tenía vértigo del avión que había cogido por primera vez. Sobre todo, tenía mucho miedo en ese momento, comprendes, un sentimiento de inseguridad inmenso. No puedo expresarlo mejor.

—¿Cuánto tiempo permanecisteis en Francia?

—Un año, poco más o menos. Sabes, al principio, cuando llegué para reunirme con él en septiembre, estaba preparando dos licenciaturas a la vez. Iba a estudiar a la Casa de Estudiantes Católicos. Se quedaba todos los días hasta muy tarde, y yo tenía pavor de quedarme sola; era muy joven y no sabía ni dónde vivía en París. No era capaz de pasear ni de organizarme la vida; te das cuenta, estaba prácticamente enclaustrada todo el tiempo. Me habían contado tantas historias sobre la trata de blancas...

—¿No tenías amigas?

—No, entonces no conocía a nadie. Él conocía a algunas familias, porque había pasado siete años en Burdeos antes de mi llegada. Pero eran familias con hijos de nueve y diez años. Existía una gran diferencia de edad entre ellos y yo. Sólo podía ser amiga de sus hijos. Cuando iba a su casa, me lo pasaba mejor con los niños. Estaba más a gusto con ellos que con sus padres.

—¿Y se acabaron tus estudios?

—No, no. Desde octubre me matriculé y fui a clase durante todo el año. Los abandoné en vísperas de mi regreso a Marruecos. Llenaba mi tiempo con las clases. Era un programa cargadísimo y muy amplio, se trataba de estudios comerciales, mientras que hasta entonces me había atraído mucho la literatura. Te haces una idea. Tuve que cambiar, de la noche a la mañana, de vida, de país, de ambiente y de estudios.

—¿Por qué no continuaste con los mismos estudios que habías interrumpido en Marruecos? ¿Por qué elegiste hacer estudios comerciales?

—Yo no quería. Fue mi marido el que me los impuso. En esa época, faltaban buenas mecanógrafas en los servicios del Ministerio al que mi marido estaba vinculado. Quería hacer carrera en ese Ministerio y en el extranjero, algo así como una carrera diplomática. Los estudios comerciales me serían muy útiles, decía. Lo más divertido del caso es que, justo después de aquel año, fue requerido por el Servicio central y todos sus proyectos se fueron a pique.

—Así que regresasteis a Marruecos

—Sí, volvimos a Marruecos y fue entonces cuando comenzó la desbandada. Mira, en Francia, la vida profesional está más limitada: un almuerzo de trabajo por mes y las fiestas nacionales que se repiten todos los años. La desbandada comenzó en Marruecos, donde la gente llevaba una vida mundana muy agitada; había recepciones a todas horas. En Francia, sus amigos eran, sobre todo, estudiantes, muchos curas y familias católicas. Ya cono-

ces el talante de esos medios. Nos invitaban, «devolvíamos» la invitación, tratábamos de que degustasen nuestra cocina, etc... En Marruecos era muy diferente: tenía que acompañarlo y, luego, volver a invitar a todo el mundo. Aquello duró dos o tres años. Después, cambió de Ministerio, y la situación se degradó más todavía. Empezó a beber, lo que no había hecho nunca antes, y a salir con *xijat.*[5] Entonces empezó la corrida. Al tener un puesto importante en la Administración, venían a pedirle favores. Muchos de ellos eran unos interesados. Verdaderos parásitos. Nos molestaban a cualquier hora del día o de la noche, en el momento de la comida, a cualquier hora. Me convertí en la bestia negra de aquellos tipos, porque trataba de poner coto, impedir que mi marido bebiera y que el alcohol circulara por mi casa. Las veladas me daban un trabajo infinito; ya sabes el lío que se organiza cuando invitas a mucha gente. Y, entretanto, además, tuve a mi hija Kenza.

LA VIDA DE LA JOVEN PAREJA

—Me dediqué a ella durante un año, luego entré en la Escuela Normal para poder dar clases después. En aquel tiempo, la Escuela daba un curso de un año que terminaba con un examen. Cuando terminé la Escuela Normal, me puse a dar clases. Mi marido no quería que trabajara. Quería que siguiera los estudios; en aquella época, él había empezado el período de prácticas de medicina y, como sabes, los médicos en prácticas ganan muy poco; tenía una paga muy pequeña. Por lo tanto, me decidí a trabajar. Era totalmente necesario que trabajásemos los dos para cubrir los gastos de la casa. Pero él prefería que continuase con mis estudios.

[5] *Xijat,* orquesta de mujeres que cantan y bailan por una módica suma. Por culpa de la licencia que predomina en su presencia, *xijat* se ha convertido en sinónimo de prostituta. Suelen ser de origen rural y muy pobres, mientras que los hombres que contratan sus servicios suelen ser ricos y poderosos.

»Me matriculé en la Facultad de Derecho para cursar los estudios y acceder, de este modo, a la licenciatura. Hice un año y luego lo dejé. No conseguía atender los dos frentes: la preparación de las clases y las correcciones me quitaban muchísimo tiempo. Las clases estaban tan sobrecargadas en los primeros años de la independencia, en el 58, en el 59...»

—¿Cuando tu marido terminó el período de prácticas, continuaste trabajando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque soy una mujer muy orgullosa. No le pedía nunca a mi marido que me comprase nada. Consideraba que mi trabajo debía permitirme subvenir a mis necesidades y no depender de mi marido. A veces, se quejaba: «Tienes demasiada independencia... Y sé cuál es la causa. El trabajo y el coche. Te los voy a tener que quitar.» Pero yo conocía su psicología. Le decía que al día siguiente presentaría mi renuncia a condición de que él se mostrase a la altura de mis necesidades. A veces, llegué hasta a escribir mi renuncia y a pedirle que fuera él mismo a llevarla. En su fuero interno, no quería realmente que renunciara, era una situación que le venía bien.

—¿Qué hacías con tu sueldo?

—Para responderte a eso, habría que hablar del conjunto de gastos de la casa. Sabes, nosotros no teníamos un presupuesto fijo. Yo no sabía cuánto ganaba mi marido ni cuánto gastaba. Gastaba de una forma irracional. Nunca lo planificaba. Llevábamos un tren de vida muy elevado por culpa de las recepciones que dábamos. Recibíamos mucho. Me doy cuenta de ello ahora que estoy divorciada y me veo obligada a vivir con una paga pequeña. Pero antes no me daba cuenta. Hacíamos las compras juntos, comprábamos para un mes. Mi marido se desinteresaba por completo del piso. A veces, le gustaban las cosas buenas, un servicio de cubertería, por ejemplo, una cocina, o algo por el estilo... pero en los pequeños deta-

lles, las cortinas, los adornos, las mesitas, etc... no pensaba nunca. Posiblemente se habría esforzado si yo no hubiera tomado la iniciativa. Utilizaba mi salario para los muebles pequeños, para vestirme y para vestir a mis hijos. Mi marido decía: «Nunca he sabido lo que hace con su dinero, no sé si lo tiene metido en una cuenta...» Él sabía, sin lugar a dudas, a dónde iba a parar. Nuestro mobiliario no cayó del cielo. En algún sitio se había comprado. No tenía ni idea de los precios y no apreciaba en absoluto la importancia del dinero que yo gastaba. Yo no solía comprar comida, todo hay que decirlo.

—¿No pensaste en dejar de trabajar?

—No. ¡Soy una mujer muy activa! No me contento con las tareas domésticas. Pienso que cualquier otra persona puede hacerlas, y que sería una pena que no me dedicase nada más que a eso. Además, me aburriría, porque no me gustan esos trabajos. Estimo también que lo que hago me da algunas satisfacciones: empleo el tiempo en algo provechoso, en educar a los niños. Cuando vuelvo del trabajo, tengo tiempo suficiente para hacer las pequeñas labores de la casa, los arreglos, la decoración y, además, tenía ayuda, una chica que se encargaba de la cocina y de lo demás.

—¿Te gusta tu trabajo?

—He de decirte que ya no me apasiona. Me hubiera gustado dar clases a cursos superiores, pero eso me hubiera obligado a ir a la Facultad y, desgraciadamente, no es posible. Las clases nocturnas son agotadoras. Es un ritmo de vida imposible de mantener. Y luego, el Ramadán, que llega a mitad del curso, que deja en el aire todo el programa. Es imposible entonces ponerse al día, recuperar un mes de retraso.

ANTICONCEPTIVOS, EMBARAZOS, PARTOS...

—Háblame de tus embarazos. ¿Fueron espontáneos o planificados?

—El primer hijo nos vino de improviso. No lo esperábamos. Estábamos idiotas los dos. El conocía mi ignorancia en ese aspecto y no hizo nada. Además, estaba preparando sus exámenes. Tenía mucho trabajo, y yo estaba matriculada en una clase particular de estudios comerciales. Cada uno de nosotros tenía sus ocupaciones, y ni qué decir tiene que no queríamos niños. Tres meses después íbamos, como un par de tontos, de médico en médico para «quitárnoslo de en medio». Me puse inyecciones, saltaba, corría por las escaleras, me tiraba a la cama, tonterías de ese tipo. Yo sabía que antaño las mujeres se cuidaban, con el pretexto de que podían abortar. Bueno, pues yo pensaba que haciendo todo lo contrario haría que el feto cayera. Pero estaba bien agarrado. Cuando Kenza llegó, era tan bonita que no nos lamentamos de que hubiera venido al mundo. La amamanté hasta los diez meses. Tenía leche de sobra. Era una hermosa criatura.

—¿A qué edad empezó a hablar? ¿Y en qué lengua?

—Empezó a chapurrear a los nueve meses. Yo le hablaba en francés, y su *dada*,[6] en árabe.

—¿Tu segundo hijo cuándo nació?

—Seis años después.

—¿Y eso cómo fue? ¿Utilizabas un método anticonceptivo o por casualidad?

—En realidad, no hacía nada especial, pero había seguido un tratamiento por molestias orgánicas, una especie de metritis, una inflamación del cuello de la matriz. El tratamiento a base de electricidad al que había sido sometida había endurecido tanto el cuello que se había hecho impermeable. Claro está que tomaba precauciones, seguía el método Ogino. Pero cuando quise tener otro hijo, me di cuenta de que el método, de hecho, era superfluo, pues no estaba en condiciones de quedarme embarazada. Fue necesario seguir el tratamiento con-

[6] *Dada*, en un contexto antiguo, esclava; aquí, la palabra *dada* designa simplemente a la criada que vive en casa de una familia para cuidar a los niños.

trario, una dilatación del cuello uterino, y, sólo después, pude quedarme embarazada. Deseábamos tener otro hijo porque Kenza empezaba a estar mal acostumbrada. Estaba demasiado mimada y se volvía muy egoísta. No obstante, siguió siendo muy solitaria.

LA *DADA*

—Era una mujer que no había tenido hijos y quería cuidar a Kenza a cualquier precio. ¡Pero yo había leído libros de puericultura e higiene y, al principio, quería seguirlos al pie de la letra! No quería que otra persona que no fuera yo la tocara. Cuando salía por la noche, daba la orden de que la dejasen llorar, que no la tocasen, etc.

—*¿Dormía contigo?*

—Mi marido no aguantaba el ruido. Tenía un sueño ligero. De modo que la pequeña dormía fuera. Al cumplir los dos años, empezó a dormir con su *dada*. En camas separadas. Luego, empezaron a dormir en la misma. Aquello fue desastroso, porque la niña se acostumbró al calor, al *xun,* de Fatna. Hasta casi la pubertad no pudo liberarse. Sólo podía dormir con su *dada.* De manera que, cuando se iba al pueblo para ver a su familia, era un calvario; la niña no dormía. Lloraba durante toda la noche, y Fatna tenía que regresar lo antes posible. Excuso decirte que Fatna empezó a chantajearme. Cada vez que quería un aumento, se iba; preferentemente por la noche. Y la pequeña se la pasaba llorando. Había cogido con su *dada* unas costumbres que yo no podía satisfacer. Tenían sus manías, la pequeña no dormía si no le daba la mano Fatna, de manera que el día que teníamos invitados, Kenza esperaba a que Fatna estuviera libre parar dormirse. Se había convertido en algo preocupante...

—*¿Cómo empezó?*

—Empezó en el momento en que volví a trabajar. Me había quedado en casa durante un año tras el nacimiento de mi hija. Después fui a la Escuela Normal. Fue

entonces cuando Fatna cobró importancia en la vida de la niña. Yo estaba ausente, y quien la cuidaba era ella. Seguía mis instrucciones sobre alimentación e higiene, pero era muy posesiva y acaparadora. Como no había tenido hijos, se adueñó totalmente de los míos, pues hizo lo mismo con Aziza, mi otra hija. Vio nacer a mis tres hijos y tenía un don diabólico para hacerse con ellos. Me daba la impresión de que yo asustaba a Kenza cuando la cuidaba. No sabía ya cuidar de ella, Fatna le daba el biberón y la lavaba a su manera. La había metamorfoseado completamente. Me sentía separada de mis hijos; veía que aquella mujer se interponía entre ellos y yo. ¡La de veces que quise desembarazarme de ella! Pero, por ellos, no pasé de ahí. Hacía concesiones y la mantenía. Volvió a empezar con Aziza. La metía en su cama por la noche, a escondidas. Lo que suponía que en algunos momentos dormía con las dos niñas al mismo tiempo.

MUERTE DE UNA HIJA Y DESINTEGRACIÓN DE LA PAREJA

—Aziza vivió dos años nada más. Murió ahogada. Había mucha gente. Pensábamos que estaba durmiendo. Su padre la había despertado. Jugaba a nuestra vista y, luego, desapareció. La encontramos ahogada en el estanque del centro de la casa. No quiero pensar en ello porque fue demasiado horrible... Tenía mucho carácter a sus diecinueve meses. Se había soltado de las manos de la chiquita que la vigilaba y se había tirado de cabeza al estanque. Era muy viva, hablaba ya en árabe y en francés. Se comportaba como una mujercita. Fue en esa época cuando comenzaron a ir mal las cosas entre mi marido y yo. Tras la muerte de la pequeña, mi marido, que había empezado a beber, encontró una buena razón para caer completamente en el alcoholismo.

—*¿Bebía solo?*

—Por desgracia, no. Bebía con otros. Pero cuando me opuse a que bebieran en mi casa, comenzó a frecuen-

tar los bares, a beber a escondidas, a «pimplar» en casa de unos y otros.

—*¿A qué hora volvía?*

—Tarde, pero al menos volvía. Tenía mala conciencia, quería tener otro hijo, reemplazar a Aziza de alguna manera. Yo pensaba que más valía evitar tener otro hijo, que me tocaría arrastrar como una cruz, dadas las condiciones en que vivía. Después, insistió tanto que pensé que un hijo lo rehabilitaría, que sería quizá su tabla de salvación. Consentí. Y así llegó nuestro tercer hijo; aquello fue una verdadera obra de caridad.

»Te das cuenta, no era un hombre que quisiera tener muchos hijos, pero aquél lo deseaba porque sentía un vacío; sobre todo, porque la niña muerta se le parecía mucho. El que el niño naciera enfermo acabó con mi marido, que había puesto tantas esperanzas en él ¡y, encima, era un niño!

»Fue prematuro, era débil y nunca se repuso. No gritó, de manera que creí que estaba muerto. El médico que me asistió era idiota, no tenía ni los reflejos de una buena matrona de las de antes, de una *qabla*. No fue capaz de darle oxígeno o friccionarlo. Dejó que volviera en sí por sus propios medios. El crío tuvo enseguida edemas. Se pensó en un bloqueo de los riñones. Había nacido a los ocho meses; lo normal hubiera sido meterlo en la incubadora. Me lo llevé a una clínica parisiense en la que una francesa se encargaba de los prematuros. Se percató de que mantenía la posición fetal; las piernas y los brazos los tenía separados. Al final, lo metieron en la incubadora en ese centro, en París. Estuvo allí veinte días. Diagnosticaron que, además de prematuro, tenía ictericia. Los médicos con los que pude hablar abiertamente me dijeron que había una relación evidente entre el estado del niño y el alcoholismo del padre. ¡Realmente ese fue el golpe de gracia!»

—*¿Hablaste de eso a tu marido?*

—En los momentos de cólera era cuando le hablaba de ello, cuando me sentía verdaderamente superada, y

cuando venía a fastidiarme por las noches. Le decía: «¿No basta con un hijo enfermo, quieres hacer otros?» Había comprendido que le hacía responsable del estado del niño. Él trataba, evidentemente, de echarme la culpa a mí. Mi hermana tenía un niño enfermo, pero no tenía nada que ver con lo del nuestro. El suyo había nacido completamente sano, pero su hermanita, cuando lo empujaba un día en el cochecito, chocó contra la pared. El niño se cayó, y el golpe le produjo un traumatismo, una lesión cerebral. No se mueve, está gravemente aquejado. En estado vegetativo, podríamos decir. Bueno, pues mi marido no para de repetir: «En su familia hay de esto, su hermana tiene un hijo enfermo.» Desconoce los detalles del asunto. Se parapetaba detrás de esa acusación y sigue repitiéndola. Es mala fe. Mentía tan bien que acabó creyéndose la mentira. Trataba de justificarse para librarse de su pesadilla. Todo el mundo sabe que estoy en perfecto estado de salud, y mi familia también. Mi padre estaba sano. Mi madre no ha estado nunca enferma. Ha tenido muchos hijos y, a sus setenta años, está más sana que una manzana. Vive en una enorme mansión en Safi. Figúrate. Yo le dejé que creyera lo que quisiera. Hacía cualquier cosa para tratar de ayudarlo a salir del atolladero. Así fui tirando con él años y años. Sabía que no era un hombre que se divorciara y que estaba condenada a seguir así toda la vida. Me lo tomé con filosofía. Traté de organizarme en función de ese hombre, de mi trabajo y de mis hijos, pero haciendo tabla rasa de él. Cuando me iba a trabajar por la mañana, él seguía durmiendo. A veces, volvía a mediodía y lo encontraba aún acostado o disponiéndose a salir. Entonces, yo comía con mi hija y la llevaba a la escuela. A las tres o las cuatro, venía a almorzar con un enjambre de gente. Te das cuenta, casi ni nos cruzábamos. Ya no hacíamos vida de familia. Siempre había muchísima gente en casa.

—*¿Llevaba a la gente sin avisar?*

—Claro, siempre había algo para comer.

—¿Quién cocinaba?

—Al principio de nuestro matrimonio, yo; pero, cuando me quedé embarazada, con las compras y el arreglo de la casa ya no podía.

—¿Pero él no se daba cuenta de lo que te imponía?

—No, no se enteraba. Solía sacarme a relucir que yo no quería hacer nada ¡porque tenía miedo a las varices! Lo repetía porque le decía que dejara de traer gente a casa, que estaba embarazada, que nadie me ayudaba y que tenía miedo de tener varices. Menos mal que, después, tuvimos una criada que se ocupó de todo. Una perla. Cocinaba muy bien. Menos mal, porque yo empezaba a desinteresarme por completo.

—¿La gente invitada eran hombres o parejas?

—Al principio, venían muchas parejas, pero cuando todo empezó a deteriorarse, me negaba a salir con él, salía solo porque acababa viniendo siempre completamente borracho. No lo soportaba. Me sentía herida en mi amor propio. De ninguna manera quería vivir esos momentos. No quería verlo emborracharse, ni tampoco dar un espectáculo.

—¿No te despertaba al volver solo por la noche?

—Claro que me despertaba, por eso me fui a otra habitación.

—¿Se acostumbró?

—Tenía una necesidad absoluta de verme. Tenía que verme. Montaba escenas para consolarse. Estaba lleno de remordimientos, de contradicciones y de culpabilidad. Sabía positivamente que me hacía daño, y cuando volvía de noche, solía repetir: «No quiero entrar, no merezco esa mujer, es una santa. No quiero entrar en mi casa.»

—¿A quién se lo decía?

—A los amigos. Era muy duro. Cuando nació el niño y comprendió que estaría enfermo toda su vida, eso acabó con él y contribuyó a separarlo completamente de todo el mundo.

—¿No pensaste nunca en el divorcio?

—Creía que era imposible. Él tenía muchos amigos abogados. Pensaba que nunca ganaría el pleito. Así que seguí tirando.

—¿No tuvisteis nunca momentos de paz cuando volvía más temprano?

—No, se había hecho un desnaturalizado. Cuando hacía esfuerzos para no beber, se ponía insoportable, porque se daba cuenta de que yo veía lo que le estaba pasando. Estaba confuso. No conseguía estar relajado. Sólo pensaba en irse para volver a beber. Cuando tenía momentos de lucidez, únicamente buscaba una cosa, una escapatoria, la que fuera. Telefoneaba a sus amigos para que vinieran y así armarse de valor frente a mí. Me convertí para él en alguien que está siempre tranquila; debía de pensar: «Me juzga», y creo que se daba cuenta de que estaba lúcida. Trataba siempre de salvar la situación, de mantenerme digna, a pesar de todo. Por eso, todo el mundo le hacía reproches: «Oye, tienes una mujer así, o asá, no te la mereces.» Se hundía cada vez más, cuando le decían eso. Y por esa razón se volvía insoportable cuando estaba sobrio. Estaba agresivo. No físicamente, pero pedía las cosas con arrogancia: «Le hago a usted el regalo, el honor de no estar borracho.»

»Durante mucho tiempo, tuve toda clase de delicadezas con él. Pensaba: 'Bueno, ya que hace el esfuerzo, hay que ayudarlo', pero, honestamente, en mi fuero interno, no conseguía soportarlo. Sabía que la catástrofe era inminente. Sabes, él no tenía mucha voluntad. Organicé entrevistas con médicos para que hiciera una cura. Se avergonzaba de ir al médico. No admitía que fuera un borracho. Cuando le decía: '¡Pero bebes!', me respondía con lengua estropajosa: '¿Yo?' Ni siquiera conseguía articular bien. ¿Para qué seguir convenciendo a alguien que es, fundamentalmente, deshonesto e inconsciente? No era ni siquiera deshonesto, pues era incapaz de razonar con juicio.

»Acabé maquinando algo. Pedí a unos médicos que lo indujeran a solicitar una cura de desintoxicación. No

me metí en el asunto. Le hice creer que era iniciativa suya. Cuando vino a decirme que se iba de viaje, yo sabía de lo que se trataba. Le preparé la maleta sin decir nada, incluso dije algo para que creyera que pensaba que se trataba de un viaje. Le dije que iba a pintar la casa durante su ausencia y a empapelar mi habitación, y fue lo que hice, por otra parte. De modo que se fue. Ocultó el coche porque la institución se encontraba en la misma ciudad en que vivíamos. Pero sólo estuvo dos días y se escapó. Creo que había acabado admitiendo su estado, pero se debió de sentir indignado por el tratamiento. Era un ser muy acomplejado. Había vivido privado de afectos, su madre murió cuando era pequeño, y su padre se había casado con la hermana de su primera mujer, que vivía con ellos. La desaparición de la madre y la llegada de la tía, que, de la noche a la mañana, se convirtió en el ama, fue un cambio demasiado brusco.»

—¿Qué edad tenía?

—Doce o catorce años. No lo olvidó nunca. Eso lo marcó, pues nunca estaba satisfecho. No era tonto. Contaba con muchas bazas; sobre todo, la posibilidad de irse a Francia, cosa que muchos marroquíes no podían hacer en aquel entonces.

—¿Cómo pudo ir a Francia sin haber terminado los estudios secundarios? Normalmente, allí se va para los estudios superiores.

—Se fue a la aventura y continuó estudiando allí. Su padre lo ayudó, claro. Le enviaba dinero por medio de unos profesores franceses que conocía. De ese modo, se quedó en Francia más de diez años. Era un privilegiado, al menos en relación con muchos marroquíes. Pero lo echó todo a perder, y estoy segura de que su infancia tiene mucho que ver con el fracaso de su vida.

VIDA SEXUAL Y AFECTIVA

—¿Te manifestaba su afecto al comienzo de vuestro matrimonio?

—Era un hombre sensible, pero rudo. Me asombraba su manera de amar. Ya te dije que yo no había tenido ningún flirteo antes del matrimonio. Cuando tuve la primera hija, él la adoraba, pero de una manera que asustaba a la pequeña. No sabía distinguir entre sus demostraciones de afecto y sus brutalidades. Tuvo sentimientos muy vivos, muy fuertes, pero los expresaba con tanta torpeza... Se sentía desgraciado, porque adoraba a sus hijos, pero no sabía demostrárselo.

»No supo hacer felices a los que quería. Yo pensaba que era afectuoso y que había tenido suerte. Nos respaldamos mucho, pero no supimos... Yo era fiel, y él generoso y estimaba que mis sentimientos eran una respuesta a su generosidad. Empezó a ir detrás de las mujeres a la vista de todo el mundo, a encapricharse de una tras otra y a mantenerlas. Mientras fue discreto, y yo no veía nada, la cosa funcionó. Pero cuando empecé a encontrármelo por las esquinas con otra mujer...»

—¿Le hablabas de eso?

—Lo negaba sistemáticamente, hasta el día en que le hice ver que no era una idiota, que lo había visto y que la mentira no era una buena táctica. Hubiera preferido que confesara: «Está bien, ha sucedido, perdóname.» Un hombre que miente a sabiendas te pone fuera de ti. Si hubiera reconocido sus errores, yo habría pensado que, al menos, trataba con un hombre honesto. Pues bien, no sólo bebía y era insoportable, sino que iba detrás de las mujeres, de secretarias y de pelanduscas de ínfima categoría, y venía a mentirme al despuntar el día. Encontraba aquello absolutamente odioso.

—¿Al principio existió armonía sexual entre vosotros?

—Sabes, tuve el primer orgasmo después del nacimiento de mi hija mayor. A decir verdad, no estaba muy liberada en cuestión de relaciones sexuales. Nadie me había hablado de ello antes de la boda. Menos mal que una cuñada muy simpática supo explicarme cómo se hacía entre un hombre y una mujer. Cuando me casé, estaba muy frustrada, pues mi marido era un primo por el que no sentía nada y que era muy torpe. Había vivido mucho tiempo en Francia, mientras que yo estaba en las nubes. Pensaba que aquello tenía que ser así, me veía reducida a ser una cosa. No participaba, era su cosa.

—¿No le hablabas de lo que sentías?

—No. Era muy tímido. No hablaba cuando hacíamos el amor. Además, hacíamos el amor a oscuras. No me sentía segura para ponerme a hablar con él. Me hacía sentirme incómoda. Era muy reaccionario en ese tema. Su infancia debió de marcarlo mucho en eso también. Debió de tener aventuras clandestinas y eso le había afectado. No obstante, ¡había vivido siete años en Francia! Pero no evolucionó en ese aspecto.

—¿Continuó teniendo vida sexual contigo después de darse a la bebida?

—No, ya no hacíamos vida sexual. Si bebía mucho, estaba cansado. Cuando sufrió el primero y, después, el segundo fracaso, y ya no podía, dejó de pensar en ello.

—¿No podía ya o no pensaba ya en ello?

—Ya no podía, de manera que la fosa se hacía cada vez más grande.

—¿Qué pasó la primera vez? ¿Le sorprendió? ¿Trató de ocultarlo?

—Claro está, lo intentó, aquello duró seis, siete u ocho meses.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Fue justo después del nacimiento de nuestra segunda hija. Yo tenía veinticuatro años, y él treinta y cinco. Lo recuerdo muy bien. Acababa de tener a la niña. Mi embarazo le venía bien. Justo después, tuve problemas

para dar de mamar, y él se traía siempre a alguien a cenar y así tenía la ocasión de largarse con él, con el pretexto de acompañarlo. No volvía hasta el amanecer. De manera que, durante meses, pasó la noche fuera. Como el fracaso se repetía, trataba de hacerle razonar: «Te das cuenta, eso es consecuencia de la bebida. La bebida actúa sobre tus nervios. Trata de dejarla para probarte a ti mismo que eres capaz.» «No, no, es simple cansancio.» Y salía con más frecuencia que antes. Rehuía mi mirada.

—¿No se le ocurría que podías abandonarlo?

—No, para nada; además, al principio, era él quien me amenazaba con divorciarse: «Si no te portas bien, te repudiaré.» Y aquella amenaza me aterrorizaba; era demasiado joven. Es algo estúpido, pero para mí representaba la humillación, el fin del mundo. Mi marido explotaba ese filón a fondo. Y era la primera en hacer concesiones y agachar la cabeza.

—¿En qué ocasiones te amenazaba con repudiarte?

—Cuando le hacía reproches o algo por el estilo. No sobre nuestra vida íntima, sino sobre la vida cotidiana. Siempre que veía que empezaba a afirmarme o que hacía una observación en el momento oportuno. Seguía siendo feudal como su padre, pero en más joven. Sabía que la idea de la repudiación me aterrorizaba y se aprovechó de ello de tal manera que me acostumbró, fue él quien me acostumbró a la idea del divorcio.

»De manera que, cuando nos divorciamos, el divorcio estaba ya inscrito en mí desde hacía mucho, desde hacía años. Un día, decidí asumir mi responsabilidad y pedir el divorcio. Ya no podía más. Era absolutamente imprescindible poner fin. Si no, me habría suicidado. No quería hablar más de él. Me daba alergia su manera de comer, de beber, de caminar, de reír, de bromear. Recuerdo que era un viernes. Me di de plazo hasta el lunes para ver cómo evolucionaba aquello.»

—¿Se sorprendió cuando le comunicaste que querías divorciarte?

—Le dije: «Pronuncia la fórmula»,[7] le expliqué que para mí no valía nada, que no era un hombre, que sólo sentía desprecio por él y, francamente, era la verdad. Llegué a decirle eso porque lo sentía y lo pensaba realmente.

LA DIFERENCIA DE EDAD EN EL SENO DE LA PAREJA: EL SURGIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE LA MUJER

—¿Cómo reaccionó?

—Fue curioso. Cuando nos casamos, yo tenía dieciocho años. Él para mí era la imagen perfecta del hombre. Lo tenía en un pedestal. Todo lo que me decía era cierto. De la noche a la mañana, empecé a razonar por mi cuenta. Empecé a hacer mis cálculos, a pensar por mí y para mí. Empecé a expresar puntos de vista que, a veces, eran sensatos. Pues bien, en ese momento se inició la catástrofe. Decía: «Una cría como tú no me va a dar lecciones sobre esto o aquello.» Había empezado a desconfiar, a no estar seguro ya de mí.

—¿En qué terreno?

—No sé. En todos los terrenos. Pienso que la mujer marroquí evoluciona más rápidamente que el hombre. Sabes, al principio, cuando aterricé en París, me prevenía, cuando íbamos a ver a alguien, «que ese hombre me besaría la mano, que no la retirase y dejara que lo hiciera». Cuando se dio cuenta de que ya no necesitaba sus consejos y que aceptaba todo tranquilamente, no le gustaba nada. Solía insistir en pequeños detalles: «Coge el autobús número 8 en ese sentido y no en el otro.» Me trataba como si fuera incapaz de orientarme sola. Cuando iba a unos grandes almacenes y me retrasaba, se descomponía. Me iba a Galerías Lafayette o a Monoprix y me pasaba horas y horas; visitaba todas las plantas. Por la noche, me lo encontraba descompuesto, ¡había enviado tres o cuatro coches en mi búsqueda! Me hablaba de la trata de blancas y de cosas así, para aterrorizarme. Pero no lo consiguió. Le decía: «Escúchame, puedo muy bien coger el 8 en sentido equivocado y, cuando me dé cuenta de que voy en dirección contraria, lo cogeré en la correcta. ¿Por qué te sientes obligado a hacerme tantas recomendaciones?» Quería atemorizarme para mantenerme bajo su férula. Poco a poco, empecé a desplazarme sola y a tomar iniciativas. Eso le venía bien y lo fastidiaba a la vez, y eso es lo más molesto de muchos maridos marroquíes. Se sienten aliviados cuando sus mujeres asumen todas las responsabilidades, pero les molesta en grado sumo cuando alguno les dice: «Su mujer es muy capaz. Se sabe manejar muy bien. La he visto haciendo compras», o que «tienen el piso muy arreglado.» Te das cuenta, nunca se preocupó de colocar un mueble o dar una idea para la decoración. Lo halagaba que otros lo apreciaran pero, al mismo tiempo, lo contrariaba en relación conmigo. Pensaba: «Vaya, coge aplomo y seguridad con tantos halagos.» Lo apreciaban, las recepciones salían bien, y todo gracias a mí. Cuando me estaba preparando para salir y le preguntaba qué debía ponerme, me aconsejaba no llevar un vestido que había gustado, que había tenido éxito y que me iba bien. No sé de qué tenía miedo...

»Durante las reuniones, cuando me veía a gusto, bailando, me llamaba y me ponía en guardia: 'No te quedes tanto tiempo con ese grupo, ya basta de divertirte de esa manera. Vamos a volver.' Si le decía 'vale, volvamos', contestaba: 'Bueno, nos quedamos.' Era terrible.»

—¿Te peleabas con él por eso?

—No, hacía lo que él quería. No reconocía que estaba celoso, no. Cuando veía que me había hecho amiga de un hombre, o de una pareja, no lo aceptaba. Dos parejas de amigos solían venir a casa. Mantenía unas extrañas relaciones con ellos. Era él quien iba a buscarlos. Yo no iba nunca, y se mostraba receloso cuando una amistad se afirmaba entre nosotros.

[7] En la Mudawana (ley del estatuto personal), promulgada después de la independencia, en 1957, el marido puede disolver el matrimonio unilateralmente pronunciando la fórmula «te repudio».

—¿Nunca lo engañaste?

—No, nunca.

—¿Y él te engañaba ya entonces?

—Sí, pero a escondidas. En eso tuvieron mucho que ver los demás. Lo empujaban a abandonar el hogar: «Tienes miedo de la azotaina», le decían cuando quería irse de la fiesta para volver antes. Lo ponían en ridículo.

—¿Crees que es más grave que un hombre engañe a su mujer que al contrario?

—Al principio, era categórica. Si mi marido me engañara un día, me suicidaría. Ahora lo encuentro casi normal. Pero, ves, pienso que la mujer no debe hacer lo mismo. Si no lo hice, fue sin duda por egoísmo. Quiero demasiado a mi persona y no quería abusar de ella a tontas y a locas.

MAGIA Y VIDENTES: ENTRE PASATIEMPOS Y AMISTADES

—¿Has tenido ocasión de verificar las previsiones de una xuaffa, *de una vidente?*

—A menudo.

—Dame las direcciones; dime: ¿sueles ir cuando estás en crisis o sólo para distraerte?

—Conozco a uno extraordinario. Todo lo que me predijo se realizó. Te dice tanto tu pasado como tu presente y tu futuro, como si viviera contigo.

—¿Crees en la magia?

—No, no creo en ella. Pero cuando me debatía con mis problemas conyugales, trataron de explicarme lo que me pasaba diciéndome que quizá una mujer estaba haciendo algo para que sufriera. Estaba tan desamparada que quería creérmelo. Para curar a ese hombre, gasté una barbaridad de dinero. Sabes, me sucedían cosas anormales: cuando volvía del trabajo me ponía a temblar. Estaba en trance. Tenía sudor frío. Me decían que eso era efecto de la magia.

—¿Y, según tú, qué era?

—No me lo podía explicar. La noche me daba miedo. Tenía miedo de mi marido. Tenía miedo de volverlo a ver porque sabía, sin lugar a dudas, que volvería tarde y en un estado espantoso. Que me haría sufrir. Entonces, sufría por anticipado, en previsión de la noche que se me haría eterna, del insomnio, de las escenas atroces. Bebía tanto, que pensaba que no llegaría entero. Lo veía a pedazos. Como teníamos habitaciones separadas, su primer gesto era venir a abrir mi puerta. Trataba de romper la cerradura con martillos y destornilladores. Salía fuera a golpear en las persianas. Tocaba todos los timbres. Se oía por toda la casa. Despertaba a los niños. A las dos de la mañana, quería comer. Enchufaba la televisión, incluso cuando no había nada en la pantalla. ¡Un ruido! Temía tanto aquellos momentos. Durante ese tiempo, tenía relaciones con una mujer que lo explotaba, que le hacía alguna cosa quizá, no sé. Tal vez fuera una coincidencia. Lo que es seguro es que comencé a odiarlo y, ahora, sabía por qué. Ya no me daba miedo. Me di cuenta de que era capaz de asumir mis responsabilidades e, incluso, tener a mis hijos a mi cargo. Estaba dispuesta a cedérselo todo a cambio de mi libertad. Estaba dispuesta a hacer todos los sacrificios, a cargar con todas las culpas. Lo único que me daba miedo era perder a mis hijos. Estaba totalmente saturada. Debía ir a ver al cadí, y el milagro se produjo. Decidió divorciarse. Creo que lo hizo pensando que me daba una lección. Esperó un año antes de volver a casarse. Venía a buscar a los niños, pero no era cuestión de volvernos a ver, se había acabado.

—Nos habíamos quedado en la magia. ¿Crees en los yenun?

—Sé que existen, porque personas sensatas me han contado situaciones vividas por ellas.

—¿Por ejemplo?

—Tengo una amiga que se está preparando para la Escuela Normal. Un buen día, recibió la visita de una ami-

ga que volvía de Francia. Le preparó un conejo. Después de la comida, mi amiga cogió el omóplato y se divirtió leyendo el porvenir, como se suele hacer para pasar el rato. Empezó a escuchar voces que le decían lo que pensaba la persona que estaba enfrente de ella.

»Sabes, los videntes y las videntes tuvieron que ver con mi decisión de dejar a mi marido, de divorciarme. Años antes del divorcio, cuando tenía veinticinco, me daba miedo pensar en ello. No me daba cuenta de que asumía ya muchas responsabilidades. Pensaba que no sería capaz de conducir el barco sola. Por eso fui a una vidente. Me dijo: 'Tu hombre bebe y, hagas lo que hagas, un día os divorciaréis. Pronto o tarde, os vais a divorciar.' La idea me aterrorizaba. Tenía mucho miedo y sigo teniendo mucho miedo todavía de ir a una *xuaffa*. La tomaba por el Mesías. La mejor vidente que conocí fue ya después del divorcio. Fui en otro estado de ánimo. Antes, cuando iba a las videntes, estaba siempre ansiosa, deprimida; iba buscando que me reconfortaran, pero salía de allí aún más deprimida. Después del divorcio, era otra cosa; tenía esperanza en el porvenir, algo nuevo en mi vida. Me gusta que me hablen de mi futuro. Espero mucho del futuro. Ahora, ir a los videntes es una distracción. Ya no tengo graves problemas. La mayoría sólo me dicen cosas optimistas y agradables. Algunas cosas se realizan, a veces.

—¿Por ejemplo?

—Un vidente me anunció un reencuentro con un hombre que conocía y que iba a reaparecer en mi vida. No se me ocurría quién podría ser y me olvidé de la predicción. Un día, un antiguo compañero de clase vino a mi despacho; era un colega, nos hemos hecho muy amigos. Nos habíamos conocido de niños. Nació entre nosotros una gran amistad, muy profunda. Después del divorcio, estaba traumatizada de tal forma que me enclaustré pura y simplemente. No veía a nadie. Pensaba que más valía sacar conclusiones de la experiencia nefasta que había

tenido y no esperar nada. Tracé mi futuro a partir de esas ideas... Después, poco a poco, volvió la esperanza.

»Me he hecho amiga de un vidente, un hombre muy interesante. Siempre me dice cosas tan verdaderas que lo convierte en una distracción, una diversión. Voy a contarle mis historias, y me pregunta si sus predicciones se han realizado. Te das cuenta del tipo de relación. A veces, lo visito sólo por cortesía, sin que me prediga nada. Simplemente para saber de él. Nos hemos hecho muy amigos.»

REFLEXION SOBRE LOS PAPELES FEMENINO Y MASCULINO. EDUCACIÓN DE UNA ADOLESCENTE EN EL MARRUECOS ACTUAL

—¿Crees que existe una gran diferencia entre los hombres y las mujeres, por ejemplo, en el plano psicológico?

—No podemos ser iguales. La mujer es mujer en todo lo que hace y dice, en su forma de hablar y de pensar.

—¿Pensamos de forma distinta?

—Hay algunas cosas que escapan al hombre, y que la mujer siente con mucha más fuerza. Tenemos más intuición. En el terreno doméstico, un hombre no puede hacer lo que hace una mujer. No es que no pueda, pero sería torpe. Como serían torpes las mujeres haciendo el trabajo de los hombres. Hay hombres que ponen los pañales a los críos, pero ésa es la excepción. La mujer está más dotada que el hombre. Siente más las cosas. En Marruecos conozco a muchas mujeres dignas de elogio porque se enfrentan a la situación con mayor dignidad que los hombres. Una mujer soporta el luto con más dignidad. Sufre igual, pero piensa en las consecuencias, en el resto de la familia. Se controla mejor. Tiene más carácter...

—¿Crees que los hombres y las mujeres pueden hacer los mismos trabajos, o no?

—No me imagino a una mujer conduciendo una máquina en una obra, como no veo a un hombre con un dedal haciendo fruncidos.

—Y, sin embargo, los grandes modistos y los grandes cocineros son hombres.

—Sí, los «grandes», de acuerdo, pero, en general, difícilmente se concibe a un hombre bordando o haciendo faldas que hacen frufrú...

—¿Cuáles son tus proyectos para Kenza? ¿Cómo la preparas para el futuro? ¿Matrimonio? ¿Estudios?

—Trato de orientarla, sin forzarla demasiado, para que estudie, por supuesto. Es inteligente, pero no sale siempre airosa. Se fía demasiado de su inteligencia, y eso le juega malas pasadas. Es una niña marcada por la muerte de su hermana, la enfermedad de su hermano y nuestro divorcio. Trato de que comprenda que los idiomas son algo muy importante; a mí me hubiera gustado aprenderlos. Gracias a los idiomas podría acceder a algún organismo internacional, evolucionar en el mundo y no vivir con la óptica limitada en la que nosotras mismas estamos presas.

—¿La dejarás salir con chicos cuando sea mayor?

—Sí, a condición de que sepa lo que hace. Por el momento la refreno. Incluso, soy dura, porque sólo tiene trece años y no me gustaría que otros le inculcaran ideas malsanas.

—¿Por ejemplo?

—Otros niños que han vivido en otro ambiente, a los que no han vigilado, cuya educación tiene fallos, pueden influenciarla. Me gustaría evitárselo. Pero el día que sea bastante madura para comprender, le hablaré de ciertas cosas y la enfrentaré a sus responsabilidades. Ya he empezado un poco.

—¿Ha tenido la regla ya?

—Sí, la tuvo muy pronto. Un día entré en el baño y vi una braga manchada. Primero pensé que se habría sentado sobre algo, pero enseguida me di cuenta de que era sangre. Iba todavía a la escuela primaria. Fui a verla y le dije: «Tienes la regla. No hace daño. No es nada malo. Tienes que cuidar de que no te cale. Te vas a poner algodón. No tengas miedo... eso pasa a todo el mundo. Yo también tengo la regla y no me duele. Ahora puedes tener un niño. Tienes las mismas posibilidades que una mujer adulta.» Estaba un poco asustada, pero como no le daba vergüenza, me hablaba de los dolores y de las compresas, como del peinado o del tenis.

—¿Te acuerdas de tu primera regla?

—Sí, debía de tener trece años. Antes nunca me había hablado nadie de ello. Me imaginaba algo. Veíamos a nuestras madres lavando los paños y nos imaginábamos un poco lo que debía de ser eso. El día que tuve la regla, fueron las criadas las que me informaron. Me indicaron que debía poner un poco de sangre sobre las tres piedras del *kanun*[8] para que la tuviera tres días nada más. Me aconsejaron que tirara el primer paño donde me pareciera, sin mirarlo. Resumiendo, todo un mito. Hice lo de las tres piedras y tuve la regla durante... ¡ocho días! En aquel entonces, me lo creía todo.

—¿Qué hemos ganado con la modernidad? Es una pregunta que me hago a menudo.

—Creo que hemos perdido más que ganado. Antaño, la mujer no tenía las responsabilidades que tiene hoy. No se preocupaba por la vida. Dejaba que la mantuvieran. Ahora la mujer marroquí quiere tener su parte de responsabilidad. Antaño la mimaban, y no hacía nada, y no estoy segura de que fuera más desgraciada que nosotras. Tenía la impresión, al menos, de que había aprovechado la vida y todas las circunstancias.

—¿No crees que hemos ganado algo? ¿Más libertad?

—Sí, hemos ganado el derecho de decir al hombre lo que pensamos, lo que mi madre no podía hacer, y la posibilidad de pedir el divorcio aun a riesgo de cargar con todas las consecuencias y con todas las culpas. Antaño las mujeres tal vez alimentaban ese deseo, pero no lo realizaban. Tenemos placeres que ellas no tuvieron.

[8] Brasero de barro cocido con tres puntas en las que se apoya la marmita.

—Nos quejamos de nuestra suerte, pero, dime, si te pidiesen que eligieras una segunda nacionalidad, ¿cuál elegirías?

—No pienso en ello siquiera. Me siento bien en mi pellejo. Sabes, somos un país que se debate contra el problema del subdesarrollo, pero se trata más bien de un subdesarrollo mental; soy muy optimista en lo que concierne a nuestras posibilidades de desarrollo.

—¿Ves contradicciones entre tradición y modernidad?

—La contradicción que yo veo está entre el interés individual y el interés colectivo. Un país no puede desarrollarse si cada cual piensa primero en sus intereses, así no es posible. No se puede desarrollar si pensamos primero en nosotros mismos y, luego, en los demás. Ése es el problema. Está ahí y no en otra parte...

Zubida Zennati y su hija Nezha: a la sombra de un resistente

Zubida, nacida en El Yadida, en una modesta familia sussi *en la que las mujeres tejían alfombras, tenía «grandes deseos de estudiar». Aquellos deseos se vieron provisionalmente frustrados cuando Zubida se vio forzada a un matrimonio precoz.*

Pero su frustración sólo fue momentánea, pues iba a realizar su sueño de perfeccionamiento, de apertura a otros horizontes diferentes al de las alfombras y el tejido de punto, a través de sus hijas. Nezha será abogada, pero el precio que la familia pagó por esa promoción fue muy elevado.

El padre de Nezha, cocinero de un barco, murió torturado en una comisaría de policía, dos meses antes de la independencia.

Zubida Zennati

Nació en 1933, viuda y con cuatro hijos.

—*¿Tu madre fue la primera esposa de tu padre?*

—No. Él se había casado ya antes una vez. Sólo estuvo con ella cuatro años, porque no le dio ningún hijo. Se separó y se casó con mi madre, que le dio once hijos. Murieron siete. Sobrevivimos cuatro, tres chicas y un chico. Los demás no vivieron más de dos años. Cuando me casé y tuve a mi hija mayor, mi madre aún seguía dando a luz. Tuve una hermana más pequeña que mi hija, pero murió.

—*¿Vivíais solos?*

—No, con un tío. Nosotros vivíamos en el primer piso, y mi tío, en la planta baja. Mi hermana y yo estuvimos en la misma casa hasta que nos casamos.

ESCOLARIZACIÓN, PETICIÓN DE MANO Y PRIMERA BODA

—*¿Cuántos años tenías cuando te casaste?*

—Trece años. Hacía seis meses que me había casado cuando tuve la regla por primera vez. Me obligaron a dejar la escuela para casarme.

—*¿Fuiste a la escuela?*

—Sí, a mi hermana y a mí nos mandaron a casa de una cristiana que nos enseñaba a coser, hacer encaje y tejido de punto, y zurcir. Luego fuimos a casa de una musulmana de Rabat, que nos enseñaba a hacer alfombras. Por la tarde, teníamos todavía una hora y media de telar y una hora y media de escuela. Todos los hombres

de mi familia habían estado escolarizados... mi cuñado también fue a la escuela. Tenía treinta años cuando se casó con mi hermana, que tenía dieciséis. Trabajaba en el Ministerio de Juventud y Deportes. Todos mis primos estuvieron escolarizados. Mi hermana y yo íbamos a la escuela, pero mi madre, como tenía tantos hijos, se quedó con mi hermana para que la ayudara. Yo seguí yendo. Estaba a punto de sacarme el certificado de estudios cuando me lo impidieron. ¿Por qué? ¡Porque empezaba a haber maestros! Mi padre no quiso saber nada: «Mientras había francesas de maestras y enseñaban un oficio, no pasaba nada; pero ahora que hay maestros para dar clases a las niñas, se acabó.» Además de mi padre, entre los que no querían que fuera a la escuela, estaba mi tío... y el alfaquí de la escuela de mi madre. Éste les dijo: «Con musulmanas y *nasranías,* de acuerdo; pero con hombres de maestros, más vale que se quede en casa.»

—¿Cómo te vestías para salir de casa?

—Hasta los diez años, sin chilaba. Después, me puse la chilaba y el velo. Tenía once años cuando me sacaron de la escuela. La directora y la maestra trataron de disuadir a mi padre: «Su hija es inteligente... déjela que siga estudiando.» Pero el «no» de mi padre fue definitivo. Así que me quedé dos años en casa, y luego me casaron.

—¿Cómo fue la petición de mano?

—El hombre que me pidió vivía en la misma calle que nosotros... Era viudo y tenía dos hijos. Al principio no quise, luego, tuve que aceptar, pero no duramos más de un año y medio.

—¿Por qué tan poco? ¿No lo conocías de antes?

—Yo no lo conocía, pero él a mí sí. Se hizo todo a la vez: la petición, la boda, todo... Desde que lo vi, no me gustó. No lo acepté. No paraba de llorar. Era desgraciada. Enseguida me quedé embarazada. Volví a mi casa y estuve allí hasta el parto. Cuando parí, no quise volver a vivir con él. Me escapé de una vez por todas.

—¿Pero, por qué te casaste?

—Lo hice por mis padres. No quería aguarles la fiesta. Aguanté seis meses... a pesar mío. Estaba allí, eso era todo. Cuando me vi embarazada, no aguanté más. Lloraba todo el tiempo. Mi padre acabó interviniendo: «Lo mejor será que la dejes en nuestra casa», le dijo a mi marido, «el embarazo debe de ponerla así... La cosa irá mejor después del parto». Así que esperó a que pariera y volvió a nuestra casa para la *sabaa.*[*] Al terminarse, dijo a mis padres: «Tiene que volver conmigo.» Me negué en redondo: «Coge a Farida, tu hija, si quieres, pero yo no iré contigo. No quiero vivir más contigo.» Mi padre intervino: «No puedes obligarla, debes separarte de ella.» «Ni hablar», respondió. Acabó haciendo intervenir a los del Majzén, que me obligaron a volver por la noche, y, al día siguiente, él volvió al mediodía a comer. Después, cogí a mi hija y me fui... pero esta vez no fui a casa de mis padres, sino a la de un tío materno que vivía en la misma ciudad. Llegué a su casa llorando a lágrima viva: «No quiero seguir viviendo con él.» «Quédate en nuestra casa», me dijo, «y ya veremos». Mi marido volvió a recurrir al Majzén: «Mi mujer se ha escapado», les dijo. Fue a ver a mi padre, que le dijo: «No la he vuelto a ver.» Al final, se enteraron de dónde estaba y me vinieron a buscar a la fuerza. Pero sólo me quedé una noche en casa de mi marido. Mi padre tuvo que dar dinero y remover el cielo y la tierra para que obtuviera el divorcio. Le dejé todo a mi marido. Me quedé con la tutela de mi hija Farida. La educarían mis padres, en el caso de que volviera a casarme.

—¿Y luego?

—Me quedé en casa de mis padres nueve meses y me volví a casar.

—¿Cómo conociste a tu segundo marido?

—Le pidió mi mano a mi tío.

—¿No lo conocías?

[*] Véase nota 4, página 34.

—Conseguí verlo.

—*¿Te gustó?*

—Sí, me gustó, y nos casamos. Fue el padre de mis hijos. Tuve a Nezha, Abderrahman y Salima. Sólo perdí una hija, Malika. Tenía ocho meses al morir. Vivimos juntos durante ocho años. Se metió en política cuando Ben Yusef[1] se exilió. Lo mataron en una comisaría de policía dos meses antes del regreso de Ben Yusef.

LA MUERTE DE UN RESISTENTE

—Cuando murió mi segundo marido, él tenía treinta y dos años, y yo, veinticuatro. Tenía cuatro hijos: Farida, de mi primer matrimonio, debía de tener nueve años, Nezha, seis, Abderrahman, cuatro, y Salima, un año y medio. Mi padre había muerto hacía cuatro años, y mi hermano Yawad todavía iba a la escuela. Acababa de sacar el certificado de estudios cuando mi padre murió. Le habían concedido una beca, y estaba interno en un colegio en Marraquech. Allí estaba una hermana casada; mi hermano pasaba los fines de semana en su casa, luego, cuando mi padre murió, se instaló allí. Ella no tenía hijos. Resumiendo, mi marido murió en la comisaría. Me vinieron a avisar: «Ven a ver a tu marido.»

—*¿Le habían pegado?*

—Sí. Había habido un incendio en el puerto de El Yadida, y sospecharon de él. Lo llevaron a la comisaría hacia las dos y media de la tarde y, a eso de las siete, me vinieron a buscar. Un francés y un marroquí, ambos de la policía. El francés me dijo: «Puedes venir a ver a tu marido. Está en el hospital gravemente herido.» Dudé un poco y le dije: «No quiero ir con vosotros, no quiero ir ahora.» El francés, entonces, me dijo: «Si no quieres venir conmigo, si no tienes confianza en mí, estoy con un marroquí.» Seguí diciendo que no. Cogí a mi hijo y

[1] Se trata de Mohamed V.

me fui a casa de mis padres, que se sorprendieron de mi visita a aquellas horas. «¿Está mi hermano Yawad?», pregunté. «Acaba de ponerse el pijama», me respondió mi madre. Serían las ocho. Subí a su habitación y se lo conté todo. «No debes ir, seguramente es para interrogarte sobre las actividades políticas de tu marido... Debe de estar allí... ¿Desde cuándo no lo has visto?» «Desde que salió esta mañana», le respondí. «Tiene que ser algo de política, te van a interrogar. Te van a maltratar para saber con quién va. Iré yo.»

»Volvió llorando a lágrima viva: 'Hermana mía, puedes ir a ver a tu marido.' '¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido un accidente? Dime la verdad, ¿está muerto?' 'Lo han matado', me respondió. Fue terrible. Fuimos a la comisaría. No querían que viéramos el cuerpo. Lo habían puesto bajo vigilancia en un cuarto del hospital. Al principio nos dijeron que no podíamos verlo aquella noche. No querían que la noticia de su muerte se divulgara. Alguien les preguntó que a qué hora pensaban enterrarlo. Estuvimos allí hasta medianoche. Toda la familia estaba al corriente. Nos marchamos para volver a las seis de la mañana. Esperamos todavía hasta las diez; luego, la policía vino a dispersarnos. Lo habían enterrado ya, y nunca hemos sabido dónde está su tumba.»

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE DEL MARIDO: EL HERMANO DE ZUBIDA DEBE SUBVENIR A LAS NECESIDADES DE LA FAMILIA

—Toda la familia se quedó en casa y, por la noche, hicimos la cena de funeral, la *sadaka*. Mi madre subió a buscar a mi hermano para que asistiera también. Pero no estaba en su habitación. Había dejado una carta en la mesilla de noche diciendo que no soportaba ver a su hermana apencando para criar a sus cuatro hijos y que había decidido dejar los estudios para buscar trabajo. Se había ido a Rabat. Buscó durante tres días... Le echaron

una mano y, al cuarto día, recibió un papel para ir a trabajar. Podía elegir entre El Yadida, Agadir o Tiznit. Prefirió quedarse en El Yadida. Empezó a trabajar en correos. Alquiló una casa a donde fuimos a vivir todos juntos.

—*¿Quiénes?*

—Él, mi madre, mis cuatro hijos y yo. En realidad, mi madre no vivía conmigo, pero solía venir a ayudarme. Me ayudaba a lavar la ropa y a cuidar de los niños cuando yo quería ir a alguna parte, al baño moro, por ejemplo; cuando tenía tiempo, se venía conmigo, y cuando me iba de viaje a casa de mi hermana, ella se quedaba con mis hijos.

—*¿Y los estudios de tus hijos?*

—Yo me preocupaba de que aprendieran las lecciones... Cuando todavía eran pequeños, los ayudaba con el poquito de francés que sabía... Se lo enseñaba, sobre todo, por las noches, cuando ya no tenía nada que hacer... Dejaba a la pequeña durmiendo en un cuarto y me iba con ellos a otro donde estaban estudiando; me llenaba de alegría verlos estudiar. No escatimaba ningún esfuerzo... Teníamos una mesa y unas sillas; me sentaba con ellos para ayudarlos y, cuando estaba cansada y quería dormir, les decía que se fueran a otra habitación donde podían seguir con la luz encendida; se habían acostumbrado a trabajar solos hasta muy tarde antes de acostarse.

—*¿Ibas a ver a los maestros?*

—Seguía muy de cerca lo que hacían en la escuela.

—*Cuando vivía tu marido, ¿quién se encargaba de su escolarización, tú o él?*

—Yo velaba por su escolarización; era amiga de las maestras de mis hijas. Iba a sus casas y las solía invitar a venir a tomar el té en la mía... cuando tenían tiempo. Un día, las niñas me dijeron que la maestra había pegado a Nezha. Les respondí: «Si mi hija merece que la castiguen, la maestra puede matarla si quiere, que yo me limitaré a enterrarla.»

Y cuando las niñas le contaron lo que había dicho, quiso conocer «a esa marroquí que está empeñada en que su hija estudie». Vino a tomar el té conmigo y me contó toda su vida. Fuimos amigas hasta que Nezha cambió de clase. De hecho, mis hijas iban a la misma escuela a la que había asistido yo y que tuve que abandonar. La misma directora se encargaba ahora de ellas. Aceptó en la escuela a Farida y Nezha antes de la edad legal, a los cuatro años. Cuando fui a inscribir a Nezha en la escuela, ya no había plazas, y Nezha lloraba. La directora estaba disgustada: «Es que es muy pequeña todavía.» Nezha lloraba: «Quiero ir a la escuela, y ellos no quieren.» Apenas lograba articular las palabras. La directora quiso saber lo que le pasaba, lo que decía la pequeña. Le dije que quería quedarse en la escuela. Tuvieron que ponerle una esterilla en el suelo, a falta de otro asiento. Solía ir a ver a la directora a menudo.

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

—*¿A quién de los dos tenían más miedo tus hijos, a ti o a su padre?*

—A mí; su padre no les pegaba nunca. No les decía que no a nada. Era a mí a la que sacaban de quicio y les pegaba mucho.

—*¿Con qué les pegabas, con la mano o con el cinturón?*

—Sólo les pegaba con la mano, nunca recurrí a la vara.

—*¿Te tenían mucho miedo?*

—Un poco.

—*¿Por qué tenías tanto empeño en que tus hijas estudiaran?*

—Porque yo no había podido continuar estudiando. Tenía unos enormes deseos de estudiar. Si hubiera dependido de mí, no habría dejado la escuela a los once años; hubiera seguido estudiando para llegar a ser alguien; me hubiera defendido mejor. Pero mis padres se

opusieron. Cuando mi hija mayor sacó el certificado de estudios, mi hermano se fue a Rabat... Conocía a alguien que pudo conseguir una beca para ella. La matriculó en el colegio de chicas de Rabat. Cuando su hermana obtuvo, a su vez, el certificado de estudios, la admitieron también en el mismo colegio, con una beca, y se quedaron internas.

—¿Seguíais viviendo en El Yadida cuando tus hijas estaban internas en Rabat?

—No, cuando mi marido murió, mi hermano trabajó sólo un año en el Yadida. Lo trasladaron por un año a Beni Mellal, en donde nos reunimos con él. Luego, se dio de baja y se enroló en las Fuerzas Auxiliares. Mientras estaba en prácticas en Casa,* volvimos tres meses a El Yadida. Después, lo destinaron a Marraquech. Allí, estuvimos dos años y, después, tres en Mequínez. Fue entonces cuando mi hija mayor suspendió el bachillerato; no quería ni oír hablar de estudiar; estaba harta. Volvimos a El Yadida en las vacaciones de verano... a casa de un tío de mis hijos. Conocía a un subdirector de Juventud y Deportes. Le telefoneó para ver si podía dar trabajo a mis hijas. Les dijo que fueran al día siguiente a su despacho. Al otro día, las acompañé a Juventud y Deportes, y allí se colocaron las dos.

—¿Qué clase de trabajo?

—Farida trabajó en la Delegación. Nezha encontró un trabajo de mecanógrafa, pero sólo durante ocho días. El de Farida era por tres meses. Le gustó mucho el trabajo y quería quedarse en El Yadida. Cerré mi casa de Mequínez y volví para instalarme con Farida y Salima. Estuvimos alojadas en casa de su tío durante siete meses, antes de poder coger una vivienda. Nezha seguía interna en Rabat. En cuanto a mi hijo, se había quedado con mi hermano en Mequínez. Y lo acompañó a Nador, adonde lo habían trasladado. Mi hijo había dejado los estudios

* Forma común de referirse a Casablanca *(N. T.)*.

en segundo año de secundaria. Nezha se venía con nosotros todos los veranos al terminar el curso. Llevábamos un año allí, cuando vinieron a pedirnos la mano de mi hija mayor.

FARIDA SE CASA, SALIMA EMPIEZA A TRABAJAR, Y EL HIJO EMIGRA A FRANCIA

—Era uno que trabajaba con ella en Juventud y Deportes. Vino a pedir su mano. Cuando se hicieron novios, solía venir a casa. Fueron novios durante un año. Vivíamos en un piso para funcionarios. Farida nos lo dejó y se fue a vivir con su marido. Cuando tuvo la primera hija, Salima y yo fuimos a vivir con ella. Luego tuvo la segunda. Las crié yo a las dos. Estuvimos en su casa hasta que Salima sacó la reválida. Hizo el cuarto curso y se puso a trabajar durante tres meses. Ganaba muy poco. Un conocido de su hermana Farida le telefoneó un día para decirle que había un puesto disponible y que quería contratar a una chica para que trabajara con él. Era director de una Delegación agraria. Buscaba una chica que hablara un poco de inglés y tuviera buena presencia. Le prometió que le buscaría a alguien y le preguntó a Salima si prefería trabajar o seguir estudiando. «Si es un trabajo bien pagado, prefiero trabajar.» Cuando fue a ver, le dijeron que volviera el lunes siguiente y le dieron trabajo inmediatamente. Tenía un buen sueldo, sesenta mil francos.[2] Antes de cambiarse, vivió seis meses en casa de mi hermana. Su director le alquiló una casa. Tenía una compañía de seguros y se dedicaba a las casas. Latifa y yo nos fuimos a vivir con ella. Pagábamos quince mil francos al mes.[3] Mi hijo se fue a Francia para buscar trabajo. No quería seguir en Marruecos.

—¿Y eso?

[2] Unos 600 dirhames.

[3] Unos 150 dirhames.

—Ya ves... así es la vida.

—*¿Qué hizo en Francia?*

—Trabajó en una fábrica, en París. No me lo había tomado en serio cuando me decía que quería irse a Francia. Me había dicho: «Sabes, si me voy allí, no volveré hasta dentro de dos o tres años.» «¡Ah, no! —le respondí— ¡Tú vuelves todos los años!» Se marchó. Al principio, una carta a la semana, después, una al mes... Después no escribió más. A veces estaba hasta cuatro meses sin noticias de él. Su hermana Nezha me vio muy preocupada. Yo no paraba de llorar. Se fue a verlo a Francia. Tenía su dirección. Lo esperó a la salida de la fábrica. Cuando la vio, se pusieron a llorar los dos. Lo acompañó al médico de la fábrica, que tuvo a bien concederle unos días de permiso. La llevó a visitar muchos sitios. Nezha tenía la llave de un apartamento que le había prestado una amiga abogada. Se fue a vivir con ella durante toda la semana que pasó allí. Al final, le reprochó que hubiera dejado sin noticias a su madre, diciéndole que debía escribirla de vez en cuando o llamarla por teléfono... Le dio el número de teléfono de los vecinos de Farida. Empezó llamándome todos los sábados. Estaba contentísima. Era como si lo estuviera viendo. Después, los vecinos se trasladaron a Tiznit, debió de llamar y no encontrar a nadie. Hace cuatro o cinco meses que no tengo noticias suyas. No sé si volverá pronto de permiso, como la mayoría de los emigrantes. El año pasado, se fue de viaje y nos envió un montón de postales.

—*¿Qué edad tiene ahora?*

—Debe de tener veintiún años.

—*¡Es muy joven!*

—Cuando Nezha vio como vivía en Francia, me tranquilizó: «Parece un turista.» Se ganaba bien la vida, cobraba de ciento veinte a ciento treinta mil francos. [4]

[4] Francos franceses antiguos [lo que equivale a 1 200 ó 1 300 francos nuevos *(N. T.)*].

»Tenía una habitación en una residencia para inmigrantes, comía en restaurante y vestía bien. ¡Salía todos los sábados por la noche, no se privaba de ir a bailar y no se preocupaba de nada, mientras que yo estaba intranquila por él! Siempre ha sido así, incluso aquí.»

—*¿Eras severa con él?*

—¡No, qué va! Volvía a casa cuando quería, a veces al mediodía, otras, mucho después de comer. Iba directamente a la cocina y se servía. Por las noches se las arreglaba para ir de guateque. En Francia, lo mismo. Ha encontrado lo que quería.

RELACIONES ENTRE LA MADRE Y LAS HIJAS

—*Y a tus hijas, ¿las dejabas salir?*

—Salían, sí.

—*¿A qué edad empezaron a pasar la noche en casa de sus amigas?*

—Aun hoy no las dejo pasar la noche fuera.

—*¡Ah, vaya!*

—Sus amigas venían a dormir a casa. Pero, mientras vivieron conmigo, no las dejé nunca pasar la noche en ninguna parte.

—*¿Ni en casa de sus amigas?*

—Salima, sí; desde que trabaja, va mucho a casa de sus amigas; a veces sale con ellas el sábado por la noche; y hasta se va de viaje.

—*¿Qué edad tiene Salima?*

—Diecinueve años... También va al cine, pero los sábados nada más.

—*¿Vas con ella?*

—Pocas veces. Voy a casa de mi familia, a la otra punta de la ciudad... pero no le dejo pasar la noche en casa de nadie. No la ato mucho, pero tampoco le dejo hacer todo lo que quiere, vamos.

—*¿Tu primer marido te sacaba de vez en cuando?*

—No, y como nunca lo quise, únicamente salía para ir al baño moro, y tenía que estar alquilado. No salí durante un año, salvo al final, para ir a Marraquech. Estaba embarazada, ¡y ni siquiera a Marraquech me dejaba ir! Mi padre insistía, pero en vano. Mi primer marido no nos podía acompañar nunca a ninguna parte, siempre tenía trabajo.

—¿No podías salir? ¿Te encerraba, o qué?

—Si no hubiera estado mi madre, que venía a verme...

—¿Y él no te llevaba a ninguna parte?

—A ninguna parte... excepto al baño moro, pero ¡por la noche, cuando no había ni un gato en la calle! Salía del baño a medianoche.

—A los doce o trece años, completamente sola en casa... ¿Qué hacías todo el tiempo?

—Tenía vecinas que venían a verme... y mis antiguas compañeras de clase. Me hacían compañía. Mi madre venía, a veces, con una amiga suya. Y pasaban la tarde conmigo.

—¿Y con tu segundo marido?

—Me dejaba ir a donde quería.

—¿Te llevaba al cine?

—Iba con él a casa de su familia; él venía conmigo a casa de la mía; a veces, cuando no me encontraba en casa, me venía a buscar a la de mis padres. Nos llevábamos bien los dos.

—Vamos a ver, desde tu punto de vista, ¿tus hijas deberían elegir ellas a sus propios maridos, o no?

—¡Ah, sí! Creo que les toca a ellas elegir marido, porque yo sé lo que pasa cuando una mujer se casa con un hombre que no ha elegido. Si una de ellas quiere casarse con alguno, no puedo oponerme. Es lo que pasó con la mayor cuando conoció a uno, me dijo que iban a venir a pedir su mano, y yo le dije que eso era cosa suya, exclusivamente. Lo mismo pasó con mi hermano. Aún vivía con él... Estaba de permiso y había ido antes que nosotros a El Yadida. Acababa de comprarse un coche

nuevo. Se quedó tres o cuatro días en El Yadida. Había visto a una chica en la playa... Le había gustado. Me telefoneó desde el ultramarinos para pedirme que me reuniera con él. En ese momento no caí en lo que quería: que fuera a pedir la mano de aquella chica. Le dije que si él la había elegido, estaba de acuerdo; ella acababa de cumplir catorce años. Hicieron los papeles y se vino con nosotros. Vivió con nosotros durante dos años, hasta que terminó los estudios.

—¿Se quedó con vosotros?

—Sí, vivía con nosotros; el acta de matrimonio estaba concluida ya. Iba al colegio y, cuando volvía, se sentaba a la mesa con nosotros. Iba al cine con su marido los fines de semana e invitaba a sus compañeras. Yo me quedaba en casa. Me encargaba de todas las faenas de casa, del mercado y de lo demás; eso duró dos años, luego festejaron la boda.

—¿Qué edad tenía tu hermano?

—Debía de andar por los veinte. Se casaron en El Yadida... Su mujer se quedó con nosotros. Tenía ya dos hijos cuando nos dejaron para establecerse por su cuenta.

—¿Se quedó con vosotros todo ese tiempo?

—Sí, yo no hacía distinciones entre ella y mis hijas. Llegó muy joven. Incluso ahora, cuando quiere irse de viaje, me quedo con sus hijos. Vienen a menudo a casa. Sabes, tenemos mucho apego a nuestra pequeña familia; mi hermano y una hermana viven en la misma ciudad que yo. Viven muy cerca uno de otro. Mi hija tampoco vive lejos.

—¿Y la hija que no se ha casado todavía? ¿Te cuenta cosas suyas, de su vida o de sus amistades?

—¿Nezha? Sí, sí... a veces nos quedamos hasta muy tarde. Me cuenta todo. Una vez me habló de uno que no paraba de telefonearla. Quería pedir su mano. Me habló de muchos pretendientes, pero yo la ponía sobre aviso: «No te conviene ninguno de ellos; eres demasiado joven todavía.» Ella tampoco quería casarse, era muy joven.

—¿Tus hijas te han pedido opinión antes de casarse?

—Sí, no quería casarlas con alguien que no les conviniera, me hubiera mordido las manos durante el resto de mi vida...

—¿Qué es lo que, desde tu punto de vista, no conviene en un marido? ¿Qué es lo que querrías evitar a tus hijas?

—Alguien que se emborrache o que no se porte bien no es conveniente, o que no sea de buena familia.

—¿Pero cómo vas a saber todo eso?

—Cuando uno viene a pedirte a tu hija en matrimonio, tratas de informarte por alguien que lo conoce. Tratas de saber si tiene buena conducta. No porque un hombre sea rico voy a darle a mi hija. Es preciso que sea maduro, de buena familia y que sea culto. ¿La casarías tú con uno que no supiera leer? Incluso, debe saber más que ella.

—¿No te gustaría que se casara con alguien menos instruido que ella?

—Eso no estaría bien.

—¿Dejas que se maquillen tus hijas antes del matrimonio?

—A los dieciocho años las chicas saben lo que quieren. Se compran maquillaje, cada una se maquilla como quiere. Si llega el caso, por supuesto, si va a ir a alguna parte, cuando está invitada o si hay una fiesta.

—¿Las dejas fumar?

—No, no las dejo fumar.

—Tú no fumas... ¿Ellas tampoco? (yo sabía que Nezha fumaba).

—Nadie fuma delante de mí.

—¿Tu hijo no fuma tampoco?

—No ha fumado nunca delante de mí. Antes, no fumaba nada o sólo de vez en cuando, cuando le ofrecían un cigarrillo. Ahora no sé lo que hace.

—¿Y tu segundo marido fumaba?

—Fumaba y bebía.

—¿Y el primero?

—Mi primer marido sólo fumaba. Mi segundo marido es el que fumaba y bebía alcohol.

—¿Y tú, nunca has fumado?

—En mi familia nunca ha fumado una mujer.

Nezha

Hija de Zubida Zennati. Nació en 1947 en El Yadida. Entrevista realizada en 1974; en la actualidad, está casada y tiene un hijo.

INFANCIA ENTRE LA MADRE Y LA ABUELA

—Lo primero que recuerdo es que vivíamos con unos vecinos. Teníamos un cuarto en la planta baja. Mi hermana mayor solía ir a casa de mi abuela, que vivía sola. A veces, yo iba con ella. Mi hermana mayor solía estar más con mi abuela que con mi madre. Fue ella la que la crió, porque mi madre era muy joven. No quería ni siquiera darle de mamar. Lo hizo mejor conmigo, tenía más experiencia. Pero de su primera hija no quería hacerse cargo. Tenían que recordarle todas las veces que debía darle de mamar, o esto o aquello.

—¿Quién se ocupaba de la casa y cocinaba?

—Mi madre, claro. Ayudada por mi abuela y mi hermana mayor, que además cardaba la lana e hilaba con mi madre y mi abuela. Yo echaba una mano también, cuando era pequeña. Recuerdo que limpiábamos la lana y la desenredábamos.

—¿Tu abuela también hilaba?

—Sí, mi abuela no podía permanecer inactiva. Al haber perdido a su marido muy joven y tener a su hijo interno estudiando, trabajaba porque no tenía nada que hacer. Además, ayudaba a mi madre a criar a sus hijos.

—¿Y tu madre? ¿Hacía algo además de los trabajos de la casa?

—Tejía alfombras e hilaba lana. Mi abuela y mi madre trabajaban juntas, era como un pasatiempo y se ganaban algún dinero.

EL TRABAJO DE LA LANA

—¿Tenían un telar o varios?

—Uno solo. Sabes, se puede trabajar entre varios en un mismo telar, incluso con niños que puedes colocar detrás del telar para que hagan los nudos. ¿Te das cuenta? Los niños participan, mi hermana trabajaba mucho, tomaba parte en el lavado de la lana, se iba con ellas al mar para lavarla. Después, una vez lavada, cardada e hilada, iban a venderla al zoco, al centro de la ciudad, en el zoco *lagzal.* Vendían lana lavada y compraban lana en bruto en el mismo zoco. La traían a casa para lavarla, y así sucesivamente. A lo mejor, les quedaban unos doscientos o trescientos francos[1] por kilo, nada más. Había algunas que trabajaban tanto que podían hacer dos o tres kilos al día. El precio dependía de la calidad del trabajo. Cada calidad tenía un nombre. Si estaba hilado muy fino, se llamaba *es-sda;* si era lana de cabra, se llamaba *es-saara;* si estaba hilada muy gruesa y floja, *el-berual.* La calidad del trabajo dependía también del instrumento utilizado, *al-qursal* o *al-mest.* La lana puede hilarse en corto o en largo.

—¿Y qué hacía tu padre?

—Antes de trabajar de funcionario en el Ministerio de Juventud y Deportes, trabajaba de cocinero en una compañía naviera. Estaba fuera dos, tres y hasta cuatro meses. Mi madre se quedaba esperándolo y tenía cantidad de tiempo para trabajar.

—¿Lo veías poco?

—Muy poco. Hasta cuando estaba en tierra, el trabajo de cocinero le absorbía todo el tiempo. Trabajaba en los restaurantes que la compañía de navegación tenía en el puerto. Volvía por la noche muy tarde. Apenas lo veíamos.

[1] Unos 2 o 3 dirhames.

—¿Te acuerdas de él?

—Me quería mucho. Me llevaba al restaurante en donde trabajaba. Sus jefes eran muy simpáticos..., y yo vestía a la europea; llevaba el pelo corto y hablaba francés. Teníamos una cierta educación. Mi padre hablaba todos los idiomas, era un tipo inteligente. Hablaba francés, inglés y español.

—¿Cómo había aprendido esas lenguas?

—En el trabajo, sin más. Venía del campo... aprendió así, sin más.

—¿Quién se preocupaba por tus estudios?

—Entré en la escuela muy pequeña, a los cuatro años. Todavía me hacía pis encima. La directora me había aceptado porque mi madre hablaba francés y había estado en su escuela antes. Me aceptaron provisionalmente. Estaba como en una maternal. Me daban muñecas y todo. Es curioso, era la compañera de las hijas pequeñas de las maestras. Más bien era mi madre la que se encargaba de nuestra educación. Mi abuela también jugó un papel muy importante. A la persona que más temíamos era a la abuela. Y a la que más respetábamos. Mi madre no nos pegaba nunca, o muy pocas veces. Nos regañaba, si habíamos hecho algo que no le gustaba, pero nada más.

—¿Tienes recuerdos muy vivos de la infancia?

—A mi padre le gustaba ir de pesca. Tenía muchos amigos franceses. Se iba de pesca con ellos durante todo el día. Yo iba siempre con ellos. Guardo un recuerdo muy... Había un francés, un joven que se llamaba Toto. Siempre que lo veía, o que me llevaba a casa, no dejaba de decirle «Toto *diali» (mi Toto).* Me llevaba al cine. A mi no me gustaba mucho el cine, sino los caramelos que me compraba cuando íbamos. Me llevaba también al bar, al café... Como bebía vino tinto, yo también quería beber algo rojo, así que me traían granadina.

LA MUERTE DEL PADRE

—¿Recuerdas la muerte de tu padre?

—Sí, por supuesto; era de noche. No recuerdo lo que mi madre había preparado para comer, pero no quería servirnos. Nos decía «tenemos que esperar a vuestro padre». Estábamos jugando en la habitación, nos divertíamos. Entonces, llamaron a la puerta. Era un agente de policía. Mi madre ha debido de contarte toda la historia. Recuerdo algunos detalles. Estaba muy sorprendida de que, al principio, ni a mi hermano pequeño ni a mí nos hubieran dejado verlo. Nos metimos en una callejuela, el hospital estaba allí, y vimos el sudario. Había un inspector que trató de consolarme dándome cuarenta francos,[2] o algo por el estilo. Estuvimos allí hasta muy tarde. Luego, recuerdo la ceremonia que se hace a los muertos. Mi madre iba toda vestida de blanco. Dejó de salir.

—¿Cómo se las apañó?

—Mi padre no había dejado nada. Era un derrochador que gastaba en el día todo lo que ganaba. Nos mimaba. Íbamos bien vestidos y comíamos muy bien. Pero no ahorraba nada. Se diría que tenía el presentimiento de que... Cuando volvía de sus viajes, traía cantidad de regalos, un montón de cosas... Para vestirse, cosas que no había en la ciudad. Por ejemplo, tirantes elásticos, que no podían comprarse antes aquí, corbatas...

—¿Os mudasteis de casa?

—La casa en la que vivíamos no era nuestra. La compartíamos con unos vecinos. Nos quedamos allí, porque mi madre no tenía medios para ir a otra parte. Sabes, teníamos buenas relaciones con los vecinos. No nos peleábamos nunca con ellos. Mi madre era muy amable y muy sociable. Pero nos mudamos de casa cuando mi tío dejó

[2] Unos 0,40 dirhames.

los estudios para ponerse a trabajar. Fue seis o siete meses después de la muerte de mi padre.

—¿Supuso un gran cambio para ti?

—Pues sí. Estábamos más tranquilos, al estar solos, sin vecinos. Vivíamos con mi abuela y mi tío. A pesar de todo, nos sentíamos un poco huérfanos. La gente nos repetía «¡ay, pobres niños!, ¡los pobres!». Te das cuenta, era más bien la influencia de la gente la que creaba en nosotros esa sensación de huérfanos. Teníamos, sin embargo, una vida equilibrada, incluso más... No teníamos especiales dificultades. Estábamos juntos y unidos. Había que ganar algo más de dinero. Pues, entonces, mi madre hacía alfombras. Claro que, en aquella época, todo el mundo se compadecía de nuestra suerte. Había miembros de la familia que nos ayudaban, nos hacían regalos.

—¿Y el colegio?

—Seguimos yendo. No interrumpimos los estudios a la muerte de mi padre. Nos íbamos por la mañana y no volvíamos al mediodía, porque comíamos en el comedor. Volvíamos por la tarde. Íbamos a la escuela los tres. A veces, mi hermano se largaba, así que teníamos que vigilarlo muy de cerca. Cuando se escondía, tratábamos de encontrarlo. Pero, aparte de mi hermano, no teníamos problemas para ir al colegio. Íbamos a gusto.

LA VIDA DE UNA ADOLESCENTE

—¿Cuáles eran vuestras diversiones, qué hacíais cuando no estabais en el colegio?

—¿Las diversiones? Íbamos con la familia a pasar la noche. Luego, les decíamos que vinieran a pasarla a nuestra casa. Yo tenía también muchas amigas. Eran vecinas o primas y, también, compañeras de clase. Podía quedarme con ellas todo el día, o ellas pasar todo el día en mi casa, pero, por la noche, cada cual volvía a la suya. Hasta con la familia, sólo me dejaban pasar la noche en casa de los que no tenían chicos.

ESTUDIOS Y PRIMEROS EMPLEOS REMUNERADOS

—¿Y las relaciones con hombres, amigos de clase o primos?

—Sabes, yo estaba interna en Rabat. Teóricamente, tenía un tutor; un tutor que nunca vi y que no vino nunca a sacarme los fines de semana. De modo que los fines de semana, las demás se iban del internado, y yo me quedaba.

—¿No salías ni el sábado ni el domingo?

—No, no salía, pero no lo echaba en falta. Ni siquiera iba el viernes al paseo organizado por el colegio, porque el viernes tenía «club de teatro» o «club de foto»; también hacía deporte, o lo que fuera. Nos lo pasábamos bien en el internado. Teníamos discos, los escuchábamos, nos divertíamos mucho, y, además, yo estudiaba muchísimo.

—Tenías una beca en el internado. ¿Era suficiente?

—Al principio mi tío nos tenía a su cargo. Pero a partir de primero de bachiller, empezó a tener dificultades, había unos asuntos que le impedían ocuparse materialmente de nosotros como de costumbre. En fin, me daba cuenta de que él no podía seguir ayudándonos. Así que mi hermana y yo nos pusimos a trabajar.

—¿Qué edad teníais?

—Yo ni siquiera tenía quince años. El primer año me cogieron de mecanógrafa.

—¿Pero cómo y dónde habías aprendido a escribir a máquina?

—Mi tío, que trabajaba en el Ministerio de Juventud y Deportes, me dejó entrar en un despacho de la Inspección, donde había una máquina disponible. Me estuve entrenando durante tres o cuatro días y, luego, me enchufó para un trabajo en otro Ministerio. Estuve de mecanógrafa durante dos meses y medio y, luego, reanudé los estudios. A mi hermana aquello le gustó, dejó los estudios y se puso a trabajar en el Ministerio, en el que sigue todavía. Después de aquella experiencia, cogí la costumbre de trabajar los tres meses de vacaciones. El dinero que ganaba lo distribuía durante todo el año para cubrir todas mis necesidades: ropa, viajes, libros, y todo.

—¿Cuánto ganabas?

—La primera vez, ganaba mil francos al día.[3] El segundo año, trabajé a jornal. Sabes, no podían contratar chicas. Pero, de todas formas, nos contrataban con nombres de hombre. Yo me llamaba Mohámmed Ben Ali, o algo por el estilo. Trabajábamos a jornal y nos pagaban a la quincena.

—¿Ganabas, pues, quince mil francos a la quincena?

—No, mucho menos, porque no se contaban ni los sábados ni los domingos. Solamente los días trabajados. El tercer año, encontré un trabajo más interesante en una sociedad de peritaje. Trabajé allí tres meses y me pagaron mucho mejor. Me pagaron dietas, permisos y todo. Sustituía a la mujer de un ingeniero que estaba enferma. Hice de secretaria y de contable; al final, me había convertido en la secretaria de toda la empresa. Así que gané ciento ochenta mil francos. Me pagaron todo de una vez.

—¿Dabas una parte a tu madre?

—Claro. Compraba cosas para ellos y, con el resto, me pagaba los viajes de fin de semana a El Yadida, pues vivía interna en Rabat.

—¿Y dónde era ese trabajo de tres meses, en Rabat?

—No, en Marraquech. Sabes, mi tío había trabajado allí, después lo trasladaron a otro sitio, y fue en Marraquech donde tuvimos el primer trabajo mi hermana y yo, y mantuvimos los contactos. Trabajé un poco por todas partes, hasta en las oficinas de las minas; eso fue el año del examen de bachillerato. Trabajé de cajera e hice también de mecanógrafa. Creo que me pagaban cincuenta

[3] Alrededor de 10 dirhames.

mil francos al mes. En cuanto cobré la paga de los tres meses, me volví a Rabat para proseguir los estudios. Dejé de trabajar el 30 de septiembre a las seis. Cogí el autobús Marraquech-Rabat a las nueve de la noche. Llegué a las nueve de la mañana al colegio. Lo que quiere decir que no había parado ni un momento en todo el año. Para mí, ir a Marraquech era como estar de vacaciones. Incluso cuando empecé los estudios universitarios, seguí trabajando los meses de verano. No tuve siempre beca para los estudios superiores. Si suspendías, te la quitaban. El año que no tenía beca, me las apañaba. Trabajaba de educadora en el internado de un instituto, hacía veintiuna horas a cambio del alojamiento y la comida; y, para cubrir mis otras necesidades, daba clases particulares de matemáticas.

—Tradicionalmente se empujaba a las chicas a casarse jóvenes. ¿Fue ese tu caso también?

—En mi caso, el objetivo esencial eran los estudios. En mi casa eso fue siempre prioritario. Mi madre sabía lo que era impedir a un niño que terminara sus estudios. Ella había tenido dificultades en la vida por culpa de eso y no quería que yo pasara por lo mismo. A los once o doce años, empecé a tener pretendientes. Los despedíamos siempre. Mi madre les decía: «Tiene que estudiar.» El matrimonio no era una preocupación en casa. Mi madre no paraba de repetirnos: «No hay que casarse joven.» Ya conoces su experiencia en ese asunto, estaba en contra del matrimonio de las chicas muy jóvenes. No estaba en contra del matrimonio en general, sino del matrimonio precoz. Los estudios eran la preocupación principal de la familia. Figúrate que no me dejaron pasar a sexto porque era, digamos, demasiado pequeña. En el último momento la directora se opuso y, para que no perdiera el tiempo, mi tío me presentó libre al examen del certificado de estudios. Pero, cuando tuve el certificado de estudios, tampoco pude pasar a sexto.... Durante los tres meses de verano, mi tío me envió a una colonia de vacaciones en Ifran y, a mi vuelta, me presentó

libre al ingreso. Volví a aprobar. Mi tío estaba tan contento que quiso animarme y me compró una bicicleta, un reloj y un montón de cosas. Lo importante en la vida eran los estudios, te das cuenta. A pesar de que, aquí entre nosotras, yo no estaba especialmente dotada...

—¿Y los chicos? ¿La coquetería?

—Nada de chicos. En cambio, ¡la coquetería! Éramos las que menos dinero teníamos de toda la familia, pero, los días de fiesta, éramos las mejor vestidas. A veces, comprábamos una tela en el mercado, sencilla, pero la arreglábamos y poníamos adornos. No sé cómo se las apañaba mi madre, pero yo tenía siempre cintas a cuadros de colores muy bonitas y pasadores originales. Ella tenía muy buen gusto. Elegía las telas más bonitas y, aunque sabía coser, prefería dárselas a una costurera. Sabes, a fuerza de verla arreglar las cosas, aprendí yo también. Sé que si ahora me apeteciera coser o arreglarme un traje, me saldría bien, pero hay que tener tiempo material para hacerlo.

—¿Recuerdas el baño moro?

—¡Ah, sí! Me gustaba mucho el baño moro. Cuando era pequeña, los niños se ponían de acuerdo para ir al baño el mismo día, y se reunía allí toda la clase. El baño era un espectáculo, como una fiesta. Patinábamos, mirábamos vestirse a la gente... ¡Era estupendo!

—¿Cuando estabas en el internado y, luego, de estudiante, salías?

—No, no salía los sábados ni los domingos.

—¿Y los chicos? ¿Los guateques?[4] *¿En el internado escuchabas canciones de amor y poemas, no?*

[4] Después de la independencia, en las ciudades más importantes de Marruecos y, especialmente, en Fez, se produjo un fenómeno, circunscrito a los adolescentes urbanos, el fenómeno «guateque», que representaba una flagrante ruptura con los modelos que regían anteriormente las relaciones entre adolescentes de ambos sexos. Mientras que la segregación sexual era de rigor tiempo atrás, los primeros años de la independencia vieron a los adolescentes de ambos sexos reunirse para bailar (emparejados) al son de la música occidental (el mambo, el cha-cha-chá, etc...).

—¡Los chicos!... A veces, nos llegaban mensajes firmados con iniciales. Pero no iba detrás de esas cosas. Me preocupaban mucho los estudios. Por ejemplo, no me contentaba con estar en el cuadro de honor. Tenía que conseguir que me felicitaran... Para mí era un problema. Y, sin embargo, no era una empollona, al contrario, más bien desenvuelta; no conseguía aprender las cosas de memoria, ni recitar las poesías. Era muy buena en «mates», era la primera en casi todo. Pero nunca encontrarías en mi cuaderno lo que la «profe» había dictado. Me pasaba el tiempo leyendo la *Enciclopedia de Geografía* o de... cualquier cosa. Pasaba el tiempo también con mis amigas, pues tenía muchas. Simpatizaba rápidamente con la gente. Por ejemplo, las chicas se confiaban a mí con facilidad, era como vivir experiencias a través de otra persona, ¿comprendes? Y, además, la puerta del internado estaba siempre cerrada... Así que me conformaba con las experiencias de las demás, sacaba provecho de ellas y me ponía en su lugar cada vez que me hacían confidencias.

—¿Cuáles eran tus proyectos para el futuro? ¿Tenías una idea clara de lo que querías ser?

—No, no tenía una meta precisa. No era de esa clase de chicas que repite desde los diez años: «Quiero ser abogada», «quiero ser rica.» No, nunca dije nada parecido. Más bien me adapto a las circunstancias, al medio. Me siento igual de bien entre la gente rica que entre la gente pobre. Y es que he conocido los dos extremos.

—¿Pensabas en tu vida sentimental, en tu futuro afectivo?

—No, hasta el útimo curso de bachillerato... Había unos estudiantes de Marraquech que estaban ya en la Facultad, en Rabat. Volvían a Marraquech durante las vacaciones y también aprovechaban para trabajar. Fue entonces cuando conocí a un chico... Trabajaba con mi hermana. Eran amigos de trabajo. Nos conocimos en un guateque organizado por una chica que daba una fiestecilla por haber aprobado el bachillerato. Yo creía que se

trataba de una fiesta sólo para chicas... Como hacía tiempo que no vivía en Marraquech, no estaba al corriente de los últimos cambios. Pues bien, era un guateque. Al principio no quise entrar. Iba con una prima y le pedí que diéramos media vuelta. ¡Me fastidiaba mucho! Entrar en un guateque era para mí dar un paso hacia un mundo nuevo.

—¿No sabías bailar?

—Claro que sí, sabía bailar. En el internado estaba siempre bailando. Pero bailábamos entre chicas. No era el baile en sí lo que me molestaba, siempre he bailado y sigo bailando, no, era el que la fiesta fuera mixta. Me sentía culpable por mi familia. Cuando volví a mi casa, les dije que el guateque era mixto. Mamá se puso a decir: «¡Debías haber dicho que era un guateque!» Y mi hermana, aún exageraba más: «¡Ya está, si empiezas a ir a esas cosas, te van a catalogar!», etc., etc. Fue un escándalo.

—¿Pero, al final, bailaste en ese guateque inesperado?

—No. No bailé. Ni me moví *(risas)*. Decía que no sabía bailar. Era muy tímida. La que me acompañaba era una prima muy desenvuelta. Cada vez que uno venía a invitarme, me escondía. Después volví a casa. Quince o veinte días más tarde, las chicas vinieron a preguntarme qué me había parecido la fiesta; les dije que no me gustaba ese tipo de fiestas. «A lo mejor no te ha gustado porque había mucha gente. Haremos una fiesta, no tienes más que elegir a quién quieres invitar.» Entonces, organizamos un guateque, y fue esa vez cuando conocí a ese chico. Al principio, venía a hablar conmigo y no me decía nada. Nada de nada *(risas)*. Después, volví al colegio de Rabat. Más tarde, una chica de Marraquech vino a Rabat; el chico en cuestión era de la pandilla de su hermano, y de esa forma empecé a salir con él, a salir en grupo. A veces, viajábamos juntos, siempre en grupo.

—¿No os besabais, ni siquiera os dabais la mano?

—No, no, nada. Éramos amigos. Por otra parte, me asombraba mucho su comportamiento. Me hacía olvidar

que los chicos eran unos «salvajes», un «horror»; me asombraba que fuera tan cortés, tan galante; a la larga, te haces confiada *(risas).*

—*¿Cómo evolucionó después?*

—Es muy divertido. Fue un libro el que desencadenó todo; se trataba de *La foire aux cancres.*[*] Nos lo pasábamos de mano en mano. Luego, un buen día, era la víspera de mi salida para Marraquech, vino a buscar el libro y se me declaró... Iba en serio. Yo me lo esperaba, porque era muy reservado, muy tímido y evitaba hablar por hablar. No hablaba con nadie. Le costaba mucho expresarse y era demasiado amable conmigo como para que no hubiera nada detrás.

—*¿Cómo recibiste su declaración? ¿Te gustó? ¿Te sentiste orgullosa?*

—Para mí... No estaba especialmente contenta. Estaba acostumbrada a esas cosas *(risas).*

—*¿No era algo para contar a las amigas con orgullo?*

—No, al contrario. Me creía diferente a las otras chicas. Me creía excepcional. Y entonces me di cuenta de que no era diferente.

—*¿Qué quieres decir? ¿Acaso te preocupaba la cuestión de la belleza?*

—No, nada de eso. La «belleza» no me ha causado nunca problemas. Siempre pensé que había cosas más importantes que la belleza física. Hay gente guapa que no me gusta.

—*¿Cuando eras una adolescente, te planteabas la cuestión de la belleza? Según mi experiencia, tenía la impresión de que, en el medio en que viví, para una joven el único y exclusivo valor que existía era la belleza. A las chicas se las valoraba en función de ella. Era el objetivo y la referencia de la vida de una mujer.*

[*] Alude al divertido libro de Jean-Charles (Calman-Lévy, 1962), compendio de «disparates» en todas las materias escolares, obra de los malos estudiantes, los de la última fila, los *cancres*, y en el que, siempre en clave de humor, el autor se ofrece a resolver la crisis de la enseñanza secundaria por medio de una reforma completa, pues, de no producirse, aquella corre el riesgo de convertirse en una inmensa «Feria de *cancres*» *(N. T.).*

—Eso era diferente en nuestro medio. Nunca se hablaba de las cualidades de una persona. Lo esencial era la seriedad en el trabajo. Por otra parte, me llamaban *al aura,* porque bizqueaba *(risas).* Lo esencial era el trabajo. Mi hermana trabajaba mucho. Para el certificado de estudios pasó noches enteras estudiando. A mí no me tomaban en serio, porque empollaba mucho menos. Cuando volvía a casa al mediodía, pedía la comida y tragaba por diez. Entonces, mi madre me decía: «Me extrañaría que aprobases, los exámenes no parece que te consuman.» En mi barrio, había muchas europeas. Me dedicaba a jugar a la petanca o a montar en bicicleta. Nunca abría un cuaderno para repasar. Por eso, no me tomaban en serio. Al estar interna y no volver nada más que en vacaciones, pensaban que nunca hacía ningún esfuerzo y que estaba siempre de vacaciones. Mi madre no se daba cuenta de todo el trabajo que hacía. Nunca les hablaba de mis dificultades.

—*¿Nunca?*

—Las resolvía yo sola. Debían creerse que llevaba una vida tranquila. No les hablaba de mis problemas, porque sabía que no podían ayudarme. No tenía por qué darles la lata con mis problemas. Trataba siempre de afrontarlos sola.

—*¿Y las amistades? ¿No podías contar con ellas?*

—No tanto. Al final, me he dado cuenta de que la amistad es efímera. Puedes confiarte a tus amigas, pero hay que saber pararse a tiempo... porque si no, si te pasas de la raya, eso degenera siempre; bueno, casi siempre. Es como si la amistad no resistiera los problemas; sabes, tengo una amiga con la que puedo contar si estoy en algún lío, pero trato de recurrir a ella lo menos posible, de bastarme yo sola mientras pueda. Claro que sabiendo que hay muchas personas que me ayudarían en el caso de que tuviera problemas.

—¿Compartes con tus amigas tus problemas sentimentales y emocionales? No has terminado de contarme lo de ese chico que conociste el último año del bachillerato

—¡Hace ocho años que dura! *(risas).* No he conocido a otros chicos.

—¿Lo quieres?

—Sí, empezó muy despacio. Sabes, él sigue siendo estudiante.

—¿Os veis a menudo? ¿Pensais vivir juntos?

—Nos vemos con mucha frecuencia. En cuanto a lo de vivir juntos, ya llegará. No sé. Sabes, en ocho años han pasado muchas cosas y he aprendido mucho. No lamento haberme dejado llevar por esta relación. Ha habido dificultades, momentos de tensión...

—¿Acaso es celoso?

—El señor es muy celoso. Pero él puede hacer lo que quiera, ir con otras chicas, porque el señor es un hombre.

—¿Querrías casarte con él?

—Por ahora, no.

—¿Te cuenta lo que hace con otras chicas?

—Sí.

—¿Lo encuentra normal?

—Sí, lo encuentra normal. Lo justifica por el hecho de que hasta los veinte años no había conocido a ninguna chica.

—¿Fue con prostitutas, como se hacía corrientemente?

—Estaba interno.

Dauya al Filalia y sus hijas Latifa y Malika: un proletariado sin fábricas

Dauya al Filalia, nació en 1913 en la región de Ksar-es-Suk, y la casaron a los nueve años, siguiendo las tradiciones de su tierra. Tuvo su primer hijo con la primera regla. Pero, en el Marruecos de la década de los años veinte, las chicas de los ksur conocieron unas experiencias extraordinarias, de las que ni la tradición ni los hombres les habían hablado nunca... Dauya emigró al Norte, siguiendo las directrices de su madre. Con su hija en brazos, iba a trabajar de jornalera a las huertas de los alrededores de Salé. Más adelante, trataría de encontrar un trabajo de asistenta para poder estar más cerca de sus hijas, que iban a Dar maalma *para aprender a tejer. Acabará su trayectoria laboral en una hilandería de Salé, mientras que sus hijas se colocaban en las cooperativas de alfombras de la capital.*

Mientras que Latifa, nacida en 1952, y Habiba, nacida en 1956, se preguntaban, atónitas, por qué no habían tenido derecho a la escuela, a la formación y a la promoción que cantaban los nacionalistas y los responsables del Marruecos independiente, en Rabat se planificaba para el futuro, la vuelta a la autenticidad, a la tradición...

Una tradición que, en apariencia, no existía más que en los fantasmas que poblaban la mente de los planificadores.

Dauya al Filalia

Nació en 1913 en el Tafilalet, se casó por primera vez a los nueve años, ha sido jornalera, asistenta y obrera en una hilandería.

ÉXODO RURAL, MATRIMONIO PRECOZ Y DIVORCIO

—*¿Dónde naciste?*

—En la región de Ksar-es-Suk. Mi padre era campesino, un *fel-lah*; teníamos tierras. Olivos y palmeras datileras; cosechábamos, no nos faltaba de nada. Teníamos corderos y vacas, y nuestra casa era agradable. Éramos cinco hermanos y hermanas. Yo soy la mayor. Los que nacieron antes que yo murieron todos.

—*¿Cuántos hijos tuvo tu madre, contando también los que murieron?*

—Doce, pero sobrevivimos sólo cinco; yo soy la mayor. Después, vienen dos chicas y dos chicos. Me casé a los nueve años...

—*¿En la misma región donde naciste?*

—Sí.

—*¿Qué era tu marido?*

—También era *fel-lah;* tenía tierras y olivos.

—*¿Qué trabajo hacías antes de casarte?*

—Nada de nada. Preparaba el alcuzcuz y la sopa. Era todo lo que hacía en mi casa. Nada más, ni alfombras ni trabajar la lana. Los que hacían eso eran los *marabata.*

—*¿Quiénes eran los* marabata?

—Los *xorfa,** que cardaban la lana y la hilaban. Lo único que hacíamos nosotros era comer y jugar. Esperá-

* Véase nota traducción página 9.

bamos a que la comida estuviera preparada. Ahora los niños van a la escuela; en aquella época, no se conocía nada de eso. Empecé a trabajar con mi madre. Ganaba medio duro* y se lo daba. Con mis ahorrillos, ella conseguía darnos de comer, calzarnos y vestirnos. Por aquel entonces, las mujeres iban a buscar trabajo al *moquf*.[1]

—*¿Tú ibas también al* moquf?

—Sí, iba allí.

—*¿En qué trabajabas?*

—Me quedaba con las demás mujeres en el *moquf* hasta que el dueño de la *sania*[2] venía a buscarnos, cuando había trabajo. A la vuelta del trabajo, cuando estaba a punto de ponerse el sol, empezábamos a cocinar y a hacer el pan. Comíamos lo que había y volvíamos a salir para trabajar al día siguiente. Mi madre me casó por segunda vez.

—*¿Y qué pasó con tu primer marido?*

—Mi madre me separó de él.

—*¿Cómo que te separó de él?*

—Me llevó con ella a Rabat. Había tenido ya a mi hija Aixa. Mi marido estaba en Mequínez trabajando.

—*¿Tu marido no fue contigo a Rabat?*

—No.

—*¿Por qué?*

—Mi madre juró que yo no volvería a vivir con él.

—*¿Por qué tomó esa decisión?*

—Era una mujer muy dura; ¡como mi marido no vino a dar el pésame cuando murió mi padre, le quitó a su hija!; se vengó de él.

—*¿Obtuvo el divorcio?*

—Lo obtuvo en toda regla, sin que yo me enterase.

—*¿Y tu marido quería divorciarse o no?*

—No podía hacer nada desde el momento en que ella no quería vernos ya juntos. Así que, igual que había

* En español en el original *(N. T.)*.

[1] *Moquf*, espacio público donde se presentan quienes buscan trabajo (especie de mercado de la mano de obra).

[2] *Sania*, nombre con que se conoce las huertas de los alrededores de Salé.

hecho con el matrimonio, vino a anunciarme el divorcio. «Está muy bien», respondí.

—*¿Por qué? ¿No lo querías?*

—Y aunque lo quisiera, crees que podía decírselo; esas cosas no se dicen entre nosotros, no podía preguntarle por qué razón había obrado así ni decirle que yo lo quería o que él me quería. Me quedé con ella, trabajaba unas veces con ella y otras con las demás mujeres, hasta la muerte de mi padre, cerca del *uadi* Sreb-w-herb.[3] Había acabado de cosechar en otras tierras que tenía y volvía a casa. El coche en el que iba volcó; no lo supimos hasta quince días después. Recibimos una carta de la familia con la noticia de la muerte de mi padre. Mi madre, mi tío y mi prima se fueron enseguida. Yo acababa de parir a Aixa.

—*¿Tuviste dos hijos con él?*

—Primero tuve un niño que murió. Yo tenía entonces once años e inmediatamente después me quedé embarazada... El primero murió. Era demasiado joven para criar a un niño.

—*¿Tu marido seguía contigo cuando estabas embarazada?*

—Sí, seguía conmigo; estaba de seis meses cuando me divorcié. Justo el día en que parí, recibimos la noticia de la muerte de mi padre. ¡Menudo día! Cuando mi madre volvió del pueblo, mi marido quiso que yo volviera con él, pero mi madre no lo consintió.

—*¿Tu marido aceptó la decisión de tu madre?*

—*(Silencio).*

—*¿Y por qué estaba empeñada en que os separaseis?*

—Era una mujer muy dura, no quiso escuchar nada... Esperé tres o cuatro años. Mi hermano y, luego, mi hermana se casaron. Yo rechazaba a todos los que venían a pedir mi mano. Hasta el día que me casé con el que iba a ser el padre de mis hijas.

[3] *Sreb-w-herb*, literalmente «bebe y escapa».

SEGUNDO MATRIMONIO
DAUYA DEJA DE TRABAJAR FUERA DE CASA

—*¿Cómo conociste a tu segundo marido?*

—Su hermana hizo de intermediaria; conocía a mi madre y quería, por encima de todo, que yo fuera la mujer de su hermano, que estaba viudo. Mi madre al principio se negó. «No quiero que un hombre maltrate a mi hija», le decía, «y, además, tiene una hija». Acabamos casándonos. Nos peleábamos, porque él no quería que trabajara fuera de casa. Yo le decía que no había ninguna razón, que todas las mujeres lo hacían. Y él me respondía: «Mientras esté con vida, no quiero que trabajes».

—*¿No te dejó trabajar?*

—No.

—*¿En qué trabajaba él?*

—En las huertas de Salé.

—*¿Eso os bastaba para poder vivir?*

—¡Sí!, vivíamos muy bien.

—*¿Y eso de que no te dejara trabajar no te gustó?*

—No, no me gustó nada.

—*¿Por qué tenías tantas ganas de trabajar?*

—Eso me permitía salir, ver a otras personas, reírme con ellas. Trabajaba por las mañanas solamente, no como ahora, que se trabaja hasta que se hace de noche. Así que teníamos tiempo para hacer cantidad de cosas en casa, como si no trabajaras fuera. Pero, cuando me volví a casar, mi marido no quería que trabajara. Me quedé en casa y me encargaba de la ropa y de los niños. Él traía todo lo que necesitábamos: carne, verdura..., tenía todo lo que necesitaba. Cada vez que teníamos un hijo, festejábamos su *sabaa.*[*]

—*¿Cuántos hijos tuviste?*

—En total, siete.

[*] Véase nota 4, página 34.

—*¿Viven todos?*

—No, sólo viven cuatro. Después, pasamos momentos muy duros; a mi marido lo atropelló un coche. Se rompió una pierna y estuvo muchísimo tiempo en el hospital del Suisi.[4] Iba mucho a verlo. Todos mis ahorros y mis alhajas se me fueron así.

—*¿Qué hiciste cuando murió?*

—Me puse a trabajar de asistenta. A veces trabajaba todo el día.

—*¿Seguías yendo al* moquf *para el empleo?*

—No, sólo iba a trabajar a casa de gente conocida.

—*¿Y trabajabas todos los días?*

—Depende... a veces, una semana, a veces, sólo un día. Tuve que dejar a Zineb en casa de una familia que la adoptó... Luego, me propusieron que trabajara en su casa; lavaba la ropa, cocinaba, arreglaba el jardín, pero ellos me decían siempre que si encontraba algo mejor, podría irme durante el día y volver a su casa a pasar la noche.

—*Y los otros hijos, ¿con quién estaban?*

—Con mi madre y mi abuela.

—*¿Tu madre no trabajaba?*

—Sí.

—*¿En dónde?*

—En casas..., en los *uled...*, en Tabriket. Trabajó todo el tiempo con ellos.

EL DINERO DEL SEGURO

—No estuvo nunca en casa de nadie; ordeñaba las vacas y hacía las cosas de la casa. Solía ir a la huerta a trabajar, o bien a hacer faenas a casa de alguien durante el día, pero volvía a su casa por la noche. Mi madre tenía que cobrar el dinero del seguro por el accidente de coche

[4] Hospital Avicena, en Rabat, en el barrio llamado Suisi.

[·] *Uled* (hijo de), seguido de un nombre propio suele designar una tribu *(N. T.).*

de mi padre. El Majzén no le dio todo. Le dieron diez mil francos.[5] Para el Aíd, compramos el carnero como todo el mundo. Mi madre fue a ver al cadí. Le dijo: «Mis hijos son huérfanos, quiero volver al campo y comprarles un pedazo de tierra o una casa. Ya sabré yo lo que comprar allí.» «Por mi parte te lo daría todo, le respondió el cadí, pero me temo que tus hermanos te lo cojan.» «Mis hermanos están de mi parte, y yo quiero estar con ellos, les voy a dar los poderes.» Conseguimos arreglar la cuestión de los poderes. Allí había un *uakil*.[6] Todos los viernes iban con él a la subasta, que era donde se vendían las casas. En esa época, no había agencias inmobiliarias. La gente iba donde la mezquita mayor, y se anunciaban los precios de las casas... tal casa, en tal lugar, se escuchaba todo el rato. Al final de la subasta, pedías ver la casa, la visitabas y, si no te gustaba, volvías otra vez a la subasta. La gente nos decía que el *uakil* se iba a quedar con todo el dinero. Mi madre fue a verlo. Cuando la vio, la recibió de esta manera: «Has venido, hija de Mulay Ali Xerif». «Sí, he venido», le respondió ella. «Yo te encontraré una casa que te va a gustar, y hoy mismo». Nos acompañó para visitar una. Al llegar delante de la casa, dijo a mi madre que llamara a la puerta. Cuando abrieron, les pidió que dejaran visitar a mi madre su futura casa; el dueño acababa de repintarla, porque contaba con celebrar en ella una boda. Al salir, se volvió hacia mi madre y le preguntó: «¿Entonces, hija de Mulay Ali, te gusta la casa?». Mi madre le dijo que decidiera él: «Yo no soy de aquí, no sabría ni comprar ni vender. Estaré bien allí donde decidas que me instale». «Aquí estaréis bien, dijo, tus hijos y tú; y, además, es un barrio donde sólo hay gente de bien. No tienes nada que temer». Compramos la casa y ya no tuvimos que pagar más alquileres. Vivíamos con lo que ganábamos al cabo del día. Luego, mi madre casó a mi hermana en el campo.

[6] 10 000 francos antiguos, es decir, unos 100 dirhames.
[7] *Uakil*, procurador.

—¿Cuál de tus hermanas?

—Jeira. La casó con un primo de Beni Hsen, pero no aguantó la vida en el campo. «Si no quieres seguir en el campo, pues vuelve a la casa de la ciudad», y también se divorció. Vivimos juntos bastante tiempo hasta que me volví a casar.

—¿Tu hermana trabajaba también?

—Sí, de asistenta. Éramos asistentas.

LA VIDA EN LA FÁBRICA

—¿Cómo empezaste a trabajar en la fábrica?

—Había un jerife que venía a vernos. Solía hacerlo el día siguiente de la fiesta del Mulud, y hablábamos, así, sin más... Por aquel entonces, mis hijas, Latifa y Habiba, trabajaban ya en la fábrica.

—¿A qué edad empezaron a trabajar?

—A los seis o siete años, trabajaban en casa de *maalma** Fatna. No les pagaba... Lo importante para mí era que les enseñara un oficio. Yo me encargaba de la comida y el vestido. Con la ayuda de una mujer, preparaba la sémola del alcuzcuz. El patrón nos daba un quintal de harina y trabajábamos toda la noche.

—¿Dónde preparabas la sémola? ¿En tu casa?

—No, en casa del patrón. Pasábamos la noche preparando la sémola; la cocíamos al vapor, la poníamos a secar y, por la mañana, el patrón iba a venderla a las tiendas. Yo me encargaba de ganar dinero para vestir a las chicas, y su padre, de lo demás.

—¿Empezaste a trabajar cuando vivía tu segundo marido?

—Cuando empecé a trabajar en lo del alcuzcuz, me decía: «Mientras trabajes en una casa y no fuera, pase». Éramos un equipo de cuatro mujeres: dos para la preparación de la sémola y dos para la cocción; de modo que

* Véase nota 6, página 9.

seguí trabajando con ese equipo hasta el día en que el jerife del que te he hablado vino a vernos la mañana del Mulud. Llevábamos un rato hablando, cuando me preguntó que en dónde trabajaba. Yo le respondí que iba a limpiar casas y que, hasta el momento, no había encontrado nada mejor. Entonces, me preguntó si no querría trabajar en la fábrica. Le dije que sí. Me dijo que iba a intentarlo. A los tres días volvió con un trabajo para mí. Así que fui a la fábrica, y me presentaron a un francés; un jefe marroquí le dijo: «Ésta es la mujer de la que te hablé». El francés me dijo que volviera al día siguiente. A las ocho de la mañana, estaba yo donde el encargado, el *cabrán*, que me llevó a los lavaderos. «Basta con que te fijes en lo que hacen las otras mujeres y hagas lo mismo que ellas.» Me dieron un delantal, y me puse a trabajar. Allí estuve hasta el día que me dijeron que no debía trabajar todo el tiempo en los lavaderos, que debía pasar también por las máquinas; así que aprendí a trabajar en las máquinas.

—*¿Desde cuándo trabajas en esa fábrica?*

—Desde hace unos seis años.

—*¿Te gusta ese trabajo?*

—Sí.

—*¿Trabajas por la mañana o por la noche?*

—Una semana trabajo de día, entro a las ocho de la mañana y salgo a la siete de la tarde.

—*¿Vas sola?*

—No, con las otras mujeres. Nos llevamos la comida, trabajamos hasta el mediodía y volvemos otra vez a las dos.

—*¿Os dan algo en la fábrica?*

—¡No! Nos lo llevamos nosotras.

—*¿Hacéis té?*

—Tenemos un infiernillo en la fábrica.

—*¿Qué os lleváis de comida?*

—Carne guisada y salsa en un recipiente, y lo calentamos allí mismo. Nos juntamos en grupos para comer.

—*¿Lleváis la comida por turnos?*

—No, cada cual trae la suya, y ponemos todo en común. Es más variado, y cada una come con sus amigas.

—*¿Cuántas amigas tienes?*

—Cuatro.

—*¿Hace cuánto tiempo que las conoces?*

—Seis años.

—*¿Son más jóvenes o mayores que tú? ¿Están casadas?*

—Las hay de todas las edades. Son viudas como yo. Hay una, la más joven, que está sola también, pero que no me gusta.

—*¿Cómo que no te gusta?*

—Trabaja en la fábrica, pero va con golfos. Trabaja y, después, se va a ligar; el otro jueves, que nos tocaba de noche, a las dos de la madrugada vinieron a buscarla.

—*¿A la fábrica?*

—El guarda les preguntó qué querían, «queremos a Saadia», le respondieron, «se está muriendo su madre». Pero, en realidad, habían venido a buscarla a ella. El guarda estuvo a punto de decírselo al patrón, pero nosotras le suplicamos que no dijera nada, porque mantiene a toda la familia y es la única que trabaja.

—*¿Y vosotras no le decís nada?*

—¿Qué quieres que le digamos? Trabaja para su familia...

LA VIDA EN LA FÁBRICA, SOLIDARIDAD OBRERA, SINDICATOS Y SALARIOS

—*¿Por qué te gusta el trabajo en la fábrica?*

—Porque nos reímos mucho entre las mujeres.

—*¿Sólo hay mujeres en esa fábrica?*

—Toda un ala de la fábrica es para mujeres, y otra, para hombres.

—*¿Cuando estás enferma, te ayudan?*

—Cuando me encuentro mal o estoy muy cansada, me esconden en los montones de lana que están para lavar, para que el *cabrán* no se dé cuenta.

—*¿Te esconden?*

—Sí, hacemos el trabajo de la que está enferma y a ella la escondemos entre la lana; sólo se le ve la cabeza; de todas formas, el *cabrán* es simpático.

—*¿También os ayuda?*

—Sí, no quiere problemas con las obreras; cuando quiere salir, dice: «Apañároslas entre vosotras, pero que ni el patrón ni el jefe se enteren... yo soy de los vuestros»... Bueno, pues una de nosotras trata de hacer el trabajo de la que está enferma. Si está muy enferma, el patrón la lleva al médico.

—*¿Tenéis un médico en la fábrica?*

—No, fuera, pero es a cuenta de la fábrica. Vamos a donde Benchekrun. Sólo para la consulta. Las medicinas las tenemos que comprar nosotras.

—*¿Cuántos días tenéis de permiso?*

—Se pueden pedir quince días si se quiere. Ahora ya no nos queda nada de permiso. Tendremos algunos días para la fiesta del Carnero.*

—*¿Cuánto te dan para la fiesta?*

—350 dirhames. No nos pagan a jornal.

—*¿Cuántas horas trabajas al día?*

—Gano 1 dirham 40 a la hora.

—*¿De qué hora a qué hora trabajas?*

—De 8 a 12 y de 2 a 6. De noche, de las 18 a las 4 de la madrugada, con un descanso de 10 a 11. Digo a las 4 de la madrugada, pero si el guarda es simpático... terminamos un poco antes, para dormir algo en la fábrica.

—*¿A qué hora salís de la fábrica?*

—A las 6 de la mañana.

—*¿Os dejan dormir si terminái antes de la hora?*

—Sí.

* Se refiere al Aíd-el-Kebir (la Fiesta Grande), que tiene lugar cuarenta días después del Aíd-es-Seguir (la Fiesta Pequeña), que pone fin al mes de Ramadán. Se conmemora el sacrificio de Abraham. La tradición exige inmolar un carnero, que se asa entero a la brasa *(mechui)* y se comparte con los menesterosos *(N. T.)*.

—*¿Y dónde dormís?*

—Pues bueno, en la lana, como corderos. No paramos de reírnos y acabamos durmiéndonos.

—*¿Son simpáticas las obreras?*

—Muy simpáticas, no hay ni una que no lo sea.

—*¿Nunca os peleáis?*

—Sí, nos peleamos, nos insultamos, nos tratamos de «putas» y otros insultos así. Pero las demás intervienen para que hagamos las paces.

—*¿Cuántas horas trabajas a la semana?*

—Veintiocho horas.

—*¿Cuánto ganas al día?*

—880 francos.[7]

—*¿Te pagan a la semana o a la quincena?*

—A la quincena.

—*¿Y cuando está una enferma o embarazada?*

—Le dan un permiso.

—*¿De cuánto tiempo?*

—Eso depende del trabajo que haga.

—*¿Cuánto le dan entonces?*

—A algunas les dan 400 dirhames, y a otras, 350. Es como si les pagaran de una vez el mes.

—*¿Y las que tienen niños?*

—Las que tienen niños, como mi hija, por ejemplo, no cobran nada por ellos.

—*¿Y en la jubilación?*

—Creo que no hay jubilación. Cuando se deja de trabajar, te dan 1 000 dirhames.

—*¿Y no reclamáis vuestros derechos?*

—Reclamamos nuestros derechos y hubo un bochinche en la fábrica... algunas hasta se armaron con palos, pero no conseguimos nada.

—*¿Y el sindicato?*

—Yo no he sido nunca de un sindicato, no sé siquiera qué es eso...

[7] 880 francos: unos 8,80 dirhames.

—¿Por qué?

—Porque soy nueva en la fábrica y no sé lo que hay qué hacer. Estamos diez en el mismo caso...

—¿Y por qué no fuisteis juntas?

—No podíamos saber si eso iba a servir de algo o no...

—¿Quiénes van al sindicato?

—Mujeres y hombres. Los de Zemmur.

—¿Los de Zemmur?

—Todos los que trabajan en la fábrica son de Zemmur. Fueron ellos los que montaron el follón. Calumniaron al *cabrán*. Dijeron que había robado una alfombra. Fue una verdadera matanza. La policía intervino. Se mataban entre ellos, y otros huían.

—¿Hubo despidos?

—Sí que hubo... y hasta un año y medio de cárcel para cinco personas.

—¿Hombres o mujeres?

—Hombres. De las mujeres, cuatro tuvieron un mes de suspensión de empleo.

—¿Jóvenes?

—Sí, jóvenes

—¿Las reuniones sindicales tenían lugar en el interior de la fábrica o fuera?

—Fuera, en la fábrica no podían reunirse; tenían miedo del patrón. El patrón les había dicho: «Si me hubierais prevenido y pedido consejo, habría estado de vuestra parte y os habría concedido vuestros derechos, pero, como habéis querido romperlo todo, marchad a ver al Majzén. Aplicaré lo que él decida». De eso hace cuatro años, y desde entonces no hay sindicato ni nada que se le parezca.

—¿Qué hacéis en la fiesta del trabajo?

—Ponemos banderas por encima del retrato del Rey, hacemos té y dulces, todo el mundo está contento, todo el mundo se divierte y se ríe; se toca la pandereta y se trae a unos músicos; todo el mundo está alegre... Y dura todo el día.

—¿No vais al desfile?

—Una vez, nuestro jefe trajo un autocar y nos llevó a Tuarga[8] para presentarnos al Rey. Allí se cantaba y se bailaba.

—¿Hay diferencias en el trabajo entre las obreras jóvenes y las que son más antiguas en la fábrica?

—No, en el trabajo no hay diferencias. Pero nosotras, las mayores, trabajamos más que las otras, mientras que ellas pasan la mayor parte del tiempo riéndose y divirtiéndose.

—Desde tu punto de vista, ¿la mujer debe trabajar o no?

—Desde mi punto de vista, el trabajo de la mujer no vale nada, más vale que trabaje en su casa, salvo si no puede hacer otra cosa. Sobre todo, en la fábrica, las chicas jóvenes... Si al menos tuvieran un buen trabajo... pero la fábrica no me gusta. Hay muchos golfos que maltratan a las chicas.

—¿Cuando trabajáis de noche, vais acompañadas?

—Yo voy temprano, hacia las cinco de la tarde... me junto con otra mujer que vive de camino. Hace todavía mucho calor cuando llegamos. Esperamos en la puerta hasta las seis.

—Y por la noche... ¿salís de noche?

—No, no salimos.

—¿Ninguna termina cuando es de noche todavía?

—No, las que terminan el trabajo, duermen hasta las cinco. Ya es de día cuando salimos de la fábrica.

PRIMERA REIVINDICACIÓN

—Parece que tienes mal los pies...

—Nunca tuve nada en los pies hasta el día en que empecé a trabajar. Pero el agua caliente, el sodio y el jabón me los han estropeado... Utilizamos agua caliente,

[8] Tuarga: Barrio de la que fue «Guardia Negra», situado en Rabat, en el recinto del Palacio.

el suelo está caliente y chapoteo en agua caliente, sodio y jabón; tengo los pies hechos polvo.

—¿No te pones nada, ni medicamentos ni pomadas?

—Nos ponían mercromina, nada más; tenía los pies todos rojos. Seguimos así hasta que fuimos a decir al jefe: «Por favor, tenemos los pies hechos polvo. Nos duelen mucho... queremos calzado, no podemos trabajar así». Entonces, vino a preguntarnos el número de cada una, unas calzaban el cuarenta, otras el cuarenta y uno; cuando me llegó el turno a mí, me preguntó: «¿Cuánto calzas?» «Tengo unos pies muy grandes, el treinta y cinco», le respondí. Se echó a reír: «¿Dónde quieres que encuentre un treinta y cinco?» «Le he dicho un treinta y cinco, pero calzo un treinta y cuatro». Siguió riéndose. «Arréglatelas como puedas», le dije. Nos lo trajeron ayer por la mañana.

—¿Qué os han traido?

—Botas, y cada una se ha puesto las suyas. Llegan hasta aquí. Me ha dado un par de botas y me ha dicho que me las probara. Era mi número. ¡Lo que hemos esperado con los pies hechos polvo hasta que nos han dado unas botas! Nos las dieron ayer. Nos las pusimos. Había que vernos, unos auténticos *serrah.*[9]

LAS HIJAS DE DAUYA

—Hay algo que no me has dicho: ¿por qué no llevaste a tus hijas a la escuela?

—Mis hijas, eso sí que es una historia. Por ejemplo, yo quería que Zineb, la mayor, fuera a la escuela, la metí en casa de unos con la condición de que la apuntaran en la escuela. La señora en donde la dejé me había dicho: «Tienes dos hijas, déjame una en casa, si no, tendrás alguna desgracia». Me dio miedo. Temía el mal de ojo. Eran *xorfa* alauíes, que se decían descendientes del Profeta. Y,

[9] *Serrah,* pastor.

además, ya había perdido a tres hijas. La muerte me rondaba. Le volví a decir que quería que mi hija Zineb fuera a la escuela. Ella me respondió: «Estoy dispuesta a criarla y a llevarla a la escuela». Al principio, iba a la escuela. Después, el marido de la señora salía mucho de viaje (era revisor). Tuve miedo de que Zineb no estudiara. La señora me tranquilizó, y yo me volví hacia Zineb y le dije: «Escúchame, hija mía, vente con nosotros, tu padre no quiere que estés en casa de otros». Pero ella quería quedarse en casa de la señora que la había criado: «Mi madre es ella», decía. Así que se quedó allí y no estudió nada. Les hacía las faenas de la casa, y ya está. Eso en cuanto a Zineb. La de Latifa es otra historia. Latifa tenía seis años y acababa de meterla en la escuela. Por entonces, yo trabajaba de asistenta en casa de *Lal-la* Fátima, una importante familia de Salé. Un día, me dijo que le dejara a Latifa, que ella se encargaría de sus estudios. Yo estaba de acuerdo. La llevó a la escuela, la apuntó en la suya, porque ella era la directora. La llevaba y la traía con ella mientras que yo estaba trabajando.

—¿En casa de quién trabajabas?

—En su casa. Era muy buena conmigo. Latifa fue a la escuela durante dos años. Me puse enferma, y eso duró dos meses, durante los cuales no fui a trabajar. «Quédate con las llaves de casa, me dijo, ya volverás cuando estés mejor». Acompañaba a Latifa a la escuela y hacía las labores de casa ella misma. Un día, el marido de una sobrina suya que vivía en Rabat me propuso llevarse a Latifa a su casa y enviarla a la escuela en Rabat. Yo estaba de acuerdo. Le respondí: «Eres un hombre instruido, podrás vigilar sus estudios. Estoy contenta de que se vaya a Rabat». Pero se separó de su mujer, y recuperé a mi hija. Cuando volvió a casa, no quiso ir más a la escuela.

—¿Por qué?

—No tenía cabeza para los estudios, no iba bien, y sus primas se burlaban de ella. No quería oír hablar más de la escuela. A Malika, la última, no la apunté nunca en la escuela.

—¿Por qué?

—No tuvo oportunidad... yo no sabía que era tan importante que fuera a la escuela. No pensaba que eso la ayudaría a encontrar un trabajo. Me dije que más valía que aprendiera un oficio. No hay nada mejor que *sanaa*, el dominio de un oficio.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—No, ahora he cambiado de opinión. Ahora, se sabe el valor de los estudios y no se es ya tan cabeza de chorlito como antes.

—¿Piensas que estudiar puede ser algo importante para una chica?

—Ah, sí, una chica que tiene estudios es alguien; un oficio es importante también, pero los estudios es algo más limpio.

¿CUÁLES SON LAS PERSPECTIVAS DE FUTURO?

—¿Piensas seguir trabajando?

—¿Qué quieres que haga? Tengo que trabajar para poder comer. No tengo ni hijo ni marido que trabajen para mí. Sólo tengo a Dios, así que estoy condenada a trabajar.

—¿No crees que podrías obtener la jubilación?

—No creo, no hace mucho que trabajo en la fábrica. Apenas seis años. Si hubiera empezado antes, a lo mejor... Si hubiera trabajado diez o veinte años, pero seis, ¿qué me van a dar por eso? [10]

—¿Hay obreras que llevan trabajando veinte años en tu fábrica?

—Sí, las hay.

—¿Tienen jubilación?

—No, acaban de recibir la cartilla de trabajo, estamos en la misma situación. Antes, venían a buscarlas para trabajar por tres francos y medio al día.

—¿No hay diferencias salariales entre vosotras?

[11] Las últimas noticias son que Dauya tiene derecho a una jubilación.

—Pues no. Ninguna gana más que otra, excepto las que están en los lavaderos, que ganan algo más.

—¿Y para el transporte, hay camiones que os lleven hasta casa?

—Sólo para la chicas que viven lejos. Hay camiones que las recogen y las llevan a sus casas. Hay tres o cuatro que las llevan a Xelah y Bettana. [11] Otras vienen de Sidi Musa, en los alrededores de Salé.

—¿Y qué ha sido de tus hermanas?

—La que tiene hijos trabaja de cocinera en las fiestas; tiene cantidad de bocas que alimentar. Cocina muy bien y sólo va a casas importantes.

—En tu opinión, si el Majzén tuviera que hacer algo por todas las mujeres que tienen hijos y trabajan fuera de casa, ¿qué sería lo primero que necesitarían?

—Le pediría que nos ayudara dándonos harina y aceite. De esto tiene necesidad el pobre: de ropa, harina, azúcar, aceite y jabón. Es lo más importante para el pobre.

—¿Tu hermana vive contigo?

—No, vive sola.

—¿En una casa alquilada?

—Sí, en una casa que alquiló hace mucho, tiene seis o siete cuartos.

—¿Sueles ir de vez en cuando al pueblo?

—Sólo he vuelto una vez.

—¿Nada más?

—Una sola vez; todavía vivían mis padres; es todo para sus hijos, las hijas no cuentan para ellos.

—¿Por qué?

—Mi madre nos dijo que, como nosotras no íbamos nunca a los campos, debíamos dejar la propiedad de la tierra a nuestro hermano, y él nos dejaría la de la casa. «No hagas una cosa así», le dije. Pero ella no hizo ningún caso.

[12] Barrios de chabolas, uno, de Rabat, y, el otro, de Salé.

—*¿Y?*

—Pues que tuvimos que aceptar. Dejamos todo a nuestro hermano, y él nos dejó la casa. Pero mi madre se quedó allí con nosotras como «el clavo de Joha». [12] Nos la jugó, porque ella se quedó con su parte de propiedad de la tierra y de la casa.

—*¿Y ahora con quién vive?*

—Conmigo.

—*¿No trabaja?*

—No, es muy vieja... le están volviendo a salir los dientes... Pero se mantiene y sigue mandando a toda la familia.

—*¿Todavía puede ir al campo?*

—No, ahora no puede ir tan a menudo. Pero no hace mucho todavía iba a por dátiles y aceite; nos ayudaba mucho.

[12] Alusión a una historieta del chistoso Joha, que vendió su casa, salvo un clavo de una pared, y que elegía los momentos más inoportunos para ir a utilizarlo.

Latifa y Malika

Hijas de Dauya, nacidas en Salé; Latifa, en 1952, y Malika, en 1956. En 1977, momento de la entrevista, aún no estaban casadas. Obreras en una cooperativa de alfombras.

DE *MAALMA* EN *MAALMA*[*]

—Cuando empezamos a ir a casa de la *maalma*, yo tenía once años y mi hermana Malika nueve.

—*¿Qué hacíais antes?*

—Yo iba al *m'sid,*[**] y mi hermana, a la escuela. No aprobé, y mi madre me sacó de la escuela y me metió en casa de la *maalma.*

—*¿Para aprender qué?*

—A tejer alfombras. Nos metió allí para aprender. Allí crecimos, estuvimos unos siete años.

—*¿Os pagaba, o bien teníais que pagar por aprender?*

—Durante cuatro años no nos pagó. Luego, empezó a pagarnos. Los cuatro primeros años eran para aprender. En realidad, aprendimos muy rápido... No nos costó mucho aprender, se aprovechó de nosotras. Fue más tarde cuando empezó a pagarnos: nos daba treinta y cinco dirhames a la quincena.

—*¿Treinta y cinco dirhames a cada una o a las dos?*

—Diecisiete dirhames y medio a cada una... Se los daba a mi padre. La vida no estaba tan cara como ahora; era mucho mejor. A veces, le pedíamos que nos comprara algo con eso, ropa u otras cosas. Mi padre repartía el

[*] Véase nota 6, página 9.

[**] Véase nota 7, página 10.

dinero con mi madre, y ella ahorraba para nosotras. Cuando necesitábamos algo, lo comprábamos; para ir al baño moro, por ejemplo... o para comprar una pandereta por el Axura o el Mulud. En todas las fiestas, mi madre nos llevaba a una tienda para que eligiéramos lo que quisiéramos, y pagaba ella. Comprábamos vestidos o caftanes. En aquella época se llevaban las faldas plisadas.

(Malika le sopla a su hermana que me cuente por qué se pelearon con la maalma)

—¿Por qué os peleasteis con ella?

—Empezábamos a darnos cuenta de muchas cosas. Una mujer nos preguntó que cuánto ganábamos, «pues mis hijas ganan tanto». Era mucho más de lo que nos daba. A pesar de todo, seguimos trabajando. Un día, la *maalma* la tomó con mi hermana, la emprendió a palos y la insultó. Mi hermana no se aguantó y la insultó también. Me levanté y me iba a ir, pero llovía y, las otras aprendizas nos pidieron que nos quedáramos. Ya eran casi las doce, por educación, nos quedamos. A la una, nos fuimos como todos los días, sin que nadie supiera si estábamos enfadadas o no. Ya en casa, rompí a llorar. Mi padre me preguntó que por qué lloraba, y se lo conté todo: «Lo que tenéis que hacer es no volver más.» Y es lo que hicimos. La *maalma,* por medio de su hermana de leche, intentó convencer a mi padre para que volviéramos, pero él no quiso escucharla. Nos quedamos en casa cuatro semanas sin trabajar. Después nos dijo que volviéramos a cobrar lo que nos debía y que nos guardaba nuestro puesto de trabajo, así que nos quedamos a trabajar, pero esta vez nos pagaba 45 dirhames por quincena.

—¿Pasó de 35 dirhames a 45?

—Cuando cobrábamos 45 dirhames ya sabíamos hacer todo.

—¿A qué hora regresabais a casa por la tarde?

—Cuando terminábamos el trabajo; podía ser a las dos o las tres, pero también a las siete o las ocho... salíamos cuando terminábamos.

—¿Antes de iros tenías que terminar lo que os había dado para hacer?

—Sí, cada una tenía que terminar su parte; si no la terminabas a tiempo, tenías que quedarte hasta muy tarde, hasta hacerse de noche, a veces. Si era jueves, y no habías terminado, tenías que volver el viernes por la mañana, aunque el viernes no se acostumbraba trabajar. Mi padre, cuando habíamos decidido ir otra vez a la *maalma,* nos había dicho que si no queríamos volver con ella que habláramos con unas primas nuestras, que trabajaban en un taller, para ver si allí había trabajo para nosotras. En realidad no era un taller, sino una casa con tres telares.

EL TALLER DE ALFOMBRAS

—¿Cuántas personas trabajan en un telar?

—Pueden haber seis y hasta siete, o sólo cuatro; eso depende del tamaño del telar. Los hay grandes y pequeños... Buenos, fuimos a ver a mis primas para buscar trabajo. Hablaron con quien las tenía empleadas, y les dijo que fuéramos, pero como no había sitio libre, tuvimos que ponernos a trabajar con mis primas en la alfombra que estaban tejiendo; así que nos quedamos con ellas.

—¿Cuántas erais?

—Mis primas eran cuatro, más nosotras dos, seis, y el telar era de cuatro. Nos habíamos puesto de acuerdo con ellas para meternos en el taller.

—¿Y la paga?

—Nos la repartíamos también

—¿Cuánto ganabais?

—Unos 30 o 35 dirhames por semana cada una, lo que era bastante mejor que los 45 a la quincena.

—El doble, vamos

—Más. El doble de 30 dirhames por semana, son 60, y cuando llegábamos a 35, eso hacía 70 a la quincena. Trabajamos allí hasta que el señor que nos empleaba

tuvo que mudarse a Takkadum. Mi padre pensó que era muy lejos y dijo que dejáramos ese trabajo. Malika se fue a servir a su casa, pero volvió porque no soportaba estar lejos de la familia. Así que, junto con nuestras primas nos pusimos a buscar trabajo. Entramos en un taller que una *maalma* había habilitado en una casa tradicional. Trabajamos mis dos primas y yo en un telar, Malika trabajaba en otro con otras dos chicas, que eran muy simpáticas.

—*¿Cuánto os pagaba?*

—3 dirhames la *tarha.*[1]

—*¿Y cuántas* tarha *hacías a la semana?*

—Cuando hacía diez *tarha* a la semana, cobraba 30 dirhames.

—*¿Almorzabais en el taller?*

—Sí, no íbamos a casa. Comprábamos algo para comer.

—*¿Os dejaban salir?*

—No, mandábamos a una niña; cuando no estaba, pues íbamos nosotras a comprar.

—*¿No teníais un recreo o un momento de descanso?*

—No, no dejábamos de trabajar, pero siempre conseguíamos hablar y reír entre nosotras, o ir donde las otras chicas, pero sólo cuando la *maalma* salía, si no, nadie se movía de su sitio.

—*¿Cuando trabajabais, podíais hablar entre vosotras, no os mandaban callar, no?*

—No, salvo si había visita, entonces la *maalma* nos prevenía: «Va a venir fulano, no habléis ni bromeéis.»

—*¿Qué pasó con esta* maalma?

—Que nos volvimos a pelear, pero esta vez no fue con ella, sino con su marido.

—*¿Por qué?*

—No nos pagaba a tiempo. Dejaba que pasara la quincena. A veces, desaparecía el día de la paga. Y nosotras necesitábamos el dinero para pagar el alquiler y lo

[1] *Tarha,* unidad de medida.

demás. Así que nos esperábamos, pero la *maalma* nos decía que su marido no había vuelto todavía o que no había podido sacar el dinero del banco y que tendríamos que esperar al día siguiente. Eso no nos gustaba nada. ¡Para hacernos trabajar toda la quincena no había ningún problema, pero para pagarnos, había que esperar!

TRABAJO DE *RGEM*[2]

—Un día, uno de la misma región de mis padres vino a hablar a mi madre de un taller en el que podíamos encontrar trabajo. Se pedían chicas que supieran trabajar el *rgem.*

—*¿En Salé o en Rabat?*

—En Salé, en el Ulja, exactamente. El hombre que nos había hablado nos acompañó, vio al jefe y le pidió que nos contratara. El jefe nos recibió y nos preguntó nuestros datos. Nos inscribió y empezamos a trabajar. Era un lunes. El domingo no se trabajaba.

—*¿Antes era el viernes vuestro día de descanso?*

—Sí, era el viernes, pero la *maalma* daba también el sábado o el domingo a las que se lo pedían. Así que empezamos a trabajar en ese taller.

—*¿Era diferente de los anteriores talleres?*

—Sí.

—*¿En qué se diferenciaba?*

—Allí nos llevábamos la comida del mediodía y, antes, íbamos a almorzar a casa. Y no estaba tan lejos. Pero acabamos no comiendo en el taller, porque tardábamos mucho en calentar la comida y, sobre todo, en invierno hacía mucho frío.

—*¿Por qué?*

—No había nada de calefacción en un taller tan grande.

—*¿Cuántos telares había en ese taller?*

[2] *Rgem,* forma particular de tejer.

—Más de ocho. Las ventanas daban al mar.

—¿Y?

—Pues que hacía mucho frío. Así que decidimos ir a comer a nuestra casa.

—¿Cuánto tardabais en ir a casa?

—Una media hora para ir y otra media para volver. Salíamos del taller a las doce y llegábamos a casa a las doce y media.

—¿Ibais a pie?

—Sí, a pie. No había ningún transporte público. A no ser que cogieras un taxi. Pero entonces había que contar con un dirham o un dirham veinte. Duró un tiempo, después nos hartamos de ese taller, sobre todo por culpa del problema de la comida en invierno. En verano es más fácil, te apañas con poco, con unos pimientos fritos o pescado, y no hace falta calentarlos. En invierno, es más difícil.

—¿Cuánto ganabais?

—Ganábamos 60 dirhames el metro.

—¿Y cuántos metros podíais hacer?

—Casi no podíamos ni terminar un metro... Eso depende de los puestos; en cada alfombra había cinco puestos, lo que hace 60 dirhames el puesto, y no siempre conseguíamos terminar el metro entre las cinco. Aunque anotaban los metros que habíamos terminado de hacer. Nos pagaban por metros. Pero necesitábamos también un poco de tiempo para tundir la alfombra antes de la cuenta.

EL TRABAJO A DOMICILIO

—¿Qué diferencia hay entre el trabajo en el taller y el trabajo en la propia casa?

—En el taller todo depende de la *maalma*. Las hay que no ponen problemas por el horario. Pero otras no quieren saber nada e insisten en que entres y salgas a la hora. Les importa poco que tengas invitados u otras preocupaciones. Te hacen una escena cada vez que llegas tarde. En casa no hay nadie que te obligue a trabajar. Si no tienes ganas de trabajar, descansas.

—¿Cuántas trabajáis en ese telar?

—Es un telar para tres o cuatro personas. Pero, por el momento, sólo estamos dos.

—¿Vuestras primas ya no trabajan con vosotras?

—No, estábamos solas mi hermana y yo cuando empezamos a trabajar en casa. Mis primas se han instalado por su cuenta también.

LA ADQUISICIÓN DE UN TELAR

—Cuando empecé a trabajar para este nuevo patrón, me adelantó un poco de dinero y tuve que pedir prestado el resto. Esperé a tundir mi primera alfombra y a que me pagaran, para poder comprar el telar.

—¿Cuánto te costó?

—Cien dirhames. No recuerdo exactamente, tal vez noventa. Al principio teníamos un telar de madera; el que nos instaló el patrón después es mucho mejor. Es de hierro. El telar de madera se rompe a cada momento. A veces, tenía con qué repararlo y lo hacía, pero, otras, no lo conseguía, y no podía hacer nada en todo el día.

—Descríbeme un día normal de trabajo.

—Mi hermana casada nos trae a su hija muy temprano, a las siete o siete y cuarto, justo cuando nos acabamos de levantar. Me lavo, cojo a la pequeña, a Lubna, y miro a ver si su madre le ha cambiado los pañales, si no, lo hago yo. Le doy el desayuno antes de tomar el nuestro. Mi hermana arregla nuestra habitación y, después, una de nosotras va a la cocina a lavar los pañales. Yo cojo el cesto para ir a comprar y, a mi vuelta, empezamos los preparativos de la comida. No nos ponemos a trabajar hasta que las cosas de la casa no están hechas.

—¿Cuándo termináis con las tareas caseras?

—Eso depende, a veces se nos va en ello toda la mañana. Y, a veces, hasta la tarde se fastidia. Si una ami-

ga se presenta, tenemos que quedarnos un rato con ella, no la vas a dejar e irte a trabajar. Se lo tomaría a mal.

—¿Y si sabe que os espera el trabajo?

—Se enfadaría, si no le hiciéramos caso.

—¿Tenéis que hacerlo por los miembros de la familia y por las amigas también?

—Somos una familia muy grande, tenemos hermanastras que nos visitan, y ellas no tienen nada que hacer, sus visitas se eternizan, y perdemos tiempo por su culpa. Por eso, el trabajo en el taller es más rentable. Pero el trabajo en casa tiene su lado bueno, es más descansado; si una se pone enferma, puede tomarse el tiempo necesario para restablecerse...

—¿Qué hacéis por la noche?

—Salimos a comprar.

—¿Por la noche?

—Sí, por la noche, para que mi madre pueda llevarse la comida por la mañana. Si trabaja de noche, se lleva la cena. Se va hacia las cinco y media de la tarde, llega a la seis y no vuelve hasta las siete de la mañana. Hacemos la comida por la noche, mi madre se lleva su parte y todavía nos queda para el almuerzo del día siguiente; de ese modo, estamos tranquilas, no tenemos que cocinar. Sólo nos queda hacer el pan y arreglar la casa.

—¿Cuál es vuestro día de descanso?

—El domingo, porque mi madre no trabaja los domingos

—¿Qué hacéis el domingo?

—El domingo, o bien arreglamos la casa de arriba abajo, o hacemos la colada; por la tarde, salimos; cuando llueve, nos quedamos en casa.

—Y cuando no llueve, ¿a dónde vais?

—Vamos a visitar a nuestras hermanas. Antes íbamos al cine, pero ahora ya no vamos.

—¿Por qué?

—Los tiempos son más duros. Necesitamos el dinero del cine para vivir. Antes, no nos preocupábamos. Guardábamos una parte del salario para ir. Ahora, no nos lo podemos permitir.

—¿Qué hacéis en verano?

—De vez en cuando, vamos a la playa; sobre todo el domingo, pero cada vez vamos menos.

—¿Por qué?

—Porque el domingo es el único día en que tenemos tiempo para ir al baño; así que, si decidimos ir al baño, nos quedamos sin playa.

—¿Y las vacaciones?

—No tenemos.

—¿No vais a ver a la familia de fuera de Rabat?

—No, nunca. No tenemos vacaciones, trabajamos todo el año. Descansamos un poco en las fiestas. Nos las arreglamos para terminar la alfombra justo antes. Las fiestas son como nuestras vacaciones: cogemos siete días de descanso.

—¿Y qué hacéis durante esos siete días?

—Los primeros días, las tareas de la casa. Luego, vamos a visitar a nuestras hermanas y a los otros miembros de la familia para felicitarles las fiestas.

—¿Os gustaría seguir trabajando después de casaros?

—Si es en otro trabajo y el marido está de acuerdo, trabajaría, porque eso ayuda. Pero seguir con este trabajo, no.

—¿Qué otro trabajo preferirías hacer?

—Sabes, no tengo estudios, y la clase de trabajos decentes y disponibles...

EL MATRIMONIO

(A partir de aquí es Malika la que responde)

—¿A qué llamas trabajo decente?

—Trabajar en la consulta de un médico, aunque sólo sea para ordenar la sala de espera antes de que llegue la gente, abrir la puerta y, además, aprender a poner inyecciones, aunque no sepa leer; con la práctica, aprendería.

—¿Te casarías si tuvieras que seguir trabajando después por necesidad?

—No. ¿Para qué me voy a casar si tengo que seguir apencando? He tenido varios pretendientes que tenían un trabajo poco seguro o que estaban en paro. Pero no he querido saber nada de ellos. No tenían un trabajo interesante. Si viviera aún mi padre, y yo tuviera un trabajo bien pagado, no me casaría de ninguna manera.

—¿No te casarías?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha decidido a casarte con tu novio?

—Me caso por su dinero y por su trabajo.

—¿Tienes ganas de irte a vivir con él a su ciudad?

—Está muy lejos y no tengo familia allí. Pero estoy harta de hacer el trabajo que hago.

(Malika se había prometido en el momento de la entrevista y, antes del noviazgo, le había oído decir que no se casaría nunca con un hombre que no tuviera un porvenir seguro, como había hecho su hermana Zineb, y que antes prefería quedarse solterona. Las estadísticas nacionales muestran una baja en las tasas de actividad femenina después del matrimonio. Las condiciones de trabajo son tan degradantes para la joven proletaria, que aspira a abandonarlo al casarse.)

—Y si tu novio actual no fuera capaz de subvenir a tus necesidades, ¿te casarías con él?

—No, no voy a ponerme a trabajar para él, vamos.

—¿No quieres trabajar para un hombre?

—No, prefiero trabajar para mí y para mi madre.

—¿Qué exiges en un hombre?

—Que sea formal y que no se emborrache. Puede beber un poco, pero no emborracharse y volver a casa para pegarme. No debe encerrarme. No quiero que me deje en casa y salga solo.

—¿Tendrá que llevarte con él?

—No necesariamente... pero tendrá que dedicarme un día al menos. Si no trabaja el sábado o el domingo, por

ejemplo, podremos tener un momento para ir a pasear, porque tampoco voy a salir sola.

—¿Así es como se comportan los maridos de chicas que tú conoces?

—Los hay que hacen eso y otros que no tratan bien a sus mujeres. Hay maridos que dicen a su mujer: «Si no estás contenta, ¡largate!» Hay que tener en cuenta eso antes de casarse. Porque los hombres... cambian. Luego, ya no son como al principio, cuando los conociste.

—¿Y si tu novio exige que te quedes en casa, lo aceptarás?

—No, no aceptaré el encierro, aunque sea rico.

—¿Y qué pasará si es muy autoritario?

—Si me deja la libertad de ir a casa de mis padres, podemos arreglarnos; él también puede salir solo. Pero si me obliga a quedarme en casa para ir a donde él quiera y volver cuando quiera, mientras que yo no puedo ir a casa de nadie, eso no lo acepto.

—¿Le has hablado de todo eso a tu novio?

—Sí, claro está.

—¿Qué le has dicho?

—Hemos hablado de su familia; él me ha preguntado si creo que podré entenderme con su familia. Por ahora, me parece que sí; después, no sé...

—¿Te ha propuesto vivir con su familia?

—Sí, y le he dicho que estoy de acuerdo.

—¿Y si te pide que no vuelvas a salir de tu casa y que te pongas la chilaba?

—No, me extrañaría; le gusta mucho que me vista a la europea.

—¿Te pide él que te vistas a la europea?

—Le gusta mucho, sí.

—¿Salías con él cuando estuviste en Uchda?[3]

—Salimos juntos sólo una vez, cuando estaba en casa de su familia, para comprarme unos zapatos que me regaló.

[3] Ciudad conocida por su conservadurismo con respecto a las mujeres.

—¿Es simpático contigo?

—Es muy simpático, por ahora, después no sé cómo será; yo no salía cuando estaba en casa de su familia en Uchda porque no había chicas de mi edad que pudieran acompañarme. No tienen más que chicos.

—¿Te quedaste todo el tiempo en la casa?

—Sí, no salí. Sabes, para vestirse a la europea, hay que tener medios; no hay que olvidar eso. Se puede llevar una chilaba mucho tiempo, pero si te vistes a la europea, tienes que cambiarte a menudo; tienes que tener bastante ropa. Si tuviera con qué, sólo llevaría chilaba para ir al baño moro o para hacer la compra. Mis primas también prefieren vestirse a la europea, pero tampoco pueden.

—¿Con quién te relacionas más, con amigas o con la familia?

—Con la familia únicamente... hoy en día, no puede confiarse en las amigas.

—¿Por qué?

—No son de fiar... la gente dice que no hay que tener amigas... tienes amigas y, un buen día, descubres que no son como deben, y hay que cortar con ellas.

—¿No has salido nunca con un hombre?

—No, nunca.

—¿Y no has salido tampoco con el que ha pedido tu mano?

—No.

—¿Has ido donde su familia?

—Sí, pero sin salir con él. Ya te he dicho que no salí más que una vez con él.

—¿Cómo se ha desarrollado tu noviazgo? ¿Te pidió en matrimonio cuando te vio por primera vez?

—Él había decidido ya pedir mi mano, pero yo no sabía nada. Es de la familia, pero algo lejana... mi madre es parienta de la suya.

—¿Venía a vuestra casa?

—Vino cuando la fiesta.

—¿Y no saliste con él?

—Sí, salimos juntos.

—¿A dónde fuisteis?

—A casa de su tío.

—Después de casarte, ¿continuarás ayudando a tu madre?

—Por supuesto. Vendré a verla a menudo y, si tengo medios, la ayudaré; eso dependerá de mi marido y su largueza. [4]

¿QUÉ HA SIDO DE LATIFA Y MALIKA?

Malika se casó, en 1978, con un empleado de la compañía Coca-Cola de Uchda. Tiene dos hijos: un chico y una chica. No ha vuelto a trabajar desde que se casó. Ha aprendido a bordar caftanes con perlas, a la manera oriental. Pero trabaja nada más que para ella y la familia. Es un pasatiempo, una manera de expresarse, más que un medio de ganarse la vida.

Latifa se casó en 1980; su marido trabaja de bombero en Protección civil. Tiene una hija. Cose y borda en su casa. Su marido le ha comprado una máquina de coser eléctrica con los ahorros. Vive, en estos momentos, con su madre, a causa de los alquileres prohibitivos de Salé.

[4] Malika, que tiene dos hijos y vive en Uchda, va a visitar a su madre dos veces al año y trae las maletas repletas de regalos, artículos comprados de contrabando en los alrededores de Melilla.

Habiba la vidente o lo sobrenatural al servicio del pueblo

Las riquezas de Marruecos no se limitan a los fosfatos, al manganeso, a la tierra, al agua y a los árboles...

No debemos olvidar las riquezas inmateriales, sin las cuales el control de las primeras es imposible. Se trata de la fabricación del pasado, de la escultura del futuro y, eventualmente, del escamoteo del presente. Se trata, pues, de la manipulación, entre otras cosas, del pasado y de lo religioso. Si el acceso de las mujeres a las riquezas materiales está estrechamente vigilado, su acceso a las riquezas inmateriales está institucionalmente proscrito. Considerar que una mujer pueda ser Imam, Jalifa o Adel es lisa y llanamente blasfemo.

Para tener acceso a las riquezas inmateriales y, especialmente, a la manipulación de lo religioso, monopolizado por los poderosos, los menos poderosos debieron salirse de la ortodoxia y crear espacios religiosos juzgados heréticos por los partidarios del monopolio. Crearon santuarios y edificaron qubbas *para sus santos, tratando de esta forma de resolver los problemas cotidianos: sed de pan y dignidad.*

Las mujeres con velo, marginadas en las mezquitas de los señores, se escaparon, siguiendo las huellas de los excluidos, hacia los patios de los santuarios, donde lo sobrenatural es más accesible y donde los espíritus hablan en dialecto y aceptan los dones más humildes.

Habiba, analfabeta e inválida, se lanza, pasados los cuarenta, a un viaje iniciático hacia Sidi Ali Ben Hamdux. De allí volverá confirmada en su vocación de «vidente». Construyó un templo en honor de Lal-la *Aixa Kandixa para acoger los deseos de los que sufren... los que sufren de no poder*

planificar una vida decente en un Marruecos en profunda transformación.

Habiba tiene un marcado sentido del éxito... Se ha construido su propia senda dominando lo sobrenatural, que la fulminaba en forma de ataques. Y se ha creado una unión armoniosa con un marido lisiado, sin piernas, y en paro.

Habiba carecía de privilegios, sólo tenía desventajas. Las metamorfoseó en fuente de vida, tal y como otros transforman sus privilegios en desventajas.

Habiba la vidente

Nació en 1927 en un pueblo de la zona española y emigró con su padre, de origen saharaui, al Rarb. Entrevista realizada en 1977, en Rabat.[1]

UN PADRE CAMPESINO

—Cuando nací, mi padre era soldado. Se había alistado en el ejército español.

—*¿Naciste en la zona española?*

—Sí. Cuando mi madre murió, todavía éramos muy pequeños. Mi padre estaba harto de su trabajo. Dejó el ejército y se instaló en Rabat. Éramos ocho hermanos.

—*¿Eras la mayor?*

—No, no era la mayor. Éramos seis chicas y dos chicos.

—*¿Tu madre tuvo ocho hijos en total?*

—Sin contar los que murieron. Mi padre nos trajo a esta región y se hizo agricultor.

—*¿Trabajaba en las fincas o tenía un pedazo de tierra?*

—Trabajaba para otros. Fíjate, mi padre no dejó de trabajar en la agricultura. Trabajó siempre la tierra. Hasta cuando estaba en el ejército estuvo destinado en agricultura, trabajaba la tierra para el ejército. Así que nos trajo aquí y, para mantenernos, trabajó la tierra. Después de morirse mi madre, se volvió a casar con una mujer muy

[1] Las entrevistas, recogidas inicialmente en árabe dialectal, han sido traducidas por Saíd Benyelún, salvo ésta, que he traducido yo misma. Para hacer inteligible el discurso casi místico de la *xuaffa* [vidente], he tenido que recurrir a notas a pie de página, que, a veces, dan lugar a reflexiones subjetivas, basadas en las visitas a veintidós videntes, realizadas durante la primavera y el verano de 1976. Aquella primera aproximación debería desembocar en un análisis de la brujería.

buena que se portó muy bien con nosotros. Mi padre y mi madrastra están ya muertos.

—*¿Tu madrastra tuvo hijos con tu padre?*

—Sí, tuvo tres; una se murió, y dos viven; nos casamos todos menos una chica, la pobre es inválida, ¡y Dios no le ha dado nada! Ella también tenía ataques,[2] como yo. Uno de esos ataques la dejó paralítica de un pie durante la boda de una de nuestras hermanas pequeñas, a la que mi padre casó muy pronto, cuando tenía siete años. La confió a una mujer que debía protegerla hasta los diez, o sea, para impedir que se consumara el matrimonio antes de esa edad; impedir que se le acercara el marido. Pero aquella mujer no cumplió su promesa. Bueno, el caso es que se quedó con aquel hombre justo el tiempo necesario para convencerlo de que la dejara libre; luego, se volvió a casar y tuvo sus hijos con otro hombre. Después, me tocó casarme a mí. Estuve casada antes de conocer a este señor *(la entrevista tenía lugar en el salón de Habiba, en presencia de su marido y sus hijos).*

—*¿Qué edad tenías al casarte?*

—Catorce años. Me casé sin papeles y sin nada. Me casé solamente por la *fatiha.*[*]

—*¿En Rabat?*

—Mi padre vivía en aquella época en Sidi Sliman, en el Rarb, y mi marido, muy cerca, en Sidi Kacem. Mi marido era de nuestra tierra *(es decir, saharaui).* Pero Dios no permitió que ese matrimonio saliera bien; tuve hijos con mi primer marido, pero el matrimonio fracasó enseguida. Mi marido me maltrataba, y me separé de él; estuve divorciada cuatro años. Luego, Dios hizo que conociera a este hombre, y me casé con él. También es de nuestra familia.

—*¿Os casasteis en Sidi Kacen la segunda vez?*

[2] Ataques, *riah,* que se suponen provocados por el acoso de los espíritus sobre el individuo.

[*] Véase nota 8, página 11.

—No, me casé en Rabat con este hombre que estás viendo...

—*¿Tus hijos son de tu primer marido?*

—Sí; desgraciadamente, Dios no me ha dado hijos de mi marido actual.

PRIMERAS SEÑALES DE LOS «ATAQUES»: LAS COSQUILLAS Y LAS RANAS

—Volviendo a mi estado actual, eso comenzó cuando era pequeña. Mis hermanos y hermanas se ponían a hacerme cosquillas y me quedaba inerte, no volvía en mí hasta que me metían una mano en agua o me daban a oler algo que habían quemado en el fuego. Si me hacían cosquillas, me ponía a correr detrás de ellos como una loca. Mi padre, que Dios lo tenga en la gloria, gritaba a los niños y los mandaba que parasen: «¡Dejad tranquila a vuestra hermana, no le hagáis cosquillas!», les repetía.

—*¿Qué edad tenías cuando eso comenzó?*

—Tenía diez u once años. Te das cuenta, era muy pequeña; no había mucha diferencia de años entre nosotros, la gente creía que éramos gemelos. Más aún que las cosquillas, había un animal que tenía un efecto terrible sobre mí: la rana. La rana me aterrorizaba; bastaba con que pronunciaran su nombre delante de mí para que me volviera loca. Si tenía algo en las manos, lo tiraba, me volvía agresiva y corría detrás de ellos. Sí, me ponía a gritar como una loca, hasta que me quedaba sin sentido. Mi pobre padre trataba de evitarlo, de protegerme; prohibía a mis hermanos y hermanas que me torturaran, y así fue como esto que tengo empeoró. Me acuerdo de un día que estaba invitada en casa de mi hermano; mi hijo Mohámmed era todavía un niño de pecho; alguien dijo la palabra *jrana* delante de mí, me caí encima del niño y estuve a punto de matarlo; había perdido el conocimiento. Mi hermano se transtornó tanto que juró que a partir de entonces denunciaría en el juzgado a todos los que trata-

ran de provocarme: «Sabéis muy bien que mi hermana se cae cuando oye esa palabra, ¡procurad no decirla delante de ella!».

—¿Tu primer marido estaba al corriente de la situación?

—Sí, ya después de la boda, me caía en casa cuando me llevaba la contraria; pero, ya ves, no creía en eso; me decía «estás loca», no tenía fe, no se lo creía nada. Por eso, cuando me veía con un ataque, gritaba: «Creo que esta mujer está loca». Era más bien rígido, no creía nada en estos asuntos de *muminin.*[3] Era un hombre corriente y vulgar, nunca lo comprendí; era raro... Viví con él cinco o seis años.

—¿No creía en esas cosas?

—No, nada de nada. Cuando me caía, se preocupaba por mí, ves, esa es la verdad. Pero tenía una especie de pudor, de orgullo: le fastidiaba cuando me pasaba eso delante de los demás. Vivíamos en una alquería en el campo, no le gustaba que la gente me viera en esos momentos, o que se enterase. Cuando había extraños en casa, me encerraba y pedía a las vecinas que me cuidaran.

—¿Y tu segundo marido? ¿Qué actitud tiene con respecto a los muminin? *¿Lo habías puesto al corriente antes de la boda?*

—Sí, estaba al corriente cuando nos casamos. Fíjate, aunque no tenga piernas, me ayuda cuando me caigo; si el ataque me sorprende cerca de un charco, se me echa encima y trata de sacarme de allí y llama a voces a la gente para que vengan en mi ayuda. Hace que me lleven a un sitio seco, me limpia la ropa, me perfuma con benjuí,[4] me apoya la cabeza sobre su pecho y me tranquiliza. Así seguimos hasta que me quedé embarazada. Estuve embarazada de él dos o tres veces, pero nunca llegaron a término. Sabes, él estaba casado antes de conocerme. Los

[3] *Muminin*, a los *yenún* [diablos] se los denomina «creyentes», a fin de neutralizar su supuesto poder feroz y destructor.

[4] El benjuí se supone que calma a los espíritus y les procura placer. Bajo sus efectos, soltarán a su presa o, por lo menos, aflojarán sus garras sobre ella.

padres de la primera mujer vinieron a amenazarme para inducirlo a que se separara de mí y así obligarlo a volver con su hija. Me amenazaron con un cuchillo, y eso agravó mis ataques.

—¿Te agredieron?

—Sí, me agredieron; entraron en el garaje donde vivíamos en aquel momento, en un garaje del barrio Hassan, en Rabat.

—¿Tu marido no estaba?

—Sí, estaba allí, pero en otro cuarto; se encerraron conmigo en el garaje, que estaba muy oscuro, me dieron una puñalada en el vientre y otra en el cuello y, después de eso, mi estado empeoró: los «espíritus», por un lado, y el miedo, por el otro. La víspera de la regla, se me hinchaba el vientre. Fui a ver al médico, me hicieron una operación para poder tener un hijo de este hombre, pero, hasta el presente, Dios no ha escuchado mis ruegos, y seguimos igual. Verás, los *muminin* hicieron un pacto conmigo; me dijeron que no podría tener hijos si no iba de visita a Mulay Brahim,[5] y aún no he podido ir.[6]

LA VOCACIÓN SE PRECISA

—¿Y cómo te hiciste vidente?

—El día en que empecé a trabajar, me convertí, sin más, en *xuaffa,* en vidente.

—¿Estabas con tu primer marido o con el segundo?

—Con mi actual marido; sabes, estamos juntos desde hace una buena tanda de años... Resumiendo, antes del día en que me hice *xuaffa,* había empezado a tener visiones: fue en vísperas del Mulud. Entre las visiones más persistentes, se repetía la de una mujer que tenía los pies de Aixa Kandixa...

[5] Santo del sur marroquí, uno de los patrones de los videntes.

[6] En el momento de la entrevista, Habiba tenía cincuenta años; su relato es bastante típico de lo que se puede llamar el síndrome de la menopausia.

—*¿Tenía los pies hendidos?*

—Sí, como los de un cordero. A veces, veía un rebaño, un rebaño entero que me hablaba como si fueran seres humanos; los veía, parecía una procesión.

—*¿Imaginabas todo eso o lo veías?*

—No, no imaginaba nada. Todo se me aparecía con mucha claridad y sucedía delante de mis ojos; todo era premeditado y formaba parte de un plan que debía guiarme a un lugar determinado.

—*¿Todo eso sucedió en Rabat?*

—Sí, todo lo que te he dicho sucedió en Rabat. Exactamente en esta habitación donde estamos, en esta casa bendita; como se acercaba la fiesta del Mulud, tenía que ir a ver al santo, y las visiones se aceleraron: vi un incendio en una tienda del barrio, y, tres días después, la tienda se incendió realmente. Mi hijo estaba muy nervioso: «Madre, me da la impresión de que te estás volviendo loca, lo que nos dices que ves es demasiado».

»Un día me caí; estaba en casa un amigo senegalés, que se quedó seis o siete meses. Me llamaba mamá, de lo a gusto que estaba en nuestra casa. Teníamos tres carneros reservados para el Aíd. Nuestra vecina nos había invitado a comer ese día en su casa. Nos avisó en el último momento. Ya habíamos comido y fuimos a su casa. Por la tarde me encontraba en muy buena forma; les dije: «¡Traedme un carnero, y que lo maten ahora y aquí mismo!». Lo mataron, pero no me dieron carne. Los que no me conocen pueden equivocarse sobre mí; no sabían que necesitaba comer carne cruda. Me levanté y me fui donde la carne, y comí hasta hartarme. Después, los espíritus me hicieron caer; anuncié a mi cuñado que iba a ir a La Meca. Le dije primero de todo: «Vas a conocer al Rey; le besarás la mano y le pedirás algo; y él hará que se cumpla tu deseo». Pasados unos días, sucedió lo que le había predecido. Al principio nadie me cree, pero luego mis predicciones se realizan. Mi cuñado, efectivamente, vio al Rey y le pidió que le concediera el favor de enviarlo a

La Meca. El Rey le concedió el deseo. Cuando volvió de ver al Rey, vino a verme; aquel día llovía. Entró empapado, como si hubiera atravesado un río. Se echó a mis pies, con las manos cogidas por detrás de la espalda. Me repetía: *«At-taslim»*. Yo no comprendía a qué se refería. *«At-taslim Alal-la»*, «sumisión, señora», repetía sin parar. «¿Qué ha pasado?», le pregunté, «explícame». Entonces yo no había visitado aún Sidi Ali;[7] no sabía todavía que sería vidente. Me anunció que iba a ir a La Meca: «He conocido al Rey, como tú habías previsto, y me ha enviado un billete para La Meca. Las Fuerzas Auxiliares han venido a buscarme al barrio y me han entregado el billete». Confieso que me puse muy contenta al oír eso. Estaba contenta de ver hecho realidad el don que Dios me ha dado. Fue algo muy fuerte. Noté que me ponía rígida y me desmayé ligeramente. Me dieron a respirar un olor agradable y me despabilé.»

EL VIAJE INICIÁTICO

—En cuanto pude, hice el viaje a Sidi Ali. Le dije a mi marido: «Es preciso que vaya», «¿pero a dónde vas a ir?», me respondió. Mi hermana mayor había quedado en acompañarme, pero me dejó tirada en el último momento.

—*¿Renunciaste entonces a ir?*

—No, me fui sola. Salí de casa y me puse a preguntar por dónde se iba. Llegué al sitio donde se compran los billetes del coche de línea y compré uno. Había mucha gente en la taquilla; estábamos en pleno *musem.*[*] Vacilé. Pero decidí ir, aunque no volviera nunca. ¿Es que

[7] Sidi Ali es el patrón de los Hamacha. Desempeña, como Mulay Brahim, un importante papel en la práctica e iniciación mágicas y en las actividades relacionadas con la brujería. Para ella, que vive en Rabat, tiene la ventaja de ser más fácilmente accesible y más próximo que Mulay Brahim, que se encuentra en los alrededores de Marraquech; Sidi Ali se halla en las proximidades de Mequínez, a 130 kilómetros de Rabat.

[*] *Musem,* romería *(N. T.).*

iba a estar condenada a ir de un *sayyid*[**] a otro? Acataría las decisiones de Dios, fueran las que fuesen. Bueno, pues me fui. Llegamos a Xeij al-Kamal.[8] Nos encontramos con la procesión ritual que se dirigía hacia el *sayyid*; había salido de Sidi Saíd, ¡que Dios refuerce su prestigio![9]

—*¿Tuvo lugar el mismo día en que habíais salido de Rabat?*

—Sí, el mismo día. Cuando llegamos, en pleno *musem*, nos dijeron: «Tened cuidado y no llevéis nada negro, que podéis tener problemas». El pregonero se montó en el coche de línea para anunciarlo. Yo iba de negro de los pies a la cabeza. La chilaba era negra y el velo, también.

—*¿No estabas al corriente?*[10]

—No, claro. Era la primera vez que lo oía. Y, figúrate, me encanta ir de negro desde siempre. Cuando veo a alguien vestido de negro, me lo quedo mirando fijamente, no consigo desviar la mirada; me entran ganas de echarme encima y quitarle la ropa. Cuando el coche llegó, bajé, pero no sabía a dónde dirigirme; me encontré con dos jóvenes, uno de la edad de mi hijo, y el otro algo mayor; les dije: «por favor, llevadme al *sayyid*, indicadme el camino». Me dijeron que tenía que esperar otro autocar que vendría a recogerme. Me quedé sentada allí hasta el anochecer. Los taxis que llevaban a la gente por dos dirhames y medio, empezaron a pedir el doble; se aprovechaban de la impaciencia de la gente. Oí decir a mi lado, mientras esperaba el autocar, que todos los años, durante el *musem*, había uno maldito, que se averiaba y no llegaba nunca a verse ni a llevar a los pasajeros a su destino. Segun parece, alguien cometió un acto monstruoso en el

[**] *Sayyid*, santuario *(N. T.)*.

[8] Xeij al-Kamal es el patrón de los Aisaua; su *musem* tiene lugar en Mequínez durante la primera semana del Mulud.

[9] Sidi Saíd está situado a unos centenares de metros de Xeij al-Kamal y desempeña un importante papel en la cartografía de rituales y procesiones.

[10] No ir de negro durante las ceremonias del Xeij al-Kamal es un hecho conocido incluso en los medios que no se interesan especialmente por el mundo de los espíritus.

musem... Miré a mi alrededor, al oír los rumores que circulaban; me fijé en un hombre sentado, me acerqué a él y le pregunté que a dónde iba. Me respondió: «A Sidi Ali». Me dijo que vivía allí. Cuando llegó el autocar, me puse a su lado; era la única persona del entorno por la que sentía una gran confianza.

»Cuando nos instalamos en el autocar, nos pidieron cinco dirhames. Todo el mundo se bajó, menos aquel hombre y yo; fuimos los únicos que consentimos pagar el doble del precio normal. Cuando llegamos a Sidi Ali, era noche cerrada. Me preguntó que a dónde iba y si conocía el *sayyid*. Le rogué que me condujera hasta la puerta del *sayyid*. 'No sé dónde estoy, no he salido de Rabat más allá de Kenitra. Ayúdeme, soy forastera y vengo de lejos; no sé a dónde ir, ni a dónde dirigirme'. Me dijo: 'De acuerdo. Si acepta venir a pasar la noche a mi casa, será bienvenida'. Acepté con mucho gusto; así que me fui a su casa. Él había traído en el autocar una mesa y unos utensilios. Andaba por delante, y yo lo seguía. Era una noche muy oscura. Si te digo la verdad, me daba mucho miedo; pensé: 'va a llevarme a algún sitio y degollarme', pero, por otro lado, tenía la profunda convicción de que mi camino estaba trazado y que nada malo podía sucederme. Mi objetivo era bueno y santo: visitar el *sayyid*. De modo que lo seguí. En el camino alguien lo saludó: '¡Buenas noches, *as-Xerif!*' '¡Hombre, me dije, es jerife, entonces nada malo puede sucederme !' Cuando llegamos a su casa, su mujer le hizo una escena, alborotó a sus hijos: 'Venid a ver lo que ha traído vuestro padre del zoco; ha traído una mujer. Se olvidó de comprar lo que necesitábamos, porque estaba ocupado en otra cosa. Acaba de traer una mujer. Eso es lo único que lo preocupaba'.

»Me sentía muy humillada y muy conmovida por la escena. Estaban riñendo por mi culpa a aquel hombre. Me dirigí a su mujer y le dije: 'Deme una piel de cordero, quiero rezar'. Me preguntó quién era y nos preparó una cena asquerosa; no pude tragar nada, pero pensé que

si no comía iban a aumentar sus sospechas. Saqué dos huevos de mi bolsa, los coloqué encima de la mesa, con la mitad del pan y algunos dulces. Le di también un poco de dinero a la señora, diez o quince dirhames, no me acuerdo muy bien; le dije: 'Por favor, acepte esta contribución por la cena'. A pesar de todo, no me quité la chilaba. La señora me indicó entonces el lugar donde iba a dormir, al lado de su hija. Ella se fue a dormir con su marido a otro cuarto. Antes de que me quedase dormida, se acercó: '¿Tienes intención de alquilar?' Le respondí: 'Señora, haré lo que usted quiera; si quiere que alquile, alquilaré. Sepa usted que he venido a visitar el *sayyid*, es la primera vez que vengo y no sé las costumbres'.

»Me levanté a la mañana siguiente. Hice mis abluciones y mis oraciones; cuando la hija de mis huéspedes salía para la escuela, le pedí que me llevara a visitar el *sayyid*. Me dejé todo en su casa: la bolsa, la manta que me había traído de Rabat, la toalla, la sábana; resumiendo, me lo dejé todo en casa de aquella mujer: 'Le dejo todas mis cosas, le dije; si consigo encontrar la casa, vendré a recogerlas, si no, para usted, puede quedárselas'. Me volvió a preguntar si tenía intención de alquilar, y le respondí que aún no sabía lo que iba a hacer. 'Tengo que ir al *sayyid* a reunirme con alguien que conozco.' En realidad, no conocía a nadie ni tenía cita con nadie. Había dicho esa frase así, sin más, no sé por qué.»

PEREGRINACIÓN A *LAL-LA* AIXA [11]

—Así que me fui de la casa; bajé con la muchacha al *sayyid*. Me señaló el agujero de *Lal-la* Aixa: «Ahí está *Lal-la* Aixa, por si quieres visitarla, y el *sayyid* está allí, al pie de las escaleras». Se lo agradecí y le di algo. Luego «visité» a *Lal-la* Aixa. La gente me dijo: «¡La visita no es ahora! Ahora no reparten la alheña». Me preguntaron por qué había venido. «Estoy poseída y he venido a hacer la visita». Una mujer me aconsejó, entonces, que volviera a la puesta del sol. «Es el momento de venir a visitar este lugar; se sacrifican pollos y gallos». Entonces, bajé al *sayyid*. Apoyé la cabeza en la verja de hierro forjado y me puse a sollozar. Todos los acontecimientos del día anterior desfilaron ante mí: las humillaciones y los insultos de aquella mujer; me ahogaba de pena al pensarlo. Estuve llorando un buen rato, hasta que una mujer se acercó y me dijo: «¿Por qué lloras? Deja de llorar». Durante un rato, no fui capaz de hablar, movía la cabeza como una muda, como para decirle que me dejara tranquila, que me dejara llorar; seguí llorando hasta que me encontré mejor. «¿Qué te pasa?», repitió. «Verá, señora», empecé y le conté lo que había sucedido el día anterior. «He venido, he terminado y no sé a dónde dirigirme». «¡Bienvenida seas!», me dijo; «mi marido es *almocadén*, [12] estamos acampados en una tienda y comemos en la mesa del jerife. Nos traen la comida de la zagüía, sé bienvenida». «¿De dónde eres?», le pregunté. «Soy de Rabat, ¿y tú de dónde eres?» «Soy saharaui». Me acogió muy bien. Su marido tenía otras dos mujeres. Una se había quedado en casa, y las otras lo habían acompañado al *sayyid*. El marido decidió que había que tratarme como a una verdadera invitada; me prohibió que tomara parte en las faenas domésticas. Me servían la comida, y no tenía que hacer nada. Si quería fregar los platos o intentaba lavar y cortar el manojo de menta, siempre había alguien que me impedía hacer lo que fuera. Dios es grande y la baraca de mis padres y de los santos estaba presente; me quedé con ellos hasta el último día del *musem*. Sólo me permitieron una noche dar dinero para los gastos de la cena, se hicieron cargo de mí completamente. Una de las mujeres del almo-

[11] Se trata de Aixa Kandixa, uno de los espíritus femeninos más importantes en la constelación de fuerzas sobrenaturales que son los *muminin*, los *masalmin* o los *yuad*.

[12] *Almocadén*, grosso modo, patrón local encargado de iniciar a los participantes y responsable del ritual.

cadén era vidente; salíamos juntas, íbamos a participar en la danza de la posesión. El día de la procesión ritual marchamos al *sayyid* con la *dbiha.*[13] Cada grupo tenía su ritual particular. Salimos con la procesión hacia Sidi Ali Ben Hamdux, y, luego, hacia Sidi Áhmed Dgugui; fuimos descalzas durante toda la procesión.

—¿Sólo de mujeres, o de mujeres y hombres juntos?

—La procesión la hacemos juntos. Los pregoneros dicen a la multitud: «¡Mujeres estériles, entrad en el santuario!». Entraban, se echaban al suelo y la procesión les pasaba por encima. Ya podían ir bien vestidas con un caftán de *melf,*[14] que se echaban al suelo como las demás. Y todos los que sufren de un mal del que quieren verse libres: «Que vengan los cojos, que se acerquen los que tienen dolores de espalda...», grita el almocadén. Esto se anuncia públicamente; el almocadén está tan excitado que echa saliva por la boca. Acompaña la marcha al son de la gaita. Entretanto, si la gente que ejecuta la danza de la posesión ve pasar a alguien con una cabra, se la arrebata, la llevan al centro, la descuartizan y se la comen cruda.

—¿La cabra?

—Sí, si se trata de una cabra. También puede ser un cordero o cualquier otro animal que le arrebatan al dueño y se lo comen crudo. Si alguien va calzado junto a los que danzan, se le echan encima: todo el mundo tiene que ir descalzo. Caminábamos o estábamos cogidos de la mano, sin chilabas ni nada; los que acompañaban al almocadén, que ya me habían ofrecido su hospitalidad, me dieron también un *izzar** con el que me cubrieron. De esta forma me invitaron al ritual, y yo seguía todos sus gestos. Cuando se levantaban, me levantaba; cuando se sentaban, me sentaba con ellos; cuando se levantaban para danzar, me levantaba con ellos, pero entonces cada cual danzaba a su *hal*; si no es a mi aire, yo no puedo danzar...

[13] *Dbiha,* animal destinado al sacrificio.

[14] *Melf,* tejido de fieltro de lana gruesa.

* *Izzar,* pañuelo grande *(N. T.).*

—¿Hay que esperar el propio ritmo?

—Sí, tienes que esperar que los músicos toquen tu propio ritmo. Cuando lo oyes, te levantas y danzas hasta el trance. Mis huéspedes, los *xorfa** que me habían ofrecido su hospitalidad, insistieron para que me quedara con ellos hasta el séptimo día, cuando se unen los dos estandartes: el de Sidi Ali y el de Sidi Áhmed Dgugui. Los *xorfa* descendientes de ambos santos salen a caballo de sus santuarios respectivos y vienen, rodeados de estandartes, a darse el abrazo junto a una palmera. Todo el mundo hace lo mismo, se lanzan albórbolas, se invoca el nombre del Profeta... La mayoría está en trance en esos momentos. Algunos se hincan un hacha en la cabeza, otros se rompen cacharros de barro también en la cabeza. Se ve como les salta la sangre y les escurre por la cara; van cubiertos de sangre, de arriba abajo; otras personas comen barro, y otras se tragan cactos llenos de espinas, cada cual a su ritmo... ¿Dónde estaba?

—Te has quedado en el momento en que la mujer te ofreció el pan.

—¡Ah, sí!, cuando bajábamos hacia *Lal-la* Aixa Kandixa, una mujer me dio un pan. Cuando lo cogí, me di cuenta de que estaba caliente. Alguien me dijo: «Tienes que darnos un poco y llevarte el resto a tu casa».

CONFIRMACIÓN DE LA VOCACIÓN

—¿Entendiste en ese momento de lo que se trataba?

—Sí, lo comprendí en el acto. En el *sayyid,* estábamos varias mujeres de pie; la gente me eligió a mí para dar el pan; me dijeron: «Toma, coge el pan». Dios, *tabaraka al-lah wa ta'ala,** me había dado el pan; y eso es lo que quería decir.

* Véase nota de traducción de la página 9.

* *Tabaraka al-lah wa ta'ala,* ¡alabado y ensalzado sea Dios! *(N. T.).*

—¿Había muchas mujeres que, como tú, habían ido a pedir el pan?

—Pues claro. El santuario estaba lleno. Todas estaban de pie.

—¿Y tú fuiste la única que recibió el pan?

—Una mujer se levantó entre los asistentes y dijo: «*Xerifa,* toma, éste es tu pan».

—¿Te lo dio a ti?

—Sí, a mí. Una mujer, que estaba a mi lado, me murmuró: «Coge el pan, te ha sido dado por Dios y *Lalla* Aixa». Cogí el pan e hice el ritual, partiéndolo en pedazos que fui distribuyendo. Sabes, cuando el hombre estaba cortando el pan, tenía la impresión de que me hacía pedazos el corazón. Me angustiaba la idea de que se repartiera todo y no me quedara nada para mí, para llevarme a casa. Era extraño... A la salida del santuario, se me acercó un hombre. Lo habíamos visto antes en el mercado, era un *buhali.*[15] Yo estaba con otra mujer a la que le dijo: «No quiero hablar contigo. Tengo cosas que revelarle a ella», y me señaló. Siguió hablando con la que me acompañaba: «Esta mujer ha venido a recibir su pan. Tú ya recibiste el tuyo. Pero la que te acompaña aún no ha llegado a eso; ha venido de muy lejos en busca de su pan». Y, luego, dirigiéndose otra vez a mí: «Has venido de muy lejos, vas a triunfar, vas a conseguir lo que querías». Puse una vela, como todo el mundo. El hombre me dijo: «Adelántate y camina, que vas a empezar a trabajar y no te faltará de nada; volverás aún muchas veces a este santuario». No paraba de hablar, y yo lo escuchaba como si todo lo que decía se fuera a cumplir; tenía confianza en mí misma; y todo eso iba a realizarse...

—¿Y te pusiste a trabajar a la vuelta?

—Desde que volví a Rabat, me puse a trabajar.

[15] Buhali, simple de espíritu que está en contacto con fuerzas superiores sobrenaturales, y cuyo extraño comportamiento suele traducir mensajes que habría que saber descifrar para beneficiarse de ellos.

—¿Y cómo sucedió? ¡Te despertaste una mañana y te pusiste a «ver»!

EJERCER DE VIDENTE

—Empecé a ver después del «sacrificio cruento». Compré una vaca por dieciséis mil reales *(ochocientos dirhames),* además de otros gastos; invité al almocadén, que vino con catorce personas más, sin contar las mujeres.

—¿El almocadén de dónde vino, de Sidi Ali?

—No, de Kenitra. La primera vez que me vio, me dijo: «Debes prepararte. Cuando estés lista, vienes a avisarme, y te organizaré la *lila,* la velada». Así que vinieron y se quedaron siete días en mi casa. Estuvimos danzando durante los siete días, y yo no estaba saciada todavía. El día que quisieron irse, me eché al suelo delante de la puerta, pues no quería que me dejaran; se pusieron a rezar.

—¿Se quedaron siete días en tu casa?

—Sí, siete días comiendo y bebiendo, a Dios gracias. El almocadén estuvo un mes entero. Se fue satisfecho.

—¿Habías empezado ya cuando se marchó?

—Me dejó después del *tadshin (inauguración).* La mujer del almocadén vino a reunirse con él; es *al-moqaddma*[16] también; izaron el estandarte delante de mi puerta.[17] Ella me preparó el *tbaq.*[18]

—Yo he visitado a muchas videntes sin estandarte. ¿Las que tienen uno delante de la puerta son como tú, es decir, han hecho la velada y el sacrificio cruento?

—Claro. Es preciso que se haya hecho el sacrificio cruento, y que hayas recibido la conformidad del almo-

[16] *al-moqaddma,* femenino de *al-moqaddam* [almocadén], la iniciadora.

[17] Las que visité en los barrios de chabolas de Rabat-Salé y Casablanca suelen tener un estandarte en la puerta para manifestar públicamente su vocación. Las que viven en los barrios residenciales son más discretas. Habiba es una excepción: vive en Diur ay-Yama, pero tiene un estandarte en la puerta.

[18] *Tbaq,* recipiente utilizado habitualmente para hacer el alcuzcuz o guardar el pan; el *tbaq* de la vidente es un instrumento de trabajo, el soporte de sus sesiones. Suele estar repleto de toda clase de conchas.

cadén. Sabes, después tienes que hacer sacrificios cruentos en determinadas épocas del año: en el mes de Xaban y por el Mulud; si no, debes temer por tu vida... No tienes obligación de hacer la velada de los Hamacha, si lo prefieres puedes hacer la de los Gnaua o la de los Yilala. Verás, «cada rey a su tiempo», cada persona tiene que danzar para su señor, cada cual puede pedir a través de un Santo que le sea particularmente querido. Mulay Abdelkáder Yilali, al-Gnaui, al-Hamduxi, al-Isaui, as-Sarqaui... Sabes, existen varias clases de espíritus. Nosotros tan sólo los tenemos sujetos, tratamos de ser flexibles con ellos, pero, de hecho, cada uno está poseído por su espíritu-señor, su *melk*. Cada uno de nosotros, los poseídos, ejecuta una danza propia; uno coge el fuego, otro tiene que hacerse pedazos la ropa para sentirse a gusto; otro ve a una persona que no le gusta, pues corre detrás de ella y le da de golpes; así es nuestro mundo. Cuando hice la velada, y dancé y curé a gente, a partir de entonces, empecé a recibir a otros. Para el Mulud siguiente, pagué los gastos de una velada *gnaua*; la bandeja de *Lal-la* Malika[19] me costó cuatro mil reales *(doscientos dirhames)*; me pidieron que pusiera en ella cosas tan disparatadas como el *suak*[20] y pepitas negras y duras de sandía y de higos; había que poner cantidad de cosas en esa bandeja para que hubiera *al-hachba*...

—*¿Qué es* al-hachba ?

—*Al hachba* quiere decir que la bandeja debe estar aislada en un cuarto donde no entre nadie, sobre todo, los niños. Cuando la bandeja está bien arreglada, se tapa. Si entra alguien en el cuarto y coge algo sin permiso, pone su vida en peligro.

»A una sobrina mía de diecisiete años la 'tocaron' aquella tarde; no sabía nada, la pobre; ahora está tocada ella también...»

[19] *Lal-la* Malika es un espíritu como *Lal-la* Aixa, pero cada una tiene su especialidad.

[20] *Suak*, corteza de nogal que se utiliza para limpiarse los dientes.

—*¿Entró en el cuarto en el que estaba preparada la bandeja?*

—No, fue cuando pusimos el pañuelo en los cuernos de la vaca.

—*¿Dónde se inmoló la vaca, aquí mismo?*

—Sí, aquí mismo. Cuando vio la vaca con los pañuelos, le entró una risa loca... entonces «ellos» la golpearon... Ahora danza más que yo; yo me paro al cabo de un rato, pero ella, la pobre, sigue. He tratado de interceder ante «ellos» para liberarla, pero en vano. Una vez, un participante en la ceremonia Hamacha que yo había organizado se levantó para danzar. En doce años, *Lal-la* Aixa no lo había visitado nunca. Esa noche, *Lal-la* Aixa se presentó. Le supliqué que liberase a mi sobrina:[21] «¿Por qué ha sido designada mi sobrina?,[22] ¡no es más que una niña...! Que me hayáis elegido a mí, que empiezo a ser vieja, que he vivido la vida, que he luchado por ella y que he aceptado sus vicisitudes, parece justo. Pero ella es una chiquilla; no sabe todavía nada de la vida». Me respondieron: «Queremos que nuestra familia aumente. ¿No querrás ser tú nuestra única familia, no? Por eso vamos a quedárnosla». Mi sobrina se ha visto obligada a hacer frente a los gastos indispensables para las ceremonias; ha tenido que correr con todos los gastos necesarios para curarse, y, aún hoy, está habitada... Lo ve todo, lo ve como yo te veo a ti.[23]

—*¿Está instalada como tú?*

—No, ella no ve para otros. Ve seres imaginarios. A veces, ve a *Lal-la* Aixa a su lado, la ve que se desplaza con ella, que la acompaña a todas partes. En cuanto la ve, se echa a reír en sus narices. No se ha curado nunca, la pobre.

[21] Súplica dirigida, no a la participante físicamente presente, sino a los espíritus que la habitan y la animan, en este caso a Aixa Kandixa.

[22] Designada como víctima.

[23] Ve los acontecimiento que sucederán en el futuro lo mismo que a los seres que no tienen existencia física; el don de «ver» se supone que es una de las compensaciones de los que están habitados por los espíritus más poderosos y que, como consecuencia, pueden sufrir los ataques más violentos.

—*¿No la habéis llevado a alguien para que la ayude?*[24]

—No, no la hemos llevado a nadie. Ha ido a visitar a Sidi Mimun, *Bismil-lah,*[*] en El Ksar, y su madre ha organizado un sacrificio cruento y ha arreglado todo para la ceremonia del negro.[25]

—*¿Y está mejor?*

—Está mejor cuando danza; por ejemplo, después de las ceremonias del Xaban,[26] en los meses siguientes, se encuentra mejor. Pero vuelve a recaer. Basta con que vea a alguien llorando para que le dé un ataque. Y no es comedia, sabes. Un día, recibí la visita de una clienta, una joven recién abierta a la vida, muy segura de sí misma, insolente por su juventud y su salud; pienso que no creía en nuestro mundo. Debió de venir porque tenía problemas; le hice una sesión; los *yuad*[**] le dijeron todo: «Estuviste prometida una vez, hubo una pelea...» Aquel día, estaban en mi casa el almocadén y su mujer, estábamos haciendo unas ceremonias. Debió de burlarse de nosotros en su fuero interno. ¿Sabéis lo que le pasó? Se cayó justo delante de la tienda de ultramarinos, enfrente de mi casa. La levantaron; tenía el pie del revés y los dedos retorcidos; no podía andar; el tendero y la gente que me conoce comprendieron; le dijeron: «Vuelve donde la jerifa y pídele perdón». Volvió a mi casa a la pata coja. «Jerifa cojeo...». «Hija mía, pide perdón, haz un acto de sumisión y no vuelvas nunca más a reírte de nosotros ni de los

[*] *Bismil-lah,* «En el nombre de Dios» *(N. T.).*

[24] No me atrevía a pronunciar la palabra médico.

[25] Cada espíritu importante tiene su color: el negro es uno de lo más violentos. Tras la ceremonia, la paciente tendrá durante toda su vida una relación especial con ese color.

[26] El mes de Xaban, como Axura, el décimo día del Moharrem, son periodos de extrema importancia para los que, de una u otra manera, tratan con los espíritus, ya sean los que utilizan su ayuda para ganarse la vida, como Habiba, o los que son sus víctimas pasivas, como su sobrina, o, también, los que recurren a ellos para resolver un problema puntual, como los consumidores de brujería.

[**] *Yuad,* fuerzas sobrenaturales de la misma naturaleza que los *yenun muminin* y *masalmin (N. T.).*

yuad», y le estiré los dedos del pie. Se fue andando con los dos pies, como si no hubiera pasado nada. Desde entonces es una asidua, viene y trae todo lo necesario; es una chica estupenda.

—*¿Cuánto hace que estás instalada de vidente?*

—Tres años.

LA VISITA DE UN JOVEN NEGRO

—*¿Empezaste cobrando dos dirhames la sesión?*

—Sí, eso es. El día que Dios quiso que aumentaran mis recursos, y ganara más, vi a un joven negro, negro como ese joven que tienes enfrente.[27] Era como él, del mismo tipo, salvo que tenía el pelo de punta...

—*¿A ese joven lo viste en sueños o en realidad?*[28]

—En sueños. Latifa, una «*maalma*»[*] como yo, vino a decirme que había alguien a la puerta, y que quería verme. Abrí la puerta y me encontré frente a un joven negro. Nos dimos las buenas noches, y, a continuación, me dijo: «¿Eres la mujer que utiliza al *ldun?*»[29] «Sí», respondí.

[27] La familia en pleno asistía a la entrevista, además de dos adolescentes amigos de su hijo. Habiba estaba vestida de fiesta, con un velo verde en la cabeza. La familia y sus amigos eran todos de piel oscura. En el mundo de los espíritus, el hecho de tener el tinte de la piel oscuro es una baza. El contacto con el sur, con el África profunda, es una dominante y una referencia. Recordemos al visitante senegalés del principio de la entrevista.

[28] Esta pregunta torpe, pero necesaria, me reveló que la distinción tan fundamental entre lo real y lo imaginario no tiene ningún valor en el mundo de los *yenun.* Los seres soñados tienen tanta presencia como los seres reales. El umbral entre el sueño y lo real, entre lo imaginario y lo real, no es significativo, carece de importancia en la construcción del mundo de Habiba. De ahí, mi necesidad de clarificar, en cada ocasión, si los acontecimientos referidos responden a hechos reales o imaginarios.

[*] Véase nota 6, página 9.

[29] *Ldun:* pedazo de plomo utilizado por la vidente en sus sesiones. Ésta se lo entrega al «cliente» una vez que ha pagado el precio de la sesión. Éste lo coge en la palma de la mano y trata de concentrarse y traspasarle sus deseos antes de devolvérselo a la vidente, que lo arroja a un brasero en el que arde de forma espectacular. Después, lo echa en un cubo de agua, lo saca de allí y, observando la forma torturada del metal quemado, expone tus problemas y angustias; *al-ldun* es muy utilizado por las videntes de Rabat-Salé, las únicas que visité de forma intensiva (veintidós en cuatro meses), en 1976, en el marco de una investigación que aún no se ha terminado.

Entonces me hizo una prueba: «¿Qué haces con el que viene enfermo a tu casa?». «¿Quiere ver lo que le hago?, pues entonces, entre, se lo voy a mostrar; si es usted creyente,[30] sea bienvenido». Me daba mucho miedo. «¿Por qué tienes miedo?», me preguntó. «Señor, la gente me tiene miedo a mí, y yo le tengo miedo a usted; ¡por Dios!, ¿quién eres tú?». «Soy el Señor del *ldun*». Lo agarré por la ropa y tiré de él con todas mis fuerzas hacia el sofá, donde lo empujé. «¿Cómo usas el *ldun?*». «Se lo doy a mi visitante para que lo sostenga en la mano, a continuación, lo tiro al fuego y, luego, al agua fría y, después, lo miro y veo...». «La próxima vez, haz lo mismo, pero sobre la cabeza del visitante, así», dijo, haciendo el gesto. Me ordenó entonces que le hiciera el *ldun*. Empecé pasándole el *ldun* por la cabeza, con la mano derecha; me agarró la mano con la suya y me dijo: «Toma, setenta reales *(tres dirhames y medio),* te los mereces». Sabes, me acuerdo con todo detalle de ese sueño; hace cinco meses que vi a ese hombre en sueños, pero el sueño se me grabó con todo detalle.

... Y LAS CONSECUENCIAS

—Al día siguiente, no me atrevía a anunciar a mis visitantes la nueva tarifa. Cuando empecé, aceptaba cualquier donativo, hasta un poco de benjuí, sin más. Me fastidiaba anunciar esa subida a mis visitantes. Como si les estuviera oyendo: «Ya conoces Marruecos»,[31] cuando se les suelta la lengua, si se han propuesto atacarte, no tratan de comprender los motivos que te han podido empujar a actuar de esa forma. Por eso, al día siguiente de aquel sueño, no me decidí a anunciar la subida a mi clientela. Esa misma noche, se me apareció en sueños una mujer

[30] La creencia no se refiere aquí al islam, sino a los espíritus, evidentemente.

[31] «al-Maroc», expresión de autodenigración colectiva.

negra; llevaba tres aros: uno, en la nariz, otro, en una oreja, y, el tercero, colgando del labio inferior. Entrechocó unos contra otros y me dijo: «Te has negado a obedecer las órdenes, te has negado a anunciar a la gente que, de ahora en adelante, serán setenta reales. Pues verás lo que te va a pasar. Vas a sufrir las consecuencias. Te vamos a quemar, te vamos a asar. Has tenido más miedo de la gente que de nosotros; te vamos a quemar la boca, y la llaga te durará un año...» Estaba aterrorizada; tenía ya desde hacía un año una llaga en el pie, que no se cicatrizaba... Debí de haber cometido alguna falta con «ellos»; había perdido ya un dedo en aquella historia. Sus amenazas me aterrorizaron y me vi obligada a anunciar la nueva tarifa a mi clientela.

»Un día, a las once de la mañana, llamaron a la puerta. No había nadie, sólo treinta reales en el suelo. Llamé a mi hija: 'Estás loca o qué, dejar el dinero que lleva la cara de S. M. Hassan II por el suelo.' No había sido ella la que lo había dejado. Entonces, comprendí que debían de haber sido los espíritus y que los treinta reales correspondían al aumento. Así que comuniqué a todo el mundo la nueva tarifa. A los que protestaban, les decía que no iba a poner en peligro mi vida y que no podía hacer nada; les enseñaba las marcas de las quemaduras en la pierna, tres pupas del tamaño de un real, que me aparecieron después del sueño. Todavía tengo la marca, aquí está *(Habiba enseña la pierna, en la que hay efectivamente unas señales).*

»Ahora, llega a mi casa gente de todas partes, de todos los aduares de la ciudad. El otro día, vino una mujer de un aduar. Había soñado con *Lal-la* Aixa. Tuvo un accidente... la atropelló una *mobilette* en la calle porque iba a asistir a las sesiones sin haber tomado la precaución de perfumarse y hacer las abluciones. Tenía la cara hinchada. Le aconsejaron que viniera a verme y a poner una vela a *Lal-la* Aixa. Llegó, trajo alheña, que le puse aquí mismo, y prendió las velas en honor de *Lal-la* Aixa. Esa

misma noche, *Lal-la* Aixa la visitó. Sabes, he construido un santuario para *Lal-la* Aixa.»

UN SANTUARIO PARA *LAL-LA* AIXA

—¿Dónde lo has construido?

—Aquí, en casa. El día que comenzaron a cavar, el almocadén y sus ayudantes, encargados del ritual de la ceremonia de instalación, sacrificaron una vaca antes de ponerse manos a la obra. Encontraron un sitio donde la sangre salpicaba todavía caliente. Pregunté al almocadén su significado, pues era mi hermana la que lo ayudaba a cavar y la que lo había visto. El almocadén me dijo: «Eso quiere decir que Dios te ha hecho rica. Puedes construir el santuario de *Lal-la* Aixa en tu casa». Compramos los ladrillos que hacían falta, el cemento y un pájaro negro que ofrecimos en sacrificio en el mismo lugar.

—¿Todo eso pasó aquí mismo, en la casa?[32]

—Sí, aquí mismo, en casa. Pongo aquí la alheña con regularidad. La gente viene a visitar el santuario; vienen de lejos con sus problemas y le piden ayuda a *Lal-la* Aixa. Pero, naturalmente, hay que creer, si se quiere que salga bien. Si crees, *Lal-la* Aixa te visita en sueños, te dice lo que hay que hacer, por dónde empezar y las etapas que has de recorrer. *Lal-la* Aixa te pide que vengas a verme y ella realizará tus deseos por mi intercesión.[33] ¿Sabes que

[32] Me sentía un poco perdida en lo que respecta al espacio y el tiempo. Entre los acontecimientos relatados, no sabía los que habían tenido lugar en el espacio y en el tiempo real y los que pertenecían al terreno onírico e imaginario, pues, en el mundo de Habiba, esas distinciones son secundarias, y el lenguaje no las recoge, como ya mencioné anteriormente.

[33] Habiba aceptó ser entrevistada en el marco de una película. La entrevista tuvo lugar junto con las tomas, en las que ejecutó un cierto número de operaciones delante de la cámara. Como yo volvía a verla con bastante asiduidad y me dejé hacer el *ldun* (que la dirección de la película pagó generosamente), intentó, con gran delicadeza, empujarme a que fuera un poco más lejos y a que le encomendara tareas precisas con respecto a *Lal-la* Aixa, lo que cuesta decenas de dirhames. Pero, como temía perderme, al ser yo «periodista», no insistía nunca, puesto que ganaba ya una gran cantidad de dinero con esa relación, además de la posibilidad de una mayor propaganda. La negativa

una mujer que nunca había oído hablar de mí me vino a visitar el otro día desde Tabriket *(Salé)?*

—¿Cómo supo tu dirección?

—Había venido una vez, pero no sabía que existiera el santuario; soñó que era tal como es. Me dijo: «He visto la puerta con una planta que cuelga por encima». «Ven a ver si es la puerta que viste en el sueño». Me siguió y la reconoció. Trajo benjuí, pan, aceitunas y cirios, e hizo su voto. Quería «encontrar una llave», estaba buscando un piso de alquiler. Hasta ese momento, no había encontrado todavía lo que quería. Pero había venido desde Tabriket sin conocer el camino y preguntando a todo el mundo.

—¿Qué es lo que preguntaba?

—A la gente que encontraba le preguntaba: «¿Conoce a una mujer negra que ha hecho una construcción para *Lal-la* Aixa». Un niño le dijo que conocía a una mujer que vivía en este barrio, pero que no sabía si había hecho esa construcción o no. «Sólo Dios lo sabe, es mejor que vayas a preguntárselo tú misma». Cuando llegó a mi puerta, la invité a entrar y la llevé hasta *Lal-la* Aixa; y rompió a llorar: «Buscaba este sitio sin saber la dirección». Hice lo que pude por ella. Sabes, algunos se niegan todavía a pagar los setenta reales. Eso ocurre, pero no puedo hacer nada. No es culpa mía. Cuando veo que una mujer es pobre de verdad, la dejo entrar y hasta le devuelvo parte del dinero para que coja el autobús. Te das cuenta, cuando la mujer es muy pobre, no puedo exigirle la tarifa y no la puedo dejar plantada.

a describirme el santuario de *Lal-la* Aixa o de enseñármelo, no parece haber sido sino una manera de atizar mi curiosidad y de comprometerme en una estrecha y costosa relación con *Lal-la* Aixa. Al final, no pude visitar el santuario. Me había dicho, tras la sesión de *ldun*, que mi vida afectiva dejaba mucho que desear y que sufría un bloqueo debido a otra operación mágica anterior. El pronóstico implicaba, necesariamente, la intervención de *siadna*, de nuestros señores, como veremos enseguida.

LOS AMULETOS DE LA ANALFABETA

—¿Y para la escritura, cómo te las apañas?[34]

—Depende de la edad. Si es para un niño enfermo, escribo por doscientos reales, y si es para una persona mayor, lo hago por el doble. A veces, los que vienen sólo tienen que utilizar unas cuantas sustancias para quemar en el brasero de su casa; el humo se supone que es purificador y disuelve el bloqueo, el *tqaf.* Me dan una cantidad que no es fija, y yo misma les compro los productos necesarios; el otro día vinieron a verme dos hombres.

—¿Para la escritura?

[34] *al-ktaba:* literalmente, la escritura. Designa el talismán, *al-harz,* llamado, a menudo, *al-ktab,* el libro. La fabricación de talismanes, así como la visita a *Lal-la* Aixa, son actividades que procuran miles de dirhames. La sesión a tres dirhames y medio sólo sirve para establecer el pronóstico, para identificar el problema. La vidente dirige el proceso utilizando el *ldun* o el *tbaq.* Hace preguntas a las que se está obligado a responder, y el «cliente» suele dar toda la información necesaria para que ella adivine la naturaleza del problema. A menudo, el ritual que acompaña esta sesión (humo de benjuí, velo con el que se tapa la cara la vidente, que, a veces, eructa muy fuerte o emite extraños ruidos, etc...) no es más que el medio de poner a la cliente en situación y favorecer su participación. En lo que a mí respecta, me vi obligada a facilitarle mi estado civil como respuesta a tres preguntas muy breves. La sesión con la vidente finaliza siempre (como fue el caso de las veintidós videntes con las que hice observación-participación, en 1976) con la constatación de mi fracaso total. Si nos atenemos a su diagnóstico era una fracasada en el plano profesional y en el afectivo, ¡y encima tenía un bloqueo, un *tqaf!* Una vez identificado el fracaso e invocado el bloqueo, se acabó la sesión. O bien se elige, como fue mi caso, permanecer inactiva en ese callejón sin salida que era la vida que para mí diseñó la vidente, o bien se decide una a actuar, lo que significa pedirle que haga lo necesario para anular el famoso *tqaf.* En ese momento, se inicia una segunda etapa, en la que el precio de las sesiones no está fijado, y en la que ella va a tratar de «hacer algo»: confeccionar talismanes o, lo que es aún más caro y sin reglamentación alguna, la programación de operaciones de brujería en torno a *Lal-la* Aixa y su santuario. Esas operaciones se prolongan a lo largo de meses y años, y son objeto de pagos puntuales, que pueden variar, según mis investigaciones de 1976, de doscientos a dos mil o tres mil dirhames; hasta hoy no he tenido nunca ni el tiempo ni el dinero necesarios para ir más allá de la constatación de mi fracaso, establecida por *Lal-la* Habiba. Sería necesario un verdadero equipo de investigadores, con un presupuesto suficiente, para ir más allá de las primeras investigaciones y afinar el análisis.

—Claro, para la escritura tengo a un alfaquí que escribe por mí, únicamente por la noche. Nunca puedo escribir durante el día, salvo en casos muy particulares; en casos urgentes, para alguien que esté enfermo y sufra, entonces escribo de día. Pero, normalmente, es el alfaquí quien escribe por mí.

— ¿Escribes en estado de vigilia o en sueños?

—Escribo en estado de vigilia, pero, en realidad, no soy yo la que escribe. Mi mano va sola, como si estuviera conectada a una máquina durante unos minutos. Escribo cuarenta o cincuenta talismanes con una facilidad increíble. Pero yo no escribo, sólo ejecuto las órdenes de mi alfaquí, al que obedezco y en quien tengo entera confianza. Escribe a través de mí. Hago talismanes para diferentes cosas; para ayudar a casarse a una muchacha, para resolver problemas de trabajo, etc. Hago los talismanes por la noche. Mi alfaquí me instruye, me revela y me enseña las cosas que ignoro.

—Entonces, ¿encargan el talismán un día y vienen a recogerlo al siguiente?

—Sí, verás, a todo el mundo no le hace falta un talismán. Eso depende de lo que los *yuad** hayan pedido. A algunos les piden la *tebjira,*[35] a otros, el *ktab,* y a otros, el *ldun* durante un cierto número de días, de tres a siete, y el problema se les puede arreglar durante ese tiempo. Hasta ocurre que algunos hombres vuelven unos días después de haberme visitado para decirme que van mejor. Una mujer, que ha salido justo antes que tú, me ha dicho: «He soñado contigo dos veces seguidas. Por eso me he decidido a venir, anoche fue la última vez, y pensé: no puedo dejar de ir a verla... Si no te lo crees, pregúntale a mi marido, a la gente...»[36]

* Véase nota traducción, página 150.

[35] *Tebjira,* mezcla de hierbas, minerales u otros elementos que se queman en el brasero.

[36] En ese momento, la invitación de *Lal-la* Habiba para que me implicara un poco más de lo que había estado hasta entonces dejó de ser ambigua.

Aixa el Hyaniya

Nació en 1969, en los Hyayna, al norte de Fez, y tenía siete años cuando su padre la entregó a una familia de Fez. Como la maltrataban, abandonó aquella casa por otra, en Rabat, en donde trabajaba en el momento de la entrevista, en 1979. Siguió allí hasta 1981, fecha en la que volvió al campo, a casa de su padre, para casarse. Acababa de cumplir doce años. La torpeza de una entrevistadora adulta, frente a una niña, es evidente aquí. Se ha mantenido tal cual. Aixa tenía diez años en el momento de la entrevista y, a menudo, es difícil distinguir en sus frases la realidad de lo ilusorio. Lo que quizá, por otra parte, proporciona interés y encanto a la entrevista.

AIXA CANTA EN SU TRIBU

—Entonces, ¿no tenéis *xijat** en vuestra tribu?

—No, no tenemos.

—*¿Y qué tenéis en su lugar? ¿Quién canta entre vosotros? ¿Quién toca la pandereta? ¿Quién baila?*

—Bueno, los hombres, y nosotras también, las mujeres y los niños, cantamos y tocamos la pandereta. Bailamos con *bandir*[1] y los *taarej*...[2] Un cantante del país de los *chleh*[3] dice:

«Ha la al afrita
wlad buhamrun
asu kulhum»

—*¿Y eso da risa?*

—Sí, da risa a todo el mundo...

—*¿Y por qué les da risa?*

---

* Véase nota 5, página 42.

[1] *Bandir,* pandero.

[2] *Taarej,* pandereta.

[3] *Chleh,* para Aixa, sinónimo de los habitantes de las regiones cercanas, donde se habla bereber.

—Porque dice que todos los niños que han tenido la rubéola han sobrevivido, o sea, que de todos los niños que tuvieron la rubéola ninguno se murió.

—*¿Sabes otra canción?*

—El cantante dice también:

«¡Oh!, tú que preparas el té
dame un vaso
a mí, al forastero,
¡Oh prima mía! ¡Oh madre mía!»

»Y luego se daba la vuelta hacia mí, que estaba sentada en el umbral, y decía cantando:

«Tú, pécora,
levántate de la puerta
que te puedo dar
con las tijeras»

—*¿«Que te puedo dar», con qué?*

—«Que te puedo dar con las tijeras», porque bailaba con unas tijeras, y seguía diciendo: *«¡Oh, tú que preparas el té...»*

—*¿Por qué habla de esa manera? (Aixa habla como los viejos desdentados)*

—¡Porque no tiene dientes! *(se ríe)*. Y también dice: *«¡Vete a cuidar de tu rebaño de vacas!»*

—Una chica se pone a bailar en medio de todos. Y él le dice: *«llévate a pacer tu rebaño de vacas»*, eso quiere decir «vete, que no sabes bailar». Es una broma.

—*¿Y tú sabes cantar? Espera... hay una canción de un taxi, que me cantaste una vez.*

—Te la voy a cantar:

«Ya ha ya ha... el taxi está en los vergeles
hermano mío,
son Abdalá y Nayat los que allí están
hermano mío, *yaha, yaha...*
hermano mío,
el caballo cocea en los varales
hermano mío,
le gusta corretear por los vergeles
hermano mío.

Yaha, yaha... el que tiene el caballo blanco
hermano mío,
ha llovido y las rosas se han abierto,
hermano mío, *yaha, yaha...»*

AIXA COMPARA LA CIUDAD Y EL CAMPO

—*¿Qué es mejor la ciudad o el campo?*

—La ciudad.

—*¿De qué región eres tú?*

—Del Hyanya.

—*Del Hyanya, ¿y cómo se llama tu aduar?*

—Uled Buxaib.

—*¿Cuánto hace que estás en la ciudad?*

—No me acuerdo.

—*¿Pero prefieres la ciudad al aduar Uled Buxaib?*

—Sí.

—*¿Qué es lo que te gusta de la ciudad?*

—Que todo está cerca: hay telas, verdura y de todo. En el campo se tiene que esperar al zoco del domingo, y, además, está lejos. Hay que esperar al zoco para tener verdura y todo lo demás.

—*¿Eso es todo lo que te gusta de la ciudad?*

—Sí. En el zoco no encuentras ni un sorbo de agua.

—*¿Por qué?*

—Porque sólo se puede beber nada más que una vez. Así lo manda el majzén. Hasta si no hay que pagar, sólo puedes beber una vez. Aunque des dos dirhames, no te dan un sorbo de más.

—*¿Por qué?*

—Pues bueno, porque por diez céntimos uno bebe una vez nada más, y se acabó.

—*¿Tú ibas al zoco?*

—Sí

—*¿Qué ibas a hacer allí?*

—Fui con mi padre sólo una vez. Estábamos en Fez, donde trabajaba yo. Vino a buscarme un domingo, y fui a ver el zoco.

—¿Qué hiciste en el zoco?

—Hice compras para mis hermanas, mis hermanas mayores; sabes, les compré pasteles, tres pasteles; los hay amarillos, rojos y negros. Así que les compré pasteles... y a mi hermano Mohámmed le compré un paquete entero de pasteles, unos que son largos...

—¿Quién te dio el dinero?

—Mi padre me dio dinero y me dijo que me comprara algo. Pero no quise gastarlo en cosas para mí. El dinero de los pasteles largos me lo dio mi tía.

—¿Todavía no me has dicho la diferencia entre el campo y la ciudad?

—Te he dicho que prefiero la ciudad porque aquí es fácil encontrar verdura. En el campo tienes que esperar al zoco, y además está lejos, y la gente tiene hambre en el zoco, se muere de hambre. Hasta si te tomas una tetera, si te haces té en el zoco, enseguida tienes hambre...Y a la vuelta, la gente se marea por el camino. Está muy lejos, y hace mucho calor en el campo. Mientras que aquí hay de todo. En la ciudad todo está cerca: las telas, la verdura y todo lo que se quiera. En el campo, nada; si te falta algo, no lo puedes conseguir hasta el domingo. Hay que esperar al domingo siguiente para tener verdura. Los otros días no hay nada de nada.

AIXA TRABAJA PARA PODER VIVIR

—¿Qué coméis en el campo?

—Trigo. Tenemos trigo... y, cuando crece, entonces lo segamos con la hoz. Luego, lo almacenamos y llevamos a los animales para trillarlo; los granos de trigo se hacen como harina; no, los granos no, quiero decir las espigas. Se coge *al madra,* sabes, la cosa para levantar el trigo; éste se separa del resto *al garbí.*[4] El viento del Rarb

[4] Garbi, viento frío del Rarb (Garb), es decir, del oeste.

separa el trigo como sale en la tele;[5] se lleva las cáscaras de los granos y, después, sólo queda el trigo. Entonces, se mete en unos cuartos que se ponen hasta los topes. ¡Alabado sea Dios!, tía Fátima, te juro que una vez llenamos un cuarto entero de trigo más dos cestos grandes. Tenemos *mud* para comer y nos suele quedar hasta el año siguiente.

—¿Sólo necesitáis trigo en el campo? ¿No coméis carne ni verdura?

—Sí, se matan animales; comemos pavos, corderos... Compramos carne en el zoco el domingo. Y hay una tienda cerca de casa también; si nos hace falta café o té, o algo para cocinar, pues podemos comprarlo allí.

—¿Qué hacías en el campo? ¿Trabajabas?

—Sí, hacía los recados y llevaba la podadera.

—¿Cavabas?

—Sí, esperábamos a que lloviera antes de plantar. Se meten las semillas bajo tierra y se espera a que crezcan. Han debido de crecer ya mucho, mucho, muy alto...

—¿Ahora?

—Sí, deben de haber crecido, deben de estar más altas que la casa. Cuidamos muy bien nuestras plantas y árboles, por eso luego nos dan tanto. Cosechamos olivas; las tiramos con un palo o una rama larga... se caen, y las recogemos. Cuando terminamos, nos las llevamos a casa antes de llevarlas al molino. Mi padre y yo vamos allí y nos traemos tres, cuatro y hasta cinco cacharros de aceite.

—¿Eso es todo? ¿Ayudas a tu padre a plantar... y no haces nada más?

—Sujeto la mula o la burra. Las ato al molino. Van dando vueltas, mientras recogemos el aceite.

—¿Cómo consigues hacerlo?

—Cojo sal que voy a buscar a casa; me pongo un cacharro de barro a la espalda, lo sujeto con los codos, espolvoreo un poco de sal donde hay aceite, espolvoreo

[5] Alude a una serie televisiva en la que se daba a conocer la vida en el campo y, especialmente, los trabajos agrícolas.

así... invoco el nombre de Dios y espolvoreo. Hago que el molino gire. Mi padre se encarga del molino. Cuando las olivas están bien molidas, el aceite forma un verdadero pozo. De ahí salen cuatro o cinco cacharros llenos. Un año tuvimos cinco, ¡Dios es grande!

—¿Haces alguna otra cosa además de ayudar a tu padre?

—Voy a por agua a la fuente, para que mi padre la eche a las olivas.

—Y, aparte de los trabajos de la oliva, ¿no ayudas a tu madre?

—Sí. Voy a por agua con un cacharro a la espalda o con cubos. Riego la menta para que crezca bien, pero, como por la tarde hace calor, espero a que haga menos para hacerlo.

—¿A dónde vas a buscar agua?

—A una fuente, muy cerca de casa. La menta crece bien en casa. La riego, la dejo empapada y, a la mañana siguiente, está muy alta...

—¿Por qué no la riegas con el sol?

—Porque se seca y se quema. Si la riegas cuando da el sol, a los dos días está quemada.

—¿Haces algo más todavía?

—Voy a buscar agua, lavo el trigo y la ayudo a hacer la colada. Le hago el pan.

—¿Haces el pan?

—Sí, preparo el horno. Lo enciendo con mi prima El Galia, que es mayor que yo; voy a buscar leña y vuelvo con un haz bien grande a la espalda; ella también vuelve con leña seca, y prendemos el fuego. Limpiamos la casa... todas las habitaciones y el pasillo, y juntamos toda la basura en un serón que sacamos fuera. Hacemos pan y también hallullas. Mi madre me ha enseñado todo eso.

—¿Sabes hacer las distintas clases de hallullas?

—Sí; amaso la harina... un poco, no mucho para las hallullas, como para dos... La trabajo, le pongo agua y así hago las hallullas.

—¿Aparte del pan y las hallullas, qué más haces?

—Hago el *uguid,* o sea, la boñiga de vaca que se la pone a secar al sol para hacer lumbre con ella. Recojo la boñiga, la meto en un saco y me lo llevo a casa. También voy a recoger leña; todos los días traigo dos haces.

—¿No va tu madre a recoger leña?

—No, es raro que vaya ella. Mi padre va a por *al qammar* de las palmeras enanas.

—¿Qué es al qammar?

—Es lo que hay debajo de las palmeras enanas, bajo tierra. Mi padre coge el pico para desenterrarlo, y yo lo cargo en la burra y lo llevo a casa.

—¿Y qué hacéis con eso?

—Lo extendemos delante de casa; se deja un mes o dos al sol, antes de encender el fuego con él. Es para el Ramadán y los días de fiesta.

—¿Y qué más haces?

—Se acabó, ya no hago nada más.

AIXA PASTORA

—¿Has llevado el rebaño a pastar alguna vez?

—Ya se me ha olvidado un poco, pero sí iba, y mi padre me daba unas patadas que me mandaban allá lejos...

—¿Por qué te pegaba?

—¡Por culpa de las cabras que trepaban a los árboles! Los dueños protestaban, cogían las cabras y nos llevaban al Majzén.

—¿También a vosotros? ¿A ti te llevaron?

—No, a mí no. Solamente una vez se metió el rebaño en el huerto de uno, y mi padre me pegó. Pero no me había visto nadie más que él.

—¿Cómo pudo sucederte, si lo estabas vigilando?

—Eso pasa, aunque lo vigiles. Verás, trato de juntar todo el rebaño así, me meto en el medio y vigilo. En cuanto te das la vuelta, ya hay una cabra que entra en el huerto, y vas a buscarla. Entonces, entran las otras y ¡anda ponte a buscarlas! A las cabras les hacemos «tss...tss». El

macho tiene cuernos y, si te acercas, te embiste. Se le hace «atss...atss», y viene, pero, si vas a por él, te da con los cuernos.

—¿Da cornadas?

—Sí, los tiene muy afilados. Cuando tengo miedo, le hago «atss... atss», y viene enseguida. A los corderos se les hace «jay, jay, jay» y se los asusta con una cola de lobo, así. En mi tierra, el lobo viene a comerse los rebaños. Por eso llamamos así al cordero *(hace como que me golpea)*. A veces parece que me pregunta que por qué lo asusto.

—¿Vas sola a cuidar de los animales, o acompañada?

—Voy con mis hermanas Latifa y Zubida. Zubida va a por agua y Latifa, la más pequeña, juega con mi hermanito.

—¿A qué hora vais? ¿Quién te despierta?

—Al alba. Vamos justo antes de que amanezca; unas veces, me despieta mi padre, y otras, mi madre. También puede ser que me despierte sola.

—¿Te vas sin comer nada, o comes algo antes?

—No, no comemos nada. Nos llevamos el rebaño y, a la hora del almuerzo, lo traemos a casa. Comemos, descansamos un poco y, luego, volvemos a salir con el rebaño. Las cabras son las que dan más guerra. Nos joroban porque no paran, y tenemos que estar corriendo detrás de ellas. Por ejemplo, el macho va y persigue a una cabra. Trata de pillarla para hacerle...

—¿Hacerle el qué?

—Para montarla.

—¿Y los separáis, o qué?

—Intentamos separarlos, pero no se dejan. Él quiere hacerle un hijito... Lo intentamos, pero no hay manera. El macho replica y se viene contra nosotras y nos tira al suelo. Nosotras le hacemos «Baa, baa»...

Aixa pesca y caza

—¿Has ido también a cazar?

—Cuando vamos con el rebaño, a veces voy de caza. Cojo un palo gordo, y todos los días traemos una perdiz o dos, y hasta tres. Cuando conseguimos cogerlas, las degollamos y las llevamos a casa. Por mi tierra se cazan muchas perdices; hay muchas.

—¿Con qué cazáis las perdices?

—Con un palo gordo.

—¿Con un palo? ¿Tú sabes hacer eso?

—Con un palo o con un hacha. Justo cuando se echan a volar, les damos con el palo y caen. Se hace así, por encima de la cabeza.

—¿Los mayores también cazan perdices?

—Los mayores y los pequeños, todo el mundo caza perdices.

—¿Y cazáis muchas?

—Los de mi edad sí que conseguimos coger; los más pequeños, no.

—¿Cuántas has cogido tú hasta ahora?

—Cuando era más pequeña, que tenía más o menos la edad de mi hermana Radia, llegaba a coger dos. Un día cogí una con sus hijitos. Estaba con los ojos cerrados y la atrapé; cogí los hijitos y los metí en el cesto. Los criamos en casa, les dábamos de comer y, de vez en cuando, cogíamos uno...

—¿Y sabes pescar?

—Sí, con anzuelo. Se coge una caña con un anzuelo y lombrices; te pones a la orilla del agua y echas dentro el anzuelo. Los peces creen que es un pedacito de entrañas y muerden el anzuelo. Yo llenaba un cubo. Mi padre cogía peces así de gordos...

—¿Cazabais y pescabais todos los días?

—Todos los días. Un día, una perdiz; otro día, un cubo lleno de peces; igual que el pescado que hay en donde tú vives, en la ciudad.

—Pero, vamos a ver, tenías tiempo para pescar, cazar, cuidar de las cabras, ayudar a tu madre, buscar leña... ¿cómo conseguías hacer todo eso?

—No lo hacía todo al mismo tiempo. Cuando cuidaba de las cabras, no hacía nada más que eso. Fue luego cuando empecé a hacer lo de la cocina y lo demás, cuando mi hermana empezó a cuidar del rebaño...

—¿Antes cuidabas tú sola del rebaño?

—Sí, antes era yo. Llevaba los perros y los corderos a donde no había ni huertos ni nadie... era como ir de aquí a la casa de Malika a pie[6] y correr detrás de los peces.

—¿De los peces o de las perdices?

—De las perdices... se corre detrás de los peces... ¡de las perdices!, ¡confundo siempre los peces y las perdices!

—Asi que, al principio, llevabas a pastar las cabras y los corderos, y, cuando empezaste a ayudar a tu madre, ¿quién te sustituyó con las cabras y los corderos?

—Mi hermana, y también ella cazaba perdices y traía pescado.

—¿Quién daba de comer a los animales? ¿Teníais vacas?

—Teníamos una vaca y una novilla. Yo les daba *karsanna* y lentejas.

—¿Lentejas?

—No, lentejas no, *karsanna* y salvado.

—¿Cuándo les dabas de comer?

—Por la noche. De día, nos las llevábamos con las cabras y los corderos.

—¿Dabais también de comer a las cabras y los corderos?

—Sí. Les dábamos de comer en invierno, porque tienen hambre y en los prados ya no queda nada. La tierra está blanca,[7] no hay hierba ni nada. Las vacas y los corderos, y el resto, engordan en verano, entonces tenemos mucho para darles, y se ponen muy gordos... Comen yerba. Los llevamos a los prados donde la yerba está más tierna.

[6] Una prima de la entrevistada que vive en Rabat.

[7] Tierra blanca *(bida)*, en el sentido de desértica, abrasada.

Tahra Bent Mohámmed

Nació en 1952, cerca de Aín-Leuh, en el Atlas Medio. Emigró a Rabat después de casarse. Obrera en una fábrica hasta su primer parto. Vive en un barrio de chabolas. Sólo hablaba bereber al llegar a Rabat, en donde, en unos meses, aprendió el árabe dialectal.

LA INFANCIA EN LOS ALREDEDORES DE AÍN-LEUH

—¿Cuántos hermanos y hermanas erais?

—Cinco... *Lal-la* Fatuma, *Lal-la* Zineb, *Lal-la* Malika, *Lal-la* Haxum y yo... y otros cinco.

—¿Hermanastros?

—Sí.

—¿Se había casado tu madre otra vez?

—Sí, nos tuvo primero a nosotras.

—¿Tu padre fue el primer marido?

—Sí. Mi padre murió en un accidente de coche. Mi madre no supo lo que tenía que hacer, y el seguro no le dio nada. Podíamos haber vivido bien con ese dinero, pero mi madre no supo. Nos quedamos con mi tío, que nos crió; se casó con mi madre. Ella le puso claramente sus condiciones: se casaría con él, si estaba dispuesto a cuidar de nosotras, de nuestra escolarización y de todo lo demás; él aceptó. Éramos todavía muy pequeñas. No recuerdo a mi padre. Una de mis hermanas fue a la escuela un tiempo, pero la sacaron.

—¿Tú no fuiste a la escuela?

—No, nunca. De mis cinco hermanas, sólo fue una, las otras nunca pusimos los pies en ella, porque éramos niñas; no valía la pena... Y, además, la escuela estaba lejos de casa. Nos dijeron que era mejor que aprendiéramos a

hacer las cosas de la casa. «Son niñas y se casarán. Más vale darles una buena educación y enseñarles una conducta ejemplar.»

—¿Recuerdas a qué edad te casaste?

—Debía de tener unos dieciocho años... Había estado prometida ya una vez, habíamos hecho la alheña y las albórbolas,[1] pero yo no quería saber nada de ese hombre... Lo rechacé.

—¿Por qué?

—No quería saber nada de él, porque la primera vez que me pidió en matrimonio había dicho que iba a tener trabajo, pero me di cuenta de que era mentira. No es que yo buscara a alguien muy rico para distinguirme de mis hermanas, pero no quiero a uno que no tenga trabajo. Tenía ganas de casarme con un funcionario, con alguien instruido... Prefería eso a un rico sin estudios.

—¿Por qué?

—Porque soy analfabeta. Si viajas en tren, por ejemplo, para ir a ver a alguien, ¿cómo sabes la estación donde tienes que bajar? Yo no sé leer el nombre de una ciudad o una dirección cualquiera. Al menos, si hubiera podido ir a la escuela, si aceptaran a los adultos, habría ido a aprender a mi edad. No pude ir nunca a la escuela; mis padres no me apuntaron nunca.

—¿Las chicas no iban a la escuela entonces?

—En mi tierra, sí, ya iban. Algunas, incluso, bastante mayores que yo, habían ido, pero eran muy pocas. No es como hoy en día en que muchas niñas están escolarizadas... Y, aun hoy, poca gente de mi tierra manda a sus hijas a la escuela. Sólo lo hacen los que viven en el pueblo. Y, hasta los que viven en el pueblo, prefieren enviar a sus hijas al *nadi.*[2] Más o menos la mitad de las

[1] La alheña y las albórbolas, ritos de la ceremonia de petición de mano.

[2] *Nadi:* hogar de la promoción femenina, perteneciente al Ministerio de Juventud y Deportes, en donde las chicas y las mujeres jóvenes reciben una formación profesional ecléctica (de dietética a planificación familiar, pasando por ganchillo y bordado). Más tarde, otros Ministerios y diversas asociaciones han abierto hogares semejantes. A pesar de los módicos presupuestos que les son asignados, estos hogares juegan un papel muy importante en la vida de las mujeres rurales y urbanas, pertenecientes a las capas pobres y sin acceso a la escolarización.

chicas van a la escuela y la otra mitad al *nadi,* a las alfombras y a otros sitios. Debo decir que en nuestra tierra nos respetaban por nuestra buena educación. Nunca abordábamos a los hombres ni reíamos con ellos. Nunca íbamos a las bodas ni nos vieron nunca bromeando con chicos. Si íbamos a alguna parte, jamás nos movíamos del sitio hasta que venían a buscarnos.

REPARTO DE TAREAS

—¿Trabajabais en casa con vuestra madre?

—Sí

—¿Qué hacíais? Dime qué hacíais de la mañana a la noche.

—De la mañana a la noche... Nos levantábamos muy temprano, ordeñábamos las vacas y las cabras; de eso nos encargábamos dos hermanas; mi hermana tenía un año menos que yo, nos tomaban siempre por gemelas. Bueno, ordeñábamos; como yo era más madura que mi hermana, le propuse que lo hiciéramos por turnos. Estaba también mi nodriza, que nos ayudaba en las tareas de casa. Vivía muy cerca de nosotros, pero comía en nuestra mesa. Siguió en casa hasta su muerte. Como habíamos crecido, mi madre no tuvo que hacer ya las cosas de la casa, la sustituimos nosotras. Lo hacíamos todo. Después de ocuparnos de las vacas, preparábamos el desayuno.

—¿Qué tomabais para desayunar?

—Café y pan. A veces, té y pan. Pan del día anterior, hecho en casa... En nuestra tierra no se aplasta como aquí, se deja reposar entero en una fuente, una cantidad como para hacer diez o doce panes, durante una hora más o menos; se aplasta luego, no antes, como aquí en Rabat. Lo hacíamos por turnos. Otra tarea era el alcuzcuz, y

otra, dar de comer a los perros. Así que empezábamos por esas tres. No hay que olvidar que además cocinábamos; el suero de la leche también era de nuestra incumbencia. Cuando todos se habían levantado, hacíamos las camas. Rellenábamos la lámpara de petróleo e íbamos a por agua.

—*¿Os turnabais siempre?*

—Sí. Y había que hacer también la colada.

—*¿Os repartíais el trabajo cada semana o cada día?*

—Cada día. Por ejemplo, si a mí me tocaba un día limpieza general, mi hermana hacía las tareas más fáciles. Bueno, hablemos de mí: me levantaba temprano, iba a ordeñar a las vacas y preparaba el desayuno e, inmediatamente después, ponía a cocer el alcuzcuz. Descansaba un rato y, a eso de las nueve, sobre todo en primavera, era cuando el pastor traía las vacas, así que había que servirle el desayuno, aunque ya se había tomado uno al amanecer. Ahora tomaba alcuzcuz y suero de leche de vaca. En invierno, se lo servía con salsa, verduras y un poco de leche. Luego, daba de comer a los perros, para que fueran con el pastor. Protegen el rebaño de los lobos. El pastor necesita de diez a doce perros... o sea, otras bocas que dar de comer. Se les da salvado y pan duro.

»Recibíamos muchos invitados. Si llegaba un médico a la *yemaa,*[3] lo recibíamos nosotros y matábamos uno o dos pollos... Al almocadén también lo recibíamos en nuestra casa. Si traía cartas para entregar a los vecinos de la *yemaa,* se venía a informar a nuestra casa sobre tal o cual persona antes de ir a buscarla... Lo mismo que haces tú conmigo ahora... Has empezado por mí antes de ir a ver a las demás para hacer ese trabajo del Majzén.[4]»

—*¿Vuestra casa daba a la carretera?*

[3] *Yemaa:* comunidad rural dotada antiguamente de una organización local fortísima y muy eficaz, capaz de resistir al poder central.

[4] Esta entrevista se realizó en 1977, en Duar Maadid, en Rabat. Evité recurrir al almocadén para introducirme en las familias. Solicité al dispensario poder acompañar a los equipos que visitaban las familias que habían tenido un recién nacido fuera del hospital, con ayuda de la matrona tradicional, la *qabla.* De esta manera, quería evitar que me identificaran como alguien de la administración, del majzén. Una vez que empezaron a abrírseme las primeras puertas, no volví a recurrir a los equipos volantes del Ministerio de la Salud. Si la nueva entrevistada me encontraba simpática, me presentaba a sus amigas. Así pues, tras la primera semana, iba sola al aduar y circulaba libremente según las invitaciones de una u otra familia. Pero eso no impidió que me colocaran la etiqueta de «majzén», a pesar de las largas sesiones durante las cuales explicaba la finalidad de mi trabajo (recopilar materiales con vistas a una publicación). Para mí es una cuestión de honor explicar el objetivo de mi trabajo, pues no creo que una relación con la entrevistada, basada en la mentira, llegue a buen término; los resultados de una entrevista en la que el entrevistador esconde su identidad y su objetivo no pueden ser más que afectados e inconsistentes. Si el entrevistador no se implica en la entrevista y no trata de vivir plenamente esa relación, de escuchar intensamente, de ponerse en el lugar del que narra y de tratar de sentir lo que él siente —lo que sólo es posible si revela al entrevistado su verdara identidad y su objetivo—, la entrevista se resiente. Uno no puede implicarse verdaderamente cuando ha mentido sobre su verdadera identidad y los verdaderos motivos, salvo si se está muy transtornado psíquicamente.

—No, estaba algo alejada de la carretera. Seguimos teniendo la buena reputación de los años de abundancia. Ya no tenemos los mismos medios, pero todo el mundo se acuerda de lo que fuimos. Así que continúan viniendo a nuestra casa. Lo menos que puede hacerse por un visitante es matar un gallo y ofrecerle unas hallullas. De eso no falta nunca. Guardamos una harina especial para los invitados.

—*¿Una harina diferente?*

—Sí, harina tamizada de buenísima calidad. La compramos en el zoco.

—*¿Cuántos vivíais en la jaima?*

—Además de los miembros de la familia, tres o cuatro hombres más, los pastores.

—*¿Vivían siempre con vosotros?*

—Sí, todo el tiempo. Todo el año. Hasta son más en invierno. No hay que olvidar tampoco al que limpia los establos de las vacas, pero ése sólo vivía con nosotros tres meses al año.

—*¿Cuántos erais de familia?*

—¿La familia? Mi tío y nosotros, y ya está... Era el hermano tercero mayor de mi madre y nos tenía a su cargo. Mi tío había dejado en herencia a mis dos hermanas-

tros un tercio de lo que tenía para que no lo derrocharan. Las chicas nos ocupamos de la casa hasta que nos casamos. Luego, cambió todo en la casa; dejó de haber el mismo orden, las tareas domésticas bien hechas y todo lo demás. No es nada fácil mantener limpia una casa en el campo, con todo el polvo que entra; hay que estar barriendo todo el tiempo y fregando, incluso si el suelo no es de cemento. Nada más levantarse, una mujer tiene que fregar los cacharros, limpiar el odre, esperar dos o tres días antes de inflarlo y rasparlo como dios manda. La calidad de nuestro suero es famosa en el aduar.

—*¿Laváis el odre cada tres días?*

—Un día o dos para lavarlo, luego se infla y se le da la vuelta para rasparlo con la ayuda de unas tijeras, se vuelve a poner en su sitio y se le echa sal. Una se encarga del odre, y la otra tiene que ir a buscar hierba para los animales y, si el *jammes*[5] no está, ir a segarla. Se va a los campos y no regresa hasta por la tarde con un saco bien lleno. Sólo nos encargamos de las tareas domésticas, no de los gastos

—*¿Quién se encargaba?*

—Mi tío. Iba al zoco a vender dos o tres ovejas, a cien o ciento cincuenta dirhames cada una. Escogía una que estaba sorda o que tenía enfermas las orejas; a veces, vendía una al carnicero, o sólo la lana, en la época del esquileo. Vendíamos sólo eso, no vendíamos ni mantequilla rancia, ni huevos. Y él solía traer del zoco tomates, y, cuando era la época de las sandías, siempre teníamos en casa. El martes es el día del zoco. Mi tío vuelve con el burro bien cargado: con eso tenemos para comer toda la semana.

—*¿Hasta el siguiente zoco?*

—Sí, para cinco o seis días, hasta que ya no quedan verduras en casa. Entonces, cualquier otro va a comprar.

[5] *Jammes:* [aparcero] el que entra en una relación de *jammesat* [aparcería] con un propietario. El *jammesat* es un tipo de asociación muy corriente aún hoy en el campo, en la que el *jammes* ofrece su trabajo a cambio de un quinto de la cosecha.

Menta compramos mucha; la conservamos en un saco de yute mojado o la ponemos en una jarra. Mi hermana y yo no nos preocupábamos de los gastos, nuestra tarea era la casa y los animales; sobre todo no había que dejarlos que pasaran sed, así que había que darles de beber también...

—*¿Las mujeres son las que se encargan de los animales?*

—No, se comparte el trabajo; las mujeres se encargan sólo de los terneros que se quedan en la casa.

—*¿Qué tenéis que hacer con ellos?*

—Darles de beber a su hora y sacarlos un poco antes de que regresen las vacas.

—*¿Los atáis?*

—Sí, para que no mamen. A las cabras, por la noche, hay que untarles los pezones de excrementos para que no den de mamar y, al amanecer, a eso de las cinco, hay que ordeñarlas.

—*¿Son las mujeres las que hacen todo eso?*

—Sí, las mujeres; tienen que saber apañárselas, si no los terneros se mueren, las vacas dejan de dar leche, y las cabras amamantan. Si la mujer no hace lo que debe, los terneros se debilitan y enferman; y, cuando llega el invierno, hay que matarlos, y es la ruina. Mientras que al hombre que tiene una mujer con la que puede contar le sale bien todo lo que emprende, ya sea la cría de ganado o los negocios en la ciudad, cualquier cosa.

EL DESEO DE CREAR

—*¿No trabajabais la lana?*

—Nos reservábamos la tarde para la lana, para tejer lo que se necesitaba en casa (para atar los animales, sujetar la tienda). Hacíamos también cuerdas con pelo de cabra para atar los terneros. Es más fuerte que la lana. Y cuerdas para nosotros, para en verano poder cargar la paja. Trabajábamos también los *hambel.*[6]

[6] *Hambel,* alfombrillas con una composición muy oriental, bastante clásica, con un motivo central.

—¿Sabes tejer alfombras?

—Hago alfombras, sí. Aunque no sé inventarme un motivo, por lo menos consigo reproducirlo en la alfombra. Basta con que lo vea para hacerlo; sólo hay que contar. Pero cuando hay que seguir un dibujo, como para las alfombras de Rabat, no soy capaz de hacerlo. Lo fino, como las alfombras rabatíes, no sé hacerlo. Pero sí sé hacer las alfombras de Marmuxa.[7]

—¿Desde que estás en Rabat, has hecho alfombras?

—No, no tengo con qué comprar la lana. Es cara...

—¿En el campo no tenías que comprarla?

—No, teníamos en casa. En Rabat, no es igual, tengo mucho que hacer. Habría podido traerme la lana de casa, del campo, y habría podido hacer colchas; hay mujeres de la ciudad que cardan la lana, la hilan y hacen colchas que venden a las tejedurías; también están las alfombrillas. Al principio, ninguna mujer de mi familia sabía hacer alfombrillas, ni mi madre, ni mi hermana, ni yo. Mi hermana y yo quisimos hacer una de muchos colores, como las de Zemmur. Una señora nos enseñó cómo se hacían, y lo intentamos. Tuvimos que poner un montón de almohadas *(risas)* para conseguir la altura necesaria; contamos y recontamos, copiamos dos o tres dibujos y terminamos aprendiendo. Hicimos una muy bonita, una número *wahed*.[8] Se la llevó mi hermana cuando se casó; la primera, con la que aprendimos, se quedó en casa. Pero desde que nos casamos, ya no volvimos a hacer. Lo bueno de las alfombrillas es que consumen poca lana: con cuarenta o cincuenta dirhames tienes para hacer una.

—¿Por qué no sigues haciéndolas?

—¿Con qué voy a hacerlas? ¿Con qué voy a comprar la lana? Si por lo menos no tuviera niños, podría venderlas y hacerme con un capitalito, volver a comprar

[7] Alfombras del Atlas Medio, de composición compleja, con motivos geométricos simbólicos y representaciones estilizadas.

[8] Número *wahed* [uno], de primerísima calidad.

lana, hacer otras alfombrillas y así sucesivamente. Pero los niños no me dejan ni un momento de respiro.

MATRIMONIO Y EMIGRACIÓN A RABAT

—Cuéntame cómo te casaste. Me has dicho que no quisiste saber nada de tu primer pretendiente porque no era funcionario, ni instruido...

—Sí, funcionario, o al menos que hubiera ido a la escuela, o que tuviera una tienda o algo de qué vivir. Si no, no es vida. No basta con hacer hijos. Si el marido no tiene trabajo, no le queda más remedio que robar o abandonarte. Aunque no haya ido a la escuela, razono y veo más allá. Los hay que se endeudan para casarse y hacer los *«tag-zdag, tag-zdag»*,[9] pero eso no es lo que cuenta, lo importante es lo que viene luego. Yo no quiero ni panderos ni fiesta de boda. Lo que quiero es a alguien que me quiera y que pueda hacerse cargo de su familia, alguien que no se vea en un momento u otro obligado a robar para vivir, o a abandonarme cargada de hijos. No busco la riqueza, hasta puedo pasar de dote... Pero necesito a alguien con el que se pueda contar, que me ayude a atravesar estos tiempos cada vez más difíciles. Yo no haré trampas, y él tampoco debe hacerlas, hasta cuando los hijos sean mayores y nos devuelvan lo que hemos hecho por ellos, si son agradecidos, y, si no es así, pues al menos habremos cumplido con nuestro deber con ellos...

—¿Cuéntame cómo te desembarazaste de tu primer pretendiente? ¿Tu familia estuvo de acuerdo?

—No, todo el mundo me hizo reproches... Me dijeron que iba a ser maldecida, no les gustó nada lo que hice; nos peleamos, y me fui a casa de mi tía; me quedé mucho tiempo con ella; estaba a gusto en su casa, porque vivía en la ciudad.

—¿En dónde?

[9] Onomatopeya de las panderetas en la fiesta de bodas.

—En Aín-Leuh. Mi familia comprendió que no tenía ganas de verme divorciada con unos hijos de mi primer matrimonio, o bien obligada a dejárselos a él para que los maltratase una madrastra. Valía más evitar todo aquello, como decían los antiguos: *«Ma darna fel qadra ma yettehrek.»*[10] Nos habíamos prometido, habíamos hecho la alheña y todo lo demás. Pero nunca me puse los vestidos que me regaló, y se los devolvimos todos. Todo el mundo hablaba de eso en el aduar. Yo decía que tampoco era para tanto, que sólo quería casarme con alguien a quien quisiera. De modo que conseguí deshacerme de aquel prometido. Después, me casé con mi marido actual, que has conocido. Es extraño, ¿sabes que él había pedido mi mano antes que el otro? Pero no estaba escrito en aquel momento... Aún no había cumplido doce años cuando me pidió.

—¿Te había pedido oficialmente?

—Sí, pero no estaba escrito en aquel momento; yo no sabía todavía lo que era eso del noviazgo y matrimonio. No quería casarme, y ya está; era demasiado joven aún, era algo distraída, no sé, y los hombres no me decían nada. Acabé casándome con mi marido, y él también me las ha hecho pasar moradas...

—¿Tenía trabajo?

—Sí, pero, sobre todo, lo elegí por su familia. Era del Sahara como la mía. Quise casarme con un saharaui; sabes, los saharauis somos dignos de confianza y un poco orgullosos. Como su familia era piadosa, pues nos casamos; se termina siempre por volver a los orígenes, ¿verdad? Mi madre es saharaui. Mi padre, no. Pensé que era mejor ése antes que otro. Todo el mundo creía que no se casaría nunca. Tenía dos primas, y las dos habían ido a la escuela, pero nunca quiso casarse con ninguna. Hasta salió con una de ellas antes de casarnos.

—¿Antes de pedir tu mano?

[10] «No hemos metido nada en la olla que pueda agarrarse».

—Sí, pero ella continuó escribiéndole después de ser novios. Le mandaba dibujos: un corazón con gotas de sangre rojas; ya sabes, cosas de esas *(risas)*, tonterías de esas. Te juro que se los mandaba.

—¿Y ella sabía que estaba comprometido?

—Ella no me había visto nunca, no me conocía, pero había oído algo... Pensaba que por el hecho de que él había salido con ella, eso lo predispondría a su favor. ¿No era una locura pensar así? Si hubiera querido casarse con ella, lo habría hecho cuando salían juntos. Una vez, le preguntó si se había casado con *«Miss* Belleza». No recuerdo lo que él le respondió *(risas)*. Creo que le respondió: «A lo mejor no me he casado con *«Miss* Belleza», pero, desde luego, es mejor que tú, la quiere mi corazón, así que es mejor que tú.» *(risas)*. Le envió otra carta en la que le preguntaba quién era esa *«Miss* Belleza» que lo había alejado de ella *(risas)*, que había hecho que la olvidara. Te imaginas, le decía todo eso a él, que es tan ladino y tan divertido. ¡Tenía un arte lanzándote dardos!, no hay que darles confianza a los hombres ni escribirles; te toman el pelo. Así que me casé. Me dice que no me engaña, me afirma que me quiere mucho; cuando a veces reñimos, se pone a llorar como una mujer... Te das cuenta, un hombre por el que sacrificas a tu familia y todo lo demás, soportas frío y hambre, si no es agradecido... Antes de tener el primer hijo, le puse mis condiciones. Le dije: «Acepto el hambre, la pobreza, puedo vivir contigo en una casa en ruinas, en una de hojalata, y hasta en una tienda, si es preciso, pero si alguna vez te veo hacer... si te veo con otra mujer... o si, por ejemplo, te quedas hasta tarde fuera, o vuelves tarde por la noche, aunque no hayas hecho nada, ¿cómo iba yo a saberlo?, eso no podría soportarlo. Si eso es lo que tiene que pasar, vale más no tener hijos y separarnos antes. Pretendientes no me faltan; algunos están todavía esperando *(risas)*, te lo aseguro... *(risas)*.

—¿Como cuánto tiempo hace que estás casada?

—Sabes, los que me ven así me subestiman, no digo que sea guapa. ¡Ah, la belleza!, pero no soy tonta y tengo una conducta ejemplar. Sabes, en mi tierra, donde se ve a las chicas casaderas es en las bodas. Ahí se las ve, hasta a las que no salen nunca de casa... Las ven y las oyen cantar. Improvisan canciones llenas de segundas intenciones y de ingenio, eso se sigue haciendo en el campo, y los hombres no se resisten a una mujer que improvisa canciones con gracia.

CANCIONES Y BAILES BEREBERES

—¿Sabes improvisar canciones?

—Claro que sé cantar.

—¿Cómo se hace? ¿Os dirigís réplicas cantando? ¿Quién empieza?

—No, no, está organizado; hay uno que canta, que canta para ti y te dice, por ejemplo... *(recita una canción)*

—Cántame algo para que vea cómo, por favor.

—¿Para grabarlo? *(risas)*, no, ¡ni hablar!

—Te lo ruego, anda...

—¡Pero nosotros cantamos en bereber!

—Pues canta en bereber.

—No es en árabe, tú no comprendes el sentido de las palabras, no podrás apreciarlo.

—Da lo mismo, estoy acostumbrada a escuchar canciones bereberes en la radio y, además, participo en haidus[11] *en el campo; puedo bailar, cantar, no, pero me gusta; no soy una ignorante total. Se hace una fila de hombres y, frente a ellos, una de mujeres... un hombre sale de la fila para cantar y, después, una mujer le responde, haciendo lo mismo. ¿No se hace así entre vosotros?*

—Sí, así es como se hace. Pues sí, en mi tierra es distinto que en la vuestra. Aquí, en la ciudad, los que cantan suelen ser profesionales que les pagan por hacerlo, los

[11] Baile de aldeanos.

xijat. En mi tierra, es gente como tú y como yo que se juntan para cantar. Se hacen improvisaciones cargadas de alusiones. Hay quienes comprenden esas alusiones, y otros que no, que no se les pasa por la cabeza. Algunas personas se contentan con cantar sin más, con repetir y seguir a las demás, pero las hay que pueden descubrir exactamente a qué mujer el cantante o la cantante hace alusión. Descifran toda la canción. Si alguno sale con una chica, por ejemplo, es la oportunidad para el cantante de hacérselo saber a todos los invitados. Si alguien ha rechazado dar la mano de una hija a uno para dársela a otro, le ajustan las cuentas en público, con ocasión de la boda.

—¿Se permite atacar a la familia de la chica en público?

—No, el cantante se mete en la canción con el que se ha casado con ella, aunque sea un buen chico, para que lo sepa, si no lo sabía ya...

—¿Y siempre son canciones alusivas en las fiestas de boda?

—Sí, suele ser siempre así en las fiestas, ya sea en las bodas o en los nacimientos, en cualquier ocasión en que la gente se reúne para cantar. Hay que estar al corriente de todo lo que pasa en el aduar para conseguir improvisar y, también, para comprender de qué se trata. Aunque la gente no se conozca, aunque tengan poca información, llegan a comprender los sobreentendidos que hay; pueden saber de quién se habla en la canción.

—¿Tú sigues cantando?

—Ahora ya no canto, me he olvidado de todo; te lo digo de veras, tengo que escuchar a alguien cantar sólo para seguirlo. Se me ha olvidado todo, ya no sé improvisar. Ya no soy la misma. Antes, en el aduar, me hacían siempre un sitio cuando estaban las dos filas frente a frente cantando.

—¿Se lanzaban réplicas?

—Sí, como con fusiles; a veces, pueden provocar hasta una pelea seria.

—¿Ah, sí? (risas)

—Sí, peleas de verdad, menos mal que siempre hay gente que pone orden. Pero, ¡las cosas que se dicen! ¡Las puñaladas de verdad se soportan mejor que lo que se puede escuchar en esas fiestas!

—Si alguien te provoca de ese modo, ¿tú le respondes?

—Claro. Pero no les doy ocasión para que lo hagan, no salgo con nadie, luego soy irreprochable. Las canciones bereberes están llenas de sentido. Sabes, ahora sé el bereber y el árabe, pero las canciones sólo las puedo componer en bereber; suelo escuchar la radio en árabe, pero no entiendo.

—Un día tendríamos que escucharlas juntas y que tú me explicaras todo eso...

—Hay canciones que tienen doble sentido, a veces, hasta triple; las canciones bereberes son siempre así, llenas de sentido. Hablan de los problemas... cuentan lo que pasa, y eso es todo lo que puedo decirte.

EMBARAZOS EN SERIE

—Cuando te casaste, ¿cuánto tiempo esperaste antes de tener un hijo?

—Esperé, no recuerdo bien... más o menos ocho meses.

—¿Ocho meses para tu primer hijo?

—Sí, para al-Abed.

—¿Y para el segundo, cuánto tiempo esperaste?

—No esperé mucho... cuatro meses, todavía seguía dando de mamar al primero.

—¿Esperaste justo cuatro meses y no te diste cuenta de que estabas embarazada?

—No. Achacaba el cansancio y los vómitos a la enfermedad... Había tenido problemas de matriz. Cogí a mi hijo y fui a ver al médico... el del trabajo de mi marido. Tuve que gastar unos diez mil francos *(cien dirhames)* en medicamentos. Qué le vamos a hacer, si es

para curarse. Pero en ningún momento pensé que era un niño que dormía en mi vientre. [12] Esperé un mes. El médico me dijo que si no tenía la regla, que volviera. La tuve y, por tanto, no volví al médico. Era un aborto, y no la regla. Esperé dos meses más y tomé hierbas para abortar.

—¿No fuiste a ver al médico esa vez?

—No.

—¿Y tuviste la regla?

—Sí, pero estaba embarazada otra vez... «el pobre se ha vuelto a despertar», pensé. Tomé hierbas y volví a tener un aborto, y tuve mucho dolor de vientre, muchísimo, muchísimo.

—¿Sangrabas?

—Sí, mucho... Se me hizo el vientre pequeñito; me dije que debía de ser de frío; pensaba que estaba curada; tomé las hierbas imaginando que estaba embarazada; al final, fui al médico que constató que estaba embarazada de tres meses. Entonces dejé de dar de mamar. Por otra parte, el niño que amamantaba estuvo a punto de morir con todo lo que había tragado a través de mí; lo llevé al médico, pero no sirvió de nada. Todos me decían que los medicamentos no servían para nada; se puso flaco como un clavo, hasta que me indicaron lo de la tortuga.

—¿Qué tortuga?

—Compramos una tortuga viva; la pusimos sobre el *kanun** hasta que se quedo sin caparazón.

—¿La pusisteis al fuego viva?

—Sí... Se quedó sin caparazón. La pusimos a cocer como si fuera un pollo. Puse muchísimas especias, de todo un poco; se coció todo, y se lo di para comer durante tres días seguidos a mi hijo; los dos primeros días, le gustó, pero el tercero ya no quería más; lo obligué a que se lo terminara y no le daba otra cosa.

[12] Se alude aquí al *ragad* o criatura dormida. Se trata de la creencia de que el feto puede permanecer en el útero durante meses y años sin evolucionar y, de pronto, despertarse y proseguir su evolución allí en donde se había quedado.

* Véase nota 8, página 63.

—*¿Quién te aconsejó ese remedio?*

—Un *attar*[13] de aquí, de Salé. Figúrate que eso lo curó. Le dio una diarrea fortísima. Parecía que no iba a pararse nunca, eran como unos hilos amarillos; le duró una semana y olía muy mal. Después, se curó... menos mal que yo ahorraba todos los meses ciento cincuenta o doscientos dirhames para él.

—*¿Por qué?*

—Para al-Abed... Si no, no me quedaba dinero para comprarle un poco de arroz. En invierno, a veces, le preparaba comida para dos días, para ahorrar gas. El arroz necesita mucho tiempo para cocerse. Lo cocía, se lo servía en el desayuno, a mediodía y por la noche, tres veces al día, y, al día siguiente, lo mismo. También le hacía sémola, porque es más barata. La preparaba también para dos días y, cuando empezaba a hacer calor, sólo le preparaba la cantidad suficiente para un día.

—*¿Y no le dabas leche a los cuatro meses?*

—Sí, le daba todo el tiempo. ¿Sabes lo que hacía? Compraba leche, un litro o medio litro, según mis posibilidades; es mejor la leche fresca, aunque sea un poco más cara. Pero raro era el día en que no compraba nada de leche; me costaba quince o veinte dirhames al mes, ¡y no le bastaba! Entonces, empecé a darle de lo que comíamos, un poco de patatas hervidas... Eso duró hasta que tuve al segundo.

—*¿Dónde diste a luz?*

—En Salé.

—*¿En el hospital?*

—Sí, sólo podía parir en el hospital.

—*¿Tienes la mutualidad?*

—Sí. Parí en el centro de salud del barrio. Fui a la maternidad una vez, pero no me dejaron entrar. Tienes que ir al hospital de tu barrio. Empecé a tener contracciones muy fuertes desde el séptimo mes y no sabía cuándo pariría... Todas las veces pensaba que era para ese día.

[13] *Attar:* droguero, en cuya tienda se pueden conseguir gran variedad de plantas medicinales y recetas.

MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS

—Acabé harta de tanto parto. Todas las veces pensaba que después del parto me informaría sobre alguna medicina, o para ir a ver a un alfaquí. De la píldora, ni hablar, porque me habían operado de un quiste. Y, además, tenía débil el corazón, estaba convencida de que era el corazón, aunque no he visto nunca a un médico para eso... eso no me puede venir nada más que de ahí. Entonces pensé que si me ponía a tomar la píldora acabaría conmigo, y, además, todo el mundo dice que cuando se toma la píldora se tiene que comer mucho, o un plátano, o un poco de leche en el desayuno, ¿te das cuenta?, pero para alguien como yo que, por así decir, está obligado a hacer régimen por falta de medios, ¿cómo iba a tomar la píldora? Por eso no la tomé. Estaba dispuesta a todo, aunque no tenía mucha confianza en los alfaquíes... Me dije que eso me costaría veinticinco o cincuenta dirhames, y corría el riesgo, con esas cosas, de quedarme completamente estéril... Y si alguna vez tenía ganas de tener más hijos... Y con tanto dudar, no hice nada. Me dijeron que era mi marido el que tenía que tener cuidado al acostarse conmigo.

—*¿Utiliza el condón?*

—No, no utiliza nada.

—*¿Quién os aconsejaba en estas cuestiones?*

—Un amigo suyo o... una mujer de la que me hablaron. La mujer de un amigo de mi marido. En el último Ramadán, sentí como antojos, dejé inmediatamente de amamantar a mi hijo. Pensé: «Prefiero privarme de muchas cosas para comprarle leche...», porque mi leche es, normalmente, muy buena; mis hijos están gordos cuando les doy de mamar, es como si tomaran Nido... Un día te enseñaré unas fotos. Así que dejé de amamantar y com-

pré una *quina*[14], a cuatro dirhames y medio, para provocar un aborto. Sabía que lo que hacía no estaba bien, pero qué le vamos a hacer.

—*¿Dónde la compraste?*

—En la farmacia. Pero el empleado, antes de vendérmela, me preguntó si no estaba embarazada. Le dije que no. Dije una mentira, que Dios me perdone. Estaba segura de que estaba embarazada. ¿Pero qué quieres? Ya no podía más. No tenía a nadie para que cuidara de los niños si quería ir al baño; cuando tengo antojos no logro dormir, no puedo ni hacer las cosas de la casa, ni la colada... No puedo soportar ver a los niños a mi alrededor con la ropa sucia, ni a mi marido ni a mis hijos. Y cuando estoy embarazada, no tengo ganas de ir a la compra; sabes, yo no compro en cualquier sitio. Aunque cerca de casa haya tiendas, no voy a ésas. Tengo que irme lejos para comprar más barato. Resumiendo, estaba harta y me tomé esa píldora para que el niño se durmiera por lo menos seis meses o un año. Mejor que un aborto... Tuve la regla. La he seguido teniendo hasta hace poco. Una vecina parió; en su casa fue donde tomé las hierbas, unas mujeres se las habían traído y preparado.

—*¿Qué clase de hierbas?*

—*Ras-el-hanut*[15] y otras, las ponen en unos dulces, está muy bueno. Luego, empecé a tomar las veintitrés píldoras; y tengo la regla con regularidad todos los meses.

—*¿Durante cuánto tiempo las has tomado?*

—Solamente un mes. Después compré otras de las que cuestan cuatro dirhames y medio.

—*¿Para un mes también?*

—No, son sólo dos comprimidos. Cuando la regla tarda en venirte, te las tomas un mes, para tener la regla más fuerte, mientras que la otra es para no tener hijos.

[15] La píldora. *Quina* viene probablemente de quinina, una de las primeras píldoras utilizadas masivamente contra las fiebres.

[16] *Ras-el-hanut*, literalmente, «la cabeza del almacén», cóctel de especias sabiamente dosificado.

—*¿Tienes de ésas? ¿Me las puedes enseñar?*

—Ya no me quedan... las tiré. Y tuve este niño.

—*¿Es reciente lo que me acabas de contar?*

—Sí, de hace cuatro o cinco meses, cuando el parto de mi vecina; ella tomaba hierbas que le traían sus amigas. Había preparado hallullas rellenas con esas hierbas.

—*¿Por qué las tomaba tu vecina? ¿Con qué fin?*

—Van bien para las recién paridas, para que no retengan sangre del parto y restablecerse cuanto antes. Las parturientas las toman con aceite de oliva o con mantequilla rancia, eso te restablece enseguida. No es lo que hice yo cuando tuve a al-Abed. No encontré a nadie que me aconsejara. Después, me dolía el corazón, y esperé la regla. Normalmente la tenía a los veinticuatro o veinticinco días. Aquella vez pasé miedo, no la tuve hasta los treinta días... después de tomar una píldora que me dio la mujer del tío de mi marido. Me la tomé y al día siguiente tuve la regla, pero muy abundante; me quedé perpleja..., no sabía qué hacer..., me preguntaba si no habría vuelto a tener un aborto; pasaron doce días hasta que tuve la siguiente regla.

EL PROBLEMA DE LOS ALQUILERES, CARESTÍA DE LA VIDA Y CONTROL DE LA NATALIDAD

—*¿Por qué no quieres más hijos?*

—¿Por qué? Porque no puedo mantenerlos y también por mi salud. Si al menos tuviera con qué, pagaría a alguien que cuidara de los niños. Pero no tengo. Además está lo de la vivienda. ¡No se debe vivir con vecinos cuando se tienen muchos hijos! Hay que tener una casa propia. Si se vive con alguien más, tiene que ser un buen vecino para que no haya peleas. Por eso prefiero tener pocos hijos... ¡ocupan menos cuando no se tiene siquiera donde meterse! Uno se puede encontrar sin trabajo, ponerse enfermo. El otro día mi marido se puso enfermo, y no es la primera vez que sucede. ¿Y si no hubieran querido

saber nada de él donde trabaja? Y, además, ¿qué se puede hacer con los ciento cincuenta dirhames que gana al mes? Por eso hay que pensar en evitar cualquier derroche. No se puede aguantar semejante vida. Y, encima, yo, que estoy siempre mala.

AHORRAR EN TODO MOMENTO

—Sabes, yo ahorro. En lugar de tomar café con leche para desayunar, tomo té, aunque no me gusta el té. Carne, sólo comemos dos veces por semana; sardinas, nunca, necesitan mucho aceite... por lo menos, cinco litros al mes. Por la tarde no tomamos nunca café... los buñuelos están a ochenta céntimos el medio, nos privamos de ellos; ¿la fruta?, no hablemos de los plátanos y las manzanas; a veces, no podemos comprar ni naranjas.

—¿Ni naranjas?

—Sí, hasta a las naranjas renunciamos a veces. Hay días en que te apetece comer en la cena un poco de arroz, que está a dos cuarenta o dos noventa el kilo. Si compro justo medio kilo, necesito leche, a cincuenta o cincuenta y cinco céntimos. Haz la cuenta: dos cincuenta o tres dirhames una cena, digamos, ligera. Pues bien, no lo hago. En lugar de ir al baño público una o dos veces al mes, sólo voy una y, lo más normal, es que tome el baño en casa. En lugar de comprarme ropa por las fiestas, o por lo menos dos veces al año, no me compro nunca. Hace dos años que no me compro nada. Procuro no invitar a mi familia a que venga a verme los días de fiesta; no los he vuelto a ver desde hace cuatro años.

—¿Hace cuatro años que te casaste?

—Un poco más, creo que cinco. Pero no los he invitado desde que tuve a al-Abed. Mi madre vino entonces, pero no pude invitarlos. En aquella época ganábamos ciento cincuenta dirhames y pagábamos cuarenta de alquiler... sin olvidar los autobuses. ¿Cuánto nos podía quedar?

—¿Tu marido coge el autobús?

—Sí, nos queda justo para comer, pero mi gran problema es la vivienda... Si hubiéramos comprado una vivienda, habríamos acabado de pagarla ahora... a pesar de la carestía de la vida. La vida está muy cara hoy en día.

—¿Cuánto pagáis ahora?

—Quince dirhames por una habitación. Antes tenía más cosas y me cansaba menos. Pero una sola habitación da mucho trabajo. Por la noche tienes que sacar todos los colchones y, por la mañana, colocarlos otra vez; en el tiempo que te queda, tienes que hacer el pan y fregar los cacharros. No puedo dejar que se acumulen y, además, tengo siempre miedo de que venga alguien a verme... luego, la cocina, y tienes que cambiar las camas, y así de la mañana a la noche. El simple hecho de tomarte un té te obliga a fregar. Luego, los suelos; cuando el niño se despierta, tienes que ponerlo en el orinal... Ordeno muy deprisa, antes de que venga alguien y encuentre todo desordenado. Cuando tenía varias habitaciones, no me cansaba tanto. Tenía una cocina separada, una habitación para recibir a los invitados con dos colchones largos y unas mesas que vendí. Tuve que venderlas. Mi marido estaba enfermo y quería volver al campo. Estuvieron a punto de echarlo a la calle porque se ponía enfermo muy a menudo. Había un tal Abdelkáder que no se llevaba bien con él... y esperaba que se presentase la ocasión para deshacerse de mi marido.

—¿Tenías ganas de trabajar al principio?

—¿Qué quieres que te diga, hermana? Aunque no tuviera ganas, no había otro remedio. ¿Y si mi marido se hubiera quedado sin trabajo? Habría tenido que trabajar yo. Menos mal que se recuperó rápidamente; pero mi mayor problema es la vivienda.

—¿Cuánto se necesita para comprar una?

—Por dos habitaciones y una cocina con tejado de uralita, tienes que contar con cuatro mil o cuatro mil quinientos dirhames.

—¿Y de cuánto disponéis en estos momentos?

—Tenemos mil quinientos, más trescientos, eso hace mil ochocientos y, con la paga de este mes, digamos que unos dos mil. Y como aún nos deben unos quinientos o setecientos cincuenta de atrasos... Se hace lo que se puede.

—¿Cuánto necesitarías todavía?

—Con los atrasos, eso hace dos mil setecientos... Nos faltarán unos doscientos cincuenta dirhames. También están mis padres, que me mandan un poco de dinero. Si la cosecha de este año es buena, lo que me extrañaría, a lo mejor podrán prestarme quinientos. Cuando hayamos comprado una vivienda, nos quitaremos de encima las deudas enseguida; a final de mes, devuelves una parte si quieren hacer el favor de esperar. Me sacrificaré, no me compraré ropa, ni nada de nada. Tenemos que pedir prestado...

—¿Necesitas que te presten quinientos dirhames para pagar la casa, no es eso?

—Me la compraré, aunque sea difícil.

—¿Y cómo has hecho para ahorrar ese dinero?

—Todos los meses ahorro algo... como si se lo debiera a alguien y, aunque tenga necesidad de dinero, no lo cojo.

—¿Cuánto gastas en comida?

—Sería muy largo de contar... Si necesito comprar por un dirham, compro por medio.

—¿Y cómo lo consigues? Cuéntamelo con detalle.

—Verás, los guisantes cuestan un dirham treinta: pues no compro; compro un kilo de nabos, que están a cuarenta o cincuenta céntimos; las patatas cuestan uno veinte o uno veinticinco: yo me conformo con las de cuarenta o cincuenta céntimos el kilo. La coliflor es muy cara, pues, en su lugar, compro coles. Como hoy no tengo invitados, no pongo guindilla, sólo sal y pimienta... ¿El té? En vez de hacer después de comer, no hago. Hay quien hace té para el desayuno, luego, a eso de las diez, vuelven a hacer y se toman un tentempié, y después del almuerzo, y hacia las cuatro de la tarde; también hacen café y compran buñuelos. Y, si no hay buñuelos, sirven

mantequilla. Yo no tomo nada de eso; mantequilla hace seis meses que no compro; de vez en cuando, algo de mermelada o de aceite de oliva, pero no tomo.

—¿No tomas aceite de oliva?

—Muy poco, hace un mes o dos que no compro. Así es como he conseguido ahorrar. No puedo invitar a mi familia porque eso me costaría por lo menos cien o ciento cincuenta dirhames. Cuando hay una fiesta, no voy. A veces me dan ganas de comprarme una chilaba cortada así o asá, pero no lo hago. Sólo tengo una, mientras que conozco a otras que tienen tres o cuatro.

—¿Por qué tienes tanto empeño en comprar una casa? ¡Hay quienes pagan un alquiler durante toda su vida!

—Un alquiler... y después... hay que pensar en el mañana. Supongamos que mi marido se queda sin trabajo, ¿quién va a pagar el alquiler? Tendrá que pelearse con el dueño... Ni hablar de largarse, y el propietario, que se privó de todo para poder comprar esa vivienda o que la heredó, o que las pasó canutas antes de comprarla. Y tú, que no te privaste de nada, no quieres largarte. ¿Por qué? Eso no es justo. Si recurre al majzén, no puedes decir que estás en tu casa. Basta con que el dueño enseñe sus papeles para que el majzén le devuelva lo que es suyo. ¿Qué vas a hacer cuando no puedas pagar el alquiler? ¿Pedir limosna? ¿Robar? Por el contrario, si tienes tu propia casa, ya no tienes que pagar alquiler... y hasta si no tienes trabajo, puedes aceptar cualquier cosa para poder vivir.

DIFICULTADES PARA CONSEGUIR UNA VIVIENDA

—Tienes razón

—Ningún casero puede alojarte gratis. También él necesita dinero... Y los alquileres están muy altos ahora; sobre todo, en las grandes ciudades. Uno que alquile una o dos casas puede dejar de trabajar toda su vida, ¡al precio que están los alquileres!

—¿Cuánto pagabas cuando te casaste?

—No me acuerdo cuánto pagaba; pagaba... cuarenta dirhames, eso es, cuarenta.

—¿Dónde vivías al principio?

—En Salé.

—¿Ahí tuviste tu primer hijo?

—Sí; después nos mudamos aquí, a Rabat y, luego, volvimos a Salé otra vez.

—¿Por qué os mudasteis?

—Estaba más cerca...

—¿Más cerca del trabajo de tu marido?

—Sí, pero no conocíamos a nadie en Rabat. Nos habíamos acostumbrado a pasar el sábado y el domingo con los amigos de Salé... así que volvimos a vivir otra vez allí.

—¿Tenéis conocidos en Salé?

—Sí, tenemos familia; volvimos a vivir a Salé, pero el alquiler era más caro, y la casa no nos dio suerte. Sabes, hay casas que no dan suerte; la que vivimos ahora sí da suerte. En la antigua, perdí mi anillo de boda, se fue por la pila... mi marido perdió dos veces la cartera y, además, tuvo un accidente de carretera. No nos quedamos ni un año. Cuando mi marido perdió la cartera, vendí todo lo que tenía. Vendí todas mis perlas... para ayudarlo a comprar una *mobilette,* una Honda; fui idiota vendiendo mis cosas.

—¿Compró la Honda el primer año de casados?

—La compró cuando tuve a Mohámmed, el último... Pero vendimos la moto. Le dije que iba a pedir un préstamo de mil dirhames para la *mobilette,* ¿por qué no adelantarlo para comprar un pedazo de tierra? La *mobilette* es chatarra nada más, un lujo para los que tienen con qué pagar... Pero los que no tienen, como nosotros, que no les llega ni para comer, ¿cómo pueden comprarse una *mobilette* y, encima, pagar un alquiler caro y la gasolina? Cuando perdió la cartera, me harté y me trasladé a Rabat. Era un sitio muy pequeño. Cuando quise tener colchones

grandes, volví a cambiarme... y era aún más caro. Cuando lo vendí todo, juré que no volvería a comprar nada antes de tener mi propia casa. Por eso no he comprado nada, ni siquiera una manta... el invierno pasado, nos moríamos de frío, pero no pude comprar nada. ¿Cómo voy a comprarme algo si no estoy en mi casa y tengo que pagar alquiler? No es tan difícil comprar cosas, aunque sea al fiado... o de baratillo... En cuanto tenga una casa, a los dos meses podré comprar cantidad de cosas, pero mientras que no la tenga, no compraré nada de nada. Fíjate en lo que llevo en los pies, sandalias de plástico... Menos mal que hay personas que nos ayudan un poco...

LA AMISTAD EN LA VIDA DE LA PAREJA

—¿Quién os ayuda? ¿La familia?

—Es como si fueran de la familia.

—¿Pero no lo son?

—Son de la misma región que nosotros... Somos hermanos de leche. Yo los llamo «hermanos», son un poco de la familia y nos ayudan; hacen por nosotros más que harían unos hermanos de verdad. Todo lo que no podemos comprar, nos ayudan a comprarlo; luego, les devolvemos el dinero que nos han dejado.

—¿Vivisteis con ellos?

—No, pero eran vecinos nuestros cuando vinimos por primera vez. Nos alojaron ellos.

—¿Cuánto tiempo os quedasteis con ellos?

—Bastante.

—¿Un año?

—No, no, menos... y, cuando conseguimos un alojamiento, íbamos a verlos los festivos y pasábamos juntos la velada. En esa época ya trabajaba.

—¿Dónde trabajabas?

—En un taller.

—¿Cerca de tu casa?

—No, lejos.

—*¿Un taller de qué?*

—De alfombras.

—*¿Cogías el autobús para ir?*

—A veces lo cogía y otras iba a pie, solía ir a pie; además, al mediodía comía allí.

—*¿Cuánto ganabas?*

—Al principio, muy poco... luego, unos 100 dirhames. Depende, sobre todo del ritmo de trabajo.

—*¿Es decir?*

—Al principio, nos pagaban una vez que estaba terminada la alfombra, antes no. Luego, nos pagaban al día.

—*¿Y cuánto te daban al día?*

—Dependía de los días... A veces, poquísimo: 3 dirhames o 2 y medio. Era el mínimo, pero si se trabajaba más, podías llegar a 5. Así que estaba trabajando y, cuando volvía a casa, a veces no tenía que hacer compra. Íbamos a comer con nuestros amigos; no nos atrevíamos a ir a su casa todo el tiempo, pero ellos venían a buscarnos. Hasta nos pagaban los billetes de autobús. éramos como hermanos y hermanas.

—*¿Estaban casados?*

—Sí, sí. Sus mujeres también son de nuestra región.

—*¿A qué se dedicaban ellos? ¿Dónde trabajaban?*

—Antes estaban en el campo... Vienen del mismo sitio que nosotros y, cuando llegaron aquí, se hicieron funcionarios. Eran dos hermanos, pero cada uno tenía su casa.

—*¿En qué trabajan?*

—Son funcionarios. Trabajan en la policía.

—*¿Sus mujeres no trabajan?*

—No. Y aunque quisieran, sus maridos no las dejarían. Piensan que la mujer debe quedarse en casa y no salir. La cosa siguió así. Cuando había una fiesta, dejábamos un poco de dinero por si acaso teníamos invitados... 15 o 20 dirhames, como si se los debiera a alguien, mejor eso que pedir prestado.

INSTALACIÓN DE LA JOVEN PAREJA

—El alquiler lo pagábamos en cuanto mi marido cobraba y, con lo que nos quedaba, hacíamos equilibrios para llegar a final de mes. En esa época no tenía hijos... Lo que, por encima de todo, no quería era tener deudas. Prefería no comer antes que endeudarme. Si compras al fiado en la tienda, el tendero irá a pedir el dinero a donde trabajas, y eso puede bastar para que te pongan de patitas en la calle... ¿Por qué comprar todo fiado? ¡Como si el majzén nos fuera a subir el sueldo al mes siguiente! Hay que apañarse con lo que uno gana y no crear problemas.

—*Háblame un poco de tu antiguo trabajo.*

—Iba por la mañana y trabajaba hasta las seis de la tarde.

—*¿Quién hacía la compra, tú o tu marido?*

—Él la hacía de vez en cuando..., pero como tenía mucho trabajo, por aquella época no solía venir a casa, entonces la hacía yo. Aún no tenía hijos y además trabajo muy deprisa. Las faenas de la casa nunca me han asustado, tenía siempre la casa limpia; hacía la colada dos veces por semana; preparaba el alcuzcuz o cualquier otro plato...

»Cuando mi marido estaba aquí, cocinaba para él como si fuera mi invitado. Para que no se enfadara y dijera: 'Yo hago mi trabajo, pero mi mujer no hace el suyo', y para que no se hartara de mí. Sí, como si fuera un invitado. El domingo ponía a freír unas sardinas o compraba un cuarto de kilo de carne... con unas patatas fritas. Mejor que el resto de la semana, y mejor que lo que me preparaba para mí sola.»

—*¿Dices que lo hacías para que no se enfadara?*

—Sí, para que no se enfadara. Cuando salíamos juntos, a veces me ponía la chilaba y, otras, no... Nos íba-

mos de paseo hasta el atardecer; todo iba bien entre nosotros; él me quería, y yo más todavía. Lo que no me gustaba era cuando estaba de viaje. Me pasaba el día llorando hasta su vuelta.

—*¿Viajaba mucho?*

—A veces estaba fuera un mes.

—*¿Y te quedabas sola todo ese tiempo, recién casada?*

—Sí, y me pasaba el tiempo llorando cuando se iba

—*¿Y durante la espera, qué hacías?*

—Los amigos, de los que te he hablado, venían a verme. Decían que no dejarían que me faltase de nada y que fuera a su casa si necesitaba algo o no quería trabajar más. «Serás bienvenida... eres como nuestra hija.» ¿Por qué crees tú que me hablaban así? Porque era formal y nada ligera. Por eso me querían tanto. Si no hubiera sido una mujer de bien, no me hubieran querido tanto. Así es como esperaba la vuelta de mi marido. Si no me encontraba en nuestra casa, venía a buscarme a la suya, como si fuera la de su familia. Descansaba en su casa y hasta podía pasar la noche allí. Y cuando estábamos hartos de nuestra casa, cogíamos las maletas y nos íbamos a la suya, hasta encontrar otra vivienda. Para mí eran como verdaderos parientes... Y así seguimos hasta mi embarazo. Entonces dejé de trabajar, habíamos encontrado una vivienda más barata, pero bastante alejada. Pagábamos cuarenta dirhames y vivíamos con los cien restantes.

—*¿Qué hacías con tu dinero cuando trabajabas?*

—Como mi marido no ganaba mucho, lo poníamos todo en común. No me quedaba con nada. Pero sabía cómo administrarlo.

—*¿Eras tú la que administrabas las cosas?*

—Sí. Parí, fue muy duro, quería que mi madre viniera, pero estaba mala. Llegó dieciséis días después del parto.

—*¿Cuándo le pediste que viniera?*

—Cuando empecé a tener contracciones. Pero llegó a los dieciséis días del parto. Parí en el hospital; mi

marido estaba enfermo... Fue una suerte, porque tenía una semana de baja. Me llevó al hospital; tenía una vecina muy maja, una mujer mayor y muy amable. Me lavó los pañales durante una semana. Iba a buscar también el agua, porque en casa no teníamos.

—*¿Así que te ayudó mucho tu vecina?*

—Sí, mi vecina y nuestros amigos también. Una de sus mujeres venía a ayudarme por la tarde. No se quedaba por la noche. Una vez sí que se quedó. La otra también vino con su marido. Una vez se quedaron dos días y me trajeron todo lo que pudieron. También estuvo conmigo la mujer de un amigo de mi marido. Nos hicieron un regalo. No lo festejamos inmediatamente; tenía suficiente dinero, pero esperé a que llegara mi madre para hacerlo... Se marchó con una tía. Trataba por todos los medios de levantarme, hasta cuando no podía. Fue muy difícil mi parto; menos mal que se me ocurrió ir al hospital, de otra manera no sé lo que habría pasado. Me tuvieron que pinchar dos veces... seguramente, porque era mi primer parto.

—*¿Duró mucho?*

—Muchísimo. ¡Que Dios nos perdone por lo que han tenido que aguantar nuestras madres!, no me restablecí por completo; yo creo que no me han sabido tratar.

—*¿Te levantabas?*

—Sí, qué otra cosa podía hacer; me dolía un poco el vientre. Y, de vez en cuando, me sigue doliendo. Cada vez que pienso que debería ir al médico y hacerme una radiografía, pero voy dando largas, hasta cuando haya terminado de pagar la casa...

—*¿Quién te enseñó a cuidar a tu primer hijo?*

—La mujer del amigo del que te he hablado, y las de mi tierra. Me enseñó a ponerle los pañales; lo hizo dos o tres veces delante de mí; sabía hacerlo, lo había aprendido hacía mucho, cuando ponía los pañales a mis hermanos, pero se me había olvidado. Mi vecina también me enseñó algunas cosas; yo fajaba bien al peque-

ño, le ponía alcohol en el ombligo y se le curó rápido. Había comprado, además, polvos y se los ponía entre los muslos. Le daba el pecho... luego tuve que completarlo con leche concentrada. Con la mía ya no bastaba. Le preparaba tres biberones al día, un bote cada dos días...

LA PRUEBA DEL HOSPITAL

—Cuando mi segundo hijo, quería parir en casa; no quería ir al hospital. Hay demasiada gente, entre enfermeras y médicos, alrededor de una mujer que está dando a luz; y nada más que una persona se encarga de ti; no quería volver al hospital después de mi primer hijo.

—*¿Por qué?*

—No quería volver allí porque hay demasiada gente, pero, también, porque no me gusta que se pitorreen de mí, yo soy así y no puedo ser de otra forma. Aunque en el hospital las enfermeras son mujeres, con ellas no tienes la impresión de estar entre mujeres, se burlan de ti.

—*¿Las enfermeras se burlaron de ti?*

—No, de mi personalmente no, de otras que estaban pariendo conmigo y que se quejaban. Cuando una mujer que está pariendo grita, o si es una mujer que viene del campo, o si no comprende todo lo que le dicen, las enfermeras se burlan de ella.

—*¿Qué dicen, por ejemplo?*

—Dicen: «No pensaste en los gritos antes... (o sea, cuando hacías el amor), gritas ahora», y otras cosas por el estilo. Una enfermera cuenta el incidente a otra, y las dos se ríen a costa de nosotras.

—*¿Y las oís bromear?*

—Sí, pero no sabes qué hacer. Si es una mujer que tiene agallas, se pelea con ellas. Pero, cuando es una mujer un poco miedosa o amable, prefiere callarse.

—*¿Cuántas estabais en la sala cuando diste a luz?*

—Dos..., pero como mi parto era tan diferente no veía a mi vecina..., la oía gritar nada más; yo sólo puedo

dar a luz en el hospital; tardo mucho y me aprietan muy fuerte en el vientre.

—*¿Quién te aprieta el vientre?*

—La enfermera... Aprieta muy fuerte y, después de eso, las contracciones se hacen más regulares; me pinchan una vez y, luego, otra, y me ponen las piernas así...

—*¿Te las abren?*

—Mucho... Me sujetan entre dos, como si fuera una oveja que ayudaran a parir. Grito mucho; después, necesito un mes o dos en mi casa para restablecerme; durante esos meses, estoy muy débil y casi no puedo moverme. Con todo lo que me hacen para abrirme y sujetarme, preferiría parir en mi casa, pero corro muchos riesgos; hay mujeres a las que cuidan bien en el hospital, las que tienen la Mutualidad.

—*¿Tú no la tienes?*

—Sí que la tengo. Quiero decir, que las que tienen la Mutualidad están más preparadas, y las enfermeras las tratan mejor que a las que no tienen, a las pobres... De modo que di a luz y volví a mi casa. En aquella casa, por lo menos, tenía agua y electricidad. El alquiler era un poco caro. Podía haber ahorrado para no tener que pagar más alquileres. Pero, ¿qué quieres?, cuando no te pones de acuerdo. Él quería por encima de todo su moto, ¡pero con tantos gastos e invitados! Antes, conseguíamos ponernos de acuerdo; él ganaba muy poco; pero dimos una fiesta; ahora que cada cual tiene sus ideas, aunque gana más, no hemos conseguido hacer lo mismo por nuestro segundo hijo. Se compró la moto; tuvimos que venderlo todo y lo que habíamos proyectado hacer no lo hicimos; yo tuve que vender las cuatro perlas que tenía.

—*¿Por qué quería comprarse una moto?*

—Para ir al trabajo y para salir.

—*¿Os ibais a pasear en moto?*

—De vez en cuando... Pero nunca me gustó esa moto. No estaba de acuerdo con que la comprara. No me gustaba montarme con él. Él bien que quería llevarme

para pasearnos, pero yo pensaba también en la gasolina; hay que contar con muchos medios para permitirse una cosa semejante... Ha terminado pensando igual que yo, teniendo el mismo carácter.

—*¿Ha vendido la moto, entonces?*

—Sí. Ahora me hace caso, sabes...

—*¿Hace lo que le dices?*

—Sí, pero después de muchos sinsabores. Si me hubiera escuchado desde el principio, nos los podríamos haber evitado; habríamos tenido nuestra propia casa antes de tener los niños. Incluso con un salario de ciento cincuenta dirhames, viviríamos como si ganásemos quinientos, con mi manera de pensar... Pero, gracias a Dios, ahora nos va mejor.

—*¿Quieres tener otro hijo?*

—No es que no quiera, es que no tengo casa. Me gustaría mucho tener una niña (pero nada más que tres) y pararme. No se puede mantener a más de tres hijos, vestirlos y escolarizarlos, porque no quiero que mis hijos vivan mal y estén en la calle, o tenga que colocarlos de criados en casa ajena para que los maltraten. Quiero que vayan a la escuela, que aprendan un oficio los días de descanso, el viernes y el domingo, por si fracasaran en la escuela; podrían conformarse con un oficio, carpintería o peluquería, para no quedarse sin nada. Y si por casualidad tuviera una hija, la enviaría a ella también a la escuela, pero sólo hasta el certificado de estudios, no más. Justo para que sepa escribir una carta. Le enseñaría un oficio... El de tejer alfombras, a lo mejor, o la colocaría en un taller. Pero si no tengo una hija, si compro una casa y tengo otro chico, adoptaré una niña y la criaré como si fuera hija mía.

—*¿Quieres tener una hija por encima de todo?*

—Ay sí, tengo muchas ganas. Sabes, una envejece, no voy a ser siempre joven; los hijos crecen, pueden satisfacer tus necesidades y, si te abandonan, puedes hacer que los persiga la justicia; te darán para poder comer. Si envejezco y me pongo enferma, será mi hija la que me lave la ropa, la que me venga a ver; no será la mujer de mi hijo la que venga a hacerlo; si es simpática y me hace algo de comida, ya es algo. Pero, desde luego, si no es simpática, dirá a su marido: «No quiero ver a tu madre...» Por eso, quiero tener una hija... Puedo ponerme enferma... Sabes, tengo un hijo que está enfermo, le dan ataques.

HECHIZOS Y MAGIA

—*¿Qué tiene?*

—Lo de los *yenun...*[*] Hay mujeres que son portadoras del mal en su leche, en sus pechos... y los críos están siempre enfermos... Es el caso de la tía de mi hijo, la hermana de mi marido. Lo lleva en la leche; tiene dos o tres hijos enfermos. Fui a ver a un alfaquí en mi pueblo; le prometí volver a verlo para darle algo, porque me dijo: «Si tu hijo se cura, ¿qué me darás?» Le respondí: «Lo que Dios me permita darte, un regalo.»

—*¿Es el alfaquí en cuya casa te conocí?*

—No, otro; ése era uno que «leyó» en el pan... porque durante doce días mi hijo no había querido comer nada; sólo jugaba, sin pedir nunca pan; tenía la costumbre de tomar el desayuno y el almuerzo con nosotros. Por la noche, me pedía un poco de pan.

—*¿Qué sucedió cuando tuvo el ataque?*

—¡Que Dios nos asista! No te lo puedes imaginar: se le puso la cara toda azul, y los ojos los echó del mismo lado..., y era como si lo ahogaran. Bramaba: «No, no, no...»

—*¿No lo ha visto nunca un médico?*

—No, porque yo sé que un médico no puede nada contra eso. Hay muchas familias que lo han intentado. Conocíamos una familia en el campo, yo era muy joven entonces; querían trasladarse y tenían dos hijos, un chico y una chica; los desatendieron un poco; los niños tuvie-

[*] Véase nota 3, página 136.

ron una diarrea de aúpa y, cuando se restablecieron, sólo eran capaces de andar a cuatro patas. Tantearon a todos los morabitos... El padre era muy pobre y, a pesar de eso, estaba dispuesto a todo; se pusieron un poco mejor después, ahora cojean... Si no hubieran tenido nada, habrían podido ayudar a su padre. Creo que sólo uno se curó. ¿Has visto, por casualidad, a los que tomaron aceite envenenado?[16] Eso ocurrió por aquella época, un poquito antes.

—¿Alguno más de tu familia ha tenido lo mismo que tu hijo?

—No..., yo misma tuve ese ataque dos veces. La primera vez antes de casarme, acababa de operarme. La segunda fue después. Sabes, sueño mucho, y hay sueños que se realizan; por ejemplo, sueño que va a ocurrir algo, y al día siguiente, ocurre.

—¿Has tenido el ataque dos veces?

—Sí, dos veces..., una vez cuando me operaron del quiste; las mujeres dicen que cuando se tienen espíritus en el cuerpo, no les gusta todo lo que tenga relación con los médicos. A pesar de eso, fui a ver a uno cuando compramos la moto y cuando parí.

—¿Estabas embarazada cuando te pasó?

—No, fue después del parto. Cuando mi marido salía con la moto por la noche, me quedaba sola con los niños y lo llevaba mal. Daba de mamar a los niños y trataba de calmarlos; no tenía a nadie con quien hablar. Me ponía nerviosa. Entonces, en cuanto me dormía, me daba eso.

—¿Qué te pasaba?

—No me despertaba... Eso viene acompañado de un sueño muy agradable... Cuando me desperté, mi marido me había dado un perfume; basta con que me den perfume...

—¡Y qué es lo que había pasado?

[17] Célebre caso de aceite adulterado, acaecido durante los primeros años de la independencia, que ocasionó muchas muertes y muchos lisiados de por vida.

—De lo único que me di cuenta es de que tenía las marcas de los dientes en la lengua. Estuve a punto de cortarme la lengua cuando me dio eso en el hospital; había vomitado todo, y la lengua...

—¿Te dio en el hospital?

—Sí, en el hospital, ¿y sabes lo que hicieron las mujeres que estaban conmigo? Me pusieron perfume y dijeron: «Si se muere, no diremos nada al médico, y si sigue con vida...», porque probaron con varias cosas, sin resultado, con agua...

—¿Sin decir nada a las enfermeras?

—Sin decir nada de nada. Me abofetearon hasta la una de la madrugada; me da cuando duermo profundamente. Como los espíritus esperaban a que todo el mundo durmiera, me duró una media hora. La sala estuvo llena durante más de dos horas.

—¿Y todo lo que sabes es que estabas dormida?

—Sí, y no me despierto hasta por la mañana. Entonces, me doy cuenta de que algo me ha pasado cuando noto la lengua toda hinchada.

—¿Y no fuiste a un alfaquí?

—Sí, pero fui a consultarlo por el miedo, porque tengo miedo por la noche, cuando duermo sola. Ahora que tengo hijos y que hay vecinos donde vivo, voy mejor. Cuando estoy sola, tengo la impresión de que hay gente que va a echárseme encima y no me duermo hasta que compruebo que no hay nadie debajo de los colchones y en el armario; abro hasta el armarito, registro todo, pienso que hay alguien esperando a que me duerma para sorprenderme. Las noches que tengo un miedo así, no consigo pegar ojo, y si me duermo, me coge eso; no sé ni el nombre de esa clase de ataques.

—Yo viví cosas así cuando era adolescente, pero no tan graves. Quieres despertarte y tienes la impresión de que hay alguien que oprime con todas sus fuerzas y que te paraliza...

—Sí..., tengo la impresión de que grito, de que pido socorro a tal o cual santo...

—*Sin poder hablar...*

—Tengo la impresión de que estoy despierta y que alguien me estrangula. Entonces invoco a todos los santos que conozco, a fulano y mengano, llorando.

—*¿Te sigue sucediendo?*

—No, no me ha vuelto a suceder desde que vivo en esta casa. Tengo siempre un cuchillo cerca de la cabecera...

Jadiya el Yablia.

Nació en 1952, en la tribu de los Mernisa, al sur de Fez. Campesina y, después, asistenta en la ciudad. Veinticinco años en el momento de la entrevista, en 1977

EN EL SENO DE UN ADUAR DE MONTAÑA

—Nací en Mernisa, en un aduar de unas doscientas personas... tiene dos mezquitas y varios santos.

—*Dos mezquitas... y ¿cuántos santos?*

—Cuatro. Sidi Hsain, Sidi Taha, otro que se llama Mulay Abdalá Ex-Xerif, y otro, Mulay Abdelkáder Yilali. Cada uno tiene su particularidad... Sidi Taha es para los que están poseídos; Mulay Abdalá Ex-Xerif contra el mal de ojo; Sidi Hsain también para los poseídos... y en Mulay Abdelkáder Yilali se da la limosna; es también un lugar de visita. Hay dos mezquitas, en una se enseña el Corán a los niños, y la otra es para la *jotba,*[1] en ésta es donde se reza.

—*¿Las mujeres van a la mezquita también?*

—Sí, como los hombres.

—*¿De qué vive la gente?*

—Tienen olivos, palmeras datileras e higueras. Hay campos de labor.

—*¿Ganado también?*

—Sí... vacas, pero no como en el Rarb... Cada uno según sus posibilidades: algunos son muy ricos, y otros no tienen nada y tienen que ir al zoco para todo.

—*¿Y tu familia cómo era?*

[1] La *jotba,* el sermón del viernes.

—Era bastante limitado lo que tenía. Mi abuelo y mi abuela tenían ganado y eran bastante acomodados... pero no tenían a nadie para trabajar... Sólo eran tres: mi abuelo, mi abuela y mi padre. Tenía un hermano, murió, y mi tía, que vivía con ellos, se ocupaba de la casa.

—¿Tu madre fue su primera mujer?

—No, ya se había casado antes, pero su primera mujer sólo estuvo con él un año... luego, se casó con mi madre. Mi tía tenía cinco hijos cuando se casó mi padre, que los tenía a su cargo. Mi tío, el que murió, era *taleb.*[2] Estaba casado, pero su mujer se marchó, porque, en nuestra tierra, el hermano se casa con la mujer del hermano muerto. Es la tradición, pero mi padre no quiso saber nada, era muy joven y casarse con una mujer mayor que él no le apetecía. Se podía haber quedado con nosotros, no le hubiera faltado de nada como antes... pero dijo que no y se marchó.

—¿No tenía hijos?

—No. Así que mi padre se casó con mi madre. Yo soy la mayor. Cuando se casaron, estuvieron un año sin hijos... Todo el mundo pensaba que ella era estéril. «Repúdiala», le repetían a mi padre; «no vas a cuidar toda la vida de los hijos de los demás», etc... Mi padre no perdió las esperanzas, y me tuvieron a mí, la mayor. Seguimos viviendo con mis primos. Después, tuvieron a mi hermano Abdelkáder. El que trabaja ahora con el Majzén. Luego, otro, pero murió. Después, tuvieron una hija y otro chico. Aún va a la escuela. Yo crecí y empecé a ayudar en las faenas de la casa.

—¿Qué desayunabais?

—Café... Teníamos leche, no la comprábamos en la tienda; la leche era de casa, pan con mantequilla o pan con aceite de oliva... desayunábamos antes de ir a trabajar.

—¿Dónde trabajabais?

[2] *Taleb* (pl. *tolba)*, hombre que ha tenido acceso a la educación y que, por eso mismo, desempeña un papel importante en la comunidad rural.

—Si era la época de la oliva, los hombres iban a recogerlas, si era...

—¿Teníais mucha oliva?

—Sí, mucha; aún seguimos teniendo mucha. No había nadie para recogerla, sólo recogíamos una parte.

—¿Quién la recogía?

—Mi padre, con gente que pagaba para que trabajase con él. Cuando se cosechaba, todos los de la casa trabajábamos: los hombres cosechaban, y las mujeres preparaban la comida. Se les llevaba la comida a los campos, que estaban lejísimos. Como si fueras de Rabat a Buknadel, unos quince kilómetros, o más... Se traían las olivas a lomos de mulas.

—¿Quién les llevaba la comida?

—Los niños... una hija o un hijo si se tenían, o cualquier otro. Cuando había que dar de comer a muchos, les llevaba la comida un hombre o una mujer... patatas...

—¿Patatas cocidas?

—Patatas guisadas en una salsa bien sazonada, como para hacer ensaladas. Se les da requesón. Por la mañana, huevos, leche y café; huevos revueltos con tomate o sin tomate, en aceite. Por la tarde, se cena en la casa; se mata un cordero, o una oveja, o un chivo, o...

—¿Tu padre iba a trabajar solo o con sus hijos?

—Todo lo que te acabo de contar es cuando la *tuisa.*[3] Cuando trabajaba solo, desayunaba en casa antes de irse, trabajaba hasta la hora de la oración, volvía a casa, rezaba, descansaba un poco y almorzaba... Y volvía al trabajo hasta la tarde; no le llevábamos la comida al campo. Pero cuando estaba con otros, les llevábamos lentejas, o judías, o patatas, o puré de habas, o pescado, o suero de leche.

—Entonces, os levantabais por la mañana...

[3] *Tuisa,* forma tradicional de ayuda mutua. Los cabezas de familia se ponen de acuerdo en dedicar un día de trabajo (o varios) a ayudar a uno de ellos que no cuenta con bastante mano de obra; y éste, por ese motivo, organiza una fiesta.

—Preparábamos el desayuno, y yo me iba a segar la hierba para las vacas.

—*¿Dónde?*

—Bastante lejos, a dos horas más o menos de la casa, pero no me cargaba a la espalda lo que segaba. Lo ponía en la mula. Lo ataba con una cuerda. Si no pesaba mucho, me montaba yo también. Si había mucha hierba, volvía a pie, tirando de la mula. Cuando era la época de la cosecha, también iba a cosechar.

—*¿Dónde ibas a cosechar? ¿Te pagaban como a los otros?*

—No, cosechaba nuestro trigo. No necesitaba cosechar el trigo de otros. Cuando uno tiene su propio trigo, es como cuando se tiene una granja, no tiene que ir a trabajar a las de otros. Yo cosecho mi trigo, el otro, el suyo, y así... y el que no tiene nada trabaja para otros. Una mujer divorciada y pobre trabaja para otros.

TRABAJO DE LAS MUCHACHAS EN EL CAMPO Y EMIGRACIÓN DE LOS HOMBRES A LA CIUDAD

—Cuando crecí, empecé a hacer las tareas de la casa y a cocinar para mis hermanos y mi madre.

—*¿Cuántos hermanos tenías?*

—Cuatro, yo soy la quinta. Amasaba el pan, lo metía en el horno, en nuestro horno, un horno de campo. Sé hacer puré de habas, guisantes, judías, lentejas, patatas y carne. La carne la comprábamos en el zoco, salvo si se *uzza*[4] en el aduar.

—*¿Qué significa* uzza?

—Se compra una vaca, se mata y se reparte. A cinco dirhames cada uno. Sólo para los que están allí. Los que van al zoco traen carne una vez por semana.

—*¿Comíais carne una vez a la semana?*

—Sí, una vez a la semana. Si no era carne, era pescado. Luego, empecé a salir a trabajar fuera.

[4] *Uzza'*, compartir un cordero o una vaca según un ritual concreto.

—*¿Qué hacías fuera?*

—Recogía leña. Iba a las siete de la mañana y volvía hacia las diez. A las once u once y media, venían a almorzar a casa. Preparábamos el almuerzo, comíamos y descansábamos un poco, hasta que hiciera menos calor.

—*¿Con quién ibas?*

—Con chicas, con cuatro o cinco amigas. De vez en cuando, una se casaba. Tenía trece años, cuando un tío mío vino a pedir mi mano. Bueno, no, un primo; yo le digo tío. Se hicieron los esponsales, y se fue otra vez a trabajar con el majzén. Cuando murió mi madre, mi hermano más pequeño tenía un año y medio. Mi hermano Abdelkáder, ocho, no, nueve; mi hermana tenía cuatro; y otro hermano, seis. De modo que el más pequeño tenía un año y medio, y yo sólo tenía trece. No podía casarme y dejarlo con una madrastra. Así que renuncié a casarme. Ya tenía bastantes preocupaciones; valía más que esperara a que mis hermanos crecieran un poco... sobre todo el más pequeño; después, podría casarme. Es lo que le dije a mi novio, deseándole buena suerte, pero yo no podía abandonar a mis hermanos. Rompimos, y se casó con mi prima. Vivía muy cerca de nosotros. Me hice cargo de mis hermanos; crecieron, y uno iba a la escuela. Abdelkáder abandonó los estudios para ir a trabajar a Casablanca en el calzado. Ya no sigue en eso, ahora trabaja en el majzén. Hablo de Abdelkáder, pues el otro siguió yendo a la escuela, y el más pequeño, también. Cuando cumplió los siete, lo apunté a la escuela. Mi padre ya no estaba con nosotros, estaba en otra ciudad, trabajaba para otros.

—*¿Dónde?*

—En Mequínez. Trabajaba en los huertos. Cuando ya no le quedaba nada qué hacer en nuestra tierra, nos dejaba y se iba a trabajar allí. Yo me encargaba de la casa.

—*¿Qué hacías?*

—Cuidaba los animales, la vaca y el buey; también teníamos una mula y una decena de corderos, se los confiaba a un pastor durante el día.

—¿No los llevabas a pastar tú o tus hermanos?

—No, yo no tenía tiempo, y ellos eran muy pequeños todavía. Mi hermano iba a la escuela. Ahora se quiere que los chicos vayan a la escuela, pero las chicas no.

—¿Por qué las chicas no?

—Las chicas no quieren estudiar... no están acostumbradas a ir a la escuela. En el campo no es como en la ciudad. No sé... están acostumbradas a hacer las tareas domésticas, a ayudar en casa, y sus madres no soportan que se separen de ellas. De modo que mi hermano más pequeño iba a la escuela; mi hermana hacía las cosas de la casa, y yo hacía las de fuera. Cogía la mula e iba a segar hierba; iba a por habas y guisantes. Luego, volvía para ordeñar la vaca y preparar el almuerzo.

EVOLUCIÓN DE ROLES FEMENINOS

—¿Ibas al zoco?

—Sí, claro, para vender aceite, huevos y gallinas. Compraba verduras, tomates, pimientos y calabacines cuando era su tiempo, teníamos de todo eso en nuestros huertos. Durante todo el verano, había patatas, cebollas, tomates y uvas, teníamos mucho de todo. Era en invierno cuando comprábamos tomates y calabacines en el zoco; comíamos lentejas, o patatas, mientras esperábamos el día del zoco. Comprábamos, con el dinero del aceite, los huevos y las gallinas, azúcar, té y fideos. A veces, compraba alguna cosa para mí: un *dfina,*[5] un *chamir,*[6] un pañuelo, unos zaragüelles, zapatos, o tela para hacer una sábana o una falda, cuando tenía suficiente dinero; si no, compraba justo lo necesario, no podía comprar todo lo que quería. Pero cuando estaba mi padre, iba él al zoco.

—¿Y las demás mujeres van al zoco?

[5] *Dfina,* prenda femenina que suele ser transparente, y se coloca encima del *chamir* o el caftán.

[6] *Chamir,* camisa larga.

—Van muchas mujeres, sobre todo las mayores, las jóvenes no van, ni las casadas tampoco.

—¿Cuándo se iba a trabajar a Mequínez tu padre?

—Cuando ya no había trabajo en el campo. Después de la labranza y la recogida de las olivas, los hombres ya no tienen trabajo; están libres. Unos se van a Mequínez, y otros, a Fez; los que tienen huertos, van a trabajarlos. Entonces, ya no hay nada que hacer, salvo recoger leña.

—¿Van muchos a trabajar a la ciudad?

—No, muy pocos. Sólo pueden irse los que no tienen familia numerosa, los otros no pueden.

—¿Y las mujeres no van?

—No, las mujeres, no; las mujeres del campo no pueden trabajar como las de la ciudad. Una mujer no puede ir a lavar la ropa de otra; para ella sería humillante; no aceptará ir a trabajar a casa de otra mujer. Si se trata de una mujer que acaba de parir, irá a ayudarla, a echarle una mano, pero no a trabajar a su casa.

—¿Una mujer no cosecharía para otra mujer?

—No, salvo si está divorciada, o es mayor y las está pasando canutas; en ese caso, tiene que trabajar; le da igual el «qué dirán», es mayor y necesita trabajar.

EL MATRIMONIO

—Habláme de tu boda: ¿esperaste sin casarte nueve años desde la muerte de tu madre?

—Sí, no me casé, no podía. Mi padre no quiso casarse otra vez: «si tomo otra mujer, no te entenderás con ella». Y yo no tenía ningunas ganas de casarme.

—¿Por qué?, ¿nunca te había gustado un hombre?

—No, nunca

—¿No conociste a ninguno en las fiestas o en los bailes colectivos?

—Ay, eso no es como aquí, no es como en la ciudad, donde una chica puede conocer a un chico que la provoque, que le hable de sus intenciones, y ella se ena-

mora. En el campo, no pasa nada de eso, ella no puede. Si la familia la sorprende o si se entera de algo... hasta los vecinos, si, por ejemplo, sorprenden a una chica virgen o a una mujer casada hablando con uno, cualquiera puede pegarle, su tío, su primo, cualquiera... su padre o su hermano no son los únicos que no pueden soportar verla hablando con un hombre.

—*¿Entonces las chicas vírgenes no hablan con nadie?*

—No, nada más que con el que venga a pedir su mano. Aunque son los padres los que vienen a pedirla. No es el chico el que lo hace. Además, no pueden enamorarse, porque es imposible que se vean tres o cuatro meses antes de hacerse novios.

—*¿Cómo pidió tu mano tu marido?*

—Era el hijastro de mi tía, la que vivía en casa. Él vivía en la ciudad y estaba casado cuando pidió mi mano. Mi tía me dijo: «cásate con él.» Yo le respondí que no, que ya estaba casado, que no podía ser su segunda esposa y que no podría vivir con la primera.

—*¿Por qué no querías ser su segunda esposa?*

—Por que ya sé que pasa con las mujeres que comparten marido. No es vida, no se llevan bien. Son peleas de nunca acabar; nunca viven tranquilas. «Si el que quiere casarse conmigo está casado, no lo quiero. Si quiere otra mujer, porque la primera no le ha dado hijos, que se divorcie, entonces aceptaré casarme con él. Si no quiere divorciarse, no me casaré con él.» Mi tía no me hacía caso, quería por encima de todo que me casara con él, las otras mujeres me decían: «¿no estás harta de vivir con tus hermanos?, cuando seas vieja no serán ellos los que se preocupen por ti, sino tus hijos.» y otras pamplinas. Al final, le dije a mi tía que aceptaba, y que hablara ella con mi padre, que dijo que no, porque no podía separarse de su hija. Mi tía no renunció. Me decía que mi padre no podía pasar sin mi trabajo, porque cuidaba de mis hermanos cuando él trabajaba fuera, que no me casaría nunca... Me dejé convencer por mi tía, a la que quiero muchísimo,

porque me crié con ella. Le dije «vale, pero que se divorcie de su primera mujer». Era una mujer mayor, y yo era muy joven, así que tenía miedo de que me hiciera algo *(de que la primera esposa recurriera a prácticas de brujería),* y además si se entendían bien... Me dijo «bueno, se divorciará, si es lo que quieres». Se divorció y, antes de divorciarse y casarse conmigo, pidió a su hermano que me vigilara y que si había una boda que no me dejara ir. No podía ni siquiera ir al zoco, y, si iba a algún sitio, me seguía su hermano siempre.

—*¿Su hermano trabajaba en el campo?*

—Sí, y si me veía con las chicas, me venía a regañar; donde fuera que me encontrara, me maltrataba. A mí me gustaba mucho hablar con las chicas y los chicos. Si iba una chica y su novio, nos reíamos, nos divertíamos. No quería que hablara con las otras chicas mientras que su hermano estuviera en la ciudad. Yo le decía que aún era libre y que si seguía fastidiándome así que no me casaría, ¡y ya no quise casarme!

»Un día, era la fiesta del Trono, y daban una fiesta cerca de un morabito, de Sidi Abdelmalek. Iba a haber baile y todo, cada *yemaa* llevaba un buey. ¡Una fiesta de verdad! Y todas las chicas fueron. También yo quise ir. Le dije a mi tía: «Hasta las que están prometidas van a la fiesta, ¿por qué yo no?» Me respondió: «Escucha, hija mía, Mohámmed te verá y no querrá que te quedes, se peleará contigo y te maltratará.» De modo que fui a la fiesta, y vino a pelearse conmigo. Después, fue diciendo que me había visto fumando y riendo con los muchachos, que me había visto con el marido de fulana y que ya no era...»

INACABADA

La continuación de esta entrevista se extravió. En 1979, la segunda vez que vi a Jadiya, supe que se había casado con otro, tras haber conseguido desembarazarse de su primer marido. Tuvo un hijo. Luego, su marido se casó con su cuñada, que acababa de perder al suyo. Era la tradición en la región. Jadiya se opuso al hecho

consumado, abandonó a su marido y regresó con su padre. Perdió a su hijo con ocho meses. Cuando oyó hablar de la Marcha Verde, se fue a Kenitra para participar en ella. De regreso, buscó trabajo en Rabat. Consiguió uno de criada en casa de un alto funcionario de la capital. Lo dejó, después de tres años, por una discusión sin importancia. Se fue a Alemania de criada de la familia de un diplomático marroquí. Regresó a Marruecos un año después.

En septiembre de 1982, Jadiya se fue a España con la misma familia que había acompañado a Alemania. Antes de irse, habló con los altos funcionarios, en cuya casa había trabajado, para colocar a sus hermanos y sobrinos en las Fuerzas del orden, y veló por los preparativos de boda de su hermana pequeña.

A mi pregunta de por qué no había vuelto a casarse, me respondió que no le faltaban ganas, pero que «cuando una mujer ni es muy guapa, ni rica, ni tiene estudios, es muy difícil que encuentre un hombre que la respete. Ya sabes que me cuesta mucho soportar las humillaciones, he cambiado de familias porque no soporto que me humillen; abandoné a mi marido porque no resistía la humillación; con un carácter así, no es fácil la vida. Sabes, cuando saludo y no me responden inmediatamente y con el mismo entusiasmo, me pongo enferma. A veces pienso en la vejez y en lo que me decía mi tía... tienes que tener tus propios hijos para que te cuiden después. Sí, pienso mucho en ello. Mis hermanos no piensan nunca en mí, ninguno de ellos me ha dado nunca nada, ni un regalito. Pero es muy difícil encontrar un hombre que me convenga. No quiero casarme por casarme. Me mantengo con mi trabajo en casa de otros, me compro lo que me apetece, un caftán, un pañuelo; desde que nos vimos, me he comprado pulseras y pendientes de oro. Me gustaría casarme para... para llevarme bien con un hombre. Debe estar bien eso. A veces, me digo que Rabat es una ciudad de imbéciles. Fíjate la cantidad de mujeres que viven solas, sin marido, y la cantidad de hombres que viven solos sin una mujer. ¿Por qué es tan difícil juntarse?, ¡qué complicado es todo!»

En noviembre de 1982, Jadiya regresó a Marruecos. Dejó su trabajo en España. Tras varios meses de paro, porque se negaba a trabajar por menos de 400 dirhames, a través de la embajada de Irak en Rabat, se fue a ese país. Le prometieron 1 000 dirhames al mes, aparte del alojamiento y gastos allí. Salió para Bagdad el 15 de febrero de 1983.

Glosario

Aíd el Kebir: («la Fiesta Grande») tiene lugar cuarenta días después del Aíd es-Seguir («la Fiesta Pequeña», que pone fin al mes de Ramadán). Se conmemora el sacrificio de Abraham. La tradición exige inmolar un carnero y preparar con él un mechui (asado entero a la brasa) que se comparte con los menesterosos.

Axura: décimo día del mes de Moharrem (primer mes del año musulmán), en el que los shiíes conmemoran el martirio de Hasan y Husayn, hijos de Ali y de Fátima, y nietos de Mahoma. Es el día de los difuntos. Jornada de recogimiento y alegría a la vez, puesto que por la tarde los niños reciben regalos y juguetes. Por la noche, mientras las familias se reúnen y evocan a sus difuntos, se prenden fogatas en las calles y se lanzan petardos.

Diafa: hospitalidad.

Fasi: de Fez.

Hach(a): peregrino(a), título que se antepone o sustituye en la conversación al nombre de aquel(la) que ha realizado la peregrinación a la Meca.

Lal-la: santa, señora, tratamiento de respeto que a veces sustituye al nombre de una mujer.

Moharrem: vid. supra Axura.

Mulay: título que llevaban los sultanes de Marruecos de la dinastía jerifiana.

Mulay Idris: ciudad santa, próxima a Mequínez, que lleva el nombre de Mulay Idris, descendiente de Fátima, la hija del profeta Mahoma. Fundó la dinastía de los idrisíes, islamizó la región y murió envenenado. Su tumba es un lugar de peregrinación para los musulmanes del Magreb.

Mulud: fiesta que conmemora el nacimiento del profeta Mahoma. La víspera los niños suelen disfrazarse y desfilar por las calles.

Si: tratamiento que se antepone al nombre propio masculino.

Sidi: santo, señor.

Xa'ban: octavo mes del año musulmán; el 30 es la víspera del mes de ayuno anual, es decir, del Ramadán.

Xeij: jeque, tratamiento respetuoso que se aplica a los sabios, a los religiosos y a los ancianos. También se da el título de jeque al jefe de una tribu y al de una cofradía religiosa.

Índice

Prólogo XI

Batul Yeluna y Meriem Talbia 1
–o la adolescencia en un harén–

Batul Yeluna 3

Meriem Talbia 15

Rabea –o la escapada de una odalisca 23
en el corazón del siglo XX

Rabea 25

Zubida Zennati y su hija Nezha: 65
a la sombra de un resistente

Zubida 67

Nezha 83

Dauya al Filalía y sus hijas Latifa y Malika: 97
un proletariado sin fábricas

Dauya al Filalía 99

Latifa y Malika 117

Habiba la vidente, 131
o lo sobrenatural al servicio del pueblo

Habiba la vidente 133

Aixa al Hiyaniya 159

Tahra Bent Mohámmad 169

Jadiya el Yablia 205

Glosario 215